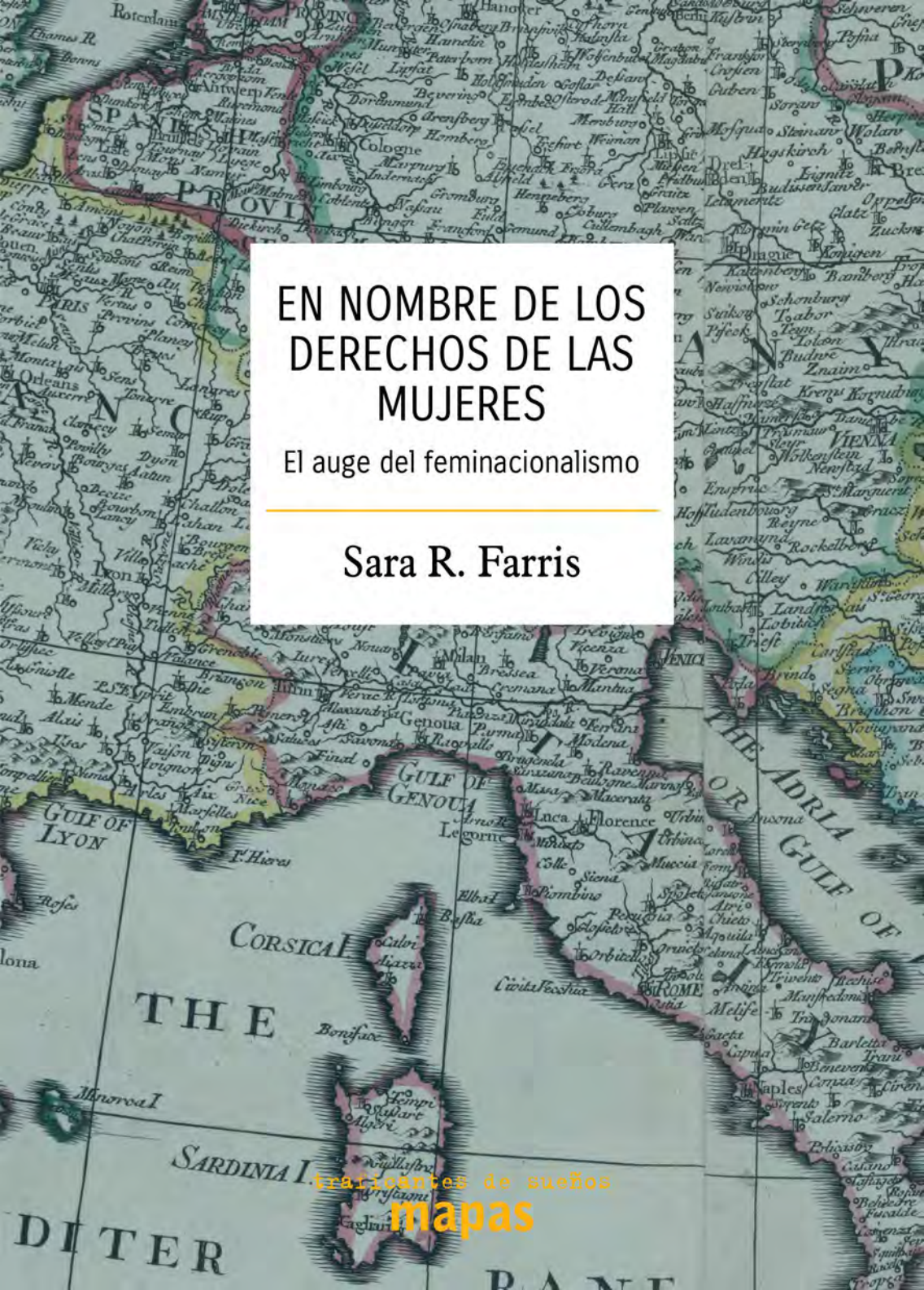




EN NOMBRE DE LOS DERECHOS DE LAS MUJERES

El auge del feminacionalismo

Sara R. Farris

trayendo de sueños
mapas

En nombre de los derechos de las mujeres

El auge del feminacionalismo

Sara R. Farris

Traducción:

Elena Fernández-Renau

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.

© 2017, del texto, Sara R. Farris.
© 2017, de la edición, Duke University Press.
© 2021, de la edición, Traficantes de Sueños.



creative commons

Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 España
(CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de:

* Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

- * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciente (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
- * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

- * Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- * Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.
- * Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
 - Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
 - Los derechos morales del autor
 - Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- * Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

La licencia 4.0 solo atañe a la edición española, traducida y publicada con el permiso de la editorial responsable de la edición original, Duke University Press. En esta licencia, se debe entender que "No comercial" excluye cualquier venta de este trabajo o de una parte del mismo a cambio de dinero, incluso si no da lugar a beneficios para el vendedor o es realizada por un organismo sin ánimo de lucro 501(c)(3) o una ONG.

Edición original: *In the name of women's rights. The Rise of Femonationalism*, Durham y Londres, Duke University Press, 2017.

Primera edición: junio de 2021

Título: En nombre de los derechos de las mujeres. El auge del feminacionalismo

Autora: Sara R. Farris

Traducción: Elena Fernández-Renau

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños

Edición:

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba 13. C. P. 28012. Madrid.

Tlf: 915320928

mail:editorial@traficantes.net

ISBN: 978-84-123398-5-7

Depósito Legal: M-17498-2021

En nombre de los derechos de las mujeres

El auge del feminacionalismo

Sara R. Farris

Traducción:

Elena Fernández-Renau

traficantes de sueños
mapas

Índice

Abreviaturas	15
Agradecimientos	17
Introducción. En nombre de los derechos de las mujeres	21
Feminacionalismo como convergencia	28
Feminacionalismo como formación ideológica	36
Feminacionalismo como economía política neoliberal	40
Un apunte sobre la metodología	45
Resumen de los capítulos	48
1. Figuras del feminacionalismo	53
Mujeres musulmanas como sinécdoque	54
La nueva centralidad del género para el nacionalismo de derechas	62
¿La constitución de un frente feminista heterogéneo y antiislam?	80
Sincronicidades del feminacionalismo	98
2. Feminacionalismo no es populismo	103
Populismo en Europa occidental	105
Los límites de la razón populista: sobre Ernesto Laclau	110
La dimensión schmittiana de la razón populista	113
Las mujeres «nacionales» y la larga sombra del nacionalismo	118
El nacionalismo y las mujeres no nacionales: sexualización del racismo y racialización del sexismo	125
3. Políticas de integración e institucionalización del feminacionalismo	133
Integración cívica en la agenda europea: inmigración legal e igualdad formal	140
Traducción nacional(ista) de la integración cívica	142

La dimensión de género de la integración cívica	153
Mujeres migrantes no occidentales como reproductoras culturales de la nación	166
El resurgir de las misiones civilizadoras coloniales «Integración cívica», igualdad de género y la modularidad del nacionalismo	178
4. Feminacionalismo, neoliberalismo y reproducción social	185
Feminizar la integración como <i>workfare</i>	192
Integrar el género (y la raza) como trabajo de cuidados	199
Trabajo productivo, ética productivista y reproducción social: una genealogía crítica feminista	210
Ética productivista occidental para trabajadoras reproductivas no occidentales	218
La teleología feminista occidental de la emancipación	220
Distanciamiento temporal y disyunción temporal del feminismo	225
Conclusión: convergencia no es identidad	227
5. La economía política del feminacionalismo	229
Los migrantes como ejército industrial de reserva	235
La migración femenina y la mercantilización del trabajo doméstico y de cuidados	244
El debate de las particularidades del trabajo doméstico y de cuidados, o de la reproducción social	257
La afectividad, la fijación en el espacio y la naturaleza no cíclica del trabajo de reproducción social remunerado	260
¿Son las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales un ejército industrial regular?	266
Apuntes para una crítica de la economía política del feminacionalismo	275
Bibliografía	279

**Para María y Antonio,
mis padres**

Abreviaturas

- AN: Alleanza Nazionale (Italia) (Alianza Nacional)
- CAI: Contrat d'Accueil et d'Intégration (Contrato de acogida y de integración)
- CSWD: Documento de trabajo de los servicios de la Comisión
- CE: Comisión Europea
- FEI: Fondo Europeo para la Integración de Nacionales de Terceros Países
- FN: Front National (Francia) (Frente Nacional)
- HCI: Haut Conseil à l'Intégration (Consejo Superior para la Integración)
- OIT: Organización Internacional del Trabajo
- EPA: Encuesta de Población Activa
- LN: Lega Nord (Italia) (Liga Norte)
- OCDE: Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos
- OFII: Office Français de l'Immigration et de l'Intégration (Oficina Francesa de Inmigración e Integración)
- PAVEM: Participatie van Vrouwen uit Etnische Minderheidsgroepen (Participación de Mujeres de Minorías Étnicas)
- PDL: Il Popolo della Libertà (Italia) (Pueblo de la Libertad)
- PVV: Partij voor de Vrijheid (Países Bajos) (Partido por la Libertad)
- NTP: Nacional de un tercer país
- UMP: Union pour un Mouvement Populaire (Francia) (Unión por un Movimiento Popular)
- VVD: Volkspartij voor Vrijheid en Democratie (Países Bajos) (Partido Popular por la Libertad y la Democracia)

Agradecimientos

ESTE LIBRO ES RESULTADO de muchos viajes. Empecé a pensar en escribir a finales de 2010, en el marco de una conversación de lo más animada y productiva en la conferencia «States of Feminism / Matters of State: Gender and the Politics of Exclusion» [Estados de feminismo / Asuntos de Estado: el género y las políticas de exclusión] que había organizado en colaboración con la Academia Jan van Eyck (JVE) en Maastricht. El intercambio con el resto de organizadoras, Avigail Moss, Rebecka Thor y Kirsten Stakemeier, así como con algunas de las asistentes a la conferencia (Rada Ivekovic, Chiara Bonfiglioli, Vincenza Perilli y Neferti Tadiar) me animó a desarrollar mis ideas con algo más de coherencia. Esa conferencia y el estimulante ambiente intelectual en sí mismo no habrían sido posibles sin el esfuerzo apasionado de los investigadores de asesoramiento del Departamento de Teoría de la JVE (Katja Diefenbach, Dominiek Hoens y Mladen Dolar), quienes lograron mantener vivo un espacio para la crítica en medio de unos Países Bajos liberales. También doy las gracias a mis compañeros y amigos por dos años memorables (2009-2010) en ese contexto institucional. Además de los que ya he mencionado, les estoy muy agradecida a Emiliano Battista, Pietro Bianchi, Giuseppe Bianco, Nathaniel Boyd, Vanessa Brito, Luisa Lorenza Corna, Gal Kirn, Dubravka Sekulic, Tzuchien Tho, Oxana Timofeeva y a Samo Tomsic.

Desde principios de 2011 hasta 2013, tuve la suerte de trabajar intensamente en este libro gracias a dos generosas becas en el Centro de Excelencia de la Universidad de Constanza (Alemania) en 2011 y en el Instituto de Estudios Avanzados (IAS, por sus siglas en inglés) en Princeton en 2011 y 2013. Me gustaría dar las gracias a Rita Casale, mi colega y amiga en Constanza, con quien debatí varias secciones de este libro cuando todavía no estaban ni definidas ni desarrolladas. Sus comentarios siempre astutos y exigentes me empujaron a aclarar conceptos. Agradezco su apoyo y amistad constantes.

Tengo una deuda especial con Joan W. Scott, con quien tuve el placer de debatir cada parte de este manuscrito durante el tiempo que pasé investigando en el IAS de Princeton. Me animó a continuar con este proyecto desde el principio y siempre me hizo comentarios de incalculable valor e importantes críticas en las distintas fases de escritura. Su rigor y su compromiso con el pensamiento crítico han sido una gran inspiración. Mi colega y amiga del IAS de Princeton, Catherine Rottenberg, se leyó gran parte de este libro en varias ocasiones con una paciencia y una pasión admirables, animándome a evitar incongruencias y atajos. Sin duda alguna, su perspectiva crítica me ayudó a hacer que fuese mejor de lo que podría haber sido de no haber contado con ella. Le estoy muy agradecida a Neve Gordon por leerse partes de este libro en distintas etapas de su desarrollo y no solo por aportar valiosos comentarios, sino también por animarme a aclarar las (a menudo innecesarias) complicaciones de mis razonamientos. Nicola Perugini, David Eng y Moon-Kie Jung también se leyeron distintas secciones y me ofrecieron una crítica muy provechosa. No podría desear tener mejores lectores y amigos. Por su preciado apoyo con los recursos bibliográficos y otros aspectos organizativos durante mi periodo de investigación en la Escuela de Ciencias Sociales del IAS, doy las gracias a Donne Petit, Nancy Cotterman y Marcia Tucker.

Entre 2011 y 2015 me invitaron a presentar artículos basados en este libro en diversas universidades: la Universidad de Viena, la Universidad de Ámsterdam, la Universidad Nacional Australiana, la Universidad de Sídney, la Universidad de Queensland, la Universidad de París Nanterre, la Universidad de Wuppertal, el Barnard College de la Universidad de Columbia, el Centro de Estudios de Posgrado de la Universidad de la Ciudad de Nueva

York, la Universidad de Nueva York, la Universidad de Glasgow, la Universidad de Múnich, el Instituto Goldsmiths de la Universidad de Londres, la Universidad de Fudan en Shanghai y la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de Londres.

En todos estos lugares tuve la suerte de debatir con investigadores y amigos quienes, de distintas formas, moldearon mis ideas: Alexandra Aidler, Danielle Allen, Moritz Altenried, Cinzia Arruzza, Brenna Bandhar, Stella Magliani Belkacem, Elizabeth Bernstein, Gerd Blum, Saskia Bonjour, Svenja Bromberg, Sebastian Chauvin, Sara de Jong, Ines Detmers, Leonardo Donnaloia, Hester Eisenstein, Felix Boggio Éwanjé-Épée, Didier Fassin, Éric Fassin, Susan Ferguson, Carole Ferrier, Bridget Fowler, Sara Garbagnoli, Enrico Gargiulo, Gaia Giuliani, Camille Gourdeau, Elizabeth Humphrys, Christine Inglis, Fiona Jenkins, Margaret Jolly, Nazima Kadir, Rosanne Kennedy, Vassiliki Kolocotroni, Francesco Laganà, Bronwen Levy, Sabrina Marchetti, Patchen Markell, Jamila Mascat, Sarah Mazouz, David McNally, Paul Mepschen, Morgane Merteuil, Monika Mokre, Momo, Miriana Morokvasic, Petra Neuhold, Anne Norton, Sara Picchi, Andrea Piper, Christian Poiret, Jan Rehmann, Kim Rubenstein, Birgit Sauer, Paul Scheibelhofer, Bev Skeggs, Anna Stach, Tad Tietze, Massimiliano Tomba, Alberto Toscano, Sonja van Wickelen, Barbara Vinken, Alberto Violante, Katharina Walgenbach, Michelle Boulous Walker, Jeff Webber, Deva Woodly-Davis y Rafeef Ziadah.

Quiero dar las gracias también a mis colegas del Departamento de Sociología de Goldsmiths, su compromiso con una sociología interdisciplinar que no huya de las cuestiones sociales más complejas y desafíe al pensamiento hegemónico es una fuente constante de motivación.

Agradezco los extensos comentarios de los tres revisores anónimos de la Duke University Press, me ayudaron a ver cómo se podía reforzar el argumento. Un agradecimiento especial es para Ken Wissoker, quien creyó en este proyecto desde el principio y me ayudó a mejorar este libro. Su amplitud de miras iluminó mi camino cuando parecía nublarse.

Se publicaron versiones previas de algunos epígrafes de los capítulos 3 y 5 en *Darkmatter*, *History of the Present* y en *Sociological Review*.

Mi pareja, Peter D. Thomas, leyó el manuscrito completo en distintas fases de su elaboración y en cada una me planteó críticas y propuestas minuciosas. Por ello, así como por su infinita paciencia, su compromiso y su amor siempre le estaré profundamente agradecida. En la fase final de este proyecto, se nos sumó mi hija, Mira Elizabeth. Me enseñó más que un millar de libros lo que de verdad significan el trabajo de cuidados y la reproducción social. Agradezco a mi hermana Elisabetta y a su pareja, Luca, su apoyo y que hayan sido un ejemplo de tenacidad, visión y talento.

Este libro está dedicado a mis padres, María y Antonio, quienes no dejan de inspirarme y animarme en todo lo que hago.

Introducción. En nombre de los derechos de las mujeres

Creo que nos enfrentamos a mujeres muy enfermas [es decir, mujeres musulmanas que llevan velo completo] y no creo que su patología tenga que definirnos.

Élizabeth Badinter, filósofa feminista francesa

El islam [...] expulsa a los judíos y a los gays y tira por el retrete décadas de derechos de las mujeres.

Geert Wilders, líder del partido neerlandés de extrema derecha Partido por la Libertad

No puede haber una regularización para aquellos [migrantes] que entraron ilegalmente, para aquellos que violen a una mujer o roben un chalet; pero a la hora de regularizar, sin duda tendremos en cuenta todas esas situaciones que provocan un gran impacto social, como es el caso de las [mujeres] migrantes cuidadoras.

Roberto Maroni, exlíder del partido de extrema derecha italiano Liga Norte

El éxito de la extrema derecha en las elecciones de 2014 al Parlamento Europeo atrajo la atención internacional. Por todo el continente, vimos cómo partidos nacionalistas de extrema derecha ganaban un número de escaños sin precedente o consolidaban su ya significativo apoyo popular.¹ Estos logros electorales, junto

¹ Tres partidos nacionalistas de extrema derecha aparecieron por primera vez en sus respectivos países: el Partido Popular Danés obtuvo el 25 por ciento (+18,7) de

con la dureza de los eslóganes antiislam que caracterizaron sus campañas, desataron el temor del regreso del fascismo. Aun así, uno de los rasgos más llamativos que distingue a los partidos nacionalistas europeos contemporáneos de sus homólogos del pasado es la reclamación de la igualdad de género (y en ocasiones de los derechos LGBT) dentro de su retórica, por lo demás, xenófoba. Es más, a pesar de su falta de preocupación por elaborar políticas concretas de igualdad de género y su estilo de política masculinista, estos partidos promueven cada vez más sus programas antiislam en nombre de los derechos de las mujeres. Desde Geert Wilders en los Países Bajos a Marine Le Pen en Francia y Matteo Salvini en Italia (los impulsores clave de la «internacional parda» en la que se centra este libro), uno de los tropos principales al que han apelado estos partidos es el grave peligro que constituyen los hombres musulmanes para las sociedades europeas, debido, ante todo, al trato opresivo que dispensan a las mujeres.²

Algunos investigadores han descrito el acercamiento por parte de los nacionalistas a las cuestiones sobre la igualdad de las mujeres como un intento por modernizar sus programas y aumentar su electorado femenino.³ Otros han trazado una conexión entre Europa y Estados Unidos, por los políticos conservadores que plantearon las guerras imperialistas tras el 11-S en Oriente Próximo como misiones para liberar a las mujeres musulmanas de los hombres musulmanes.⁴ A pesar de todo, los nacionalistas

los votos, el FN obtuvo el 26,6 por ciento (+11,8) y el Partido de la Independencia del Reino Unido el 27,5 por ciento (+11,4). En general, los partidos de extrema derecha obtuvieron sus mejores resultados en los países occidentales europeos (con la excepción de Hungría). Para un enfoque en mayor profundidad de estos resultados, consúltese el análisis de Cas Mudde, «The Far Right in the 2014 European Elections: Of Earthquakes, Cartels and Designer Fascists» de 30 de mayo de 2014 en el *Washington Post*.

² Véase el artículo de Thanasis Kampagiannis «The “Brown International” of the European Far Right», *Left Flank*, 12 de enero de 2014.

³ Bartlett *et al.*, «Populism in Europe»; Mayer, «From Jean-Marie to Marine Le Pen»; Akkerman y Hagelund, «“Women and Children First!”»; Towns *et al.*, «Equality Conundrum».

⁴ La invasión de Afganistán tras los ataques terroristas contra las Torres Gemelas en Nueva York se presentó ante el público internacional como una misión para liberar a las mujeres afganas de su opresión bajo el mandato talibán, en la misma medida que se planteaba como un acto de defensa y de represalia contra quienes habían perpetrado los ataques; y así lo respaldó la opinión pública. Desde entonces, las imágenes de mujeres musulmanas con velo como cuerpos prisioneros han entrado

de extrema derecha no son los únicos que agitan la bandera de la igualdad de las mujeres de formas que parecen contradictorias con su ideología y políticas esenciales. Al otro lado del espectro político, ciertas feministas reputadas y sin pelos en la lengua también se han sumado al coro antiislam. Durante los años dos mil, la filósofa feminista francesa de fama internacional, Élisabeth Badinter, la política feminista Ayan Hirsi Ali y la famosa «feminista ocasional» italiana Oriana Fallaci denunciaron que las comunidades musulmanas eran excepcionalmente sexistas en comparación con los países occidentales, lugares donde las relaciones de género eran «superiores».⁵ De igual manera, tanto las organizaciones de mujeres, como las burócratas de primera línea de las agencias estatales por la igualdad de género (a las que a menudo me referiré como femócratas) señalaron las prácticas religiosas islámicas como especialmente patriarcales y defendieron que no cabían en

en nuestro inconsciente colectivo occidental junto con las de hombres musulmanes con barba que aparentemente planean ataques terroristas contra objetivos occidentales. Por todo Occidente, no solo las fuerzas nacionalistas y conservadoras de extrema derecha, sino también ciertas organizaciones feministas de la izquierda y algunas figuras públicas han respaldado el retrato de las mujeres musulmanas como víctimas a las que salvar. En Estados Unidos, la *Feminist Majority Foundation*, una de las voces feministas líderes en el país, respaldó activamente la invasión de Afganistán por considerarla necesaria para liberar a las mujeres afganas del «apartheid de género» (Russo, «Feminist Majority Foundation's Campaign to Stop Gender Apartheid»). Al otro lado del Atlántico, el icono feminista alemán Alice Schwarzer ha sido una de las opositoras más firmes al islam por considerarlo una religión y una cultura misógina, ideas de las que se hicieron eco una amplia gama de fuerzas políticas tanto de izquierda como de derecha. Esta actitud está tan extendida en el país que según una encuesta realizada por la agencia de sondeos *Allensbach* en 2012, el 83 por ciento de las mujeres alemanas asociaban la palabra «islam» con «opresión de las mujeres». En Suecia y Noruega, se ha dado una convergencia entre las feministas y los partidos de la derecha y antinmigración, como son el *Sverigedemokraterna* (Demócratas de Suecia) y el *Fremskrittspartiet* (Partido del Progreso), en nombre de la igualdad de género contra las comunidades inmigrantes no occidentales (romanís y musulmanes en particular). Si miramos a otros países occidentales, la situación no es tan distinta. Tras los disturbios raciales de Sidney de 2005, en Cronulla, en los que australianos blancos asaltaron a hombres de color durante días acusándoles de ser violadores, el primer ministro Carl Scully afirmó que estaba «preocupado por que un pequeño número de hombres de Oriente Próximo pareciera tener un problema para respetar a las mujeres» (Ho, «Muslim Women's New Defenders»).

⁵ Oriana Fallaci no se definió como feminista, aunque se la asocia con el feminismo liberal por su participación activa en la lucha por el derecho al aborto y al divorcio durante los años setenta.

la esfera pública occidental.⁶ En consecuencia, todas respaldaron propuestas legislativas como la prohibición del velo, que retratan a las mujeres musulmanas como víctimas pasivas que necesitan ser rescatadas y emancipadas. De esta manera, este frente heterogéneo feminista y antiislam presenta el sexismo y el patriarcado como de dominio casi exclusivo de ese Otro musulmán.

No obstante, el peculiar encuentro de la agenda antiislam y la retórica emancipatoria sobre los derechos de la mujer no queda restringido a nacionalistas y feministas. Los defensores del neoliberalismo que, por lo demás, son antinacionalistas, también han hecho un uso cada vez mayor de representaciones antiislam en nombre de los derechos de las mujeres.⁷ Buen ejemplo de ello son los programas de integración civil para «nacionales de terceros países» que, como explicaré más adelante, son un referente del neoliberalismo. Diseñados para promover la inclusión de los migrantes en el tejido de las sociedades europeas, estos programas han logrado que la residencia a largo plazo de los migrantes dependa de un compromiso certificado por aprender el idioma, la cultura y los valores del país de destino. Instan a los migrantes tanto a reconocer los derechos de las mujeres como valor central de Occidente, como a integrarse en las prácticas culturales occidentales, que se presentan como más civilizadas y avanzadas. Lo que también resulta sorprendente es que las políticas de integración civil tienden a generalizar la supuesta misoginia inherente a las comunidades musulmanas y las aplican a todos los migrantes no occidentales.

Así, tres actores políticos bien distintos (nacionalistas de extrema derecha, ciertas feministas y agencias por la igualdad de las mujeres y los neoliberales) recurren a los derechos de las mujeres para estigmatizar a los hombres musulmanes y así

⁶ Aquí uso la definición de femócratas de *Inside Aliigators* de Hester Eisenstein como «feministas que participan en la burocracia estatal». Para un debate en profundidad sobre la noción de femócrata y de feminismo de Estado desde una perspectiva transnacional, véase Haussman y Sauer, *Gendering the State in the Age of Globalization*. Véase también McBride y Mazur, *Politics of State Feminism*.

⁷ El neoliberalismo se suele asociar con doctrinas político-económicas que promueven la globalización. Se asume por lo tanto que trasciende las fronteras nacionales y que rechaza las ideologías nacionalistas. El capítulo 3 desafía esta visión mayoritaria. Para una visión general de estos debates, en especial dentro del ámbito de la economía política internacional, véase Harmes, «The Rise of Neoliberal Nationalism».

promover sus propios objetivos políticos. Pero, ¿por qué estos distintos movimientos recurren al mismo tropo e identifican a los hombres musulmanes como una de las mayores amenazas para las sociedades occidentales? ¿Acaso los partidos de extrema derecha no «traicionan» sus políticas antifeministas, las feministas sus políticas de emancipación y los neoliberales sus políticas antinacionalistas cuando todos ellos recurren a los derechos de las mujeres contra los sujetos musulmanes masculinos? ¿Quiénes representan exactamente las fuerzas nacionalistas, feministas y neoliberales que oponen la igualdad de género al islam y cuáles son sus argumentos concretos? ¿Asistimos al auge de una nueva alianza impía, o este aparente consenso que atraviesa el arco político es simplemente fortuito y circunstancial? Y, por último, ¿por qué las mujeres musulmanas reciben ofertas de «rescate» en un contexto de creciente islamofobia y sentimiento antinmigración, en particular en lo que respecta al empleo y al bienestar?

Tal y como planteo en las siguientes secciones, varios académicos han explicado la nueva centralidad de la igualdad de género y a veces la del colectivo homosexual dentro de los programas antiislam como consecuencia del giro a la derecha y de la guerra del terror que marcó los años dos mil en Europa y Estados Unidos, en particular tras el 11-S. Así, enfatizan las lógicas de seguridad de las narrativas contemporáneas que definen a las mujeres musulmanas como víctimas e interpretan estas narrativas fundamentalmente como constelaciones políticas que caracterizan el actual espíritu neoliberal y nacionalista de la época.

En su lugar, este libro defiende que se han ignorado gran parte de dimensiones político-económicas importantes que subyacen a estas paradójicas intersecciones en Europa occidental. Además, defiende que las formas en que las campañas antiislam en nombre de la igualdad de género promueven y definen ideologías e instituciones racistas y antinmigración de carácter más diverso no han recibido la atención que merecen. *En nombre de los derechos de las mujeres* pretende proponer nuevos vínculos, conceptualizaciones y categorías para el análisis con el objetivo de descifrar las razones de la sorprendente intersección entre nacionalistas, feministas y neoliberales. Para nombrar esta intersección y enmarcar la lógica político-económica que lo sostiene, propongo la noción de feminacionalismo.

Esta forma abreviada de «nacionalismo feminista y femocrático», feminacionalismo, se refiere tanto a la explotación de las temáticas feministas por parte de nacionalistas y neoliberales en sus campañas contra el islam (pero también, como expongo más adelante, en contra de la inmigración), como a la participación de ciertas feministas y femócratas en la estigmatización de los hombres musulmanes bajo el estandarte de la igualdad de género. El feminacionalismo, por lo tanto, describe, por un lado, el intento de los partidos de Europa occidental, neoliberales y de la derecha, de promover políticas racistas y xenófobas al pregonar la igualdad de género; y, por otro, captura la implicación de varias feministas y femócratas reputadas y muy visibles en la actual representación del islam como la religión y la cultura misógina por excelencia. Para definir y mapear el feminacionalismo, este libro se centra en tres contextos nacionales específicos (Países Bajos, Francia e Italia durante los años 2000-2013) y tres actores y agendas políticas concretas: 1) los partidos nacionalistas de derechas (el *Partij voor de Vrijheid* [PVV, Partido por la Libertad] de los Países Bajos, el *Front National* [FN, Frente Nacional] de Francia y la *Lega Nord* [LN, Liga Norte] de Italia); 2) políticas e intelectuales feministas notables, organizaciones de mujeres y femócratas de los tres países; y 3) políticas neoliberales dirigidas a migrantes no occidentales dentro de programas de integración civil.

Llegados a este punto, es preciso realizar dos aclaraciones. En primer lugar, debería recalcar que, a diferencia de los partidos nacionalistas de derechas que instrumentalizan la igualdad de género en campañas antinmigración más amplias, las feministas, las organizaciones de mujeres y las femócratas que señalo han dirigido sus principales críticas contra los musulmanes y no contra los migrantes en general. Sin embargo, este libro detalla la implicación de algunas de estas feministas, organizaciones de mujeres y femócratas en la elaboración y puesta en marcha de algunos de los elementos de los programas de integración civil dirigidos a mujeres migrantes no occidentales en general.⁸ Así,

⁸ Algunos de los argumentos que recientemente han utilizado ciertas feministas y femócratas para estigmatizar a los hombres musulmanes y retratar a las mujeres musulmanas como víctimas a las que rescatar replican las representaciones estereotipadas de la supuesta victimización de las mujeres no occidentales que, al menos desde los años setenta en adelante, ha caracterizado el relato europeo occidental de las mujeres migrantes. Además, las políticas de integración civil que

muestro cómo la retórica antiislam ha permeado los mecanismos institucionales dirigidos a la población migrante no occidental en general. *En nombre de los derechos de las mujeres* intenta aclarar este complejo entramado al afirmar que, a pesar de que la retórica antimusulmana se haya convertido en la retórica dominante anti-Otro, en ciertos puntos y en ciertos lugares y discursos coincide con la retórica antinmigración. Para explicar este entramado, por un lado, desarrollo cómo la conexión entre las políticas antiislam y antinmigración se da mediante la presunción de que los hombres y mujeres musulmanes son los principales representantes del binomio *opresor* y *víctima*. A continuación, este binomio se proyecta y se generaliza a los migrantes no occidentales del Sur global de forma generalizada (como sucede con las políticas de integración civil). Por otro lado, debato cómo el binomio opresor y víctima que se usa hoy para presentar a los musulmanes alimenta especialmente las representaciones y los estereotipos instalados desde la época colonial en los tres países y que son parte integrante de un repertorio racista más amplio.

En segundo lugar, mi crítica del retrato europeo de las mujeres musulmanas como las víctimas por excelencia del patriarcado no occidental no implica en ningún caso que niegue la desigualdad o la represión a la que estas mujeres (igual que aquellas que tengan cualquier otro origen cultural, social o nacional) puedan estar sometidas dentro de sus sociedades. Aun así, este libro se centra ante todo en las *representaciones* y *conceptualizaciones* del imaginario cultural de Europa occidental y en las formas en las que dichas representaciones y conceptualizaciones se alimentan de (y por lo tanto alimentan) estereotipos racistas profundamente arraigados, así como intereses y prácticas económicas que afectan también a otras mujeres (migrantes) no occidentales.

algunas feministas, organizaciones de mujeres y femócratas han apoyado o directamente implementado sobre la base de su perspectiva antiislam no solo afectan a migrantes de Oriente Próximo, el norte de África y el sur de Asia, sino también a africanos en general, albanos, rusos, serbios, chinos y demás (en resumen, a migrantes no europeos/no occidentales). Por esta razón, a lo largo de este libro me refiero a hombres y mujeres migrantes musulmanes y no occidentales, a no ser que el contexto exija hacer referencia a nacionalidades o filiaciones religiosas específicas. En concreto, destacaré cómo la mayoría de mujeres musulmanas (migrantes y no migrantes por igual) y la mayoría de mujeres que migran a Europa desde el Sur global y desde algunos de los países del bloque postsocialista se ven afectados al menos por algunas de las políticas y procesos que resumo en este libro.

En definitiva, *En nombre de los derechos de las mujeres* se propone introducir un marco teórico más robusto para analizar el uso de la igualdad de género en campañas xenófobas. Lo hace de un modo que va más allá de la lente «política» que en gran medida ha dominado el análisis de este fenómeno. Insisto en la necesidad de descifrar el entramado que tejen el nacionalismo de derechas, ciertas capas del feminismo y el neoliberalismo en nombre de los derechos de las mujeres mediante la revelación de sus modelos de funcionamiento político-económicos. Por lo tanto, al proponer la noción de feminacionalismo quiero aportar un concepto teórico que capture el programa político-económico que alimenta esa interpelación a los derechos de las mujeres a la que se suman toda una serie de actores diversos. Esta interpelación, bajo mi punto de vista, está íntimamente ligada al profundo temor al Otro y, dada nuestra coyuntura histórica actual, a la islamofobia. En consecuencia, propongo que el feminacionalismo debe entenderse como una ideología que surge de un modo de encuentro específico, o como prefiero llamarlo, de una convergencia entre distintos proyectos políticos que se produce por, y a su vez produce, una lógica específicamente económica. Las siguientes secciones las dedico a aclarar las tres dimensiones teóricas del feminacionalismo: feminacionalismo como *convergencia*, como *formación ideológica* y como *economía política neoliberal*.

Feminacionalismo como convergencia

En nombre de los derechos de las mujeres se propone analizar la intersección de los partidos nacionalistas de derechas, ciertas feministas y femócratas notables y varias políticas neoliberales que parecen fundirse en la encrucijada de las campañas antiislam y antinmigración en Países Bajos, Francia e Italia como ejemplo de *convergencia*. El término describe el encuentro entre distintos actores y movimientos en un espacio determinado sin que pierdan su relativa autonomía y sin que el propio encuentro produzca (necesariamente) asimilación u homogeneización. Existe abundante literatura crítica que documenta el paradójico respaldo a los derechos de las mujeres y del colectivo LGTB por parte de neoliberales y de partidos de derechas tradicionalmente antifeministas u homófobos; así como el apoyo más reciente por parte

de ciertas feministas y *queers* a la corriente islamófoba. Los investigadores han optado por dos enfoques principales para explicar el encuentro entre el nacionalismo, los movimientos feministas/*queer* y el neoliberalismo. El primero de ellos se refiere a este encuentro como una «instrumentalización» y una «explotación». Sociólogos como Éric Fassin o la investigadora crítica sobre la raza Liz Fekete son ejemplos de quienes se sirven de este enfoque en el contexto de sus respectivos debates sobre el «nacionalismo sexual» y el «fundamentalismo ilustrado». Proponen estas nociones para definir el uso de los derechos de las mujeres y del colectivo LGTB en las campañas antiislam y antinmigración en distintos contextos occidentales europeos.⁹ Jasbir Puar,

⁹ Éric Fassin examina cómo en Francia y Estados Unidos las cuestiones de sexo y sexualidad, de igualdad de género y de derechos del colectivo homosexual han pasado de la esfera privada a la esfera pública/política. Sin embargo, la presentación de las libertades sexuales como cuestiones de debate abierto y público, y su consiguiente «democratización», se ha logrado mediante la identificación de migrantes, y en especial de los musulmanes, como ajenos a esos mismos procesos. Por lo tanto, la democracia sexual, o la sexualización de la democracia, se ha instrumentalizado al servicio del nacionalismo sexual, según el cual la integración de migrantes y musulmanes en las naciones occidentales que les acogen, y su lealtad hacia ellas, se ponen a prueba en función de su compromiso con los valores sexuales de estas naciones (É. Fassin, «Sexual Democracy and the New Racialization of Europe»). A partir de la noción de «fundamentalismo cultural» con el que se describen las formas dogmáticas y excluyentes con las que la derecha ha redefinido la cultura occidental como una herramienta para hacer que los migrantes sean «los Otros», en un reputado artículo de 2006, Liz Fekete acuñó el término «fundamentalismo ilustrado». Este término describe el poderoso despliegue de los derechos de las mujeres y los del colectivo homosexual que realizan los partidos de la derecha en campañas xenófobas contemporáneas por toda Europa (dirigidas contra musulmanes y migrantes en general) y cómo recurren a la tradición ilustrada como el pilar de la cultura de Europa occidental. Según Fekete, lo que hace que el fundamentalismo ilustrado sea tan poderoso tras el 11-S es que muchas «autoproclamadas feministas» se subieron al carro de la derecha (Fekete, «Enlightened Fundamentalism?»). En consecuencia, Fekete acusa a estas feministas de «paternalistas» y señala sus contradicciones cuando respaldan políticas represivas como la prohibición del velo musulmán en nombre de la libertad de elección de las mujeres. Para Fekete, tanto la derecha como el feminismo están «explotando» la cuestión de la igualdad de género dentro de campañas culturales fundamentalistas. De forma similar a Fassin, los sociólogos neerlandeses Paul Mepschen y Jan Willem Duyvendak también usan la noción de «nacionalismo sexual» para debatir sobre la representación pública contemporánea de los musulmanes como una amenaza a las libertades sexuales en los Países Bajos. En concreto, explican la sexualización del nacionalismo en términos de «culturalización» y «sexualización» de la ciudadanía, es decir, las formas en que la ciudadanía neerlandesa se entiende cada vez más en términos

en su estudio sobre el «homonacionalismo», es quien propone de forma más notable la segunda perspectiva, que se centra en la noción de «conspiración» o «alianza».¹⁰ Este concepto destaca

de identificación cultural y moral. En consecuencia, muestran cómo se critica a migrantes musulmanes y a otros no occidentales por su supuesta falta de lealtad con ciertas constelaciones culturales y libertades sexuales europeas, que ahora se reformulan como los pilares de la historia occidental. Mepschen y Duyvendak también entienden que la presentación en primer plano de las libertades sexuales en la agenda antimusulmana es un ejemplo de «instrumentalización», en concreto en el caso de la «derecha populista». Lo que facilita esta instrumentalización, explican también, es el contexto neoliberal, que se entiende como un «proyecto para reforzar o reparar la autoridad de las instituciones estatales sobre la producción de ciudadanía (nacional) y subjetividad política y la regulación de los mercados de trabajo y marginalidad urbana» (Mepschen, Duyvendak y Tonkens, «Sexual Politics, Orientalism and Multicultural Citizenship in the Netherlands»). Véase también Mepschen y Duyvendak, «European Sexual Nationalisms».

¹⁰ Jasbir Puar centra su atención en la intersección entre las políticas homosexuales y el nacionalismo en EEUU tras el 11-S y enfatiza el estado de exclusión como el significante fundamental del foco contemporáneo en los Otros masculinos como los enemigos misóginos y xenófobos de la civilización occidental. Más específicamente, Puar debate el encuentro entre el nacionalismo de EEUU y las políticas sexuales *queer* en términos de «connivencia», que ella entiende como productiva para una formación «homonacionalista». El «homonacionalismo» de Puar describe la movilización de los derechos del colectivo homosexual contra los Otros musulmanes y racializados dentro del marco nacionalista estadounidense, pero también se refiere a la integración de la «homonormatividad», es decir, las políticas homosexuales domesticadas, dentro de la agenda estadounidense de la guerra del terror. Tal y como lo plantea Puar, el homonacionalismo es una «táctica discursiva que separa a homosexuales y *queers* nacionales de Estados Unidos del resto racializados y sexuales, lo que plantea una connivencia entre la homosexualidad y el nacionalismo estadounidense que se genera tanto con la retórica nacional de la inclusión patriótica como con los propios sujetos homosexuales y *queer*» (Puar, *Terrorist Assemblages*: 39). Puar ha llamado la atención sobre las múltiples formas en las que el estado de excepción estadounidense ha cooptado importantes secciones del movimiento homosexual. En lugar de una mera instrumentalización, o explotación táctica de la cuestión de los derechos del colectivo homosexual por parte del nacionalismo, Puar señala la participación activa, y las responsabilidades, del propio movimiento *queer* que ha apoyado (con o sin intención) esta nueva configuración racista. El trabajo de Puar ha tenido gran influencia al definir los términos del debate entre académicos. Al abordar la implantación de la igualdad de género y LGTB en el debate público quebequés y neerlandés sobre el patriarcado musulmán, Sirma Bilge y Sarah Bracke, respectivamente, adoptan el concepto de Puar del homonacionalismo como la nueva forma hegemónica de nacionalismo sexual. Mientras que la primera señala el papel colusorio del «feminismo de Estado» de Quebec, en concreto con el establecimiento de la retórica gubernamental que plantea a los musulmanes como un peligro para los derechos de las mujeres y los del colectivo homosexual, la última explora tanto la «alianza» entre el feminismo neerlandés y las políticas xenófobas

cómo se ha apelado a los derechos del colectivo homosexual en contra de los musulmanes y de esos Otros racializados dentro de los nuevos marcos homonormativos.

Al proponer que el feminacionalismo se entienda como el resultado de una convergencia, mi voluntad no es rechazar estos análisis. En su lugar, espero aportar un marco conceptual que pueda explicar mejor las distintas y heterogéneas configuraciones en las que se centra este libro. Además, defiendiendo que la noción de convergencia permite plantearnos importantes cuestiones sobre el escenario mixto que exploro de partidos nacionalistas de derechas holandeses, franceses e italianos, neoliberales y feministas y femócratas. Primero, ¿cuáles son las matrices ideológicas que han animado a estos partidos, actores y movimientos a promover políticas antiislam y antinmigración a pesar de las diferencias significativas entre ellos? Segundo, ¿qué intereses podrían tener los nacionalistas de derechas, los neoliberales y las feministas o femócratas en respaldar un tipo de políticas que están (o parecen estar) en conflicto con al menos ciertos aspectos de sus programas políticos?

La primera cuestión la exploro con una genealogía crítica de la participación de los partidos de derechas en campañas antiislam y antinmigración en nombre de los derechos de las mujeres. En consonancia, este libro traza los cambios que se han dado dentro del campo nacionalista de derechas: desde el «nacionalismo étnico» al «nacionalismo cultural» y el «supremacismo occidental» (en concreto en Italia y en Francia), o del «supremacismo occidental» al «nacionalismo étnico» en el caso de Países Bajos.¹¹

de la derecha que buscan «rescatar» a las mujeres musulmanas de su supuesta opresión, como la aplicación de tales narrativas de rescate a los movimientos *queer*. Bilge también apunta hacia una comprensión materialista de la colusión entre el feminismo, el colectivo LGTB y la retórica antiislam al poner en primer plano el neoliberalismo como telón de fondo del nacionalismo sexual contemporáneo de Quebec, que permite la comercialización de los movimientos feminista y LGTB. Véase «Mapping Québécois Sexual Nationalism in Times of “Crisis of Reasonable Accommodations”»; y Bracke, «Subjects of Debate».

¹¹ A pesar de que se acogen a una agenda nacionalista, desde principios de los años dos mil la LN y el FN han adoptado gradualmente un vocabulario «supremacista occidental» que les ha permitido acceder al debate público mayoritario y que se les escuche dentro de él. En cambio, el PVV comenzó su campaña contra el supuesto iliberalismo y la misoginia del islam en nombre de los valores liberales «superiores» de Occidente, con el que ha ido avanzando poco a poco hacia un repertorio

Así, *En nombre de los derechos de las mujeres* aborda críticamente la tendencia de la literatura académica de definir a los partidos de extrema derecha (como el PVV, el FN y la LN) como «populistas». Mientras que este término se usa para reflejar lo demagógico de que abracen temas que antes no figuraban en sus programas, yo defiendo que el concepto de populismo (al menos de forma aislada) no refleja la matriz ideológica principal que lleva a estos partidos de derechas a poner en primer plano la igualdad de género en el marco de campañas xenófobas. Como modalidad de movilización política centrada en el binomio «nosotros» frente a «ellos», el populismo puede justificar que las fuerzas de derechas identifiquen a los musulmanes y a esos Otros no occidentales como los enemigos de las sociedades occidentales. No obstante, no puede explicar la paradoja según la cual estos partidos no identifican a las *mujeres* migrantes musulmanas y no occidentales como enemigas del mismo modo, o incluso que se ofrezcan a rescatarlas. Sostengo además que, si queremos descifrar esta aparente paradoja, tenemos que recurrir a teorías del nacionalismo, en concreto a las formas en las que se articularon dentro del feminismo poscolonial y los estudios críticos sobre la raza.

Este libro también cuestiona los argumentos propuestos por varias destacadas e influyentes feministas intelectuales y políticas (incluidas algunas de origen musulmán), organizaciones de mujeres, así como femócratas de izquierda y derecha en sus campañas antiislam. Demuestro que, a pesar de las muchas diferencias políticas, teóricas y biográficas entre estos actores feministas, el denominador común de su postura antiislam es el consenso fundamental de que las relaciones de género en Occidente son más avanzadas y deben enseñarse a las mujeres musulmanas que, de no ser así, serán objetos sin capacidad de actuación a merced de sus culturas patriarcales. En mi opinión, este acuerdo fundamental es el que hace que feministas y femócratas de distintos espectros políticos planteen la igualdad de género y las prácticas islámicas como opuestas entre sí.

Esta percepción sesgada por el supremacismo occidental también alimenta las políticas de integración civil que son completamente nacionalistas además de neoliberales. Al analizar estas

más chauvinista y nacionalista. Para un debate sobre la noción de supremacismo occidental, que aporoto en el capítulo 1, véanse en particular Bessis, *Western Supremacy*; y Bonnett, «From the Crisis of Whiteness to Western Supremacism».

políticas, muestro cómo se han convertido en un punto clave en el que convergen las posturas antiislam de feministas, nacionalistas y neoliberales. Estas políticas, como explico más adelante, se alimentan de la lógica neoliberal del *workfare*, así como de la responsabilidad individual y se han mezclado con la ideología de derechas de la homogeneidad y superioridad de la nación (occidental), así como con la noción feminista «occidental-céntrica» de la emancipación a través del trabajo.

La noción de convergencia también nos ayuda a responder a la segunda pregunta: ¿qué intereses tienen los nacionalistas de derechas, los neoliberales y las feministas o femócratas en respaldar un tipo de políticas que están (o parecen estar) en conflicto con al menos ciertos aspectos de sus programas políticos? Al hacerme esta pregunta, me baso en la «teoría de la convergencia de intereses» de Derrick Bell.¹² Esta teoría establece que el grupo racial dominante apoyará las luchas por la igualdad de derechos del grupo racial subalterno solo si el primero cree que puede ganar algo en el proceso. Si trasladamos el argumento de Bell para entender la convergencia entre nacionalistas, neoliberales y feministas o femócratas en asuntos de desigualdad de género e islam en los tres países en los que me centro, *En nombre de los derechos de las mujeres* explora los cálculos estratégicos, pérdidas y ganancias, así como costes y beneficios para nacionalistas y feministas, en particular cuando apoyan políticas que no habían apoyado hasta el momento.

Por un lado, defiendo que, al fomentar una retórica de división, o de separación maniquea del debate político e ideológico en un «nosotros» (blancos, europeos, occidentales, cristianos,

¹² En un famoso artículo de 1980 Derrick Bell describió el veredicto de la Corte Suprema de EEUU de 1954 en el que declaraba inconstitucional la segregación racial de las escuelas públicas como un caso de «intereses convergentes». Según Bell, la decisión de la Corte Suprema de respaldar la batalla por los derechos civiles de los afroamericanos en las escuelas se vio motivada por el hecho de que los blancos veían ganancias políticas y económicas en terminar con la segregación en las escuelas (al menos en el plano legal). Según Bell, esa decisión, en primer lugar «ayudó a proporcionar credibilidad inmediata a la lucha estadounidense contra los países comunistas para conquistar los corazones y las mentes de los pueblos emergentes del Tercer Mundo»; en segundo lugar «ofreció el refuerzo que tanto necesitaban los estadounidenses negros de que aún había que dotar de significado a los preceptos de igualdad y libertad que tanto se anunciaron durante la Segunda Guerra Mundial»; y por último «la segregación se veía como una barrera para una mayor industrialización en el Sur» (Bell, «Brown versus Board of Education and the Interest-Convergence Dilemma»: 524-525).

civilizados, «respetuosos con las mujeres») contrapuesto a un «ellos» (esos Otros no blancos, no europeos, no occidentales, musulmanes, incivilizados, misóginos), los partidos nacionalistas de derechas solo pueden beneficiarse. En una coyuntura histórica en la que el asunto de la igualdad de género, como el de los derechos humanos, se ha convertido en un tema manido en cuyo nombre las nuevas configuraciones de poder racistas e imperialistas se vuelven hegemónicas, resulta sencillo tomar una idea vaga y generalizada sobre la igualdad de género y que estos partidos la usen con fines oportunistas para contribuir a la consolidación del proyecto nacionalista. Es más, la reclamación por parte de estos partidos de la falta de igualdad de género dentro de las comunidades inmigrantes y en particular musulmanas ha sido fundamental para generar y reforzar el sentimiento racista entre los europeos occidentales.¹³ Por otro lado, defiendiendo que las que salen perdiendo al converger con las voces antiislam y racistas en nombre de los derechos de las mujeres son las feministas y las femócratas. Es decir, al sugerir que la desigualdad de género es un asunto que afecta principalmente a mujeres no occidentales, feministas y femócratas antiislam han contribuido a desviar la atención de las muchas formas de desigualdad que aún afectan a las mujeres europeas occidentales. Los gobiernos neoliberales han aprovechado la oportunidad que ofrece el identificar los derechos de las mujeres como un «asunto exclusivo de mujeres migrantes o musulmanas» para reducir los fondos que se aportan a programas más universales dirigidos a abordar la injusticia de género de forma más amplia.¹⁴ El hecho de recurrir de forma generalizada al asunto de los derechos de las mujeres como una batalla «de civilizaciones», lejos de ayudar a que gane más visibilidad, lo aparta de la categoría de problema social generalizado y lo disloca como «problema exclusivo de mujeres no occidentales»; o como un problema que afecta a las mujeres occidentales como víctimas potenciales de los hombres musulmanes y los no occidentales/no blancos.

Es aquí donde mi idea de convergencia se aparta de la de Bell. Mientras que su teoría de la convergencia de intereses nos ayuda a analizar las intenciones tácticas (y las manipulaciones) tras el

¹³ Eisenstein, *Feminism Seduced*; Perugini y Gordon, *Human Right to Dominate*.

¹⁴ Outshoorn y Oldersma, «Dutch Decay».

repentino apoyo por parte de movimientos políticos no emancipatorios a proyectos de emancipación, la teoría de Bell no puede explicar las razones por las que los movimientos emancipatorios o los sujetos oprimidos podrían converger con los partidos conservadores. Tampoco puede explicar por qué los movimientos emancipatorios no cuestionan que los conservadores respalden repentinamente derechos que antes negaban o cuestionaban. En otras palabras, la teoría de la convergencia de intereses, tal y como la plantea Bell, no puede explicar lo contraproducente que resulta recurrir a argumentos antiislam en nombre de los derechos de las mujeres como hacen ciertas feministas y agencias por la igualdad de las mujeres. A pesar de que ciertos sectores feministas y femócratas que defienden estos argumentos creen que su postura reintroduce notablemente la igualdad de género en la agenda pública, en este libro explico cómo y por qué en realidad lo que provoca es lo contrario.

Así, la convergencia que produce el feminacionalismo puede entenderse como el resultado (y la causa) de una tensión y una contradicción fundamentales: por un lado, aquella entre las fuerzas no emancipatorias de la islamofobia y el racismo; y por el otro la lucha emancipatoria contra el sexismo y el patriarcado. Este libro defiende que es precisamente *esta* tensión lo que hace que el feminacionalismo se vea al mismo tiempo tan reforzado y extendido, pero también (al menos potencialmente) resulte tan frágil. La fuerza del feminacionalismo radica ante todo en el hecho de que la percepción fundamental de los hombres y las mujeres musulmanes (y, en menor medida, de los migrantes no occidentales) como «opresor» y «víctima» respectivamente se logra gracias a la participación de una serie de reconocidas feministas y femócratas, así como de ciertas mujeres políticas o figuras públicas de origen musulmán. Por lo tanto, *En nombre de los derechos de las mujeres* detalla cómo su participación en el discurso antiislam refuerza el funcionamiento de la estigmatización de los medios convencionales y nacionalistas porque les permite recurrir a estas feministas y femócratas como «personas expertas de forma privilegiada» que han conocido de primera mano la desigualdad de género. Al mismo tiempo, este libro sugiere que esta tensión también hace que el feminacionalismo sea una frágil convergencia, que podría debilitarse cuando sus componentes contradictorios se vean enfrentados de forma crítica.

Por lo tanto, mi noción de convergencia reconoce y enfatiza las fricciones y diferencias constituyentes, las pérdidas y las ganancias, que habitan el concepto de feminacionalismo. Recalca que las relaciones entre los distintos agentes políticos y sociales y los distintos programas que conforman el espacio ideológico del feminacionalismo son muchas, ambiguas y que posiblemente vayan más allá de las propias intenciones de estos actores. Como pretendo exponer, una comprensión más profunda de estas contradicciones nos puede ayudar a proponer una crítica radical de los efectos negativos de esta convergencia en la justicia de género en general.

Feminacionalismo como formación ideológica

Se le han dado muchos nombres a las constelaciones políticas que han surgido de la intersección entre las políticas nacionalistas, neoliberales y feministas o LGTB en los distintos países. Ya sea en forma del espíritu de la época, de táctica discursiva o de proyecto político, los académicos han señalado fundamentalmente las dimensiones político-coyunturales de este fenómeno.¹⁵ Más en concreto, han destacado la coyuntura temporal contemporánea en la que se dan estos encuentros; no obstante, han prestado atención insuficiente a sus historias. Por este motivo, defiendo que la convergencia entre partidos nacionalistas de derechas, políticas neoliberales y feministas o femócratas en los tres países que analizo se refleja mejor en términos de *formación ideológica*. Existen tres razones teóricas importantes para considerar el feminacionalismo como una formación ideológica.

En primer lugar, la noción de formación ideológica nos permite examinar la filosofía que subyace al feminacionalismo, una filosofía a la que antes me refería como la convicción colectiva de la supremacía de Occidente por encima de todo lo demás. Pero también nos permite identificar lo que es nuevo y lo que ya conocemos dentro de esta formación, o lo que yo llamaría su «modularidad». Al invocar el concepto de modularidad para justificar

¹⁵ Para espíritu de la época, véase Mepschen y Duyvendack, «European Sexual Nationalisms»; para táctica discursiva, Puar, *Terrorist Assemblages*; para proyecto político, Fekete, «Enlightened Fundamentalism?».

la aparente omnipresencia del feminacionalismo, pongo en juego una dimensión de la teoría del nacionalismo de Benedict Anderson. Como argumento en profundidad en el capítulo 3, este concepto se refiere a la doble identidad de la forma-nación (es decir, tanto universal como particular) y a su capacidad de trasladarse en el espacio y en el tiempo. Como argumenta Manu Goswami en su debate en torno al concepto de Anderson sobre la modularidad, «las reivindicaciones nacionalistas de particularidad y la singularidad imaginada de las formaciones nacionales solo se vuelven inteligibles frente a una red global de naciones y Estados nación similares en su forma y dentro de esa misma red».¹⁶ En consecuencia, la noción de modularidad del feminacionalismo destaca cómo el actual posicionamiento de mujeres y hombres musulmanes (en el que estas últimas desempeñan el papel de víctimas pasivas de la violencia de los hombres no occidentales ante la que necesitan protección) se puede entender como el rostro contemporáneo de un tropo occidental muy conocido, a saber, aquel de los «hombres blancos que [afirman que] salvan a mujeres de piel morena de hombres de piel morena», para retomar la oportuna formulación de Gayatri Chakravorty Spivak.¹⁷ Hoy, las mujeres musulmanas personifican la figura homogeneizadora de la mujer no occidental como víctima por excelencia de la violencia del hombre no occidental en el imaginario de Europa occidental. Por lo tanto, expongo que mientras el actual discurso político y de los medios de comunicación se centra en los hombres musulmanes como opresores, quien amenazaba a Europa occidental en los años noventa era el hombre inmigrante del Este. Entonces, el inmigrante malo lo representaba fundamentalmente el hombre europeo del Este y se le solía retratar envuelto en actividades criminales o de trata, mientras que las mujeres de estos países se solían representar como víctimas de una cultura atrasada o de la industria sexual.

Más aún, tal y como la crítica poscolonial ha demostrado, en tiempos coloniales en Países Bajos, Francia e Italia (entre otros), la insistencia en las relaciones de género desiguales y la idea de que las mujeres colonizadas eran víctimas de la violencia patriarcal (lo que se entendía como indicadores de la «cultura» de

¹⁶ Goswami, «Rethinking the Modular Nation Form», p. 785.

¹⁷ Spivak, «Can the Subaltern Speak?».

los pueblos indígenas) fueron imprescindibles para reforzar las tecnologías de dominación sobre los sujetos coloniales.¹⁸ Por lo tanto, este libro señala las repeticiones históricas y las premisas ideológicas que subyacen al hecho de que hoy en día se recurra a la igualdad de género como una herramienta para presentar a los Otros hombres como amenazas sexuales y a las Otras mujeres como víctimas sexuales y como propiedad de sus «salvadores» occidentales. La rearticulación de todas estas ideas, fragmentos y huellas del pasado reciente en el contexto distinto de neoliberalismo y de auge de la islamofobia es lo que define la modularidad del feminacionalismo.

En segundo lugar, el feminacionalismo funciona «a través de regularidades discursivas» que, como plantea Stuart Hall, son fundamentales en las formaciones ideológicas. Para Hall, las formaciones ideológicas son aquellas que «“formulan” sus propios objetos de conocimiento y sus propios sujetos; tienen su propio repertorio de conceptos, se guían por sus propias lógicas, recurren a su propia modalidad enunciativa, constituyen su propia manera de reconocer lo que es cierto y excluyen lo que es falso dentro de su propio régimen de verdad. Establecen, a través de sus regularidades, un “espacio de formación” en el que se pueden hacer ciertas afirmaciones».¹⁹ Así, la noción de formación ideológica nos permite conceptualizar de forma más precisa el plano discursivo que constituye y consolida el feminacionalismo. La apelación contemporánea al feminismo para promover la antinmigración y la islamofobia dentro de un marco cada vez más nacionalista no podría entenderse sin el despliegue de un aparato mediático discursivo de proporciones gigantescas. Uno solo tiene que pensar en el inmenso despliegue mediático al que Occidente se ha visto sometido, en concreto desde el 11-S: el bombardeo de Afganistán presentado como necesario para liberar a las mujeres musulmanas del burka; leyes de inmigración draconianas aprobadas supuestamente para evitar la «importación» de futuras esposas de Marruecos o de Turquía; o, más recientemente, el retrato de los hombres refugiados sirios como responsables en masa de las agresiones sexuales y de los robos a mujeres durante la celebración de Nochevieja en Alemania. Así

¹⁸ MacMaster, «Colonial “Emancipation”»; Stoler, *Race and the Education of Desire*.

¹⁹ Hall, «Toad in the Garden», p. 51.

es como este aparato ha producido la incuestionable y definitiva asociación entre violencia de género e islam. En otras palabras, el feminacionalismo se ha constituido y alimentado a través de la producción y la práctica de significados que han terminado por saturar el imaginario cultural occidental a través de la condensación de dichos significados, símbolos, imágenes y regularidad discursiva en el *senso comune* (literalmente sentido común), por usar el concepto tan apropiado de Gramsci.²⁰

Por último, conceptualizo el feminacionalismo como una formación ideológica porque defiende que la apelación a la igualdad de género por parte de los partidos nacionalistas, neoliberales y feministas/femócratas en formas que intensifican la xenofobia también surge de intereses económicos muy concretos. En su texto fundamental, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Louis Althusser nos invitaba a reflexionar sobre la materialidad de las ideologías y sobre cómo sirven para la reproducción de las condiciones materiales de producción. Es decir, para Althusser, los aparatos ideológicos de Estado (es decir, la familia, los medios, el colegio, la religión, etc.) desempeñan el papel de garantes en la reproducción de las condiciones que recrean la fuerza de trabajo explotada a diario, tanto material como psicológicamente. Althusser vio que estos aparatos funcionaban de tal forma que garantizaban el mantenimiento de las condiciones para que las clases subalternas se sometieran a la «ideología dominante» y la internalizaran.²¹ Por lo tanto, según este planteamiento

²⁰ El concepto de *senso comune* en Gramsci describe una idea que en determinada época y sociedad se vuelve dominante al confeccionarla, no criticarla y a menudo al percibirla e interiorizarla en gran medida inconscientemente, con independencia de que sea verdadera o falsa. Para un tratamiento extensivo de este concepto y problemática en el trabajo de Gramsci, véase Thomas, *Gramscian Moment*.

²¹ Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Mientras que de la teorización de Althusser tomo la importancia de comprender la ideología dentro del contexto más amplio de producción y reproducción del capital, mi visión del feminacionalismo a través de esta lente teórica va en contra de cierta tendencia de Althusser de centrarse en la ideología en general. Siguiendo en parte el punto de vista de Michel Pêcheux, hablo de «formación» ideológica en lugar de ideología como tal para enfatizar que el feminacionalismo está determinado históricamente y exige mayores herramientas teóricas y contextos históricos para comprenderlo debidamente. Véase Pêcheux, «Mechanism of Ideological (Mis)recognition». En contraste con cierta tendencia en Althusser de pensar en las ideologías como internamente uniformes, señalo sin embargo las inconsistencias internas, la fragmentación y las contradicciones del feminacionalismo como una formación ideológica

althusseriano, la noción de formación ideológica exige que exploremos la materialidad concreta del feminacionalismo. Así, la noción de formación ideológica sugiere que debemos examinar cómo la convergencia entre ciertos sujetos políticos heterogéneos en torno a la noción de que el sexismo es de dominio exclusivo de ese Otro no occidental oculta la necesidad de mantener y reproducir mecanismos político-económicos específicos. En último término, como explicaré en la próxima sección, la noción de feminacionalismo como formación ideológica nos permite demostrar que la apelación xenófoba a la igualdad de género refuerza la cadena material de producción y de reproducción social.

Feminacionalismo como economía política neoliberal

Los pocos estudios que han intentado tener en cuenta las dimensiones político-económicas del acercamiento a la igualdad de género y la del colectivo homosexual por parte de las políticas conservadoras, neoliberales o racistas se han referido fundamentalmente al neoliberalismo como una de las fuerzas de fondo. Por ejemplo, Sirma Bilge defiende que la posibilidad de que el género y la sexualidad se conviertan en el «campo de operaciones de nacionalismos racistas e imperialistas» se debe básicamente a lo bien que encajan en el estilo neoliberal de esconder desigualdades estructurales tras conflictos culturales.²² Del

específica del siglo XXI. Althusser solía concebir las ideologías como funciones casi directas de deliberaciones estatales y en último término productivas solo de sujetos subalternos, en la medida en que, para Althusser, la interpelación ideológica es lo que produce a los individuos como sujetos, de tal forma que parece no dar cabida a la emergencia de subjetividades críticas y antagonistas. Para una crítica de este elemento en la ideología de Althusser, véase Rehmann, *Theories of Ideology*.

²² Bilge, «Mapping Québécois Sexual Nationalism», p. 306. Bigle entiende el neoliberalismo como la lógica que fusiona la agenda de la igualdad de derechos con la racionalidad empresarial al mercantilizar los movimientos sociales por la igualdad tales como el feminismo y el movimiento LGTB y convertir a los defensores de estos movimientos en consumidores y sujetos neoliberales. En consecuencia, el objetivo de las «políticas neoliberales de igualdad» es la reducción de la «justicia social a una cuestión de derechos y [y el ocultamiento de] duras operaciones del capitalismo global y de los sistemas subyacentes de injusticia estructural».

mismo modo, Paul Mepschen y Jan Duyvendack han señalado cómo el neoliberalismo ha facilitado el encuentro entre políticas LGTB y nacionalistas, no solo al promover el auge de una cultura consumista homosexual, sino también al reafirmar la autoridad del Estado nación sobre la producción de identidades, mientras se permite la (des)regulación de la economía.²³ Así, defienden que los nacionalismos sexuales son coherentes con las estrategias neoliberales de segmentación del mercado y la promoción de políticas chauvinistas.

No obstante, estos estudios previos entienden el neoliberalismo como el teatro económico en el que se encuentran una gama de fuerzas diversas, pero no como aquel en el que los personajes principales entran en escena. A pesar de estar de acuerdo en que el neoliberalismo es imprescindible para comprender estos fenómenos, este libro defiende que el neoliberalismo no solo es la base contextual en la que se da la convergencia del feminacionalismo, sino que es constituyente en sí mismo de tal convergencia. La apelación a los derechos de la mujer en el marco de campañas xenófobas, que encontramos cada vez más bajo el neoliberalismo, no solo distrae la atención de las crecientes desigualdades económicas a través de modos «culturalistas» de desplazamiento. Ni ha funcionado solo gracias a haber hecho que las campañas por los derechos humanos resulten funcionales para las culturas consumistas. Muy al contrario, entiendo que el neoliberalismo es una formación político-económica que «institucionaliza» la ideología feminacionalista como parte del funcionamiento de los aparatos del Estado para (re)organizar la productividad y en concreto la esfera de la reproducción social.

En nombre de los derechos de las mujeres detalla la institucionalización neoliberal del feminacionalismo mediante el análisis de los componentes económicos de los programas de integración civil para nacionales de terceros países. Como he mencionado anteriormente, estos programas exigen que, para que se les pueda garantizar una residencia, los migrantes aprendan lo que se afirma son los grandes principios de los Estados europeos receptores. Aquí la igualdad de género se presenta como un pilar de la nación europea occidental y la declaración de respeto a los

²³ Mepschen y Duyvendack, «European Sexual Nationalisms».

derechos de las mujeres se ha convertido en un requisito para el asentamiento. Al reconstruir la historia de la puesta en marcha de estos programas y el perfil político de sus diseñadores y defensores, así como sus dimensiones de género, muestro cómo han incorporado la representación de mujeres y hombres musulmanes (respectivamente como víctimas y opresores) en el aparato disciplinario de las políticas estatales de inmigración. Así, demuestro cómo estas políticas son un punto específico y muy concreto en el que veo un deslizamiento entre los estereotipos antiislam y los procesos de alteridad que implican y afectan no solo a las mujeres musulmanas, sino a las mujeres migrantes en general. Además, detallo cómo las políticas de integración civil no funcionan solo al nivel «disciplinario» del Estado, al representar a los hombres musulmanes y migrantes no occidentales como subjetividades misóginas que necesitan reeducación. En su lugar, demuestro cómo estas políticas también funcionan de forma crucial en el plano económico.

Sobre la idea de que las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales son individuos atrasados que en su mayoría están confinados en casa, desde 2007 en adelante las políticas de integración civil en Países Bajos, Francia e Italia han animado a estas mujeres a integrarse económicamente mediante la búsqueda de empleo fuera del hogar.²⁴ Como argumento en el capítulo 4, la integración económica de las mujeres migrantes no occidentales en particular (tanto musulmanas como no musulmanas) ha funcionado muy bien mediante la aplicación de dispositivos neoliberales de *workfare*. Las organizaciones de mujeres y las agencias estatales por la igualdad de género han respaldado la puesta en marcha de estas iniciativas que abordan las dificultades de la población migrante femenina en el mercado laboral del país de destino y además se han implicado activamente en ellas. Sin embargo, un análisis profundo de estas iniciativas revela que las mujeres migrantes no occidentales que participan en programas de integración civil se han visto dirigidas a un puñado de

²⁴ El Fondo Europeo para la Integración se estableció en 2007. El capítulo 4 debate en profundidad cómo distintas organizaciones han usado este fondo, incluidas agencias por la igualdad de las mujeres dentro y fuera de la burocracia estatal, para promover la integración económica de mujeres migrantes no occidentales. Así, muestro las contradicciones que se plantean, en particular para las feministas, con la implantación concreta de estas políticas económicas de integración.

tipos de trabajo: limpiadoras de hotel, trabajo doméstico, cuidado de niños, cuidado de ancianos o de discapacitados. A pesar del gran énfasis que varias feministas, organizaciones de mujeres y las femócratas de las que hablo en mi libro ponen en la necesidad de que estas mujeres se emancipen mediante el acceso a la esfera pública productiva, en realidad las mujeres migrantes no occidentales se han visto relegadas al trabajo de cuidados y doméstico en la esfera privada. Existe entonces una contradicción cuando las feministas y las femócratas apelan a la emancipación de las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales al mismo tiempo que las dirigen a la misma esfera (doméstica, mal pagada y de trabajo precario) de la que el movimiento feminista ha intentado históricamente liberar a las mujeres. Esto no es solo una contradicción retórica, sino que se lleva a cabo de forma concreta. Para entender lo que subyace a esta «contradicción performativa» he reconstruido una genealogía crítica de la noción de independencia económica tal y como surgió en las distintas olas del movimiento feminista, y de los conceptos relacionados de trabajo productivo como opuestos a la reproducción social. Esta genealogía crítica sugiere que es precisamente la tensión entre estos dos universos (es decir, la producción y la reproducción social) y la devaluación de esta última por parte de muchas feministas europeas occidentales lo que inconscientemente ha contribuido a la reconfiguración de la reproducción social como un sector dominado por una parte de la fuerza de trabajo muy marginada y vulnerable, a saber, mujeres migrantes musulmanas y no occidentales.

En nombre de los derechos de las mujeres también documenta el papel activo de los gobiernos de derechas y de algunos partidos nacionalistas de derechas a principios de la década del 2010 al dirigir a estas mujeres al sector de los cuidados y doméstico o de la reproducción social. Destaco el papel de la crisis financiera de 2007-2011 como telón de fondo fundamental en el que ha de entenderse la retórica nacionalista y neoliberal de hombres y mujeres migrantes no occidentales (musulmanes y no musulmanes) como opresores y víctimas. Al documentar cómo el proceso de «mercantilización del cuidado» durante la crisis ha afectado a la expansión del mercado laboral de las mujeres migrantes cuidadoras, este libro analiza las complejas formas en que las mujeres migrantes no occidentales se han convertido en las principales

proveedoras de la reproducción social en un contexto de creciente demanda de cuidados. Además, a través del análisis detallado de los datos del rendimiento económico de migrantes no occidentales en términos de tendencias de empleo y por sectores entre los años 2007 y 2013, demuestro que las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales no solo salvaron la crisis, sino que su tasa de actividad y de empleo de hecho aumentó durante este periodo. A diferencia de los hombres migrantes no occidentales, quienes suelen encontrar trabajo en sectores en los que la reubicación y el cierre de lugares de producción se puede usar fácilmente como dispositivo de «gestión de crisis» para reducir el número de trabajadores, las mujeres migrantes no occidentales encuentran sus empleos mayoritariamente en la economía doméstica y de los cuidados. Este es el sector en el que las clásicas operaciones capitalistas de gestión de crisis no funcionan: la reproducción social, simplemente, no se puede reubicar ni cerrar en tiempos de crisis económica. El trabajo de cuidados debe continuar incluso en periodos de recesión para garantizar el funcionamiento diario de nuestra sociedad. Es más, en el contexto actual de creciente tasa de empleo de las mujeres europeas occidentales son cada vez más las mujeres migrantes y no occidentales quienes se ocupan del cuidado de los niños, los discapacitados y los ancianos. Esto sucede precisamente en el momento histórico en el que Europa occidental privatiza los servicios de bienestar y se enfrenta a una población que no deja de envejecer.

Insisto pues en que el énfasis en las mujeres migrantes no occidentales en general como individuos a los que ayudar en su proceso de integración y emancipación, incluido a través de ofertas de trabajo, es posible porque ellas, a diferencia de los hombres migrantes trabajadores, ocupan en este momento una posición estratégica en el sector de la reproducción social del cuidado de niños, de ancianos y de la limpieza. En lugar de ser quienes «nos roban el trabajo», «las amenazas sociales y culturales» y «los parásitos del sistema de bienestar» (todas ellas denominaciones que se usan a menudo para los hombres migrantes musulmanes y no occidentales), las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales parecen ser quienes permiten que los hombres europeos occidentales y en particular las mujeres puedan trabajar en la esfera pública al proporcionar esos cuidados que la reestructuración liberal ha mercantilizado.

En nombre de los derechos de las mujeres sugiere entonces que el doble rasero que se aplica a las mujeres migrantes y no occidentales en el imaginario público como individuos que necesitan atención especial, incluso «ser rescatadas», funciona como herramienta ideológica que está estrechamente conectada con su papel fundamental en la *reproducción de las condiciones materiales de la reproducción social*. El feminacionalismo debería entenderse como parte fundamental de la reorganización específicamente neoliberal del bienestar, del trabajo y de las políticas estatales de inmigración que se ha dado en el contexto de la crisis financiera global y, de forma más amplia, de la crisis de la reproducción social de Europa occidental. La mera posibilidad de que nacionalistas y neoliberales puedan explotar ideales emancipatorios de igualdad de género, así como la convergencia de feministas/femócratas con políticas antiemancipatorias y xenófobas surge, en gran medida, de la reconfiguración específicamente neoliberal de la economía europea en los últimos treinta años.

Un apunte sobre la metodología

Este libro se centra en Países Bajos, Francia e Italia como casos significativos para el estudio del feminacionalismo. Desde principios de los años dos mil, estos tres contextos nacionales han ganado relevancia internacional como los primeros laboratorios europeos para la convergencia de la derecha nacionalista, las políticas neoliberales y las feministas y femócratas antiislam. A pesar de las distinciones evidentes entre los contextos neerlandés, francés e italiano (en lo relativo a historia de la inmigración, cultura de integración, nacionalidades y tipos de migración, así como las diferencias de sus respectivas tradiciones de los movimientos nacionalista y feminista y de la aplicación de la agenda neoliberal) no han dejado de mostrar un parecido y una sincronía sorprendentes en el desarrollo del feminacionalismo. Mi objetivo no es ofrecer una evaluación diferenciada de cada país, ni siquiera una tipología comparativa. En su lugar, este libro pretende resaltar los paralelismos entre estos contextos nacionales y actores políticos y presentar el carácter transnacional del feminacionalismo a partir de lo local. A pesar de ser específico respecto de estos escenarios nacionales, la teorización que propongo

ofrece un marco conceptual que podría resultar útil para analizar fenómenos similares en otros contextos nacionales de Europa occidental en particular y de Occidente en general.²⁵

²⁵ Con «Europa occidental» me refiero al área que comprende los quince Estados miembros de la Unión Europea antes del ingreso de los diez países candidatos, en su mayoría de Europa del Este, en 2004, junto con los países fuera de la Unión Europea de Suiza y Noruega. La restricción de mi análisis a Europa occidental, en lugar de a Europa o a la Unión Europea en su conjunto, se debe a dos razones fundamentales. La primera, a pesar de la reciente incorporación de la mayoría de países del este de Europa a la Unión Europea, las Europas occidental y oriental aún constituyen dos bloques políticos, sociales y económicos, y así los percibe la gran mayoría de la población. En términos de flujos de migración, por ejemplo (un aspecto clave de interés de este estudio), mientras que la mayoría de países europeos occidentales son mayoritariamente áreas de inmigración (también de europeos de Europa del Este) los países orientales de Europa son áreas de emigración a las regiones occidentales. Además, en lo que respecta a la construcción ideológica, mientras que los países occidentales europeos se retratan (también a sí mismos) como «occidentales», modernos, libres, democráticos y ricos, los países orientales europeos, o postsocialistas, en cambio, se ven como «orientales», autoritarios, no democráticos y pobres. Esto también explica los procesos de «racialización» de los europeos del Este por parte de los europeos occidentales, lo que lleva a que se retrate a la mayoría de europeos del Este como un grupo homogéneo e inferior. Sin duda, existen importantes diferencias en cómo los europeos occidentales retratan los distintos países de Europa del Este. Por ejemplo, en el imaginario europeo occidental algunos países/pueblos de Europa central y del Este no están tan «atrasados» como otros (como en el caso de los pueblos bálticos, por su particular historia en el contexto de la Unión Soviética). Por otro lado, los pueblos de los países del sur de Europa (como es el caso de los italianos, griegos, españoles y portugueses) han sido objeto de estereotipos y alteridad en distintos momentos de la historia, a pesar del hecho de que hoy se les considera ampliamente como pertenecientes a Europa occidental. Incluso a pesar de estas diferencias, lo que destaco aquí son las similitudes subyacentes del imaginario europeo occidental en lo que respecta a los países europeos del Este, que explica las formas en las que tienen lugar los procesos de racialización hacia estos países. Además, como he argumentado a lo largo de este libro, los hombres y mujeres de Europa del Este, como otros sujetos no occidentales en el imaginario europeo occidental, se retratan de acuerdo con categorías derivadas de procesos de «racialización del sexismo» y de «sexualización del racismo». Por lo tanto, no solo se retrata a los hombres de Europa del Este como opresores y a las mujeres como víctimas, sino que además el sexismo se considera un problema que afecta a las comunidades de Europa del Este más que lo que afecta a las occidentales (véase el capítulo 1). La segunda razón por la que me refiero a Europa occidental, en lugar de a Europa, es para evitar hacer generalizaciones que pertenecen solo a Europa occidental y no a Europa oriental. Para un debate sobre la construcción de Europa del Este como el «Otro», véase Kideckel, «Utter Otherness»; Wolff, *Inventing Eastern Europe*; Bakic-Hayden, «Nesting Orientalisms». Para un debate sobre las representaciones de las mujeres europeas del Este en Occidente, véase Lutz, «Limits of European-ness»; Suchland, «Is Postsocialism Transnational?»; Andrijasevic, «Difference Borders Make»; y Andrijasevic, «Beautiful Dead Bodies».

Con este objetivo, analizo los tres partidos nacionalistas de derechas más visibles en cada uno de los tres países (es decir, el PVV en Países Bajos, el FN en Francia y la LN en Italia). A pesar de que no representan la totalidad de la constelación nacionalista en cada contexto, sí han tenido un papel fundamental en la vida política de cada uno de estos países desde mediados de los dos mil. Lo que es más importante, estos tres partidos han determinado fundamentalmente el giro nacionalista hacia la derecha que ha caracterizado a las políticas neerlandesas, francesas e italianas en la segunda década del milenio. Su insistencia en la supuesta negación de las auténticas raíces, cultura, historia y valores de la nación por parte de los migrantes musulmanes y no occidentales, así como su apelación a los derechos de las mujeres frente a esos Otros no occidentales, se han visto ampliamente documentadas por los medios predominantes y citadas en el debate público.

En segundo lugar, analizo las demandas de las feministas que han adoptado gran presencia pública a partir del inicio de los años dos mil en adelante debido a su decidida acogida de argumentos antiislam. Mi investigación se centra en el grupo de las actoras más influyente en cada país: reputadas intelectuales feministas; políticas feministas de izquierda y derecha, incluidas algunas de origen norteafricano o musulmán; organizaciones de mujeres y figuras clave en las agencias estatales por la igualdad de género o femócratas.

Por último, este libro analiza el despliegue de temas de igualdad de género en campañas antiislam o antinmigración al analizar la filosofía neoliberal que subyace en los nuevos programas de integración civil que promueve la Comisión Europea desde inicios de los años dos mil en adelante. Detallo las formas en las que el programa neoliberal de *workfare* prioriza la «migración cualificada» y enmarca la integración de los migrantes como un asunto tanto de responsabilidad individual como de contribución económica, mientras muestro cómo estas agendas influyen en la estigmatización de hombres migrantes no occidentales (no cualificados) en nombre de los derechos de las mujeres.

Mi análisis del auge del feminacionalismo adopta diversos métodos, incluidas entrevistas con interlocutores clave, observación participante, análisis de datos estadísticos y análisis crítico del discurso (CDA, por sus siglas en inglés). En concreto, he

analizado programas políticos, discursos y entrevistas políticas, material visual (vídeos, pósteres y documentales), documentación oficial nacional y europea, leyes y políticas sobre inmigración e integración, así como datos sobre trabajo y migración de la Encuesta de Población Activa, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico y la Organización Internacional del Trabajo. Los análisis y argumentos que presento también se nutren de muchos años de trabajo académico sobre la migración de género, el multiculturalismo y la división del trabajo migrante por géneros en los tres contextos.

Resumen de los capítulos

El capítulo 1, «Figuras del feminacionalismo», reconstruye una genealogía crítica de la evocación de los derechos de las mujeres en Países Bajos, Francia e Italia desde el año 2000 hasta el año 2013. Ofrece un resumen detallado de las formas en las que los tres partidos nacionalistas de derechas han recurrido cada vez más a una retórica de la igualdad de género para promover sus programas políticos antiislam y antinmigración. Este capítulo también traza la participación de varias reputadas intelectuales y políticas feministas, organizaciones de mujeres y femócratas en la campaña contra el patriarcado islámico y la «especial exposición» de las mujeres musulmanas a la misoginia y a la violencia de género. Este capítulo sostiene que la constitución de un espacio común en el que fuerzas aparentemente opuestas (como el feminismo y el nacionalismo de derechas) pueden manifestar su preocupación por la violencia de género como algo de dominio exclusivo del Otro musulmán surge de una creencia compartida en la supremacía de los valores occidentales.

El capítulo 2, «Feminacionalismo no es populismo», comienza con un debate sobre los análisis de sociólogos y científicos políticos que, en la pasada década, entendieron la explotación de la igualdad de género por parte de los partidos de derechas como una forma de populismo. Para poner en cuestión esos análisis, defiende que el concepto de populismo no recoge la centralidad que estos partidos otorgan a la igualdad de género. En su lugar, afirmo que, si queremos comprender las razones de la repentina

e instrumental apelación a los asuntos feministas por parte de estos partidos de derechas, tenemos que recurrir a las teorías del nacionalismo desarrolladas en el contexto del feminismo poscolonial y de los estudios críticos de la raza. Para ello, exploro el surgimiento del feminacionalismo dentro del contexto histórico de la decolonización de países no occidentales y la recolonización de sujetos no occidentales en Europa y en Occidente. Además, relaciono estas discusiones con las nociones de «sexismo racializado» y de «sexualización del racismo».

El capítulo 3, «Políticas de integración y la institucionalización del feminacionalismo», debate la legislación reciente sobre la integración civil llevada a cabo en Países Bajos, Francia e Italia entre 2006 y 2013 por parte de gobiernos neoliberales con el apoyo de partidos nacionalistas. Centrándome en los programas de integración civil, muestro cómo la igualdad de género y los derechos de las mujeres están entre los valores más importantes que se exige que los migrantes interioricen y respeten. Mientras que las interpretaciones sesgadas de las políticas de integración afirman que el aspecto de la igualdad de género que abordan estas políticas demuestra el carácter liberal, y no nacionalista (y racista), de estos programas, yo demuestro que en realidad sucede lo contrario. Expongo que las políticas de integración son presumiblemente la forma más concreta y perniciosa de institucionalización del feminacionalismo como formación ideológica.

El capítulo 4, «Feminacionalismo, neoliberalismo y reproducción social», se centra en un punto ampliamente ignorado de la convergencia entre feministas, nacionalistas y políticas neoliberales antiislam, a saber, las políticas dirigidas a la integración «económica» de las mujeres migrantes no occidentales. Comienzo mostrando que la demanda de que estas mujeres participen en el trabajo está ampliamente enmarcada en un contexto de *workfare*. En segundo lugar, demuestro que la puesta en marcha de estas políticas, también por parte de ciertas políticas feministas notables, organizaciones de mujeres y agencias estatales por la igualdad de género, ha funcionado a través de dirigir a mujeres migrantes no occidentales (musulmanas y no musulmanas) hacia los sectores doméstico y de los cuidados (reproducción social), que tradicionalmente se han concebido como «femeninos». La contradicción surge cuando recordamos que el movimiento feminista ha luchado a lo largo de la historia precisamente

contra esta división del trabajo por géneros (los hombres en la esfera pública y las mujeres en la privada). Para comprender las condiciones de posibilidad de tal contradicción, así como su trayectoria, propongo que reconstruyamos la compleja genealogía feminista de la independencia económica y los conceptos relacionados de trabajo productivo, que históricamente se ha colocado frente a la reproducción social. Esta reconstrucción crítica nos permite comprender mejor cómo ciertas feministas y femócratas convergen con la ideología del feminacionalismo.

El capítulo 5, «La economía política del feminacionalismo», enfatiza que el doble rasero que se aplica hoy a la población migrante no occidental (según el cual los hombres son «ese Otro peligroso» mientras que las mujeres son las «víctimas a las que rescatar») atiende a una lógica político-económica. Argumento que debemos repensar y desafiar la presunción habitual de que los inmigrantes y las mujeres constituyen un «ejército industrial de reserva». Al analizar el papel estratégico de las mujeres migrantes no occidentales (musulmanas y no musulmanas) en el sector de la reproducción social y del trabajo doméstico y de los cuidados en el contexto de cómo el Estado se retira de la prestación de cuidados públicos, la población envejecida y la creciente participación de las mujeres europeas occidentales en el mercado de trabajo, demuestro que el trabajo barato de las mujeres migrantes se ha vuelto esencial para la reproducción de las sociedades y las economías europeas occidentales. Incluso durante la reciente crisis económica, la tasa de empleo de las mujeres migrantes en el sector doméstico y de cuidados creció, a diferencia del empleo entre los (hombres) migrantes en otros sectores. Esto atestigua una diferencia fundamental entre el trabajo de hombres y mujeres migrantes en las sociedades contemporáneas de Europa occidental: a diferencia de sus contrapartes masculinas, las mujeres inmigrantes ahora pertenecen a lo que se puede denominar «ejército industrial regular». Esta categoría nos permite evidenciar la lógica económica tras la representación de las mujeres musulmanas y no occidentales como «sujetos amortizables».

Por último, el análisis que se ofrece en estas páginas subraya cómo la evocación de los derechos de las mujeres dentro de campañas xenófobas no se limita a la retórica política. Es fundamental un análisis detallado de los fundamentos político-económicos

de este desarrollo, no solo para reforzar nuestra crítica, sino especialmente para ayudarnos a encontrar prácticas políticas alternativas para enfrentarnos a sus devastadoras consecuencias.

1. Figuras del feminacionalismo

EN ESTE CAPÍTULO desarrollaremos una genealogía crítica de la apelación a los derechos de las mujeres en las campañas antiislam y antinmigración en Países Bajos, Francia e Italia, desde comienzos de los años dos mil hasta 2013. En concreto, las próximas secciones rinden detallada cuenta de cómo los partidos nacionalistas de derechas (el PVV en Países Bajos, el FN en Francia y la LN en Italia) recurren cada vez más a un léxico de igualdad de género para promover su agenda política xenófoba.¹ Este capítulo también rastrea la participación de varias intelectuales feministas y organizaciones de mujeres, políticas mujeres (incluidas algunas de ascendencia musulmana) y agencias por la igualdad de las mujeres (o femócratas) en las campañas contra el «patriarcado» del islam y contra la supuesta exposición de la mujer musulmana más que ninguna otra a la misoginia y a la violencia de género.² No obstante, antes de empezar a describir las siluetas de estas *figuras feminacionalistas*, a continuación aportaré un breve marco histórico sobre cómo el estereotipo de los hombres migrantes no occidentales como misóginos y de las mujeres migrantes no occidentales como víctimas a las que rescatar ha ganado presencia

¹ A lo largo de este libro me sirvo de la noción de nacionalismo de derechas para describir las políticas del PVV, del FN y de la LN. Como explico en detalle en el capítulo 2, evito deliberadamente el término «populismo» para describir las ideologías de estos partidos, ya que creo que ese concepto es impreciso y engañoso.

² Aquí utilizo la definición de femócratas de Hester Eisenstein como «feministas que participan en la burocracia del Estado» (Eisenstein, *Inside Agitators*).

en el imaginario de Europa occidental. Es importante destacar que tanto la actual estigmatización de los hombres musulmanes como enemigos de la igualdad de género, como la presentación de las mujeres musulmanas como víctimas oprimidas se sostienen sobre prejuicios de género que se han aplicado a sujetos no occidentales, y de forma más generalizada a sujetos colonizados en estos tres países. El lugar en el que hoy se pone a hombres y mujeres musulmanes, en el que estas últimas representan los objetos pasivos de la violencia congénita de los hombres no occidentales ante la que necesitan protección, puede de hecho entenderse como la apariencia contemporánea del famoso tropo occidental, tal y como mencioné en la introducción, de «los hombres blancos que [afirman que] salvan a las mujeres de piel morena de los hombres de piel morena», según la oportuna formulación de Gayatri Chakravorty Spivak.³ Por lo tanto sostengo que, en el contexto actual, las mujeres musulmanas desempeñan el papel de la *sinécdoque* del estereotipo europeo occidental de ese Otro femenino; en el imaginario actual de Europa occidental las mujeres musulmanas personifican la figura homogeneizante de la mujer no occidental como víctima por excelencia de la violencia del hombre no occidental. En este sentido, la mujer musulmana hoy en día representa poderosamente las características de lo que, ya en la década de los ochenta, Chandra Mohanty llamó la mujer del Tercer Mundo, esto es, la representación de las mujeres de sociedades no occidentales como integrantes de un grupo «indefenso» definidas por su calidad de víctimas.⁴

Mujeres musulmanas como sinécdoque

La apelación a los temas de igualdad de género para estigmatizar a los hombres migrantes no occidentales tiene, de hecho,

³ Spivak, «Can the Subaltern Speak?».

⁴ Mohanty, «Under Western Eyes». Sin duda, a las mujeres musulmanas y no occidentales no solo se les ha representado como víctimas. En los medios de comunicación de Europa occidental, también se pueden encontrar representaciones de mujeres musulmanas como parásitos del bienestar público, o como terroristas, o de las mujeres de Europa del Este como sexualmente agresivas. Sin embargo, como también apuntan Jacobsen y Stenvoll, «los relatos alternativos se constituyen en relación» con el retrato dominante de víctimas. Véase Jacobsen y Stenvoll, «Muslim Women and Foreign Prostitutes», p. 276.

una historia y una trayectoria específicas en el contexto de Europa occidental. Tras la Segunda Guerra Mundial, cuando Europa Occidental empezaba a recuperarse de la devastación que trajo el horrible conflicto, millones de migrantes, la mayoría hombres, se desplazaron por todo el continente para cubrir la demanda de fuerza de trabajo en la industria de la reconstrucción.⁵ Surgió todo un negocio en torno a estos migrantes, con acuerdos bilaterales firmados entre Estados y oficinas de los países del norte de Europa, específicamente destinados a atraer a hombres jóvenes para darles trabajo en la industria y la construcción. Independientemente del origen, ya fueran las excolonias europeas (o de países que aún estaban bajo el mando colonial), o de la región mediterránea (por ejemplo, el sur de Italia, España, Portugal, Grecia, Yugoslavia, Turquía y parte del Magreb) estos hombres migrantes pronto se convirtieron en las víctimas de una xenofobia y un racismo generalizados.⁶ A pesar de su papel imprescindible en la reconstrucción de las economías de Europa occidental, tanto los medios de comunicación convencionales como los partidos de derechas les retrataron en términos negativos: vagos, incivilizados, agresivos, atrasados, poco ambiciosos y demás.⁷ Fue solo a partir de mediados de la década de los setenta en adelante (es decir, tras la crisis del petróleo de 1973 y las medidas que detuvieron nuevos flujos de inmigración hacia la mayor parte de los países del norte de Europa) cuando las mujeres migrantes aparecieron en el escenario de la migración a una escala sin precedentes (de la que hablaré más en el capítulo 5). Ante el temor de no poder regresar a los países «anfitriones» una vez salieran de ellos, muchos de estos hombres migrantes decidieron establecerse en el norte de Europa y traer a los miembros de sus familias: esposas, madres e hijas. A partir de la década de los setenta en adelante, la geografía de la migración también cambió; con su admisión en la familia europea, los países de emigración se convirtieron en países de inmigración (como fue el caso del sur de Europa). Por lo tanto, la presencia de mujeres migrantes originarias de las excolonias y del Sur global en Europa occidental

⁵ Castles y Miller, *Age of Migration*.

⁶ Freeman, *Immigrant Labor and Racial Conflict in Industrial Societies*; Miles, «Labour Migration».

⁷ Castles y Miller, *Age of Migration*.

fue la paradójica e inesperada consecuencia de las políticas que pretendían reducir, en lugar de aumentar, el número de migrantes presentes en el continente.⁸ Y no pasó mucho tiempo hasta que también estas mujeres se convirtieran en objeto de examen político y estereotipos. Se les empezaron a aplicar las típicas dicotomías orientalistas sobre el género: si a los hombres se los retrataba como brutos e incivilizados, a las mujeres se las representaba como pasivas y sumisas. En Países Bajos, Conny Roggeband y Mieke Verloo nos recuerdan que fue solo a comienzos de los años dos mil cuando las mujeres musulmanas empezaron a atraer cada vez más atención política y mediática y cuando se las empezó a usar como ejemplo predilecto de la mujer no occidental como víctima de la opresión de género.⁹ Hasta entonces, se solía hacer referencia a las mujeres de los grupos minoritarios como «alóctonas» y se hablaba de ellas como atrasadas en términos denigrantes (sin distinguir nacionalidad o religión) cuando se las comparaba con las mujeres neerlandesas «autóctonas».¹⁰ Por lo tanto, hasta finales de la década de los noventa, a todas las mujeres de las antiguas colonias neerlandesas (Surinám, las Antillas e Indonesia), de Europa del Este, así como de Turquía y de Marruecos (las mayores comunidades migrantes del país) se las representaba como atrasadas y como víctimas.¹¹ Por ejemplo, al debatir el estado de la población rusa en Países Bajos, Gudrun Willett señala que «los neerlandeses en particular recurren a imágenes del tráfico [sexual] y de las mafias para definirlos [a los rusos] como esos “otros” en materia de inmigración, trabajo y crimen».¹² De este modo, siempre se ha pensado en las mujeres rusas, y en las de Europa del Este en general, como «víctimas de

⁸ Kofman *et al.*, «Gender and International Migration in Europe».

⁹ Roggeband y Verloo, «Dutch Women Are Liberated, Migrant Women Are a Problem».

¹⁰ La Oficina de Estadística Neerlandesa utiliza *allochtoon* para referirse a una persona que tiene al menos un padre nacido en el extranjero, mientras que un *autochtoon* es alguien cuyos dos padres nacieron en Países Bajos. Véase, por ejemplo, el informe de 1977 producido por el *Werkgroep Buitenlandse Vrouwen* (Grupo de estudio de mujeres extranjeras) que invita al gobierno a desarrollar políticas que aborden especialmente las necesidades de las mujeres migrantes. Véase Prins y Saharso, «In the Spotlight», p. 374.

¹¹ Sobre la estigmatización de los europeos del Este y el primer plano de las mujeres de Europa del Este como «víctimas» en Países Bajos, véase Willett, «Crises of Self and Other».

¹² Willett, «Crises of Self and Other», p. 33.

trata». No obstante, desde finales de la década de los noventa en adelante, la jerarquía del atraso se volvió más estratificada, poco a poco se colocó a las mujeres turcas y marroquíes en lo más bajo de la escala de la emancipación, frente a las mujeres surinamesas y antillanas que se presentaban como menos atrasadas.¹³ La relegación de las mujeres musulmanas a los puestos más bajos de la tabla de la liga de la emancipación se acusó más a principios de los años dos mil en el marco del primer (2002) y del segundo (2003-2006) de los gabinetes Balkenende de centro-derecha. La aparición en la escena política en 2002 del partido llamado Pim Fortuyn List (del que hablo más a continuación), y su posterior éxito electoral gracias a la feroz propaganda antinmigración y antiislam en nombre de los derechos de las mujeres, redefinió el panorama político neerlandés, así como la forma en que las mujeres migrantes no occidentales, sobre todo las mujeres musulmanas, se verían retratadas en los años siguientes.¹⁴ Como ministra de integración e inmigración en los gabinetes de Balkenende, la nacionalista de derechas Rita Verdonk fue otra figura clave en la construcción pública contemporánea de las mujeres musulmanas como víctimas fundamentales de culturas atrasadas y misóginas. La intervención de Verdonk contribuyó en gran medida a extender la idea de que el islam equivale a relaciones de género desiguales y a violencia (con especial presencia de crímenes de honor, violencia doméstica y matrimonios forzados).¹⁵ Así, en los años dos mil, las «políticas de emancipación se “etnicizaron”» especialmente y se dirigieron sobre todo a mujeres musulmanas.¹⁶

¹³ Roggeband y Verloo, «Dutch Women Are Liberated, Migrant Women Are a Problem».

¹⁴ Pim Fortuyn, junto con Frits Bolkestein, fue el primer político de derechas del país que estableció una conexión clara entre la lucha feminista y la antiislam, por lo tanto, quien allanó el camino para las formas contemporáneas de ideología feminacionalista en Países Bajos. Su asesinato en mayo de 2002 a manos de un neerlandés blanco activista por los derechos de los animales y del medioambiente, justo después del gran éxito que había logrado su campaña, solo sirvió para darle mayor resonancia a su propaganda antiislam y antinmigración en nombre de los derechos de las mujeres. El asesino de Pim Fortuyn, Volkert van der Graaf, de treinta y tres años de edad, confesó haber matado al político islamófobo para proteger a los musulmanes de la persecución.

¹⁵ Roggeband y Verloo, «Dutch Women Are Liberated, Migrant Women Are a Problem».

¹⁶ Roggeband y Verloo, «Dutch Women Are Liberated, Migrant Women Are a Problem», p. 280.

A diferencia de lo sucedido en Países Bajos, en Francia las mujeres musulmanas desde el principio han desempeñado el papel de la sinécdoque de la Otra, es decir, desde el comienzo de la inmigración masiva al país en los años cincuenta y sesenta. A pesar del hecho de que a principios de los años ochenta (es decir, cuando la presencia de las mujeres en los movimientos migratorios se triplicó debido a la reunificación familiar) los migrantes de Portugal eran tan numerosos como aquellos de Argelia, las investigaciones y los discursos políticos solían centrarse en los migrantes de este último país.¹⁷ Masima Moujoud explica cómo, desde el principio mismo de los años setenta, los estudios sociológicos sobre género y migración en Francia se centraron en los «efectos» de la migración en las mujeres, en concreto en las mujeres del Magreb.¹⁸ El denominador común de todos estos estudios fue la presunción de que la migración era positiva para estas mujeres ya que la transición de un contexto «tradicional» a uno «moderno» tendría un impacto emancipador en ellas.¹⁹ El paradigma de la evolución que nutría los estudios informados sobre género y migración también definía la convicción generalizada de que era imprescindible que las mujeres rechazaran los valores de su sociedad de origen para integrarse en Francia.²⁰ Capucine Larzillière y Lisbeth Sal, por ejemplo, nos recuerdan que ya en 1983 (mucho antes de la explosión de la polémica en torno a llevar el velo musulmán en los colegios públicos, que culminó con su prohibición en 2004) la revista *Les cahiers du féminisme* se hacía eco de esta idea al señalar el ejemplo de una joven mujer nacida en Francia de padres marroquíes.²¹ La revista retrata a una mujer joven que sufría para poder continuar con sus estudios como forma de «escape» del tipo de vida tradicional que su familia había

¹⁷ Sin duda, el hecho de que muchos de ellos provinieran de excolonias francesas del norte de África ayudó a la identificación de la inmigración con el islam y por lo tanto de las mujeres migrantes como mujeres musulmanas.

¹⁸ Moujoud, «Effets de la migration sur le femmes et sur les rapports sociaux de sexe».

¹⁹ Condon, «L'activité des femmes immigrées du Portugal à l'arrivée en France».

²⁰ En un estudio etnográfico clásico sobre las mujeres de origen magrebí en Francia, Camille Lacoste-Dujardin señaló que «el mayor de todos los parámetros de la disposición a la integración es sin duda el desprecio, es decir, el rechazo, de las condiciones de vida en el Magreb» (citada en Moujoud, «Effets de la migration sur le femmes et sur les rapports sociaux de sexe», p. 59).

²¹ *Cahiers du féminisme*, núm. 26 (otoño de 1983), pp. 16-19.

previsto para ella. «De este modo, el colegio se define como un lugar de liberación en el que no tiene que experimentar ni la discriminación ni el racismo».²² Además, Francia tiene una larga historia de usar un doble rasero para representar a las mujeres y a los hombres musulmanes. Mientras que los últimos se representan como violentos y sexistas, una imagen encapsulada en el concepto de chico árabe [*garçon arabe*], las mujeres musulmanas jóvenes que llevan velo [*filles voilées*] son las víctimas sumisas de las familias tradicionales y las culturas patriarcales; a aquellas que no encajan en este modelo se les llama *beurettes émancipées* [chicas emancipadas de origen magrebí] y se las toma como el modelo que las chicas musulmanas deberían seguir.²³ Entonces, en este aspecto, en Francia se da una continuidad fundamental entre el pasado y el presente, en la que sistemáticamente se ha considerado a las mujeres musulmanas como las representantes por excelencia de las mujeres no occidentales atrasadas y tradicionales. A pesar de esto, deberíamos apuntar que también en Francia se ha identificado sistemáticamente a las mujeres de países postsocialistas como víctimas, como en el ejemplo del debate sobre la trata. En 2009, por ejemplo, *Le Nouvel Observateur* dedicó su número de noviembre a la «explosión de la trata» con varios artículos que se centraban en mujeres del este de Europa como el grupo más numeroso en la industria sexual [*filière*].²⁴

Por último, las mujeres migrantes no occidentales en Italia empezaron a ser visibles, en especial para el mundo académico, a comienzos de los años ochenta. A diferencia de Países Bajos y Francia, que tienen una historia más larga como destino final de inmigrantes, y en donde inicialmente los hombres habían sido los pioneros de la cadena migratoria, en Italia, las mujeres solteras representaron un número significativo de migrantes desde el principio. La mayoría de estas mujeres procedían de países con una población mayoritariamente católica (como Filipinas, El Salvador o Cabo Verde) y solían encontrar trabajo como empleadas

²² Citado en Larzillière y Sal, «Comprendre l'instrumentalisation du féminisme à des fins racistes pour résister».

²³ Guénif y Macé, *Les féministes et le garçon arabe*. Véase también Geisser, «La répudiation médiatique».

²⁴ Para una reconstrucción del debate sobre el tráfico sexual y las mujeres de Europa del Este en Francia, véase Mathieu, «Genèse et logiques des politiques de prostitution en France».

domésticas [*colf*] o como cuidadoras en casas privadas [*badanti*; sing. *badante*]. Durante los años setenta y ochenta, el trabajo académico que se centraba en las mujeres migrantes estaba dominado por la dicotomía «tradicional-moderno».²⁵ En aquel momento, a las mujeres migrantes no occidentales, independientemente de su origen, se las consideraba sistemáticamente atrasadas al compararlas con las mujeres italianas, y en estos textos académicos la inmigración se presentaba como la oportunidad que tenían de acceder a un país moderno y de adquirir un modelo de feminidad más emancipado. Sin embargo, desde comienzos de los años noventa y hasta hoy, la composición de los migrantes que se trasladaban a Italia comenzó a cambiar radicalmente. Las restricciones de acceso establecidas en otros países europeos, la caída del Muro de Berlín y la situación geográfica de la península, que la hace accesible desde distintas áreas especialmente para la migración temporal, fueron todos factores que hicieron de Italia un destino cada vez más atractivo para los inmigrantes del este de Europa, así como de países africanos y asiáticos. En los años noventa, las representaciones y la aparición en los discursos políticos de las mujeres migrantes no occidentales como víctimas de trata de la industria sexual solían concentrarse en aquellas de Europa del Este y nigerianas. Por ejemplo, en 1998, con la aprobación de la primera ley que regulaba la inmigración (*Testo Unico Immigrazione*), se introdujo un artículo (el artículo 18) que permitía que las mujeres migrantes a las que se obligara a ejercer la prostitución obtuvieran un visado especial si denunciaban a su explotador. Por lo tanto, en la década de los ochenta y sobre todo en la de los noventa, había dos figuras que dominaban el imaginario colectivo al respecto de las mujeres extranjeras no occidentales: la *badante*, que se refería tanto a las cuidadoras como a las trabajadoras domésticas, y la víctima de trata. En los años dos mil, el estereotipo de víctima asociado con las mujeres de origen no occidental se «enriqueció» con una nueva figura: la de la mujer musulmana víctima de mutilaciones genitales, de crímenes de honor, del uso del velo contra su voluntad y de matrimonios forzados. El caso de Sanaa Dafani, la joven de origen marroquí asesinada por su padre en 2009, así como casos similares

²⁵ Favaro, *Donne migranti*; Tognetti Bordogna, *Donne dal mondo*; Vicarelli, *Mani invisibili*; Campani, *Genere, etnia e classe*.

de violencia de género que implicaran a hombres musulmanes como victimarios, monopolizaron la atención de los medios en los años dos mil y comenzaron a establecer un equivalente entre la opresión de las mujeres y el islam. Incluso en esos mismos años, el número de mujeres italianas asesinadas y asaltadas por hombres italianos (parejas, padres, familiares, etc.) alcanzó tal cifra que algunos locutores hablaban de emergencia feminicida.²⁶

En resumen, mientras que a las mujeres migrantes de países postsocialistas se las había presentado como víctimas de trata, aquellas provenientes del norte de África y de África subsahariana, del sur de Asia y de Oriente Próximo se ganaron la reputación de víctimas de formas específicas de violencia de género (en particular, de mutilación genital y de crímenes de honor).²⁷ En pocas palabras, la representación del universo migrante no occidental como aquel conformado por (hombres) amos y (mujeres) esclavas ha sido una suerte de cliché desde el primer momento en estos tres países de Europa occidental. A pesar de ello, es importante apuntar que en los años ochenta y más en los noventa, esta era aún una representación propia de los estereotipos que rodeaban a las comunidades migrantes del Sur global y de los países postsocialistas junto con otros prejuicios como la idea de que los hombres migrantes no occidentales eran, en general, más propensos a la actividad criminal que aquellos no migrantes, o la creencia de que eran parásitos del sistema de bienestar o responsables de los bajos salarios de los trabajadores no migrantes. En otras palabras, hasta hace relativamente poco la ostensible condición de inferioridad de la mujer dentro de los contextos migrantes ni se percibía ni se usaba como razón especial para la aversión ante los migrantes no occidentales. En este sentido, el

²⁶ McRobie, «Unsafe House of Italy».

²⁷ No obstante, deberíamos apuntar que las razones (en su mayoría inconscientes) tras la representación en el imaginario de Europa occidental de las mujeres de países postsocialistas y de las del Sur global como víctimas de la violencia de género son diferentes. Aunque analizo algunas de las razones tras el retrato de las mujeres musulmanas como «víctimas a las que rescatar» en el capítulo 2, aquí me referiré brevemente a las pocas interpretaciones que intentaron comprender la lógica específica de la victimización aplicada a las mujeres de Europa del Este. Según Suchland, por ejemplo, el difuso estereotipo de la mujer de Europa del Este como víctima del tráfico sexual «refleja creencias más profundas en el imaginario occidental sobre la caída del socialismo de Estado» (Suchland, «Double Framing in Lilya 4-Ever», p. 2).

énfasis contemporáneo en las desigualdades de género y la apelación obsesiva a la violación de los derechos de las mujeres dentro de las comunidades migrantes (especialmente musulmanas) que realiza especialmente la derecha nacionalista, pero también varias feministas, organizaciones de mujeres y formuladores de políticas neoliberales (lo que yo llamo la convergencia feminacionalista) bien puede entenderse como una novedad del nuevo milenio. Desde el 11-S y en particular desde el consecuente bombardeo de Afganistán, que se justificó, entre otras cosas, con el reclamo de que Occidente iba a liberar a las mujeres musulmanas de las condiciones opresivas a las que los fundamentalistas islámicos las tenían sometidas, el asunto de los derechos de las mujeres como una herramienta fundamental para la «alterización» y la estigmatización de la población no occidental obtuvo una aceptación sin precedentes.²⁸

La nueva centralidad del género para el nacionalismo de derechas

Una de las novedades de la actual coyuntura neoliberal es la centralidad que los asuntos de género parecen haber adquirido dentro de los programas de los partidos nacionalistas de derechas. Desde mediados de los años dos mil, estos partidos han comenzado a adoptar el lenguaje de los derechos de las mujeres y de la igualdad de género en campañas antinmigración y antiislam *a una escala sin precedentes*. Muchos partidos de derechas en Europa occidental comienzan a mostrarse preocupados por el estado de los derechos de la mujer, especialmente en las comunidades migrantes musulmanas y no occidentales; así pretenden rentabilizar el giro generalizado a la derecha que ha sufrido el espectro político y que caracterizó el inicio del milenio, además de normalizar su imagen pública como fuerzas políticas «modernizadas» y de confianza.²⁹ La recién descubierta

²⁸ Abu-Lughod, «Do Muslim Women Really Need Saving?»; Abu-Lughod, *Do Muslim Women Need Saving?*; Hirschkind y Mahmood, «Feminism, the Taliban, and the Politics of Counter-Insurgency»; Eisenstein, *Feminism Seduced*; Puar, *Terrorist Assemblages*; Rostami-Povey, *Afghan Women*.

²⁹ Akkerman y Hagelund, «“Women and Children First!”»; Towns, Karlsson y Eyre, «Equality Conundrum»; Farris y Scrinzi, «Gender and the Racialization of Migrant Women in the *Lega Nord* Ideology and Politics».

«vocación» feminista de los partidos nacionalistas de derechas entra, en realidad, en profunda contradicción con sus políticas e ideología tradicionalmente antifeministas. Mientras defienden la emancipación de la mujer como un valor central del tejido social europeo (cristiano), del que los migrantes musulmanes y no occidentales supuestamente carecen, estos partidos también impulsan políticas que promueven los roles tradicionales de la mujer. A pesar de sus graves contradicciones en asuntos de género, la explotación que hacen de los derechos de las mujeres les ha salido rentable. Como mostraré en las páginas siguientes, la estigmatización de los hombres migrantes musulmanes y no occidentales como misóginos y retrógrados ha ayudado a estos partidos, no solo a ganar aceptación en la corriente dominante, sino también a obtener un éxito sin precedentes en las elecciones más recientes. Las tres secciones siguientes analizan las posiciones del PVV, del FN y de la LN según la información encontrada en sus páginas web oficiales, en periódicos y revistas nacionales y en material electoral de los años 2005-2013 aproximadamente. Entre la documentación analizada también se incluyen pósteres, debates parlamentarios relevantes y entrevistas con líderes del partido publicadas en la prensa nacional.³⁰

Geert Wilders y el PVV

La socióloga Sarah Bracke identifica tres fases de lo que ella llama la «era civilizacional» de la política neerlandesa, es decir, la coyuntura histórica en la que el choque de civilizaciones entre Europa occidental, supuestamente progresista y liberal, y el mundo islámico retrógrado se ha convertido en un asunto central de la agenda política y económica. Dentro de esta era civilizacional, la cuestión de la igualdad de género ha adquirido una nueva centralidad.³¹ La primera fase la inauguró el partido *Volkspartij voor*

³⁰ El análisis textual se realizó con la metodología del análisis crítico del discurso (CDA, por sus siglas en inglés). El concepto de «discurso» dentro del CDA se refiere a la «práctica social» que produce significado al relacionar los planos lingüístico y social (instituciones y estructuras sociales). En concreto, al CDA le interesa identificar las conexiones entre el discurso (político) y las formas en las que dicho discurso produce y reproduce jerarquías de poder, ideologías y formas de dominación. Véase Fairclough y Wodak, «Critical Discourse Analysis».

³¹ Bracke, «From “Saving Women” to “Saving Gays”».

Vrijheid en Democratie (VVD, Partido Popular por la Libertad y la Democracia) con el discurso que dio Frits Bolkestein, político de centro-derecha, ante el colapso de la Unión Soviética en 1991.³²

³² Este es un extracto del discurso de Bolkestein el 6 de septiembre de 1991, «Sobre el colapso de la Unión Soviética»: «La presión en Países Bajos de las personas que quieren asentarse también crece inexorablemente. Destacan entre los inmigrantes recientes a los Países Bajos, personas de Marruecos y de Turquía. Muchas de ellas se establecieron en mi país en los años sesenta cuando la mano de obra era escasa. Estas dos comunidades no han dejado de crecer por el crecimiento natural y también porque llegan muchas personas prometidas para casarse desde sus lugares de origen. En pocos años, Países Bajos acogerá cerca de 400.000 musulmanes. Es un influjo mayor de lo que nunca antes hemos tenido que absorber. Ahora llego a la cuestión de este congreso. ¿Cuál debería ser la política del gobierno hacia estas personas que vienen de diferentes culturas y que hablan nada o poco neerlandés? La política oficial era: “Integración sin perjuicio de la identidad de cada uno”. Ahora se reconoce que este eslogan era demasiado simple. Si se permite que la identidad cultural de cada uno persista sin impedimentos, la integración se verá afectada. E integración ha de haberla, porque los inmigrantes marroquíes y turcos han venido para quedarse. Esto es algo que ahora todos saben. Si la integración se declara oficialmente política del gobierno, ¿qué valores culturales deben prevalecer: aquellos de la mayoría no musulmana o aquellos de la minoría musulmana? Aquí debemos regresar a nuestras raíces. El liberalismo ha producido algunos principios políticos fundamentales, tales como la separación de la iglesia y el Estado, la libertad de expresión, la tolerancia y la no discriminación. Defendemos que estos principios son válidos no solo en Europa y en Norteamérica, sino por todo el mundo. El liberalismo reclama valores universales y el reconocimiento de estos principios. Esa es su visión política. Aquí poco compromiso cabe esperar. En muchas partes del mundo musulmán no se respetan los principios que he mencionado. El islam no es una religión, es un modo de vida. Así, su visión va contra la separación liberal de poderes entre la iglesia y el Estado. En muchos países islámicos hay poca libertad de expresión. Puede que el caso de Salman Rushdie sea extremo, pero aun así indica lo lejos que estamos en esta cuestión. Lo mismo pasa con la tolerancia y la no discriminación. La forma en que se trata a las mujeres en el mundo del islam es una mancha en la reputación de esa gran religión. Repito que en estos puntos fundamentales no puede haber compromiso. Estos principios tienen un valor que no es relativo, sino esencial... Todo el mundo en los Países Bajos puede hacer y decir lo que quiera, tomar la comida, llevar la ropa y profesar la religión que elija. Las chicas musulmanas pueden llevar un velo si quieren, incluso si ese pañuelo significa mucho más que un accesorio para el pelo. Pero las chicas musulmanas en edad escolar deben ir a clase, incluso cuando alcanzan la pubertad. De nuevo nuestra ley debe prevalecer sobre sus costumbres. Estos no son más que comentarios superficiales sobre un gran y complicado problema. Nuestra relación con estos nuevos inmigrantes de una cultura distinta ha de ser muy prioritaria en la lista de cuestiones políticas para los próximos años. Hará falta la máxima flexibilidad de todas las partes. Hace falta un enfoque pragmático, pero también debemos afeccionarnos a los principios liberales que son esenciales». Disponible en <http://www.liberal-international.org/contentFiles/files/Bolkestein%201991.pdf>

Esta es la fase en la que el multiculturalismo empezó a declararse inviable como proyecto o ideal para la sociedad neerlandesa. El creciente número de inmigrantes, en concreto de fe islámica, que decidieron residir en Países Bajos de forma estable y que cambiaría la demografía del país, se declaró como un peligro para los valores occidentales liberales. La segunda fase entre 2002 y 2004 estuvo dominada por figuras como los políticos de derechas Pim Fortuyn, Ayaan Hirsi Ali y Rita Verdonk, y el director de cine Theo van Gogh. Durante esta fase, la igualdad de género y la del colectivo homosexual se reivindicaban como pilares de la cultura neerlandesa y de su contrato social, algo que la supuesta misoginia y homofobia de los musulmanes iba a amenazar. La tercera fase se extendió de 2004 a 2012, se inauguró con el asesinato de Theo van Gogh en 2004 y el consecuente y dramático giro del eje político hacia la derecha nacionalista, con el surgimiento del político nacionalista de derechas e islamófobo Geert Wilders. Dada su centralidad en la consolidación de la ideología feminacionalista en Países Bajos, en lo sucesivo me concentro en definir las políticas de Wilders y en la apelación que hace de la igualdad de género y la del colectivo homosexual en campañas antiislam/antimigración en esta tercera fase.

Al abandonar el VVD en 2004, como protesta ante la posibilidad que se planteó en el partido de que Turquía fuera admitida en la UE, Wilders funda en 2006 su propia plataforma política: el nacionalista y de derechas PVV.³³ Profundamente inspirado e influido por las políticas xenófobas de Pim Fortuyn, Wilders ha hecho que la campaña contra los inmigrantes no occidentales y musulmanes, en nombre de los valores occidentales y de la igualdad de género y la del colectivo homosexual, sea el pilar de su política.³⁴ Su manifiesto ideológico, *Een Nieuw-Realistische Visie*

³³ El nuevo partido de Geert Wilders no funciona con membresías. Él es el único afiliado oficial.

³⁴ Según Pantti y Wieten, la muerte de Pim Fortuyn «marca la reafirmación de la nación a través del luto, pero su muerte como evento nacional marca también el final del multiculturalismo neerlandés... La construcción de la muerte y el funeral de Fortuyn como acontecimientos nacionales está marcada por la grieta no reconocida entre el descontento bajo la superficie de la sociedad neerlandesa y la ideología oficial de la sociedad libre, abierta, tolerante y multicultural. Definir la tragedia como nacional se puede percibir como una forma de reducir la tensión y forjar un sentido de unidad emocional; es decir, de construir un sentimiento nacional de comunidad» (Pantti y Wieten, «Mourning Becomes the Nation», p. 312).

[Una nueva visión realista], recoge los principios básicos de su receta nacionalista, xenófoba y (neo)liberal. Inspirado en Hegel y Tocqueville, Hobbes, Fukuyama y Leo Strauss, el manifiesto de Wilders propone un correctivo conservador y nacionalista que él entiende como una cura ante el exceso de libertad liberal, es decir, ante el multiculturalismo. Su objetivo es establecer una base cultural y moral segura para el nuevo credo neoliberal.³⁵ En este documento, el islam ya se identificaba como una de las principales amenazas al linaje occidental de democracia y valores. No obstante, fue especialmente en los años siguientes, cuando Wilders se fue acercando cada vez más a lo que Vossen denomina «nacional populismo», cuando Wilders presentó obsesivamente el islam como una ideología peligrosa y una forma de vida que amenaza, ante todo, a la igualdad de género y la del colectivo homosexual.³⁶ Este asunto había estado presente en la agenda de Wilders desde hacía mucho tiempo; eran muchas las formas en las que se alimentaba y se reforzaba con su colaboración política con la islamófoba Ayaan Hirsi Ali, política autoproclamada feminista, con quien en 2003 redactó el documento en el que llamaba a una «yihad liberal» contra el islam.³⁷ Pero fue después del año 2006, al fundar su propio partido, cuando la apelación de Wilders a la igualdad de género y la del colectivo homosexual, según su guión antiislam, se convirtieron claramente en un elemento central de su estrategia política. En un intento de sacar provecho del clamor que surgió tras el lanzamiento de la película *Sumisión I* y el posterior asesinato de su director Theo van Gogh a manos de un fundamentalista musulmán en 2004 (sobre lo que daré más detalles más adelante), en 2008 Wilders produjo el cortometraje *Fitna*. Como hiciera la película de van Gogh, *Fitna* también se centra en la cuestión de la desigualdad de género y de la violencia como rasgos inherentes y centrales del islam. A lo largo de la película, aparecen suras del Corán que sugieren que el islam consiste en aniquilar al enemigo (por ejemplo, a los infieles y a los no musulmanes) y se acompañan de imágenes del ataque terrorista del 11-S, manifestaciones de musulmanes fundamentalistas que celebran el nazismo y el asesinato de judíos,

³⁵ Wilders, *Een Nieuw-Realistische Visie*.

³⁶ Vossen, «Classifying Wilders», p. 184.

³⁷ Hirsi Ali y Wilders, «Het is tijd voor een liberale jihad».

además del asesinato de van Gogh. Todas estas escenas trasladan el mensaje de que el islam como ideología política, más que simplemente como un credo religioso, quiere dominar el mundo. Bajo el título «Los Países Bajos bajo el conjuro del islam», la segunda parte de la película retrata cómo la «islamización de Europa» afecta a la nación neerlandesa. Aquí, las imágenes de mujeres con velo que caminan por las calles de ciudades neerlandesas son el telón de fondo para las declaraciones de musulmanes fundamentalistas sobre lo justo de castigar el adulterio de las mujeres con la muerte. La película concluye con la proyección de escenarios aterradores como si el islam fuera responsable de ellos: personas homosexuales asesinadas, mujeres lapidadas hasta la muerte y niños que se vuelven terroristas. El lanzamiento de *Fitna* en la página web de vídeos LiveLeak en marzo de 2008 provocó grandes polémicas, incluidas amenazas de muerte contra Wilders y el boicot a productos neerlandeses liderado por organizaciones musulmanas en varios países. En las elecciones generales neerlandesas de 2010, quedó claro que el estilo político extremo de Wilders había servido para colocarle no solo como el más polémico de los políticos neerlandeses, sino como el líder de un movimiento político capaz de tocar el lado sensible e islamófilo de la sociedad neerlandesa. Por lo tanto, no sorprendió a nadie que el programa del PVV para las elecciones del 9 de junio de 2010 estuviese completamente dirigido contra la inmigración, la doble nacionalidad, el multiculturalismo y, por supuesto, contra el islam y su homofobia y misoginia. Prueba de ello es este extracto de su programa electoral:

Aquel que piense que el islam solo supone un problema es que no sabe contar. La inmigración masiva tiene graves consecuencias en todos los aspectos de nuestra sociedad. Económicamente es un desastre, afecta a la calidad de nuestra educación, aumenta la inseguridad en las calles, lo que lleva a un éxodo de nuestras ciudades, expulsa a los judíos, a los homosexuales y tira por el desagüe décadas de derechos de las mujeres.³⁸

En las elecciones de 2010, el PVV resultó ser la tercera fuerza de Países Bajos, con el 15,4 por ciento de los votos (casi un diez por ciento más que en las elecciones de 2006), y se convirtió en una

³⁸ PVV, *De agenda van hoop en optimisme*, 6. Traducción de la autora del neerlandés.

fuerza fundamental para la constitución del nuevo gobierno. Tras dos años de apoyo externo al primer gobierno del conservador Rutte (formado por el VVD y el *Christen-Democratisch Appèl*, CDA) en 2012 el PVV retiró su apoyo, lo que efectivamente condujo a unas nuevas elecciones. La campaña política del PVV para las elecciones generales de 2012 usó de nuevo las ya famosas consignas antiislam, pero además incluyó una mayor propaganda anti-UE y antinmigración; en ella, la integración en Europa se presentaba como el origen del declive económico y cultural que había sufrido Países Bajos desde el comienzo de la crisis económica en 2007 y los inmigrantes del este de Europa se consideraban indeseables. Por ejemplo, en 2012, el PVV puso en marcha una página web en la que ciudadanos neerlandeses podían enviar sus quejas contra inmigrantes procedentes de los países del este de Europa, nuevos miembros de la UE; Wilders los retrataba como «criminales» y «violadores».³⁹ Durante la campaña electoral de 2012 también mantuvo los contenidos habituales antiislam en nombre de la igualdad de género y la del colectivo homosexual, mientras que ridiculizaba la directiva europea para las cuotas de mujeres en las jerarquías más altas de las empresas, un evidente desliz que mostraba la verdadera ambigüedad del PVV ante los asuntos de género.⁴⁰ Como defienden Sarah De Lange y Liza Mügge, el PVV se muestra prácticamente mudo sobre cuestiones más tradicionales de la igualdad de género (como la desigualdad salarial o la presencia de mujeres en la esfera pública).⁴¹ Sus principales intervenciones sobre el asunto de la igualdad de las mujeres, efectivamente, aparecen cuando el PVV habla de inmigración y de musulmanes. Por ejemplo, en su programa de 2012 el PVV propuso limitar las ayudas a la infancia a aquellas familias que no tuvieran más de dos niños (con lo que pretendía excluir de los beneficios de estas ayudas sociales a las familias de inmigrantes que, de media, son más numerosas que las neerlandesas) y propuso también un impuesto para las mujeres que llevaran velo.⁴² En las elecciones generales de septiembre de 2012,

³⁹ La web fue eliminada, pero se pueden ver algunos extractos en reportajes de la BBC en «Dutch Gripped by "Shop a Migrant" Website», 18 de febrero de 2012.

⁴⁰ PVV, *Hún Brussel, óns Nederland*.

⁴¹ De Lange y Mügge, «Gender and Right-Wing Populism in the Low Countries».

⁴² PVV, *Hún Brussel, óns Nederland*.

el PVV revalidó su puesto de tercera fuerza política a pesar de que no obtuvo el apoyo que conoció en las anteriores elecciones, perdió casi cinco puntos porcentuales y nueve escaños.

La instrumentalización de un programa prohomosexual y promujeres en su cruzada antimusulmana se intensificó el Día Internacional de la Mujer de 2013. El 8 de marzo Wilders señaló las celebraciones del partido con la publicación de un documento dedicado íntegramente a la violencia contra las mujeres bajo el islam (*Geweld tegen Vrouwen binnen de Islam*).⁴³ Además de las referencias habituales a los suras del Corán sobre el mandato de que las mujeres se sometan a los hombres, una sección del documento estaba dedicada por completo a la incidencia de la violencia de género entre musulmanes en los Países Bajos. Los datos estadísticos de crímenes de honor en comunidades turcas o marroquíes iban acompañados de un análisis sobre las diferencias de la violencia de género en hogares neerlandeses: mientras la violencia de género que se da entre neerlandeses se describía como «no premeditada» en la mayoría de ocasiones (lo que la hacía menos reprochable, aunque socialmente inaceptable), el tipo de violencia que tenía lugar entre musulmanes se definía como inextricable de su cultura.

En resumen, aunque no ha sido pionero en la estigmatización de los musulmanes en nombre de los derechos de las mujeres, como explica en más detalle el resto de este capítulo, el PVV ha tenido un papel fundamental en la consolidación y posterior intensificación del espacio ideológico del feminacionalismo en los Países Bajos desde mediados de los años dos mil. Su duro léxico islamófobo es sin duda imprescindible para certificar el fin del multiculturalismo (un proyecto político y económico que funcionaba a través de la prestación de servicios sociales y de políticas para la integración de las minorías), pero también lo es para enmarcar la integración de los migrantes en general y de los musulmanes en particular como un asunto de voluntad individual y «afinidad cultural», en línea con las concepciones de ciudadanía y Estado neoliberales. Tal y como se desarrolla en profundidad en el capítulo 3, el PVV de Wilders no solo ha contribuido en gran medida a la explotación de temas feministas con objetivos

⁴³ PVV, *Geweld tegen Vrouwen binnen de Islam*.

racistas y chauvinistas, sino también a la ratificación de la agenda neoliberal que iba a convertirse en el nuevo dogma de la economía y de la política neerlandesas en asuntos de inmigración.

Marine Le Pen y el FN

En Francia, la victoria en 2002 del FN sobre el Partido Socialista y su posterior aparición en la segunda vuelta de las elecciones contra la recién fundada *Union pour un Mouvement Populaire* (UMP), el partido de centro-derecha liderado por Jacques Chirac, marcó un giro a la derecha y un auge dramático de las políticas antinmigración e islamófobas. Como en Países Bajos, a lo largo de los años dos mil, la cuestión de los derechos de las mujeres se volvió un tema central en las políticas antiislam y antinmigración también en Francia. La igualdad de género se transformó en una piedra angular de la República francesa, y el velo musulmán quedó registrado en la categoría de práctica retrógrada, opresora y misógina. Sin embargo, a diferencia de Países Bajos, donde nuevas formaciones nacional-populistas como el PVV de Wilders aparecían en la escena política y forjaban su identidad precisamente sobre el asunto de los derechos de las mujeres y los del colectivo homosexual oponiéndolos al islam, en Francia este papel lo interpretó una formación nacionalista con más recorrido, como es el caso del FN. De hecho, hacia finales de los años dos mil, el FN empezó a aprovecharse del tema candente de los derechos de las mujeres en el contexto de las campañas políticas xenófobas. El FN fue fundado en 1972 por Jean-Marie Le Pen, quien siguió siendo su líder hasta finales de 2010. Dados sus lazos con organizaciones fascistas y su postura antisemita en el Holocausto, el partido ha monopolizado el espacio de extrema derecha (además de quedar relegado a él) de la topografía política francesa desde su concepción.⁴⁴ Con el objetivo declarado de liberar al partido de su confinamiento político y de lograr la aceptación pública generalizada, desde 2002, Marine Le Pen (hija

⁴⁴ En varias ocasiones el fundador del FN, Jean-Marie Le Pen, denominó las cámaras de gas utilizadas por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial para matar judíos como un «detalle de la historia». Más recientemente, en agosto de 2015, Marine Le Pen le expulsó del FN después de que hiciera similares declaraciones negacionistas del Holocausto.

del fundador del partido) comenzó la que ahora se conoce como la «desdemonización» [*dédiabolisation*] del Frente Nacional, primero desde su puesto de coordinadora de la campaña electoral del FN y, a partir de enero de 2011, como su nueva presidenta. La gestión de Le Pen de la desdemonización ha tomado dos caminos: en primer lugar, la adopción de lemas republicanos como el laicismo y la Declaración de los Derechos Humanos del Hombre y el Ciudadano de 1789, lo que en su día fue un anatema del partido; en segundo lugar, la apelación a los derechos de las mujeres y (en menor medida) a los del colectivo homosexual con el objetivo de oponerlos al islam y a los migrantes no occidentales.⁴⁵

Al respecto del primer camino, a pesar de que el laicismo [*laïcité*] hasta entonces no había formado parte de la agenda del FN (ya que el partido siempre se había relacionado con los sectores más conservadores de la Iglesia católica), fue uno de los temas más tratados por Marine Le Pen durante la campaña presidencial de 2012. El 15 de enero de 2012, en Grand-Quevilly, la *banlieue* de Rouen (Sena Marítimo), Marine Le Pen propuso la creación de un ministerio de inmigración y laicismo. Según Le Pen, actualmente el laicismo estaría amenazado por los inmigrantes, en particular por los musulmanes, que introducen un comunitarismo en la sociedad francesa y así amenazan no solo uno de los pilares de la República, sino también la unidad de la nación. La «inmigración masiva» es la responsable de esas amenazas y, además, según Le Pen, «será más fácil aplicar el laicismo cuando terminemos con la inmigración».⁴⁶ En el análisis de Le Pen, la inmigración masiva en sí es el resultado de la globalización, es lo que niega las «identidades nacionales» y «transforma todas las áreas, todas las naciones, a todas las personas en un magma vacío globalizado sin identidad en el que reina el intercambio».⁴⁷ Para evitar la inmigración masiva, Le Pen sugiere reducir drásticamente el número de inmigrantes a los que se les permita entrar al país a mil cada año, la mayoría de los cuales deberán ser estudiantes y solicitantes de asilo.⁴⁸

⁴⁵ Shields, «Marine Le Pen and the “New” FN».

⁴⁶ La entrevista «Marine Le Pen prend pour cible les “intégristes” au nom de la laïcité», del 5 de enero de 2012, está disponible online.

⁴⁷ *Ibidem*.

⁴⁸ Entrevista con Marine Le Pen disponible en <http://www.rue89.com/rue89-presidentielle/2012/01/25/marine-le-pen-veut-mettre-au-pas-le-planning-familial-228731>

Sobre el segundo camino, ya en 2007 cuando Marine Le Pen coordinaba la campaña presidencial para su padre, la apelación a los derechos de las mujeres como forma de oposición al islam y a la inmigración en general hizo su aparición en el programa del FN. En 2007, bajo el lema «Lo han roto todo» [*Ils ont tout cassé*] para referirse a la clase política francesa, el FN empezó a distribuir ciertos pósteres, incluido uno que retrataba a una mujer joven claramente de origen norteafricano, vestida con un estilo francés moderno, con el ombligo al aire y el pelo suelto.⁴⁹ La imagen de la *beurette émancipée* respaldaba sin duda el lema electoral del FN dirigido tanto a reafirmar la idea republicana del atuendo «correcto» para las mujeres jóvenes de origen musulmán como también, presumiblemente, a alcanzar a un nuevo electorado femenino al que el FN nunca antes se había dirigido en sus campañas. Sin embargo, realmente fue solo tras su famosa declaración de 2010, «en algunas zonas, no es bueno ser una mujer, homosexual o judío, o incluso francés o blanco», cuando Marine Le Pen obtuvo un puesto prominente en la familia de la derecha nacionalista que dice defender los derechos de las mujeres.⁵⁰ La «aparición» de una apertura en el FN con el asunto de los derechos de las mujeres en particular se ha visto enfatizada no solo por el hecho de que su nueva presidenta sea una mujer, sino también por el crecimiento del voto femenino al FN en las elecciones presidenciales de mayo de 2012. En esta ocasión, el FN obtuvo el 17,9 por ciento de los votos, lo que lo situó como tercera fuerza en la política francesa. Marine Le Pen logró obtener este resultado tras poco más de un año de haberse convertido en la nueva presidenta del partido.⁵¹

Aun así, la postura de Le Pen en materia de derechos de las mujeres es ambivalente y casi contradictoria. Si miramos el programa del FN y las declaraciones de Le Pen dirigidas

⁴⁹ El póster se puede ver en Hugo Passarello Luna, «2007, le FN s'affiche avec une jeune métisse», *Slate*, 16 de abril de 2012; disponible online en <http://www.slate.fr/story/52465/photos-campagne-2007-le-pen-affiche>.

⁵⁰ Véase el discurso de Marine Le Pen del 11 de diciembre de 2010 en Lyon. É. Fassin, *Démocratie précaire*; Mayer, «From Jean-Marie to Marine Le Pen»; Lestrade, *Pourquoi les gays sont passés à droite*.

⁵¹ Sylvain Crépon y Nonna Mayer, reputados expertos en el FN, enfatizan cómo tanto el traspaso del padre a la hija, como el hecho de ser mujer y madre, hizo que el voto a Marine Le Pen resultara más atractivo para las votantes femeninas. Véase Crépon, *Enquête au coeur du nouveau Front National*; Mayer, «From Jean-Marie to Marine Le Pen».

directamente a abordar las cuestiones de la mujer, queda claro que entiende a las mujeres como madres en primer lugar. Inicialmente dijo estar a favor del derecho al aborto, pero en contra del abuso de este derecho, o lo que ella denomina «aborto por conveniencia». «Desde el inicio de mi campaña, he dicho claramente, en contra de algunas opiniones de mi partido, que no iba a cuestionar la ley [del aborto]. Pero existen excesos y abusos. Las mujeres recurren al aborto como medida anticonceptiva».⁵² El programa presidencial del FN para 2012 afirma que «la libre elección de las mujeres debe ser también la de elegir no abortar: son fundamentales una mejor prevención e información, es necesaria la responsabilidad de los padres, se debe proponer la posibilidad de adopción prenatal, se deben establecer mejoras en los beneficios para las familias numerosas».⁵³ En una larga entrevista concedida a *Elle* en 2012 Le Pen expresa su oposición a la idea de un ministerio especial para los derechos de las mujeres, explicando que las mujeres no son una «especie amenazada».⁵⁴ Esta posición se refleja también en el ataque de Le Pen contra la «discriminación positiva» en favor de la meritocracia. Además, Le Pen apoya políticas pronatalidad, que promueve al animar a las mujeres «francesas» a tener más de dos hijos. Estas políticas son de dos clases. Primero, la política familiar del FN reclama unos ingresos parentales «concebidos para que puedan garantizar que [...] las madres o los padres puedan elegir libremente entre el ejercicio de una profesión y la educación de sus hijos: pagas de ingresos equivalentes al 80 % del salario mínimo durante tres años a partir del segundo hijo y durante un periodo adicional de cuatro años a partir del tercer hijo».⁵⁵ Esto también incluye «subsidiarios familiares, reservados para familias *con al menos un padre francés*, ajustado y referenciado según el coste de la vida».⁵⁶

⁵² La entrevista está disponible en <http://videos.elle.fr/video.php?video=30b5fc74441s>. Véase también «Marine Le Pen répond à Elle: L'IVG en danger», 10 de febrero de 2012, disponible en <http://www.elle.fr/Societe/News/Marine-Le-Pen-repond-a-ELLE-l-IVG-en-danger-1902970>. Traducción de la autora del francés.

⁵³ Programa del FN sobre la familia, disponible en <http://www.frontnational.com/le-projet-de-marine-le-pen/avenir-de-la-nation/famille/>

⁵⁴ La entrevista está disponible en <http://videos.elle.fr/video.php?video=30b5fc74441s>

⁵⁵ Programa del FN sobre la familia, disponible en <http://www.frontnational.com/le-projet-de-marine-le-pen/avenir-de-la-nation/famille/>. Traducción de la autora del francés.

⁵⁶ Le Pen, *Mon Projet Pour la France et les Français*, disponible en http://www.frontnational.com/pdf/projet_mlp2012.pdf.

Como apunta la socióloga Francesca Scrinzi, las declaraciones de Marine Le Pen sobre los derechos de las mujeres son muy paradójicas, «alterna entre defender la liberación de las mujeres y defender la familia tradicional, entendiendo esta última como la base de la nación. Preguntada si se identifica como feminista, Le Pen afirmó que podría considerarse como tal en la medida en que defiende los derechos de las mujeres, que están amenazados por el islam».⁵⁷ Es más, según Le Pen, Francia no sería un país sexista si no fuera por los enclaves migrantes. En la entrevista a *Elle*, de hecho, declara que el sexismo es un problema exclusivo de las comunidades no francesas. Tal y como dijo:

En ciertos colegios, sin duda hay una labor cultural que debe hacerse para enseñar eso [por ejemplo, la igualdad de género] a los niños que se han criado en un entorno cultural en el que las mujeres son una categoría inferior a los hombres y en el que se las presenta como tales [El público comienza a abuchearla]. ¿Y ahora por qué abuchean? Sí, están abucheano a lo que saben realmente que... ¡Disculpen, pero se niegan a ver la realidad! ¡Bueno en ese caso nunca resolveremos el problema! Sabemos que las chicas en el extrarradio [*banlieues*] [...] Sinceramente, hay lugares en los que el sexismo existe, estoy de acuerdo. Las chicas del extrarradio no pueden ponerse minifaldas. Allí. A las chicas del extrarradio se las trata como objetos. Por lo tanto, sí, la mejor manera de resolver nuestros problemas es detectarlos, tener la capacidad de aplicar un diagnóstico del problema para resolverlo cuando deba resolverse. No me importa si resuelven problemas que no existen [como el sexismo en colegios franceses entre el alumnado francés], pero eso no es útil.⁵⁸

Al final, Scrinzi apunta:

A pesar de que la estigmatización de los hombres racializados es aún central en la propaganda del FN, ahora las mujeres racializadas han adquirido una nueva visibilidad, al verse presentadas (por una líder mujer) como símbolos de la opresión femenina en los debates sobre el burka, el velo musulmán o la violencia sexual... Así, parece que la figura de la Otra personifica las

⁵⁷ Scrinzi, «A “New” National Front?».

⁵⁸ Entrevista disponible en <http://videos.elle.fr/video.php?video=30b5fc74441s>. Traducción de la autora del francés.

paradojas de la propaganda de Marine Le Pen. Por un lado, a las mujeres migrantes se las representa como víctimas de prácticas patriarcales, que el partido condena. Por otro lado, el discurso y las propuestas políticas de Marine Le Pen sobre las mujeres y la familia recuerdan a las conclusiones de organizaciones de extrema derecha de todo el mundo, en las que puede que las activistas mujeres defiendan ciertos derechos para las mujeres de su «comunidad» (descritas de diversas formas según la nacionalidad, la cultura, la religión o la clase...) mientras que se oponen a esos mismos derechos para las Otras.⁵⁹

En lo que respecta al tema de los derechos del colectivo homosexual, recientemente el FN ha atenuado su tradicional agenda homófoba. Presumiblemente en pro del modelo de Wilders, desde que llegó a ser presidenta del partido, Marine Le Pen ha manifestado aperturas retóricas puntuales hacia la igualdad del colectivo homosexual. No obstante, su estrategia general parece ser mantener un silencio táctico sobre el tema, tanto para mantener contentos a sus áreas internas y electores más conservadores como para lograr cierto consenso entre los votantes homosexuales.⁶⁰

Por último, al equiparar explícitamente la violencia sexual / de género con las culturas migrantes no occidentales, Le Pen ha seguido así la estrategia de otros partidos nacionalistas de derechas para quienes apelar a la igualdad de género es presumiblemente fundamental para vilipendiar a los hombres migrantes no occidentales, musulmanes en particular.

La Lega Nord

El amanecer del nuevo milenio trajo también un dramático giro a la derecha en Italia. En 2001, la coalición de derechas de Silvio Berlusconi, *Casa delle Libertà* (Casa de las libertades), ganó las elecciones generales e inauguró casi una década de mandato ininterrumpido (con la excepción de un breve gobierno

⁵⁹ Scrinzi, «A “New” National Front?».

⁶⁰ Desde el año 2014 algunos activistas LGTB se han unido al FN (como es el caso de Sébastien Chenu) y miembros destacados del FN han reconocido su homosexualidad (como el caso del vicepresidente del FN Florian Philippot). Véase Rachel Halliburton, «How Marine Le Pen Is Winning France’s Gay Vote», enero de 2015; disponible online.

de centro-izquierda entre 2006 y 2008, el segundo gobierno de Prodi). Con el respaldo de partidos neofascistas, nacionalistas de derechas y antinmigración como Alleanza Nazionale (AN, Alianza Nacional) y la Lega Nord (LN, Liga Norte), los gobiernos de Berlusconi supusieron un punto decisivo con respecto de las políticas de inmigración e islamóforas. En julio de 2002, aprobó la ley número 177, la llamada ley Bossi-Fini, que introducía por decreto graves sanciones a inmigrantes y refugiados. Con la nueva ley, la inmigración ilegal pasaba a ser un delito, todos los extranjeros que solicitaran un permiso de residencia debían registrar su huella dactilar, los permisos de residencia pasaban a estar estrechamente ligados a un contrato de trabajo (en un país en el que el mercado negro que imponen los empleadores está muy extendido, en especial entre trabajadores migrantes), y el aislamiento en centros de detención a la espera de la extradición se ampliaba de treinta a sesenta días, así mismo los solicitantes de asilo quedaban detenidos mientras esperaban su evaluación de asilo, en contra de la Convención Europea de Derechos Humanos. El nombre de la ley surgió de sus defensores iniciales, Gianfranco Fini, el líder de AN (partido neofascista fundado en 1994 y disuelto en 2009) y Umberto Bossi (el entonces líder de la LN). La LN en particular ha tenido un papel fundamental en la política italiana, no solo en la promoción de graves políticas xenóforas, sino también en el fomento de los sentimientos antinmigración a través de la explotación de la cuestión de los derechos de las mujeres. Por lo tanto, el siguiente análisis se centra en este partido.

Desde su fundación en 1991, la LN se presentó como el partido de la nueva era en la política italiana, denunciaba a la élite política corrupta y el saqueo de los recursos y la autonomía de las regiones del norte por parte del gobierno central. En la década de los años noventa, la LN aún estaba ligada a una ideología etnoregionalista que exigía la independencia de Padania (que aproximadamente se corresponde con las regiones italianas al norte del valle del Po), basándose en la idea de que es una nación homogénea con una historia común y una identidad étnica. En los años noventa, el nacionalismo regional de la LN la llevó a situar a los italianos del sur como esos Otros enemigos. A finales de los noventa y en los años dos mil, en concreto tras su participación en el gobierno de Berlusconi, y su consecuente incorporación en políticas nacionales más que regionales, la LN pasó de

exigir la secesión a promover el federalismo fiscal, y a ese Otro lo identificaban cada vez más con los migrantes no italianos, no occidentales. Desde su entrada en el gobierno en 2001 en adelante, la LN se distinguió del resto con su dura propaganda antimigración y cada vez más antiislam y al recurrir a una retórica fuertemente nacionalista y masculinista, opuesta a la integración de los migrantes en el mercado de trabajo italiano y en el sistema de bienestar. A los migrantes no occidentales en general los trataban como una amenaza a la seguridad nacional, y a los musulmanes en particular los definían como un peligro no solo para la cultura cristiana italiana, sino también para las mujeres. Con el apoyo de la LN, los gobiernos de Berlusconi identificaban constantemente a los hombres musulmanes y no occidentales como violentos, criminales y violadores.⁶¹ La apelación a la cuestión de la igualdad de género contra los migrantes musulmanes en particular comenzó, al menos de forma explícita, con la campaña de 2005 de la LN contra las negociaciones ante una posible entrada de Turquía en la UE. Para aquella ocasión la LN diseñó un póster que cubrió paredes por toda la península durante muchos meses. El póster retrataba a tres mujeres: la de la izquierda lleva un velo y aparece tras los barrotes de una cárcel. La rodea la oscuridad, pero su estado de sufrimiento se distingue claramente. Al lado derecho aparecen dos mujeres con el pelo corto y ropa occidental, ambas sentadas en una mesa de oficina y aparentemente discuten sobre asuntos de trabajo en un ambiente bien iluminado. El texto de la izquierda dice: «Ellos...»; el de la derecha dice: «Nosotros...». Bajo la imagen aparece una pregunta casi retórica: «¿Está dispuesto a correr el riesgo? No a Turquía en Europa».⁶² El mensaje es, por supuesto, muy claro: admitir a Turquía en la Unión Europea implicaría permitir la entrada de un país con una cultura mayoritariamente islámica en un área tradicionalmente cristiana, y por lo tanto se correría el riesgo de exponer a las mujeres europeas a una religión con ambiciones políticas y que somete al sexo femenino.

Un movimiento como este resultó sorprendente dada la sin duda escasa atención que el partido había prestado a los derechos de las mujeres hasta ese momento. La LN, como señalaba

⁶¹ Sabelli, «Sessualità, razza, classe e migrazioni nella costruzione dell'italianità».

⁶² Véase el análisis del póster en Chiara Bonfiglioli, «Intersections of Racism and Sexism in Contemporary Italy: A Critical Cartography of Recent Feminist Debates», 10 de octubre de 2010, disponible en <http://www.darkmatter101.org>.

antes, usa una retórica política muy masculinista y está vinculada a un modelo tradicional de la familia. Como apunta Scrinzi: «La masculinidad de Padania está asociada con la proeza sexual y la normalidad heterosexual [...] El conflicto político suele describirse en términos militares ya que la masculinidad de esta región está asociada con la fuerza, la resistencia y la dureza en la política. Por último [...] la construcción de género de Padania se asocia con la racionalidad, una ética de trabajo moderna, la laboriosidad, la honestidad y el individualismo [...] Padania se construye como nación masculina».⁶³ A partir del año 2006 en particular, la LN ha seguido situando la igualdad de género en oposición a la migración desde el Sur global en general y al islam en particular de las formas más instrumentales y xenófobas. En febrero de 2006 el entonces consejero de la ciudad de la LN en Milán, Matteo Salvini (ahora líder del partido) propuso que se presentara un *Decálogo delle libertà* [Decálogo de las libertades] a los inmigrantes que solicitaran la ciudadanía italiana. Cinco de las diez preguntas se centran en cuestiones de la mujer y están motivadas por la idea clara de que los migrantes no occidentales (presumiblemente musulmanes en particular) no respetan los derechos de las mujeres. Entre las preguntas se incluyen las siguientes:

1. ¿Prohibiría que su hija se vistiera como una mujer italiana?
2. ¿Qué piensa de la afirmación según la cual una mujer debe obedecer a su marido y que este le puede pegar si ella no le obedece?
3. ¿Cree que es aceptable que un hombre encierre a su mujer o a su hija en casa para evitar que deshonre a la familia en público?
4. ¿Qué haría si su hija o su hijo quisieran casarse con una persona de otra religión?
5. ¿Estaría dispuesta a que un doctor hombre la examinara (si usted es una mujer) o dispuesto a que le visitara una doctora mujer (si es usted un hombre)?⁶⁴

⁶³ Scrinzi, «Women's Activism and Gender Relations», disponible online.

⁶⁴ La propuesta está disponible en http://www.padaniaoffice.org/pdf/giustizia_immigraz/enti_locali/salvini_cittadinanza.pdf. Traducción de la autora del italiano.

En octubre de 2009, la LN presentó un proyecto de ley para prohibir el burka en los espacios públicos. La propuesta pretendía modificar una medida posterior de 1975 que permitía que ciertas categorías de personas llevaran el rostro cubierto si había un «motivo justificado». Oficialmente presentada por razones de seguridad, la ley antiburka recibió amplia cobertura en los medios de comunicación convencionales como la propuesta que permitiría que las mujeres musulmanas (quienes, se asumía, estaban obligadas a llevar el velo integral) se liberaran de esta imposición.⁶⁵ La campaña contra el burka en los espacios públicos de finales de los años dos mil fue la forma principal en la que la cuestión de la desigualdad de género y de la violencia como de dominio exclusivo de ese Otro (musulmán) dominó la propaganda islamófoba de la LN. Sin embargo, es importante señalar que no son solo los hombres musulmanes los que se señalan como los principales enemigos de las mujeres, y no es solo a las mujeres musulmanas a las que se retrata como víctimas. En la campaña xenófoba en la que las cuestiones del sexismo y de la violencia de género están gravemente racializadas, y en las que el propio racismo adopta la forma de distinción entre hombres migrantes no occidentales como «malos» y mujeres migrantes no occidentales como «víctimas», la LN identifica abiertamente a todos los hombres de Europa del Este y del Sur global en general como misóginos y especialmente como potenciales violadores y así mismo a todas las mujeres de estas regiones como víctimas pasivas. Por ejemplo, en abril de 2013 el actual presidente de la LN, Matteo Salvini, promovió en Twitter una nueva página web llamada *Tutti i crimini degli immigrati* [Todos los delitos de los inmigrantes]. La página web recoge exclusivamente artículos de periódico que relatan casos de violencia en los que siempre es un inmigrante el responsable, los casos de violaciones aparecen como los crímenes más comunes entre los ciudadanos no italianos, no occidentales. Así, los hombres migrantes no occidentales en general quedan identificados por la LN como amenaza social que pone en peligro al sexo femenino.⁶⁶ A pesar de su cuestionable reputación

⁶⁵ La información está disponible en la página web de la LN: http://www.leganord.org/index.php/notizie2/7743-Pdl_leghista_per_rendere_illegale_il_velo_islamico_integrale_.

⁶⁶ Sabelli, «Sessualità, razza, classe e migrazioni nella costruzione dell'italianità».

y de sus políticas antifeministas sobre la igualdad de género, la LN, igual que el PVV en Países Bajos y el FN en Francia, ha logrado así instrumentalizar los derechos de las mujeres como un arma poderosa en la campaña contra los migrantes musulmanes y no occidentales.

¿La constitución de un frente feminista heterogéneo y antiislam?

Los partidos nacionalistas de derechas como el PVV, el FN y la LN no han sido los únicos que han apelado a los derechos de las mujeres contra los hombres musulmanes en particular. Desde principios de los años dos mil en los tres países ciertas reputadas intelectuales feministas y algunas políticas feministas notables (algunas de origen musulmán) tanto de la derecha como de la izquierda, así como algunas mujeres en agencias y organizaciones por la igualdad de género (dentro y fuera de la burocracia estatal) han denunciado las prácticas religiosas musulmanas como violaciones de la libertad de las mujeres. A pesar de que he analizado cómo el nacionalismo de derechas se ha adherido al léxico de la igualdad de género centrándome en un único partido en cada país, he optado por no señalar ninguna figura o tendencia concreta del feminismo actual que respalde ideas antiislam en nombre de los derechos de las mujeres. Mis razones son las siguientes. En primer lugar, el interés de analizar los argumentos de distintas feministas, femócratas y organizaciones de mujeres a la hora de abrazar las campañas antiislam está en la posibilidad de ofrecer una visión general del campo, algo que hasta ahora no se había hecho. En segundo lugar, lo relevante de que este sector de mujeres abrace argumentos antiislam es precisamente lo similares que resultan sus planteamientos a pesar de las ideas divergentes y de las divisiones que existen entre las partes en otros aspectos. También merece la pena apuntar que las múltiples formas en las que el feminismo, como proyecto emancipador dirigido a lograr la liberación de las mujeres (ya sean liberal, radical o de izquierdas), «converge» cada vez más con la agenda política y económica no emancipadora / islamófoba y neoliberal hacen que la formación ideológica del feminacionalismo resulte aún más desconcertante. En tercer lugar, el respaldo de posturas antiislam por parte de algunas feministas,

femócratas y organizaciones de mujeres de todo el espectro político es presumiblemente lo que ha contribuido a consolidar la idea de que las comunidades musulmanas en particular no respetan los derechos de las mujeres y a crear, lo que yo llamo, la formación ideológica del feminacionalismo. No obstante, tal y como empezaré a exponer en las siguientes secciones y a explorar en mayor profundidad en los capítulos 3 y 4, la coincidencia temporal entre nacionalistas y algunas feministas que dan voz a eslóganes antiislam bajo la bandera de la igualdad de género es un buen ejemplo de una convergencia más que de una alianza política consciente, o de la constitución de un frente homogéneo feminista antiislam.

El famoso ensayo de la teórica política liberal estadounidense, Susan Moller Okin, *Is Multiculturalism Bad for Women?*, publicado en 1997, aportaba algunos de los argumentos principales que ha usado este frente feminista más bien heterogéneo políticamente al converger en las campañas antiislam. Por lo tanto, es importante que lo recuperemos brevemente. En pocas palabras, en este texto, Okin defiende que ciertas minorías dentro de las sociedades occidentales no respetan los principios de la igualdad de género. Como ejemplos, menciona el uso del velo por parte de las chicas musulmanas en los colegios, la mutilación genital entre inmigrantes africanos y los matrimonios concertados o los crímenes de honor entre inmigrantes asiáticos y de Oriente Próximo tanto en Europa como en Estados Unidos. Mientras reconoce que «prácticamente todas las culturas del mundo tienen un pasado patriarcal», también defiende que «algunas, sobre todo las culturas occidentales liberales, aunque en ningún caso de forma exclusiva, se han alejado mucho más de ese pasado que otras [por ejemplo, las culturas asiáticas, de Oriente Próximo o africanas]». ⁶⁷ Así, propone que a las mujeres con orígenes no occidentales «les iría mucho mejor si la cultura en la que nacieron se extinguiera (y así sus integrantes se incorporarían a culturas circundantes menos sexistas) o, preferiblemente, que la cultura se viera alentada a modificarse para reforzar la igualdad de las mujeres al menos en la medida en la que este valor se defiende en la cultura mayoritaria». ⁶⁸ La propuesta de Okin a comienzos de

⁶⁷ Okin, «Is Multiculturalism Bad for Women?», p. 16.

⁶⁸ Okin, «Is Multiculturalism Bad for Women?», pp. 22-23. Para una crítica brillante del argumento de Okin, véase en particular Volpp, «Feminism versus Multiculturalism».

los años dos mil se generalizó entre sectores del feminismo europeo occidental de la segunda ola, de izquierdas y liberal.⁶⁹ Como se expone en la próxima sección, en los tres países existe un frente feminista más bien heterogéneo que recurre a ciertos argumentos de Okin para presentar las tradiciones islámicas como especialmente hostiles para las mujeres. Se pueden identificar cuatro actores principales en cada país como integrantes de este frente: 1) intelectuales feministas; 2) asociaciones feministas que defienden el laicismo; 3) notables políticas feministas (en ciertos casos de origen musulmán); y 4) agencias con financiación estatal representantes de la igualdad de género, o femócratas.

Países Bajos: la igualdad de género es un asunto de las mujeres migrantes

Como mencioné anteriormente, en 2002, el político de derechas Pim Fortuyn inició una enérgica movilización por la igualdad de género contra la que se percibía como el violento patriarcado del islam.⁷⁰ En una entrevista el 9 de febrero de 2002 con el periódico neerlandés *De Volkskrant*, hizo las siguientes declaraciones:

Quiero una política de emancipación fuerte para las mujeres islámicas en los barrios desfavorecidos. En particular, las chicas turcas y marroquíes con estudios superiores merecen un grave varapalo en mi opinión. Abandonan a sus hermanas. Tomemos el ejemplo de nuestras feministas en los años setenta. Mi madre, que venía de un entorno sofisticado, se emancipó gracias a esas mujeres. Espero lo mismo de esas chicas musulmanas, en lugar de ponerse un velo como si fuese una protesta. Quitáoslo y aseguraos de que vuestras hermanas no solo tengan derecho a existir en un lugar: la cocina.⁷¹

⁶⁹ Hirsi Ali se refiere a Okin de forma explícita y le da su aprobación en su libro *The Caged Virgin: A Muslim Woman's Cry for Reason* (2006). Monica Lanfranco publicó el artículo de Okin en italiano el 9 de octubre de 2014, en las páginas de su periódico *Marea* (<http://riforma.it/it/articolo/2014/10/09/lurgenza-della-laicita>). Sobre las conexiones entre Badinter y Okin, véase Bassel, *Unveiling Agency*.

⁷⁰ Bracke, «From "Saving Women" to "Saving Gays"».

⁷¹ «De Islam is een achterlijke cultuur», *De Volkskrant*, 9 de febrero de 2002. La traducción es de Sarah Bracke en «From "Saving Women" to "Saving Gays"», p. 35.

Algunas feministas destacadas adoptaron el planteamiento de Fortuyn de la emancipación como problema urgente en el caso de las mujeres musulmanas de orígenes turco o marroquí. En el número de mayo de 2002 de la revista feminista neerlandesa *Opzij*, la editora jefa del medio, Cisca Dresselhuys, dedicó su editorial al nuevo interés de Fortuyn por los problemas de las mujeres. Dresselhuys ya había sembrado la polémica un año antes con la declaración de que no contrataría a una mujer que llevara velo para trabajar en su revista.⁷² A pesar de hacer patente el historial más bien contradictorio de Fortuyn en asuntos de emancipación de las mujeres, Dresselhuys dijo que Fortuyn era un «aliado» de la causa feminista en Países Bajos.⁷³ Fortuyn, según Dresselhuys, había recalcado la importancia de promover la emancipación de las mujeres musulmanas, cuya lucha, afirmaba, arrancaría la «tercera ola» del feminismo neerlandés.⁷⁴ Dresselhuys es una intelectual por los derechos de las mujeres neerlandesas reconocida públicamente, que defiende un feminismo blanco, de clase media y liberal, y que además rechaza el multiculturalismo, en línea con el planteamiento de Okin.⁷⁵ La afirmación de Dresselhuys de una «alianza» con Fortuyn necesaria, aunque contradictoria, en torno al asunto de la emancipación de las mujeres musulmanas fue recogida poco después por otra (autoproclamada) feminista: la política neerlandesa-somalí Ayaan Hirsi Ali. Desde 2003 y tras ser elegida diputada del partido de centro-derecha VVD, Hirsi Ali denunciaba a menudo que el islam era una religión retrógrada, cuyo principal peligro estaba en la promoción que hacía de la violencia contra las mujeres, incluida la mutilación genital femenina, los matrimonios forzados y los crímenes de honor. El hecho de que la propia Ali sea una mujer «alóctona», según la definición neerlandesa, que proviene de una familia musulmana, hace que sus declaraciones antiislam en nombre de la igualdad de género sean mucho más «creíbles». Como «experta», puede defender el

⁷² Bracke, «Subjects of Debate», p. 35.

⁷³ Como apunta Sarah Bracke: «Debería tenerse en cuenta que este número de *Opzij* fue el último antes de las elecciones nacionales de 2002 y, por lo tanto, la decisión de Dresselhuys de dedicar su columna editorial a aclarar a sus lectoras feministas por qué Fortuyn podía ser un político aliado es toda una declaración política en sí misma». Véase «From “Saving Women” to “Saving Gays”», pp. 238-239.

⁷⁴ Dresselhuys, «Derde golf».

⁷⁵ Lutz, «Zonder blikken of blozen»; Okin, «Is Multiculturalism Bad for Women?».

«conocimiento auténtico» y sus «declaraciones [quedaban] protegidas de la crítica».⁷⁶ Tras unirse al VVD en 2003, a Hirsi Ali se le asignó la cartera de asuntos de emancipación. En 2004 escribió el guión del cortometraje dirigido por Theo van Gogh, *Submission I*, en el que se cuenta la historia de cuatro mujeres musulmanas que sufrieron distintos tipos de abuso a manos de hombres. Las mujeres recitan sus monólogos vestidas con chadores transparentes y sus cuerpos desnudos están cubiertos con pasajes del Corán profundamente misóginos. El lanzamiento de *Submission I* en la red de radiodifusión pública neerlandesa el 29 de agosto de 2004 despertó una enorme controversia, con grandes protestas de la comunidad musulmana. Dos meses después del lanzamiento de la película, van Gogh fue asesinado por un joven neerlandés-marroquí, miembro de una red islámica fundamentalista. Hirsi Ali recibió amenazas de muerte y salió de la escena pública.

La intervención de Hirsi Ali contra el islam en nombre de la emancipación de las mujeres musulmanas dividió profundamente a las feministas neerlandesas. A pesar de que sus ideas fueron bienvenidas por ciertos sectores del feminismo liberal / laico neerlandés (como el caso de la socióloga feminista Jolande Withuis) e incluso por ciertas feministas musulmanas (como el caso de la escritora neerlandesa-egipcia, autoproclamada feminista musulmana, Nahed Selim); no fueron bien recibidas por las feministas implicadas en políticas antirracistas, ni por parte de muchas mujeres musulmanas en nombre de quienes pretendían hablar.⁷⁷ Anja Meulenbelt, un icono del feminismo de la segunda ola, política del Partido Socialista y miembro de organizaciones de mujeres como ZAMI o Al Nisa, así como reconocidas académicas feministas como Gloria Wekker, Rosi Braidotti, Baukje Prins, Sawitri Saharso y Haleh Ghorashi, por mencionar solo algunos ejemplos destacados, se opusieron frontalmente al retrato que Hirsi Ali y Dresselhuys habían hecho del islam y a su versión del feminismo.⁷⁸

⁷⁶ Bracke, «From "Saving Women" to "Saving Gays"», p. 242.

⁷⁷ Jolande Withuis es la autora de numerosos artículos en Opzij sobre la falta de emancipación de las mujeres musulmanas. Nahed Selim es autora del libro de 2003 *De vrouwen van de profeet: Hoe vrouw(on)vriendelijk is de islam?* [Las mujeres del Profeta: ¿Cómo de misógino es el islam?]. Véase Prins y Saharso, «In the Spotlight»; De Leeuw y Van Wichelen, «"Please, Go Wake Up!"».

⁷⁸ ZAMI es una plataforma para mujeres negras, migrantes y refugiadas (véase www.zami.nl). Al Nisa es una organización para «mujeres musulmanas

No obstante, las ideas de Hirsi Ali, y también las de Dresselhuys, resultaron ser las que más se reflejaron en los medios de comunicación tradicionales neerlandeses. Ambas mujeres se beneficiaron del clima general de consenso con respecto de la islamofobia en nombre de la igualdad de género a lo largo de los años dos mil, planteamiento que ambas contribuyeron mucho a conformar. El respaldo del que disfrutaron en los medios de comunicación tradicionales también coincidió con un cambio en el marco del aparato del «feminismo de Estado» neerlandés que se dio en la primera mitad de los años dos mil por el que la atención pública y la financiación dejaron de estar en los derechos de las mujeres en general para situarse en los derechos de las mujeres de las minorías étnicas en particular, cambio del que también se beneficiaron. Como recogen Joyce Outshoorn y Jantine Oldersma, entre 2004 y 2006 hubo un llamamiento generalizado por la abolición de la principal agencia feminista estatal neerlandesa (es decir, la red de políticas públicas dirigidas a las mujeres) «ya que supuestamente las políticas de igualdad de las mujeres ya estaban bien integradas en las políticas generales». Las autoras continúan: la propuesta de anular la financiación para esta agencia feminista estatal sucedió «en un contexto de drástico giro a la derecha en la política neerlandesa [...] Se defendían las posiciones con firmeza, la discriminación y la desigualdad de género dejaron de ser asuntos que motivaran a los políticos. En este discurso, solo las mujeres migrantes y de minorías, especialmente cuando provenían de países musulmanes, eran las oprimidas y las que necesitaban ayuda; lo que sugería que la desigualdad de género entre la población étnicamente blanca neerlandesa se había erradicado».⁷⁹

Más aún, desde el giro a la derecha de las políticas neerlandesas, la mayoría de las políticas por la igualdad de género se han visto etnicizadas.⁸⁰ Por ejemplo, en esos mismos años, el ministro encargado de asuntos de igualdad de género, Aart Jan De Geus (CDA), junto con Rita Verdonk, ministra de Integración

autoconscientes» según se describe en su página web (www.alnisa.nl). Tanto ZAMI como Al Nisa han organizado y patrocinado numerosas iniciativas para debatir el papel de las mujeres musulmanas en la sociedad neerlandesa.

⁷⁹ Outshoorn y Oldersma, «Dutch Decay», pp. 182-183.

⁸⁰ Roggeband y Verloo, «Dutch Women Are Liberated, Migrant Women Are a Problem».

e Inmigración (VVD), estableció una comisión para la participación de mujeres de minorías étnicas, *Participatie van Vrouwen uit Etnische Minderheidsgroepen* (PAVEM, Participación de Mujeres de Minorías étnicas), para tratar los asuntos relacionados con la integración cultural de las mujeres migrantes y su participación en el mercado laboral. Entre 2003 y 2005, el PAVEM trabajó para establecer las principales coordenadas de lo que luego en 2005 serían los aspectos de género del paquete de integración en Países Bajos, mientras se cortaron los subsidios a las organizaciones de mujeres neerlandesas. En 2005, el PAVEM publicó el plan *Emancipatie: Vanzelfsprekend, maar het gaat niet vanzelf!* [Emancipación: ¡por supuesto, pero no sucederá por sí sola!], según el cual las mujeres migrantes debían ponerse al día con las mujeres neerlandesas, en concreto en el ámbito de la participación social y laboral. En consecuencia, las comisiones patrocinadas por el Estado para la igualdad de las mujeres en Países Bajos dejaron de ser los aparatos institucionales y gubernamentales que promovían la igualdad entre los sexos. En su lugar, como explicaré en más detalle en los capítulos 3 y 4, se fueron transformando en agencias para la educación y la asimilación de minorías y de mujeres migrantes no occidentales en los que se considera representan los modelos neerlandeses correctos de femineidad.

Francia: feminismo y la república sin velos

En Francia la apelación a la igualdad de género en oposición al islam coincide con la controversia del velo y el burka que comenzó a finales de la década de los ochenta.⁸¹ El 3 de octubre de 1989 se expulsó del colegio a tres niñas musulmanas en Creil, después de que se negaran a quitarse el velo. Este acontecimiento generó gran cobertura mediática, alimentada por el hecho de que el islam ya estaba en el punto de mira por cuenta del asunto de Salman Rushdie, pero también debido al hecho de que era una forma de recordarle a la República uno de sus pilares, esto

⁸¹ Sin duda, la movilización de la igualdad de género contra el islam data por lo menos desde la ocupación de Argelia y también entonces las feministas sufragistas francesas se implicaron en la misión civilizadora en las colonias. Véase Scott, *Politics of the Veil*; Boggio Éwanjé-Épée y Magliani-Belkacem, *Les féministes blanches et l'empire*; MacMaster, «Colonial "Emancipation"».

es, el laicismo, durante el año de la celebración del bicentenario de la Revolución francesa. Este asunto se llevó ante el Consejo de Estado (el mayor órgano administrativo de Francia), que rechazó la demanda de que el velo debiera prohibirse en los colegios públicos. Sin embargo, tras el gran éxito de la derecha en las elecciones europeas de 1994, el asunto resucitó y se presentó un proyecto de ley por parte del diputado Eugene Chenier que proponía prohibir los símbolos religiosos «ostentosos» de los colegios públicos.⁸² De nuevo, la propuesta de Cheiner obtuvo gran cobertura mediática pero también fue rechazada por distintos tribunales del país, así como por el Consejo de Estado. A pesar de que en las polémicas anteriores sobre el velo la cuestión de la laicidad se había relacionado con la igualdad entre los sexos, lo que estaba en cuestión seguía siendo la supuesta infracción del laicismo. De hecho, no fue hasta comienzos del año 2000 cuando la igualdad de género tomó un papel central en el debate. En julio de 2003, el presidente Jacques Chirac nombró una comisión, presidida por Bernard Stasi, antiguo ministro y diputado, para explorar la posibilidad de introducir una ley que garantizara el laicismo en los colegios públicos. Finalmente, en marzo de 2004, se aprobó una ley que aplicaba la prohibición de los símbolos religiosos ostentosos en todos los colegios públicos del país.⁸³ Por último, en 2009, el gobierno conservador de Fillon nombró una comisión especial presidida por André Gérin para investigar la práctica del «velo completo» [*voile intégral*]. En septiembre de 2010, se aprobó por fin una ley que prohibía el uso de prendas que cubrieran el rostro en espacios públicos.⁸⁴ Como apunta Joan Scott, la cronología de las medidas legislativas contra el velo islámico (solo un ejemplo de la cuestión musulmana de mayores dimensiones que, como ya he señalado, tenía lugar en Francia en ese momento) coincide estrechamente con la historia del éxito del FN.⁸⁵ No obstante, la misma cronología de la historia reciente

⁸² Merece la pena señalar que Chenier fue director del colegio de Creil que expulsó a las chicas en 1989. Véase Scott, *Politics of the Veil*.

⁸³ Aunque la ley prohíbe todos los símbolos religiosos, se ha interpretado y debatido ampliamente como una medida legal dirigida a evitar que las chicas musulmanas en particular lleven velo. Véase Scott, *Politics of the Veil*.

⁸⁴ Tissot, «Excluding Muslim Women».

⁸⁵ Farris, «From the Jewish Question to the Muslim Question»; Scott, *Politics of the Veil*. Como apunta Shield, no se ha reconocido lo suficiente «que los votantes

de Francia también coincide con otra línea del tiempo: la de las intervenciones públicas de feministas francesas y las cada vez mayores divisiones internas. El 2 de noviembre de 1989, tras el caso de las alumnas con velo expulsadas del colegio en Creil, *Le Nouvel Observateur* publicó una carta escrita por cinco filósofos entre los que estaba la muy reputada filósofa feminista Élisabeth Badinter; carta que se dirigía al entonces ministro de educación Lionel Jospin. Tal y como dijeron:

Tolerar el velo no es dar cabida a un agente libre (en este caso a una niña), es abrir las puertas a quienes han decidido definitivamente, sin discusiones, que debe cubrirse. En lugar de darle a esa niña un espacio de libertad, significa que no hay diferencia entre el colegio y la casa de su padre. Si se permite el velo islámico como símbolo de la sumisión femenina, se otorga carta blanca a los padres y hermanos, es decir, a los representantes más duros del mundo del patriarcado. En último término, se dejaría de respetar la igualdad de género y la libre voluntad que es ley en Francia. En una sola frase, habría desarmado a las miles de jóvenes musulmanas que luchan por su dignidad y por su libertad en todo el mundo.⁸⁶

En diciembre de 2003, mientras la comisión Stasi trabajaba para presentar un informe sobre medidas factibles para la puesta en marcha del laicismo en los colegios públicos, la revista *Elle* publicaba un llamamiento al presidente Chirac firmado por sesenta y ocho figuras públicas, entre las que de nuevo estaba Badinter, pero también la exministra socialista por los derechos de la mujer, Yvette Roudy, y la presidenta de la asociación *Ni Putes*

de Le Pen han sido fundamentales para determinar el resultado de todas las elecciones presidenciales en Francia desde 1988» (Shields, «Marine Le Pen and the "New" FN», p. 184). Por otro lado, Scott argumenta que «sería un error culpar íntegramente a la influencia de Jean-Marie Le Pen de la hostilidad que reina contra el velo. Aunque que no hay duda de que la popularidad de su postura antinmigrantes ha forzado que los partidos tradicionales de la derecha y de la izquierda intenten cooptar su mensaje, tampoco hay duda de que Le Pen apela a una serie de actitudes racistas con profundas raíces en la historia de Francia. Lo que algunos han denominado «islamofobia» precede no solo a los ataques del 11 de septiembre y a la guerra contra el terrorismo, sino también a la guerra de Argelia» (Scott, *Politics of the Veil*, p. 410).

⁸⁶ «Profs, ne capitulons pas!», *Le Nouvel Observateur*, 2 de noviembre de 1989. Traducción de la autora del francés.

Ni Soumises (NPNS, «Ni putas, ni sumisas»), Fadela Amara. El llamamiento era para exigir una ley que prohibiera el velo, «este símbolo visible de la sumisión femenina», de los colegios públicos, «lugares en los que el Estado debería ser garante de una estricta igualdad entre los sexos».⁸⁷ Por último, con la ocasión del nombramiento de la comisión Gérin para proponer una ley que prohibiera el burka de los espacios públicos, Badinter y Amara participaron en calidad de «expertas» e integrantes bien informadas de la sociedad civil y, en consecuencia, algunos de sus argumentos se usaron en la ley de 2010 que prohibía oficialmente el burka en los espacios públicos. Mientras que Amara insistía en la naturaleza patriarcal de esta práctica y en la falta de libertad que experimentaban las mujeres musulmanas que se ven sujetas al velo completo, Badinter apelaba a la noción de patología y perversión. Según Badinter, la práctica del velo completo es contraria no solo a la civilización occidental y al valor que esta da al «rostro», sino también a los principios de la República (libertad, igualdad y fraternidad) ya que niega la reciprocidad en las relaciones entre las personas sin velo que permiten que su rostro sea visible, y las personas con velo que niegan esta posibilidad.⁸⁸ Concluía: «En esta posibilidad de mirar sin ser visto, y de mirar al otro sin que él / ella pueda verte, veo cómo se satisface un triple placer perverso: el placer de la supremacía de uno sobre el otro, el placer del exhibicionismo y el placer del *voyeur*... Creo que nos enfrentamos a mujeres muy enfermas y no creo que su patología tenga que definirnos».⁸⁹ Relegar a las mujeres que se cubren por completo a individuos dementes y perversos reforzaba la idea de que el Estado tenía que intervenir no solo para disciplinar a las mujeres musulmanas sino también para «liberarlas» de la falsa conciencia de su mente distorsionada. Por lo tanto, desde 2004 en adelante, el frente feminista antivelo y antiislam en Francia se ha vuelto muy expresivo y con una composición muy variada. Los argumentos antivelo no solo los han defendido intelectuales feministas de gran reconocimiento como Badinter, Jeannette

⁸⁷ «Le magazine *Elle* lance un appel contre le voile», *Elle*, 5 de diciembre de 2003. Entre otras firmantes constan Julia Kristeva, Élisabeth Roudinesco, Isabelle Adjani, Sonia Rykiel, Isabelle Huppert y Emmanuelle Béart.

⁸⁸ Gerin Report, «Assemblée Nationale, N. 2262».

⁸⁹ Gerin Report, «Assemblée Nationale, N. 2262», p. 335. Traducción de la autora del francés.

Bougrab, Caroline Fourest y Fiammetta Venner (las dos últimas fundadoras de la revista feminista *ProChoix*, que acusó a los opositores de la prohibición del velo de «relativismo cultural») sino también feministas dentro de ciertas organizaciones de izquierda, tales como *Lutte Ouvrière*, algunos miembros del *Nouveau Parti Anticapitaliste*, y, más recientemente, el *Front de Gauche*.⁹⁰

No obstante, es importante señalar que tampoco ha faltado la oposición feminista a la ley antiveelo, así como posturas alternativas del feminismo sobre la apelación a la igualdad de género contra la ciudadanía musulmana en Francia. Muy al contrario, ha sido quizás la más enérgica de Europa. Por ejemplo, la socióloga feminista Christine Delphy (una de las fundadoras, junto con Simone de Beauvoir, de *Nouvelles Questions Féministes* y del así llamado feminismo materialista francés) denunció el dilema entre el antisexismo y el antirracismo que planteaban las feministas a favor de esta ley por ser falso y engañoso.⁹¹ En 2005, tras la aprobación de la ley contra el velo en los colegios públicos y la gran cobertura mediática y las controversias que provocó, la filósofa feminista Elsa Dorlin redactó un manifiesto contra la apropiación del feminismo por parte de feministas islamóforas, racistas y laicas: «¡No en nuestro nombre» [*Pas en notre nom!*].⁹² Houria Bouteldja, fundadora del *Mouvement des Indigènes de la République* [Movimiento de los indígenas de la República] dijo que la prohibición del velo en los colegios públicos sería una «instrumentalización colonial y neocolonial de los derechos de las mujeres» y acusó a organizaciones tales como NPNS de formar parte del «aparato del Estado»; un punto de vista del que no tardaron en hacerse eco la socióloga feminista Sylvie Tissot, así como feministas y activistas antirracistas además de autores

⁹⁰ Véase la página 21 del PDF «La revue du droit de choisir», disponible en <http://www.prochoix.org/pdf/prochoix.25.interieur.pdf>. En una entrevista con la revista *Marianne*, el líder del Front de Gauche, Jean-Luc Mélenchon, criticaba la candidatura de Ilham Moussaïd por el partido de extrema izquierda Nouveau Parti Anticapitaliste a las elecciones regionales de 2010, una mujer musulmana que lleva velo. En sus palabras: «El debate político no debe tener lugar en el campo religioso. Alguien que participa en las elecciones debe representar a todo el mundo y no solo a quienes comparten sus convicciones religiosas». Véase «Mélenchon: La candidate voilée du NPA relève du racolage», 4 de febrero de 2010

⁹¹ Delphy, *Classer, dominer*.

⁹² Dorlin, «Pas en notre nom!», disponible en <http://www.genreenaction.net/Pas-en-notre-nom.html>.

como Félix Boggio Éwanjé-Épée, Stella Magliani-Belkacem, Capucine Larzillière, Lisbeth Sal y otros muchos.⁹³

Y, sin embargo, como había pasado en Países Bajos, las ideas de Badinter y de Amara lograron mayor repercusión en los medios tradicionales. El consenso de su postura antiislam se vio de hecho reforzado en gran medida por el apoyo que recibieron del Estado francés, tanto ideológica como económicamente.⁹⁴ El movimiento NPNS, por ejemplo, se ha financiado con dinero público desde su fundación en 2002 y su presidenta, Fadela Amara, fue nombrada secretaria de Estado a cargo de políticas urbanas en el primer gobierno del conservador François Fillon bajo la presidencia de Sarkozy en 2007, e inspectora general de asuntos sociales en enero de 2011. La presencia de mujeres de origen norteafricano dentro del movimiento NPNS, como es el caso de la propia Amara, así como de Loubna Méliane, Chaddortt Djavann y Jeannette Bougrab, también ayudó a crear la impresión de que hablaban en nombre de las mujeres musulmanas. Presumiblemente, el protagonismo público que se otorgó a las mujeres de orígenes migrantes que se unieron al frente feminista laico y denunciaron la misoginia supuestamente «excepcional» del islam y de la práctica del velo ha contribuido a dejar en un segundo plano a las muchas mujeres y organizaciones musulmanas que protestaron contra las leyes antivelo, por ejemplo *Mamans Toutes Égales*, el colectivo de madres, que contaba con muchas mujeres musulmanas, el grupo *Le Collectif des Féministes pour l'Égalité* y *Femmes dans la Mosquée*, un colectivo de mujeres musulmanas.⁹⁵ En este contexto es importante señalar también la posición que tomaron los representantes más relevantes del feminismo de Es-

⁹³ Bouteldja, «De la cérémonie du dévoilement à Alger (1958) à Ni Putes Ni Soumises», 20 de junio de 2007, disponible en <http://lmsi.net/De-la-ceremonie-du-devoilement-a-Tissot>; Tissot, «Bilan d'un féminisme d'État» 1 de febrero de 2008, disponible en <http://lmsi.net/Bilan-d-un-feminisme-d-Etat>; Boggio Éwanjé-Épée y Magliani-Belkacem, «Les féministes blanches et l'empire»; Larzillière y Sal, «Comprendre l'instrumentalisation du féminisme à des fins racistes pour résister».

⁹⁴ Mazur, «Women's Policy Agencies, Women's Movements and a Shifting Political Context».

⁹⁵ Véanse las páginas web de *Mamans Toutes Égales*, disponible en <http://www.mamans-toutes-egales.com/> (consultada el 20 de octubre de 2014), y del *Collectif Féministes pour l'Égalité*, disponible en <http://www.cfpe2004.fr/intervention-de-hanane-karimi-en-tant-que-porte-parole-de-femmes-dans-la-mosquee-lors-de-l-atelier-femmes-religion-et-emancipation/>.

tado francés (es decir, las agencias y departamentos oficiales a cargo de los derechos de las mujeres a nivel estatal) en concreto con las medidas legislativas contra el velo musulmán. Durante el debate sobre la prohibición del velo en los colegios públicos en 2003, Nicole Amelie, la que entonces era delegada del Ministerio de Paridad e Igualdad Profesional entre hombres y mujeres, declaró que el velo era la «expresión de la discriminación sexista [...] y una expropiación de la libertad individual».⁹⁶ A pesar de que Sarkozy criticó a las comunidades musulmanas y de inmigrantes en Francia por ser irrespetuosas con los derechos de las mujeres, y a pesar de su campaña contra los velos que cubren el rostro en espacios públicos (lo que en último término condujo a la ley de 2010 que mencionábamos antes), durante su presidencia, el puesto de ministro delegado a cargo de asuntos de igualdad de género quedó vacante. Por fin en 2012 se restableció con plenas funciones el Ministerio de los Derechos de las Mujeres bajo el mandato de centro-derecha de François Hollande. La designación de la que fuera ministra entre 2012 y 2014, la socialista Najat Vallaud-Belkacem, de origen marroquí y argelino y nacida en Marruecos, resultó polémica después de que insinuara en 2013 que las profesoras de *crèche* [educación infantil] también podrían verse afectadas por la prohibición del uso de velos religiosos durante el trabajo.⁹⁷ Así, independientemente de su color político, los representantes más destacados del feminismo de Estado a nivel gubernamental han denunciado sistemáticamente las prácticas religiosas musulmanas contra los derechos de las mujeres y han apoyado medidas legislativas que han prohibido a las mujeres musulmanas usar el velo en los colegios públicos y el velo completo en espacios públicos.

⁹⁶ Véase la declaración del 14 de noviembre de 2003 sobre la aplicación del principio de laicismo en Francia por Nicole Ameline: <http://discours.vie-publique.fr/notices/043000007.html>.

⁹⁷ Tras la noticia de la victoria en los juzgados de Fatima Afif, una mujer musulmana que había sido despedida en 2008 por la guardería «Baby Loup» en el suburbio parisino de Yvelines al negarse a quitarse el velo en el trabajo, la ministra de Derechos de las Mujeres, Najat Vallaud-Belkacem, comentó que «el principio de laicidad no se queda a las puertas de una guardería». Sugería que era necesaria una nueva ley para mantener la prohibición del velo en los lugares de trabajo privados. Véase «Vallaud-Belkacem: “La laïcité ne doit pas s’arrêter à la porte des crèches”», 20 de marzo de 2013, disponible en <http://www.liberation.fr>.

Como señalan acertadamente Larzillière y Sal, a pesar de que el objetivo que la intelectualidad feminista francesa, de izquierda a derecha, afirma defender la promoción de un feminismo «universal», que garantice la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, sus ideas sobre las prácticas religiosas de las mujeres musulmanas en Francia se han visto marcadas por lo que Christelle Hamel denominó la «racialización del sexismo».⁹⁸ Este es un discurso según el cual «la defensa por parte del grupo mayoritario [franceses blancos] de un discurso favorable en lo que respecta a las hijas de los migrantes, pero desfavorable en el caso de sus hijos, es a menudo una muestra de una forma de racismo que hace que la denuncia del sexismo sea una herramienta de dominación y la sexualidad una de sus formas de expresión».⁹⁹

Italia: de izquierda a derecha, unidos contra el islam

Como en Países Bajos y en Francia, también en Italia algunas intelectuales y organizaciones feministas, políticas feministas de origen inmigrante y musulmán, así como femócratas a cargo de la igualdad de género a nivel estatal han defendido posturas antiislam en nombre de los derechos de las mujeres. En el frente intelectual, varias periodistas feministas muy conocidas se han sumado a denunciar la opresión que hace el islam de las mujeres y han apelado al laicismo en particular como el mejor antídoto contra el antifeminismo de los fundamentalistas. El ejemplo más conocido fuera de Italia es sin duda el de Oriana Fallaci. A pesar de que ella no se denomina feminista, en la década de los años setenta, Fallaci apoyó algunas batallas feministas importantes (por el aborto y el divorcio) y desde entonces se le asoció con el feminismo liberal. En particular en sus dos libros *La rabia y el orgullo* (2002) y *La fuerza de la razón* (2006), Fallaci, a pesar de considerarse atea y laica, describió el islam como una civilización inferior comparada con el cristianismo occidental. Acusó a los musulmanes de convertir las ciudades italianas en «casbas asquerosas» y denunció el trato que los hombres hacían de las mujeres musulmanas como bárbaro. Otra periodista feminista

⁹⁸ Larzillière y Sal, «Comprendre l'instrumentalisation du féminisme à des fins racistes pour résister».

⁹⁹ Hamel, «De la racialization du sexisme au sexisme identitaire», p. 98.

que denunció el islam en nombre del laicismo y de los derechos de las mujeres fue Monica Lanfranco. Fundadora de la revista feminista *Marea*, en 2005, Lanfranco, colaboró en *Senza velo: Donne nell'Islam contro l'integralismo* [Sin velo: mujeres en el islam contra el fundamentalismo]. Como hizo el movimiento *ProChoix* en Francia, la crítica de Lanfranco de la condición de las mujeres en el islam se dirige especialmente al pensamiento relativista: «El relativismo cultural llega tan lejos como para afirmar que los derechos humanos universales son un concepto occidental. Pero, entonces, ¿por qué cuando el mulá usa un teléfono o un coche no dice que son cosas occidentales, incompatibles con la sociedad islámica?». ¹⁰⁰ En intervenciones más recientes. Lanfranco (quien citara con aprobación el trabajo de la activista iraní por los derechos humanos Maryam Namazie) ha apelado directamente al laicismo como una «necesidad humana» especialmente urgente en los países dominados por la *sharía* en los que las mujeres están sometidas a los hombres. ¹⁰¹ Ya en 2003, la influyente periodista liberal de izquierdas y feminista Barbara Spinelli escribió: «El velo no tiene el mismo significado que la cruz o que la kipá. En gran parte del mundo es un símbolo de opresión y aquella que no lo usa es considerada por las personas de la misma religión como apóstata, contra quien se decreta la pena de muerte... El velo significa, la mayor parte del tiempo, el orden establecido en los colegios por familiares y clanes, contra la libertad del individuo». ¹⁰² Otra periodista asociada con el periódico comunista *Il Manifesto*, Giuliana Sgrena, publicó en 2008 el libro *Il prezzo del velo: La guerra dell'Islam contro le donne* [El precio del velo: la guerra del islam contra las mujeres] que dedica íntegramente a debatir sobre esta prenda musulmana femenina. Con la repetición del tema recurrente de la naturaleza del velo musulmán como símbolo de opresión, la campaña de Sgrena contra la supuesta falta de derechos para la autodeterminación de las mujeres islámicas y musulmanas contribuyó ampliamente a difundir la idea entre la izquierda de que el islam significa misoginia y violencia de género. Es más, *Unione Donne in Italia* (UDI, Unión de Mujeres en Italia) utilizó

¹⁰⁰ Lanfranco y Di Rienzo, *Senza velo*, p. 19.

¹⁰¹ Véase «Laicità e fondamentalismo», disponible en <http://www.iniziativaica.it/?p=22095>.

¹⁰² Barbara Spinelli, «Il velo della discordia», *La Stampa*, 26 de octubre de 2003.

el mismo repertorio, una de las organizaciones más importantes por los derechos de las mujeres fundada tras la Segunda Guerra Mundial y tradicionalmente asociada a la izquierda y al Partido Comunista hasta comienzos de la década de los ochenta. La UDI defendió abiertamente la propuesta de ley para prohibir el burka y el nicab en los espacios públicos, que la representante de derechas Souad Sbai presentó en el Parlamento en 2009.¹⁰³ Originaria de Marruecos, con un pasado como periodista para varias revistas italianas, Sbai, quien se considera a sí misma feminista, fue elegida en 2008 como integrante del Parlamento por *Il Popolo della Libertà* (PDL, el Pueblo de la Libertad). Como diputada de derechas, Sbai fue una de las promotoras de la propuesta de ley de 2009 que proponía prohibir el burka y el nicab de los espacios públicos y desde entonces se ha presentado como una de las más duras críticas del islam y de la desigualdad de género en países y comunidades islámicas. En 2010 publicó el libro *L'inganno: Vittime del multiculturalismo* [La mentira: víctimas del multiculturalismo] en el que, haciendo un claro eco del famoso ensayo de Okin, acusa al multiculturalismo occidental de no haber defendido los derechos de las mujeres migrantes y musulmanas. Al reflexionar sobre estas destacadas mujeres de la derecha autodenominadas feministas y rescatadoras de las mujeres musulmanas en Italia, es imposible no mencionar a Daniela Santanchè. Como diputada del partido posfascista y bajo el gobierno de Berlusconi, Santanchè propuso en 2006 prohibir el velo en los colegios públicos. En 2007, emprendió una dura campaña centrada en el odio al islam tras el asesinato de Hina Saleem a manos de su padre pakistaní y de otros miembros de su familia, un caso que sacudió al país durante meses. Como lo expresa Ruba Salih: «Hina iba a convertirse en el emblema de la campaña nacional contra lo que se representa en los medios como la violencia de género que está en la genética del islam. Las fotografías que circularon en los medios resultaron especialmente llamativas. Una en concreto se volvió la foto oficial, retrataba a Hina con unos vaqueros y una camiseta verde muy apretada que dejaba al aire el ombligo, como las que estaban tan de moda entre las jóvenes europeas. Sin duda la elección de esa foto en particular no fue accidental, formó parte

¹⁰³ Véase <http://www.udinazionale.org/2009/113-burqa-e-patriarcato-da-una-legge-italiana-ad-oxford.html>

de la construcción de la mujer musulmana superempoderada, la heroína que paga el precio más alto por su deseo de desafiar el islam y la tradición y de secularizarse, hacerse una de nosotros». ¹⁰⁴ Aunque instrumentalizó la causa de las mujeres musulmanas para sus propias batallas políticas en su partido, la postura de Santanchè le otorgó gran popularidad, lo que le permitió presentarse a las elecciones de 2008 en una coalición posfascista para el puesto de primera ministra. A través de un análisis de algunas de las principales revistas de mujeres italianas publicadas entre 2001 y 2008, Simona Stano demostró cómo las mujeres italianas feministas asociaban predominantemente el velo musulmán con la sumisión, la violencia, la pasividad y el sufrimiento. ¹⁰⁵

A lo largo de los años dos mil se adoptaron posturas explícitamente antiislam por parte de la mayoría de ministros y representantes de la principal agencia de feminismo de Estado en Italia, es decir, el Ministerio y el Departamento de Igualdad de Oportunidades entre Hombres y Mujeres. En 2007, bajo el breve gobierno de centro-izquierda dirigido por Prodi, la ministra Barbara Pollastrini, integrante del Partido Democrático (PD) y anteriormente del Partido Comunista Italiano, declaró que «el velo del rostro es una ofensa contra la dignidad de la mujer [y] no debería haber ambigüedad [sobre la cuestión del burka]. ¡Solo un claro no!». ¹⁰⁶ Un año antes, Livia Turco, representante histórica de los derechos de las mujeres del centro-derecha y entonces ministra de sanidad, ya había expresado posturas críticas sobre el supuesto atraso del islam frente a los derechos de las mujeres. Al intervenir en el debate del velo como símbolo de la opresión masculina, Turco propuso crear un «lobby rosa» para defender los derechos de autonomía de las mujeres musulmanas. Las mujeres más jóvenes del PD se hicieron eco de su propuesta e instaban a las mujeres musulmanas a «adaptarse a la autonomía y a la libertad de las mujeres occidentales». ¹⁰⁷ En 2010, la ministra de Igualdad de Oportunidades entre Hombres y Mujeres del gobierno de Berlusconi, Mara Carfagna, integrante del partido de

¹⁰⁴ Salih, «Muslim Women».

¹⁰⁵ Stano, *Sotto il velo dei media*.

¹⁰⁶ Véanse las declaraciones de Pollastrini en «Bufera sul burqa», *Corriere della Sera*, 9 de octubre de 2007; disponible online.

¹⁰⁷ Véase Pollastrini, «Bufera sul burqa».

derechas PDL, se expresó al respecto del caso de Sanaa Dafani, una joven de origen marroquí asesinada por su padre, con estas palabras: «La historia de Sanaa no es una excepción dolorosa, sino que representa la difícil situación generalizada de las mujeres en los países islámicos: una situación de sumisión y segregación, que intentan introducir en nuestro país. Así, se les niega el derecho a la libertad».¹⁰⁸ De nuevo, las mayores representantes del feminismo de Estado en el país, tanto de la derecha como de la izquierda, defendían la equivalencia entre el islam y la falta de derechos de las mujeres al vincular la violencia de género a las supuestas prácticas tradicionales musulmanas.

En resumen, el frente feminista antiislam en Italia parece por lo tanto bastante heterogéneo, y sin embargo unívoco. En efecto, la mayoría de las voces asociadas con el movimiento feminista han adoptado una clara postura contra el velo y el islam por ser patriarcal por excelencia y por oponerse a la modernidad occidental. Sin embargo, las voces críticas no han estado del todo ausentes, aunque se hayan visto marginadas en unos medios de comunicación tradicionales dominados por estas convergencias feminacionalistas. Por ejemplo, las mujeres inmigrantes jóvenes de origen musulmán, como aquellas relacionadas con la organización *Giovani Musulmani d'Italia* [Jóvenes musulmanes de Italia] han promovido iniciativas para demostrar que el islam y los derechos de las mujeres no son incompatibles.¹⁰⁹ En 2008, Sumaya Abdel Qader, de padres jordano-palestinos, publicó un libro llamado *Porto il velo, adoro i Queen* [Llevo velo y me encanta Queen], que se recibió como un desafío a la representación de las mujeres musulmanas como objetos atrasados y pasivos en manos de sus culturas opresoras.¹¹⁰ Además, una generación más joven de feministas ha condenado gravemente el carácter eurocéntrico e islamófobo del actual planteamiento sobre las mujeres musulmanas. Conocidas feministas antirracistas como Vincenza Perilli, Chiara Bonfiglioli, Lidia Cirillo y Sonia Sabelli, así como las investigadoras sobre el islam Anna Vanzan o Francesca Koch,

¹⁰⁸ Véase <http://pariopportunita.gov.it/index.php/primo-piano/1230-carfagnan-lle-moschee-si-predichi-in-italianor>

¹⁰⁹ Véase la página web de *Giovani Musulmani d'Italia*, disponible en <http://giovanimusulmani.it>

¹¹⁰ El libro de Qader está disponible en la Editorial Sonzogno.

la presidenta de la *Casa Internazionale delle Donne* [Casa Internacional de las Mujeres], han intentado todas ellas romper el consenso hegemónico sobre el antisexismo islamófobo que reina entre numerosas feministas, organizaciones de mujeres y femócratas.¹¹¹ En un contexto de violencia de género difusa, donde los asesinatos de mujeres que perpetrar los hombres italianos se describen a diario en los periódicos italianos, la condena de los hombres musulmanes como repositorio de toda la misoginia y el sexismo (como defienden estas feministas críticas) no es nada más que una mera instrumentalización racista.

Sincronicidades del feminacionalismo

Sin duda, hay varias diferencias entre los tres contextos a examen y las formas en las que los partidos nacionalistas de derechas, feministas y femócratas han articulado esta convergencia feminacionalista. Para empezar, si miramos por ejemplo las estrategias adoptadas por partidos nacionalistas de derechas, vemos que mientras que el PVV en Países Bajos ha adoptado una postura a favor de la homosexualidad junto con el discurso a favor de los derechos de las mujeres en su estigmatización de los migrantes no occidentales y especialmente de las comunidades musulmanas, el FN en Francia comienza a mantener una tímida y contradictoria distancia con su tradicional discurso antihomosexual y la LN en Italia aún conserva un lenguaje y una política duramente homófobas. Del mismo modo, mientras que tanto el FN como la LN han puesto en marcha planes y propuestas de políticas sobre cuestiones de género (aunque marginales en su agenda política general) y se han mantenido en gran medida conservadores en asuntos de derechos reproductivos, y favorables a la idea tradicional del papel de la mujer en la familia, el PVV no cuenta con un programa claro sobre cuestiones de la mujer. Para el PVV, la falta de igualdad de género afecta principalmente a las minorías étnicas, una visión que ha ganado cada vez mayor respaldo entre políticos neerlandeses de derechas y de centro a lo largo de los años dos mil. Por último, a pesar de que el FN y

¹¹¹ Véase Bonfiglioli *et al.*, *La Straniera Lidia*; Sabelli, «Sessualità, razza, classe e migrazioni nella costruzione dell'italianità»; Vanzan, *La storia velata*.

la LN han cambiado progresivamente de un léxico fuertemente nacionalista a eslóganes de supremacía occidental, que resultan más aceptables en los medios de comunicación tradicionales, la retórica política del PVV ha pasado de un duro centralismo occidental a un nacionalismo étnico más explícito.¹¹² No obstante, a pesar de estas disparidades, las similitudes y sorprendente sincronía entre los tres partidos cuando apelan a los derechos de las mujeres en campañas antimusulmanas parece prevalecer. Se han dado distintas interpretaciones para intentar arrojar cierta luz a este fenómeno. Mientras que ciertos investigadores consideran que la instrumentalización de la igualdad de género es una estrategia electoral para obtener el voto femenino (que suele ser bajo para estos partidos), otros opinan que la atención generalizada al «choque» entre culturas es un terreno que facilita el énfasis en cuestiones de género.¹¹³ Para otros, la centralidad asignada a las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales en debates sobre la integración de los migrantes en las sociedades europeas occidentales es el resultado de un giro generalizado del espectro político hacia la derecha y de la reubicación estratégica de esta última entre los programas neoliberales de *laissez faire* en el aspecto económico y las políticas nacionalistas antinmigración en el aspecto político.¹¹⁴ Otros académicos defienden que la atención

¹¹² La supremacía occidental define la perspectiva según la cual los «principios occidentales» y la «civilización occidental» constituyen un tipo de verdad universal que marca la superioridad de Occidente frente al resto del mundo. Más recientemente y de forma significativa, esta perspectiva fue presentada por Samuel Huntington en su libro de 1996 *The Clash of Civilization and the Remaking of the World Order*. Bessis define la supremacía occidental como la «habilidad para producir lo universal, de elevarlo hasta el nivel de absoluto, y de violar de forma extraordinariamente sistemática los principios que derivan de ello, mientras sigue sintiendo la necesidad de desarrollar justificaciones teóricas para tales violaciones. La riqueza planetaria de su hegemonía, junto con el terco intento de justificarse a sí mismo durante siglos por medio de un aparato cultural sofisticado en el que la universalidad se evoca constantemente, representa una doble especificidad» (Bessis, *Western Supremacy*, p. 5). Según Bonnett, el supremacismo occidental emerge en el contexto de la crisis de la blanquitud a comienzos del siglo XX en Australia e Inglaterra. Véase Bonnett, «From the Crisis of Whiteness to Western Supremacism».

¹¹³ Voto femenino: Bartlett *et al.*, «Populism in Europe»; Mayer, «From Jean-Marie to Marine Le Pen»; Akkerman y Hagelund, «“Women and Children First!”»; Towns *et al.*, «Equality Conundrum». «Choque» cultural: Roggeband y Verloo, «Dutch Women Are Liberated, Migrant Women Are a Problem», p. 285.

¹¹⁴ Roggeband y Verloo, «Dutch Women Are Liberated, Migrant Women Are a Problem», p. 285.

a las cuestiones de la mujer en campañas antinmigración / antiislam exige que comprendamos la nueva ideología de estos partidos como aquella dominada no solo por el nacionalismo, o los clásicos motivos de la derecha, sino por el populismo. Todas estas interpretaciones sin duda ofrecen importantes puntos de vista para el giro feminacionalista. No obstante, creo que también tienden a pasar por alto el legado histórico e ideológico, así como los intereses materiales que subyacen al planteamiento, por parte de estos partidos, de las mujeres musulmanas y no occidentales como víctimas y sujetos rescatables. Como debatiré ampliamente en los próximos capítulos, un examen del papel que cada vez más las mujeres musulmanas y no occidentales representan en las sociedades contemporáneas europeas occidentales como «potenciales» reproductoras sociales y culturales de la nación nos permite arrojar luz sobre la dimensión político-económica del feminacionalismo.

En lo que respecta al lado feminista, en los tres países, tal y como hemos visto, el campo feminacionalista se ha visto ocupado por cuatro agentes principales: algunas conocidas intelectuales feministas y asociaciones que defienden argumentos laicos; representantes políticas de derechas, incluidas las auto-proclamadas feministas de origen norteafricano o musulmán; algunas organizaciones de mujeres; y figuras clave dentro de las agencias estatales por la igualdad de las mujeres, o femócratas. Por lo tanto, de la derecha a la izquierda, las mujeres dentro del campo feminacionalista se han vuelto especialmente cruciales en el señalamiento de la noción del sexismo y la misoginia como problemas que afectan fundamentalmente a las comunidades musulmanas. Se debe señalar también que estas mujeres, en los años dos mil, abordaron sus preocupaciones sobre las prácticas musulmanas en particular, y no contra los migrantes de forma más generalizada, como es el caso de las formaciones nacionalistas de derechas que he analizado. Es precisamente a las mujeres musulmanas a las que estas feministas, representantes políticas de derechas y femócratas han ofrecido su ayuda, comprometiéndolas de ese modo en lo que Sarah Bracke denominó con acierto «narrativas de rescate».¹¹⁵ A pesar de las numerosas diferencias

¹¹⁵ Tomo la noción de «narrativas de rescate» del trabajo de Bracke sobre las similitudes y diferencias entre las políticas feministas y las del colectivo homosexual en el contexto del debate del multiculturalismo posterior a 1989 en Países Bajos. Véase Bracke, «From "Saving Women" to "Saving Gays"».

entre ellas, lo que parece unir a todas estas feministas en una batalla común contra el islam es la creencia fundamental de que los valores occidentales de emancipación, derechos individuales y laicismo son más adecuados para garantizar la igualdad de género. Como se describe en las secciones anteriores, las feministas neerlandesas, francesas o italianas tales como Badinter, Lanfranco y Dresselhuys; representantes políticas feministas de la derecha de origen musulmán como Bougrab en Francia, Sbai en Italia y Ali en Países Bajos; o femócratas y agencias de igualdad en los tres países comparten por lo tanto la idea del supremacismo de la cultura occidental en lo que respecta a los derechos de las mujeres. Desarrollo más ampliamente este aspecto crucial en el capítulo 4 al analizar las formas concretas en las que algunas figuras de este frente feminista antiislam han puesto en marcha o han apoyado políticas dirigidas a la emancipación de las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales.

En conclusión, mientras la intención de salvar a las mujeres musulmanas de su cultura aparentemente bárbara parece animar este frente feminista antiislam heterogéneo, cabe hacerse la pregunta «¿Las mujeres musulmanas necesitan ser salvadas?», por ponerlo en las palabras de la antropóloga Lila Abu-Lughod.¹¹⁶ ¿Pidieron ellas este tipo de representación a las feministas y femócratas neerlandesas, francesas e italianas? Como apunté anteriormente, en los tres países, activistas feministas antirracistas y académicas, así como varias organizaciones de mujeres musulmanas han comenzado a cuestionar la legitimidad de aquellos que representan el islam como una entidad misógina homogénea, además de a desafiar la representación generalizada de las mujeres musulmanas solo como objetos pasivos y víctimas. En este sentido, el hecho de que las posturas condescendientes de algunas feministas en Europa occidental hayan sido desveladas y se vean expuestas a la crítica mordaz por parte de mujeres musulmanas nos habla de las importantes transformaciones que están teniendo lugar en las sociedades europeas en general y en el movimiento feminista en particular. La creciente presencia, visibilidad y compromiso público de mujeres migrantes de segunda y tercera generación (tanto musulmanas como no musulmanas) dentro de estas sociedades comienza, de hecho, a sacudir

¹¹⁶ Abu-Lughod, *Do Muslim Women Need Saving?*

los cimientos occidentalocéntricos y falsamente universales de algunas de las convicciones más profundas del continente, lo que desafía a las feministas a articular su crítica a la desigualdad de género con una crítica a la opresión racial y también a la explotación de clase. En los capítulos 3 y 4 desarrollo en más detalle cómo la participación de algunas feministas, organizaciones de mujeres y femócratas en el espacio ideológico del feminacionalismo se puede entender como la expresión de ese paternalismo occidentalocéntrico que las feministas negras, antirracistas y no occidentales han denunciado desde el auge del movimiento feminista, especialmente en el mundo angloparlante. No obstante, también plantearé las profundas contradicciones que atraviesan a este frente heterogéneo feminista antiislam cuando se implica en iniciativas de rescate dirigidas a mujeres migrantes musulmanas y no occidentales, o las apoya especialmente.

2. Feminacionalismo no es populismo

Todos los nacionalismos tienen género, todos son inventados y todos son peligrosos.

Anne McClintock, «No Longer in a Future Heaven»

En la segunda mitad de la década de los dos mil, los sociólogos y politólogos que intentaron comprender por qué el PVV, el FN y la LN comenzaron a apelar a cuestiones relativas a los derechos de las mujeres en sus campañas antiislam y antinmigración recurrieron a las teorías del populismo.¹ Se identificaron ciertos elementos sorprendentemente diferentes a los lemas fascistas tradicionales de la extrema derecha: la adopción de cuestiones como los derechos de las mujeres o los del colectivo homosexual; el énfasis no solo en las raíces cristianas de Europa sino también en las judías; la creciente capacidad de los partidos de atraer votantes que no se consideran a sí mismos de derechas o a quienes no formaban parte de su electorado tradicional (en particular las mujeres); la apelación al pueblo como único soberano legítimo y el énfasis en la comunidad más que

¹ Por ejemplo, Albertazzi y McDonnell, en *Twenty-First Century Populism*, consideran que la insistencia de los llamados partidos populistas en los valores de la igualdad es uno de los elementos que los diferencia de los partidos fascistas. Un ejemplo notable de ello suele ser el Pim Fortuyn List en Países Bajos. Su insistencia en los derechos de mujeres y homosexuales junto con sus eslóganes antinmigración se ven como un ejemplo de políticas populistas contemporáneas.

en el Estado. Así, se estimó necesario un giro hacia el aparato conceptual del populismo para una mejor comprensión de la agenda aparentemente ginófila de estos partidos.²

Ya se entienda como la primacía del líder carismático frente al programa político, o como el abandono de ideologías clásicas y obsoletas del siglo XX, la mayoría de las teorías del populismo coinciden en la caracterización del partido populista como aquel que intenta incitar al pueblo contra un adversario de sus intereses (el Estado, la élite política, los inmigrantes o cualquier otro). En otras palabras, a pesar de que el término «populismo» se ha conceptualizado de diversas formas, todas las definiciones coinciden en lo que yo llamaría una comprensión «formalista» del populismo. Según esta perspectiva, el populismo en último término consiste en la política que dicotomiza el espacio político entre un «nosotros» (el pueblo auténtico) frente a un «ellos» (la élite corrupta o el extranjero). Es decir, las políticas populistas no se definen por su contenido, sino por su forma. La instrumentalizada apelación a los derechos de las mujeres en campañas anti-islam y antinmigración que han hecho los partidos neerlandeses, franceses e italianos que analizo en este libro podría entenderse entonces en términos de la identificación que han hecho de un enemigo claro (el hombre musulmán e inmigrante en este caso) contra el que el pueblo puede articular su rabia y sus demandas. La lógica formal propia de Schmitt del amigo / enemigo, que define la política como un campo de batalla entre dos partes supuestamente homogéneas y conflictivas (independientemente de la naturaleza de las demandas de las partes), se entiende por lo tanto como el núcleo de la ideología populista. Se debería apreciar que es precisamente el *formalismo* de la definición predominante de populismo lo que permite que se tache de populistas a partidos y movimientos tanto de derecha como de izquierda. Ernesto Laclau, en particular en su libro *La razón populista*, ha desempeñado un papel central al establecer y profundizar este enfoque formal en el estudio del populismo.³

² Tarchi, «Populism Italian Style»; Taguieff, *L'illusion populiste*; Vossen, «Populism in the Netherlands after Fortuyn»; Albertazzi y McDonnell, *Twenty-First Century Populism*; Zaslove, *Re-Invention of the European Radical Right*.

³ Aunque provenga de un análisis del populismo de la izquierda en América Latina, Laclau aplicó explícitamente su definición de populismo también a los partidos de la derecha en Europa como el FN y el PVV. Véase Laermans, «On Populist Politics and Parliamentary Paralysis».

En este capítulo me propongo demostrar que el concepto de populismo no puede ayudarnos a analizar por qué los partidos de la derecha apoyan los derechos de las mujeres. Para presentar mi argumento, en primer lugar, reconstruyo algunas de las interpretaciones más influyentes del populismo de derecha en Europa occidental. Aquí presto especial atención a la importante e influyente contribución de Laclau y defiendo que la limitación se hace patente cuando pensamos en la repentina adopción de temas profeministas por parte de los partidos de la derecha. Sobre esta base, demuestro que las teorías del nacionalismo, en particular en la forma en que las desarrollaron las feministas poscoloniales y las teorías críticas de la raza, resultan más apropiadas para descifrar tanto la novedad de la representación de las mujeres migrantes no occidentales como víctimas a las que rescatar, como la regularidad histórica en la que se basan dichas representaciones. Por último, defiendo que, si queremos comprender las razones de la repentina e interesada apelación a las cuestiones de género por parte de estos partidos de derechas (es decir, una de las dimensiones fundamentales del feminacionalismo), debemos comprender el populismo no como el gran significante de la política contemporánea de la derecha frente a las mujeres y a los migrantes no occidentales, sino como un *estilo* político o un dispositivo *retórico* cuyo significante conceptual yace en el nacionalismo y en sus instituciones históricas (racistas).

Populismo en Europa occidental

Siguiendo el camino abierto por los debates sobre populismo en Europa occidental, iniciados en la década de los años noventa en parte como resultado de la aparición de nuevas formaciones políticas por todo el continente tras la caída de la Unión Soviética y la crisis de varios sistemas políticos, el comienzo del nuevo milenio conoció una nueva ola de debates en torno al populismo.⁴ Este último debate respondía en gran medida al crecimiento de formaciones de derechas preexistentes (LN y FN) o al surgimiento de otras nuevas (PVV), en el contexto de la aceleración del proceso

⁴ Betz, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*; P. Norris, *Radical Right*.

de integración y expansión de la Unión Europea, pero también muy especialmente tras el 11-S.⁵ Desde el año 2003 en adelante, nos acostumbramos a leer artículos de analistas políticos y reconocidos intelectuales públicos en los periódicos nacionales más importantes de Países Bajos, Francia e Italia que prometían revelar el ingrediente populista secreto para el éxito de las fuerzas de la derecha.⁶ Del mismo modo, el número de publicaciones académicas dedicadas al fenómeno populista se multiplicó. Junto con el sorprendente número de definiciones referidas al populismo como marca distintiva de una era (populismo como patología de la democracia, populismo como el espíritu de la época, momento populista), la etiqueta de populismo se ha usado para los fenómenos más variados, desde la Guía Michelin a la sociología de Pierre Bourdieu o Internet.⁷ Como señaló Dézég, la palabra parece correr el riesgo de acabar cayendo en esa lista de términos que «por significar todo, terminan por no significar nada en absoluto».⁸

Aun así, como podría haber señalado Murray S. Davis, puede que sea precisamente la vaguedad y la ambigüedad del populismo lo que ha alimentado la fascinación por este concepto entre académicos e intelectuales públicos.⁹ Sociólogos y analistas políticos en particular se han embarcado en lo que probablemente sea una sobreextensión del concepto de populismo, al proponer que nos permite comprender la heterogeneidad y aun así la singularidad de la constelación de partidos y movimientos de Europa occidental que no tienen sus raíces en organizaciones tradicionales de extrema derecha o fascistas (con la excepción del FN en Francia). Sobre todo, es la interpelación al pueblo sin ninguna mediación y de una forma *demagógica* en lugar de *democrática* lo

⁵ Berezin, *Illiberal Politics in Neoliberal Times*, p. 26.

⁶ Berezin, *Illiberal Politics in Neoliberal Times*.

⁷ Betz, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*; Mudde, «Populist Zeitgeist»; Berezin, *Illiberal Politics in Neoliberal Times*; Dézég, «Le populisme ou l'introuvable Cendrillon», p. 185.

⁸ Dézég, «Le populisme ou l'introuvable Cendrillon», p. 179. Traducción de la autora del francés.

⁹ En los años setenta y ochenta Murray Davis publicó dos artículos: «That's Interesting!» (1971) y «"That's Classic!"» (1986), en los que ilustraba la «receta» para una teoría social exitosa. Recientemente, Kathy Davis se ha servido del trabajo de Murray Davis para explicar la ventura del concepto abierto que es *interseccionalidad* en los estudios de género. Cf. K. Davis, «Intersectionality as Buzzword».

que se presenta como la característica principal de la propaganda populista contemporánea, especialmente en Países Bajos, Francia e Italia. No resulta sorprendente que estos países en concreto hayan sido testigos de una multiplicación de las publicaciones sobre el populismo desde comienzos de los años dos mil, paralela a la creciente lista de definiciones e interpretaciones. Sin embargo, a pesar de su heterogeneidad, la mayoría de ellas se pueden clasificar según cuatro tipos diferentes.

Primero, muchos académicos consideran que la característica principal del populismo es la identificación del partido, o del movimiento político, con un líder carismático. Para estas interpretaciones, la marca distintiva del populismo contemporáneo es la figura del *meneur des foules* [líder de masas] que popularizó Gustave Le Bon a finales del siglo XIX. Según Jacques Rancière, por ejemplo: «La noción de populismo redefine la imagen del pueblo elaborada a finales del siglo XIX por pensadores como Hippolyte Taine y Gustave Le Bon, atemorizados por la Comuna de París y por el crecimiento del movimiento obrero: la imagen de las masas ignorantes movilizadas por las palabras resonantes de los “líderes”». ¹⁰ El *meneur des foules* es otro nombre para los líderes carismáticos que son capaces de atraer y movilizar a las masas, para hacerlas creer que hablan en su nombre, que sus palabras son el eco de la *vox populi*. La noción de que el líder carismático es el elemento más importante del populismo contemporáneo parece confirmarse en los tres ejemplos de este libro. Sin la dinastía de Matteo Salvini, Geert Wilders y Le Pen sería difícil pensar del mismo modo acerca de estos partidos. Además, estos partidos no solo se identifican firmemente con sus respectivos líderes políticos, sino que también presentan otra característica clásica del poder carismático, por lo menos en su planteamiento weberiano: la pretensión de constituir una ruptura con el anterior sistema dominante de partidos. ¹¹ Por ejemplo, tanto el PVV

¹⁰ Jacques Rancière, «Non, le peuple n'est pas une masse brutale et ignorante», *Liberation*, 3 de enero de 2011 [traducción de la autora del francés]. Sobre la centralidad del carisma para los partidos populistas contemporáneos, véase también Van Herwaarden, *Fortuyn, chaos en charisma*; Eatwell, «Charisma and the Revival of the European Extreme Right». Véase también Remo Bodei, «Populismo lo spettro che si aggira per il mondo», *La Repubblica*, 12 de noviembre de 2003.

¹¹ Weber caracterizó el carisma como un tipo de fuerza «extraordinaria y revolucionaria» que cuestiona y rompe las fuerzas burocráticas. Cf. Weber, *Economy and Society*.

como la LN son formaciones políticas relativamente recientes, que surgieron en un momento de crisis de credibilidad de los partidos políticos anteriores y de cuestionamiento de la legitimidad del sistema político en general. Por otro lado, el FN, más veterano, ha reunido recientemente sus demandas tradicionales de romper con la corriente predominante del panorama político francés con un proceso de «autorenovación» bajo el liderazgo de Marine Le Pen.

El segundo grupo de definiciones defiende que el principal rasgo del populismo consiste en su postura antipolítica, es decir, la denuncia de la burocratización de la política como la causa del distanciamiento del sistema político de las necesidades reales del pueblo. Los partidos populistas se presentan como los únicos y verdaderos representantes de las quejas que vienen de abajo, contra la traición de las élites políticas. No obstante, como acertadamente apuntan Daniele Albertazzi y Duncan McDonnell, la postura antipolítica no es antisistema. Los partidos populistas «no promueven valores que sean ajenos al sistema [...] Lo que los populistas proponen establecer no es un nuevo orden político o económico. Al contrario, se presentan como partidos que restaurarán un orden que, al menos en su discurso, existía en el pasado y que se ha destruido con los errores y fechorías de la clase política, los sindicatos, los burócratas públicos, los grandes negocios y las altas finanzas».¹² Desde este punto de vista, no sirve de nada que el populismo funcione con un registro temporal preciso. Al apelar a soluciones instantáneas y a la restauración de la inmediata conexión con el pueblo, el populismo se opone a las políticas de *longue durée* y exige una aceleración del momento decisivo.¹³ El proceso de la integración europea, a principios de la década de los dos mil, y su impacto en la economía nacional (en especial para las clases medias y trabajadoras, que se vieron inmediatamente afectadas por la introducción de la moneda común y la consecuente pérdida de poder adquisitivo) se considera una de las principales razones del crecimiento del populismo. Los partidos populistas condenaron además la tecnocracia de la Unión Europea y exigieron respeto a las economías nacionales y a los ritmos políticos nacionales. Como lo expresa Mabel Berezin:

¹² Albertazzi y McDonnell, *Twenty-First Century Populism*, p. 33.

¹³ Hermet, *Les populismes dans le monde*.

«Al trasladar el centro político de gravedad de la política a la persona, del Estado al mercado, la europeización ha comprometido los lazos de la empatía democrática y ha brindado la oportunidad a los populistas de derechas de articular un discurso del miedo y la inseguridad».¹⁴

Tercero, a partir de la anterior caracterización, algunos académicos definen el populismo como un «esquema ideológico» que es diferente de otras ideologías políticas como el marxismo, el liberalismo, el socialismo, el fascismo y el anarquismo.¹⁵ Uno de los principales puntos de diferenciación sería entonces la carencia del populismo de una doctrina política elaborada y especialmente de referencias claras (o al menos explícitas) a intereses de clase concretos. Albertazzi y McDonnell, por ejemplo, definen el populismo como «una ideología que enfrenta a un pueblo virtuoso y homogéneo contra un conjunto de élites y “otros” peligrosos que se representan en conjunto como quienes privan (o intentan privar) al pueblo soberano de sus derechos, valores, prosperidad, identidad y voz [...] Esta visión evita deliberadamente concebir el populismo en términos de una base social específica, un programa económico, problemas y electorados [...] [Por lo tanto] el populismo no debería entenderse solo en esos contextos, sino más allá de ellos».¹⁶ De igual modo, Cas Mudde define el populismo como «una ideología limitada que considera que, en último término, la sociedad está separada en dos grupos homogéneos y antagónicos: “el pueblo auténtico” frente a “la élite corrupta”».¹⁷ De acuerdo con estas interpretaciones, el esquema ideológico del populismo funciona al mezclar el individualismo y el colectivismo junto con «una interpretación “ambivalente” de la igualdad»¹⁸ y los autores que enfatizan la naturaleza ideológica del populismo contemporáneo suelen centrarse en la heterogeneidad de su electorado.¹⁹

Por último, el reconocido intento de Laclau de dar definiciones puramente formales para el populismo. En consecuencia, los partidos o movimientos políticos se pueden clasificar como

¹⁴ Berezin, *Illiberal Politics in Neoliberal Times*, p. 8.

¹⁵ Mény y Surel, *Democracies and the Populist Challenge*.

¹⁶ Albertazzi y McDonnell, *Twenty-First Century Populism*, p. 3.

¹⁷ Mudde, *Populist Radical Right Parties in Europe*.

¹⁸ Albertazzi y McDonnell, *Twenty-First Century Populism*, p. 123.

¹⁹ Albertazzi, «Switzerland».

populistas no según su programa y agenda política concreta, sino más bien según la articulación formal de sus demandas. En este planteamiento, lo que hace posible el surgimiento del «pueblo» es la forma concreta en que las demandas que surgen de diferentes sujetos terminan por construir una cadena de equivalencias. Esto es, un partido o movimiento político se considera populista en la medida en que sea capaz de destacar las similitudes en lugar de las diferencias entre demandas y grupos de personas aparentemente divergentes. A través de la unificación de dichas demandas «en un sistema estable de significado» el populismo puede entonces florecer.²⁰ Debido a su gran difusión y en particular a su capacidad de extensión (hasta tal punto que las tres categorías anteriores pueden englobarse en esta) dedicaré más espacio a analizar este enfoque formal del populismo. Un análisis detallado de sus fortalezas y debilidades nos permitirá arrojar luz sobre las limitaciones de la categoría de populismo para comprender el fenómeno del feminacionalismo.

Los límites de la razón populista: sobre Ernesto Laclau

En su libro *La razón populista*, Laclau desarrolla una sofisticada teoría del populismo como una lógica específica de lo político. Reaccionando contra las críticas vertidas contra el populismo, como la irracionalidad de las masas o el limbo de la indeterminación política, Laclau intenta demostrar que el populismo posee su propia «razón». Así, no debería tratarse ni como una patología de la democracia ni como un epifenómeno marginal que surge en determinados momentos y que, por lo tanto, está destinado a desaparecer cuando se restablezca la normalidad de lo político. Al contrario, para Laclau, el populismo debería entenderse como una «lógica política» que es distinta de la «lógica social». Tal y como dijo:

Por «populismo» no entendemos un *tipo* de movimiento (identificable ya sea con una base social especial o con una orientación ideológica particular) sino una *lógica política*. Todos los intentos de encontrar lo idiosincrático del populismo en elementos como

²⁰ Laclau, *La razón populista*, p. 74.

el campesinado o la pequeña propiedad, o la resistencia a la modernización económica, o la manipulación por parte de las élites marginadas son [...] básicamente erróneos: siempre se verán desbordados por una avalancha de excepciones. ¿No obstante, qué entendemos por una «lógica política»? [...] Mientras que las lógicas sociales consisten en seguir las reglas, las lógicas políticas están relacionadas con la institución de lo social. Sin embargo, dicha institución, como ya sabemos, no es un orden arbitrario, sino que surge de demandas sociales y es, en ese sentido, inherente a cualquier proceso de cambio social. Este cambio, como también sabemos, tiene lugar a través de la articulación variable de la equivalencia y la diferencia, y el momento equivalente presupone la constitución de un sujeto político global que reúne una pluralidad de demandas sociales. Esto a su vez implica, como hemos visto, la construcción de fronteras internas y la identificación de un «otro» institucionalizado.²¹

De forma resumida, este pasaje nos aporta todos los ingredientes de la definición de populismo de Laclau. Primero, el populismo no radica en un sector determinado de la sociedad, ni tampoco representa una clase específica de intereses. En consecuencia, y según Laclau, un marco «económico» marxista no logra captar su complejidad. Segundo, el populismo posee su propia lógica, que es diferente a la lógica de lo social. Mientras que las lógicas sociales siguen reglas, las lógicas políticas están relacionadas con la «institución de lo social». Así, Laclau parece sugerir que la lógica política establece las reglas que lo social debe seguir. Sin embargo, lo político establece lo social a través de la articulación de demandas que son en sí mismas fundamentalmente sociales; y lo hace según una cadena de equivalencias y diferencias. Dicha articulación es lo que da lugar a la constitución de un sujeto político, es decir, el pueblo, como el actor populista. Por lo tanto, lo político se puede entender como el principio organizador de lo social. Por último, la constitución del sujeto político a través del momento de equivalencia implica la construcción de fronteras internas y la identificación de un «otro» institucionalizado. Este último punto es crucial, en la medida en que para Laclau «solo tenemos populismo si existen una serie de prácticas político-discurso que construyan un sujeto popular, y el requisito para la

²¹ Laclau, *La razón populista*, p. 117.

emergencia de dicho sujeto es [...] la construcción de una frontera interna que divida el espacio social en dos campos».²² La dicotomización del espacio social toma la forma de un «nosotros» contrapuesto a un «ellos», en el que el «nosotros» se homogeniza y sus diferencias internas se neutralizan, al menos temporalmente, porque prevalece una lógica de equivalencia sobre la lógica de diferencia. La dicotomización del espacio social en dos campos es crucial, ya que «las fronteras son *sine qua non* para el surgimiento de “el pueblo”». ²³ Este último elemento, básicamente la identificación del Otro, o del enemigo, frente al cual el sujeto populista construye su identidad, no solo fue un elemento crucial de la teoría de Laclau, sino en muchos aspectos también fue un denominador común de todas las teorías del populismo. Es más, a pesar del desacuerdo entre académicos sobre las características precisas que definen el populismo, el elemento que todas ellas identifican es la extrema simplificación del espacio político y social. En consecuencia, la simplificación del espacio político contemporáneo a la que recurren la mayoría de populistas de derechas en Europa occidental, con los inmigrantes y en particular con los musulmanes, quienes son llamados a desempeñar el papel del Otro contra quien se moviliza el pueblo, parece aportar evidencia para todas esas teorías que ven las estrategias dicotomizadoras de los partidos populistas como uno de sus elementos más importantes.

Pero, ¿puede esta caracterización del populismo ayudarnos a entender la apelación a las ideas feministas por parte de partidos populistas contemporáneos? A pesar de que la identificación de un enemigo contra el que el sujeto populista confluya pueda parecer capaz de describir con precisión las campañas antiislam y antinmigración actuales tan características de la propaganda populista, ¿cómo entonces explicamos que las mujeres musulmanas, y migrantes no occidentales en general, conformen una excepción? En otras palabras, ¿con qué criterio quedan aparentemente excluidas del campo enemigo? Si la identidad del pueblo, que se forja en la construcción del momento populista, exige la identificación del Otro (el enemigo) entonces, ¿según qué criterios puede este enemigo subdividirse en dos campos diferentes, es decir, el campo de los (hombres) enemigos y el campo de las (mujeres) víctimas?

²² Laclau, «Populism: What's in a Name?», p. 43.

²³ Laclau, *La razón populista*, p. 231.

La dimensión schmittiana de la razón populista

Para responder a las preguntas anteriores o, más en concreto, para demostrar cuántas de esas preguntas no pueden responderse debidamente con enfoques formales, podemos empezar por señalar que la definición formal de Laclau de populismo como las políticas de constitución del pueblo en un sujeto político que homogeneiza las demandas y forja su identidad a través de la identificación de un enemigo, está abierta, al menos, a tres grandes objeciones. En primer lugar, la idea de que el pueblo se constituye por medio del funcionamiento de la homogeneización a través de la cadena de demandas equivalentes ensombrece las diferencias y las divisiones (en concreto, las diferencias de género, pero también las de clase, raza y orientación sexual) que habitan el cuerpo político supuestamente uniforme llamado «el pueblo». En segundo lugar, la afirmación de que es posible caracterizar el proyecto político populista (o de hecho cualquier proyecto político) de manera formal sin analizar su contenido específico ni su agenda política (es decir, sin involucrarse en el «nivel óntico», en palabras de Laclau) corre el riesgo de resultar profundamente engañosa. Como acertadamente apuntó Slavoj Žižek, «la serie de condiciones formales que [Laclau] enumera no son suficientes para justificar que determinado fenómeno se considere populista; uno debe tener en cuenta también cómo el discurso populista desplaza el antagonismo y construye al enemigo».²⁴ El enfoque formal tiende a abstraerse de las determinaciones concretas en las que estos partidos articulan su acción política, así como a ensombrece el complejo específico de ideas, principios y mitos por medio de los cuales expresan su visión de la sociedad. De hecho, solo si se examinan las características específicas en torno a las cuales los populistas intentan movilizarse y crear un pueblo *específico* como sujeto político definitivo es posible arrojar luz sobre su reciente énfasis en los derechos de las mujeres y en las mujeres musulmanas como víctimas a las que rescatar. Por último, la definición formal del populismo de Laclau en términos de la construcción del pueblo por medio de la creación de una frontera internacional que lo separe del Otro recuerda mucho a la caracterización de Carl Schmitt de lo

²⁴ Žižek, «Against the Populist Temptation», p. 555.

político basado en la oposición del amigo / enemigo. Según Schmitt: «La distinción política específica a la que se pueden reducir las acciones políticas y los motivos es a la que existe entre amigo y enemigo. Esto ofrece una definición en el sentido de un criterio y no una definición tan exhaustiva o un indicativo de contenido sustancial».²⁵ Como he mencionado anteriormente, para Laclau el populismo y lo político coinciden. Así, el populismo parece ser «un tipo de *dispositif* político trascendental-formal que se puede incorporar a diferentes compromisos políticos», según el efectivo planteamiento de Žižek.²⁶ Como para Schmitt, para Laclau lo político tiene su lógica autónoma; se designa al nivel formal y no al sustancial; sobre todo, la dicotomía amigo / enemigo que constituye su modelo definitorio describe un tipo de antagonismo que es diferente del antagonismo derivado de intereses económicos o de clase.²⁷

Pero lo importante aquí es que observar las dimensiones schmittianas de la definición de populismo de Laclau nos permite discernir al menos algunas de las razones por las que creo que la teoría del populismo de Laclau, así como la mayoría de los

²⁵ Schmitt, *Concept of the Political*, p. 26. Para una lectura de la dimensión schmittiana de Laclau, véase A. Norris, «Ernesto Laclau and the Logic of the Political».

²⁶ Žižek, «Against the Populist Temptation», 553.

²⁷ Laclau plantea esta cuestión así: «Lo político está vinculado a lo que podría llamarse articulación contingente, otro nombre para la dialéctica entre lógicas diferenciales y equivalentes. En este sentido, todo antagonismo es esencialmente político. Sin embargo, en tal caso, lo político no está ligado a un conflicto de tipo regional distinto por ejemplo de uno económico. ¿Por qué? Por dos razones fundamentales. La primera es que las exigencias que ponen en tela de juicio un estado de cosas no surgen espontáneamente de la lógica de este último, sino que consisten en una ruptura con él. La demanda de salarios más altos no se deriva de la lógica de las relaciones capitalistas, sino que interrumpe esa lógica en términos que le son ajenos, los de un discurso que concierne a la justicia, por ejemplo. Por lo tanto, cualquier demanda presupone una heterogeneidad constitutiva: es un evento que rompe con la lógica de una situación. Eso es lo que hace que esa demanda sea política. Sin embargo, en segundo lugar, esta heterogeneidad de la demanda con respecto de la situación existente rara vez se limitará a un contenido específico; estará, desde el principio, muy sobredeterminada. La petición de un nivel salarial más alto en términos de justicia radicarán en un sentido más amplio de justicia ligado a una variedad de situaciones distintas. En otras palabras, no hay sujetos puros de cambio; siempre están sobredeterminados a través de lógicas equivalentes. Esto significa que los sujetos políticos son siempre, de una manera u otra, sujetos populares. Y bajo las condiciones del capitalismo globalizado, el espacio de esta sobredeterminación se expande claramente» (Laclau, *La razón populista*, 231-232).

relatos que enfatizan el núcleo populista de estos partidos, resulta inadecuada para proporcionar una descripción de la «simpatía traicionera que los partidos contemporáneos de la derecha manifiestan hacia las mujeres musulmanas» (por tomar prestada la caracterización de Leila Ahmed de las preocupaciones occidentales por las mujeres musulmanas).²⁸ En primer lugar, las limitaciones de la definición de populismo de Laclau, cuando se trata de explicar la movilización xenófoba que hacen los partidos con los derechos de las mujeres, se hacen evidentes cuando recordamos la interpretación de Derrida del concepto schmittiano de lo político. Para Derrida, la visión de Schmitt de lo político es un «desierto absoluto lleno de gente», un desierto donde «no hay ninguna mujer a la vista».²⁹ En otras palabras, la metáfora de Derrida señala con precisión el hecho de que la conceptualización de lo político como el espacio del antagonismo entre amigo y enemigo (que encontramos tanto en Schmitt como en Laclau), al recurrir claramente a una metáfora militar, representa una fuerte concepción masculino-muscular de lo político de la que las mujeres quedan presumiblemente excluidas desde el principio. Esto no es sorprendente, ya que, como ha señalado Tereza Orozco, el concepto vitalista de Schmitt sobre lo político se basaba en «una masculinidad autoritaria y represiva», tan entretejida con su modelo general de política como para hacerla «el interdiscurso de lo político».³⁰ Cuando la política se entiende como un antagonismo

²⁸ Ahmed, «Feminism, Colonialism and Islamophobia».

²⁹ «Lo que entonces podría resultar tremendamente evidente en... esta filosofía de guerra despiadada, en esta puesta en escena de matanza “física”, es la lógica implacable de la hostilidad absoluta, lo que debería ser tremendamente evidente pero pasa desapercibido, como una ausencia en sí misma, lo que desaparece al volverse indiscernible en medio del desierto es la mujer o la hermana... Si la mujer no aparece ni siquiera en la teoría del partisano, es decir, en la teoría del enemigo absoluto, si nunca abandona la clandestinidad forzada, tal invisibilidad, tal ceguera, alimenta el pensamiento: ¿y si las mujeres fueran las auténticas partisanas? ¿Y si fueran las enemigas absolutas de esta teoría del enemigo absoluto, el fantasma de la hostilidad al que conjurar por el bien de los hermanos jurados, o el otro del enemigo absoluto que se ha convertido en el enemigo absoluto al que ni siquiera se reconocería en una guerra normal?» (Derrida, *Politics of Friendship*, 155-157).

³⁰ Orozco, «“Der totale Staat aus Schwäche”», p. 81. Traducción de la autora del alemán. Nicolaus Sombart propone una lectura similar del concepto de lo político en relación con su construcción de la masculinidad (Sombart, *Die deutsche Männer und ihre Feinde*) dentro de un marco psicoanalítico. Para una reflexión distintiva de los pilares de la masculinidad de la política moderna, véase Brown, *Manhood and Politics*.

muscular, como en la metáfora del amigo / enemigo, parece que las mujeres solo pueden entrar al *Kampfplatz* para desempeñar el papel auxiliar de enfermeras de los soldados heridos, o como botín de guerra del vencedor, con el que el ganador masculino humilla a su homólogo derrotado al tomar posesión de «sus» mujeres. La adopción de Laclau de una dicotomía schmittiana formal y centrada en el hombre me parece, por lo tanto, limitar nuestra comprensión de por qué los partidos de derechas tales como el PVV, el FN o la LN apelan a los derechos de las mujeres para representar a los hombres no occidentales extranjeros como una amenaza (a menudo sexual) y a las mujeres extranjeras no occidentales (tanto musulmanas como no musulmanas) como víctimas. En otras palabras, el recurso de Laclau a las metáforas masculinistas de lo político como un campo de batalla entre los enemigos (implícitamente) masculinos no se presta fácilmente a descifrar las razones por las que las mujeres «nacionales» son objetivo de estas campañas ni los motivos por los que a las mujeres del enemigo se las trata como víctimas a las que rescatar en lugar de simplemente como trofeos de guerra.

En oposición a este formalismo, defiendo que solo podemos empezar a comprender las razones anteriores si analizamos los eslóganes concretos y las políticas desplegadas por estos partidos, es decir, su contenido y no solo su forma. Como planteé en el capítulo 1, el pueblo al que se apela para que actúe contra el Otro, de hecho, no es un *demos* sin forma, sino un *ethnos* específico, o una *natio*. En consecuencia, el *enemigo* contra el que los populistas piden que el pueblo forje su identidad no es un significativo vacío que pueda rellenarse con cualquier colectividad o grupo, sino que, en el contexto contemporáneo, es un significativo político, nacional y económico determinado, a saber, el migrante no occidental y especialmente el musulmán.³¹ Ellos son los verdaderos forasteros porque son extranjeros y portadores de diferencias (culturales, religiosas, históricas, económicas y muchas más) que interfieren en la cadena de equivalencias que construyen el pueblo como un sujeto *político-nacional*.

³¹ Para un análisis de la dimensión económica del retrato de los musulmanes y los inmigrantes como enemigos de la Europa occidental contemporánea, véase en concreto Basso, *Razze schiave e razze signore*, y Basso, *Razzismo di stato*.

Por lo tanto, para hacer uso del concepto de populismo de una forma significativa para describir a partidos como el PVV, el FN y la LN, debe integrarse en el aparato conceptual proporcionado por las teorías del nacionalismo. Por un lado, la perspectiva nacionalista, como apunta Alexandre Dézé, «ofrece la posibilidad de resaltar dos dimensiones inherentes a los partidos de derechas [...] su *estilo y retórica política*, populista y contestataria [y] su doctrina centrada en la defensa de la identidad nacional y en el tratamiento xenófobo, preferencialista o directamente racista de temas como la inmigración».³² Aunque se adhiere a la definición de populismo como clave para definir los partidos de la derecha radical, Mudde también cree que «la derecha radical del populismo es una forma específica de nacionalismo».³³ Por lo tanto, propongo entender el populismo como un *estilo* político o un instrumento *retórico* más que como el significante conceptual fundamental que explica las políticas y las ideas que defienden los partidos de derechas.³⁴

Por otro lado, la identificación de la matriz nacionalista subyacente a las políticas de estos partidos nos permite entender las potentes construcciones de los órdenes de género que conlleva el nacionalismo. Como lo expresa Anne McClintock: «A pesar de la inversión ideológica que ha hecho el nacionalismo en la idea de la unidad popular, las naciones han sido históricamente equivalentes a la institucionalización de la diferencia de género [...] En lugar de expresar el florecimiento en el tiempo de la esencia orgánica de un pueblo atemporal, las naciones son sistemas controvertidos de representación cultural que limitan y legitiman el acceso del pueblo a los recursos del Estado nación».³⁵ Centrarnos en las cuestiones de género de la ideología nacionalista nos ayudará a comprender la creciente atención del PVV, el FN y la LN por los asuntos de las mujeres y su proclamada simpatía por el sufrimiento de las mujeres musulmanas en particular.

³² Dézé, «Le populisme ou l'introuvable Cendrillon», p. 189, cursiva y traducción del francés de la autora.

³³ Mudde, *Populist Radical Right Parties in Europe*, p. 30.

³⁴ Esto es algo a lo que Balibar también alude cuando defiende que el nacionalismo, en su énfasis en la coincidencia de intereses dentro de un organismo nacional y, por lo tanto, en su negación de las diferencias y desigualdades sociales, posee un elemento populista. Véase Balibar, «Is There a "Neo-Racism"?».

³⁵ McClintock, «No Longer in a Future Heaven», p. 89.

Las mujeres «nacionales» y la larga sombra del nacionalismo

Como planteé en el capítulo 1, los partidos de derechas han prestado una mayor atención a los asuntos de las mujeres en la última década mientras que al mismo tiempo se han embarcado en la denuncia de los hombres musulmanes e inmigrantes como amenazas sexuales. Sin embargo, algunas de las políticas que proponen sobre el género, en concreto en el caso del FN y de la LN, estaban relacionadas con las clásicas preocupaciones de la derecha sobre los índices de fertilidad de las mujeres. A finales de los años dos mil, Italia fue testigo de la puesta en marcha de varias medidas para aumentar la natalidad de las mujeres «nacionales». Por ejemplo, el esquema del *Fondo Nuovi Nati* (Fondo de Recién Nacidos) impulsado por el gobierno de Berlusconi (que, recordemos, incluía la participación de la LN) permitía a aquellas que fueran madres entre 2009 y 2011 solicitar préstamos bancarios subvencionados y acceder a beneficios destinados a suavizar las dificultades financieras de la paternidad. No obstante, los padres inmigrantes sin nacionalidad italiana quedaban excluidos de algunos de estos beneficios, que estaban explícitamente reservados a los ciudadanos italianos.³⁶ En Francia, el FN comenzó a hacer campaña por las políticas orientadas a la familia, supuestamente en respuesta a una dramática caída del índice de fertilidad, en particular entre «mujeres de nacionalidad francesa». Como les encanta señalar: «De los 832.799 bebés nacidos y registrados en 2010, solo 667.707 de ellos nacieron de padres que fueran ambos de nacionalidad francesa».³⁷ En Países Bajos, Wilders fue el centro de atención mediática, y judicial, por la caracterización que hizo de los índices de fertilidad de los musulmanes y de la reunificación familiar como causantes de un «tsunami de musulmanes» que amenazaba con inundar el país.³⁸ Como muestran

³⁶ Cf. Comma 18, art. 19 de la ley 2/2009, disponible en <http://www.parlamento.it/parlam/leggi/090021.htm>.

³⁷ Véase la página web del *Front National*: <http://www.frontnational.com/le-projet-de-marine-le-pen/avenir-de-la-nation/famille/>

³⁸ Véase la entrevista con el periódico neerlandés *Volkskrant* en la que llama a detener el «tsunami musulmán»: <http://www.volkskrant.nl/vk/nl/2844/Archief/archief/article/detail/795840/2006/11/18/GEERT-WILDERS-PVV-Isquo-De-tsunami-van-de-islamisering-stoppen-rsquo.dhtml>. Tras un largo juicio en el que fue denunciado por promover el odio religioso contra los musulmanes, un tribunal neerlandés le absolvió de sus cargos en 2011.

los ejemplos, la alarma de estos partidos sobre la caída de la fertilidad de las mujeres en Europa occidental está estrictamente relacionada con cómo privilegian el criterio nacional / étnico de inclusividad y con la llamada a las mujeres nacionales para que, literalmente, «reproduzcan» la nación. Los partidos son firmes defensores de un tipo de nacionalismo basado en *Volk und Kultur* (es decir, etnicidad y cultura), que promueve una idea de la nación como un conjunto orgánico supuestamente homogéneo en las dimensiones religiosas, culturales, raciales y étnicas.³⁹ Estos partidos articulan un programa político que privilegia los intereses nacionales (o regionales) frente a los intereses europeos o internacionales. Además, inventan referencias a orígenes, etnia y cultura comunes con las que representar los lazos de las comunidades míticas perdidas, por lo que excluyen a los inmigrantes de ese espacio. Por ejemplo, el eslogan *Stopper l'immigration, renforcer l'identité française!* [¡Paremos la inmigración, reforcemos la identidad francesa!] en su día adornaba la página web del FN, con un enlace a su programa sobre políticas de inmigración. Así mismo, el PVV propone poner fin a la entrada de recién llegados al país, prohibir la doble nacionalidad y establecer un control nacional de las políticas estatales de inmigración: *We bestrijden de dubbele nationaliteit! Nederland moet zelf over het immigratiebeleid gaan, niet Brussel!* [¡Nos oponemos a la doble nacionalidad! ¡Países Bajos debe decidir sobre las políticas de inmigración, no Bruselas!].⁴⁰ Por último, la LN, además de promover la agenda islamófoba y antinmigración, también inventó toda una nueva «nacionalidad» al construir el mito de los orígenes de los italianos del norte (*i Padani*), quienes supuestamente descienden de los celtas y por lo tanto deberían honrar a dioses paganos como el *Dio Po* (el dios del río Po).⁴¹

Reconocer que nociones como *Volksnation* y *Kulturnation* constituyen el sustrato político fundamental de las políticas de estos partidos nos permite abordar los aspectos de género del nacionalismo. Incluso se pueden detectar a nivel iconográfico. La

³⁹ Yuval-Davis, *Gender and Nation*.

⁴⁰ Registrado como eslogan en el programa para 2010-2015 del PVV «De agenda van hoop en optimism: Een tijd om te kiezen: PVV 2010-2015», disponible en <http://www.ans-online.nl/wp-content/themes/mimbo/images/vppvv.pdf>

⁴¹ Véase la página web del FN: <http://www.frontnational.com/le-projet-de-marine-le-pen/autorite-de-letat/immigration/>. Véase la página web del PVV: http://www.pvv.nl/images/stories/Webversie_VerkiezingsProgrammaPVV.pdf

representación de la nación, o de la ciudad, a través del cuerpo de una mujer se encuentra en numerosas culturas antiguas. La tendencia de las lenguas romances de atribuir el género femenino tanto a la nación como a la ciudad es un ejemplo más de la incipiente sexualización de la comunidad nacional. Sin embargo, fue solo en la Edad Moderna y en el contexto histórico-político del auge del Estado nación moderno cuando la construcción de las ideologías nacionalistas coincidió con la elaboración de un imaginario específicamente de género:⁴² Marianne en Francia, una mujer con una corona en los muros de las ciudades italianas, una virgen (*Stedemaagd*) como la personificación de la ciudad de Ámsterdam en Países Bajos: en los tres países las mujeres han terminado por representar, o simbolizar, la nación.⁴³ Pero, ¿qué mujeres y con qué propósito? Según Massimo Leone, la caída de la aristocracia y el auge de la burguesía coincidió con la representación de la nación moderna con el cuerpo de una mujer «del pueblo», en lugar de las figuras tradicionales de diosas o reinas.⁴⁴ Con la pérdida de la aureola sagrada que solía representar a la monarquía, los ciudadanos del Estado moderno ya no se podían identificar con el poder de la realeza. En su lugar, ahora les hacían falta símbolos mucho más mundanos y populares.⁴⁵ Sin embargo, esta no era la única razón. El retrato de la nación en la apariencia de una mujer permite la *naturalización* del proyecto nacionalista político. A diferencia del Estado moderno, que se

⁴² Yuval-Davis, *Gender and Nation*; Mosse, *Nationalism and Sexuality*.

⁴³ Véase Cusack y Breathnach-Lynch, *Art, Nation and Gender*; Leone, «È di scena l'Italia»; Landes, *Visualizing the Nation*.

⁴⁴ Leone, «È di scena l'Italia».

⁴⁵ A pesar de estar muy extendida, no hay consenso en torno a esta interpretación. Por ejemplo, George Mosse defiende que las mujeres como símbolos nacionales representan «las cualidades maternas de la nación y señala sus tradiciones y su historia. Esas imágenes femeninas solían portar vestidos antiguos y mirar hacia atrás, como Germania, Britannia o incluso Marianne, quien tras la revolución tuvo en mayor medida una apariencia más maternal. No dependían en general de cambios en la nación en sí, monárquica o republicana, y a través de su constante presencia visual representaban los valores antiguos que la nación debía apreciar. Por lo tanto, incluso si Marianne fue rechazada durante un breve periodo de tiempo por asociarse con la revolución, no tardó en recuperar el aprecio. Sin duda, las mujeres como símbolo público también ejemplifican valores sociales normativos con su apariencia serena y su postura pasiva... Las mujeres como símbolo público eran un recordatorio del pasado, de la inocencia y la castidad» (Mosse, *Image of Man*, pp. 8-9).

concebía como un «producto artificial de un acuerdo entre individuos racionales para la tutela de sus derechos, la nación se presentaba casi como un dato natural de la historia».⁴⁶ A pesar de que la nación es una determinación social e histórica (o una comunidad imaginada en la potente definición de Benedict Anderson) naturalizarla permite su legitimidad y la refuerza ya que su supuesta naturalidad implica su necesidad, su inmutabilidad y su derecho a la lealtad.⁴⁷ Como defiende Tamar Pitch:

Aunque desde un punto de vista histórico, muchas naciones modernas son el producto más que el origen del Estado, son aquellas las que legitiman a este. En principio, el Estado es inclusivo: cualquiera puede incorporarse al acuerdo, mientras que la nación es exclusiva. Uno pertenece a ella si ha nacido en ella. El Estado ignora los cuerpos, mientras que la nación se constituye de ellos... El Estado no tiene un cuerpo, mientras que la nación sí. ¿Qué cuerpos y qué cuerpo? Los cuerpos de los hombres a los que se les pide que mueran por defenderla y los cuerpos de las mujeres de los que depende su futuro. El cuerpo de la nación es exclusivamente femenino, igual que, obviamente, su mente es masculina.⁴⁸

Por lo tanto, la nación se convierte en una fuente de identidad y en un objeto de compromiso obediente, por un lado, debido a su identificación con la madre, la hermana, el principio familiar femenino que se debe salvaguardar; y, por el otro, mediante su asociación con la familia nuclear natural, es decir, la «madre» y el «padre» concebidos en sus roles jerárquicos, cuerpo y mente, patria y patria. La lealtad a la nación equivale a la obediencia filial, como en la imagen de soldados y ciudadanos como hijos de la nación, *enfants de la patrie*. En palabras de McClintock, el tropo de la familia «ofrece una figura “natural” para sancionar la jerarquía social dentro de una unidad orgánica putativa de intereses».⁴⁹ También podríamos apuntar que el retrato de las naciones a través de la iconografía de la familia implica su identificación con el espacio doméstico: hogar, *Heimat*, tierra natal y otras tantas.

⁴⁶ Véase Tamar Pitch, «Il corpo delle donne non è della Nazione», *Il Manifesto*, 26 de febrero de 2011.

⁴⁷ B. Anderson, *Imagined Communities*.

⁴⁸ Pitch, «Il corpo delle donne non è della Nazione». Traducción de la autora del italiano.

⁴⁹ McClintock, «No Longer in a Future Heaven», p. 91 (cursiva del original).

En consecuencia, los ciudadanos no nacionales en suelo nacional no dejan de ser extranjeros, no están en casa; además, en estos Estados nación en los que la línea de sangre es el requisito para la adquisición de la nacionalidad (*ius sanguinis*), como es el caso de Alemania e Italia, se les considera «invitados» (como la muy conocida clasificación para los inmigrantes en la Alemania de los años sesenta, *Gastarbeiter* [trabajadores invitados]), lo que implica su condición de extranjeros permanentes en la familia-nación.

La representación de la nación como un cuerpo femenino también evoca nociones de «génesis», «nacimiento» y de lo «ancestral», por lo que funciona como una potente metáfora performativa para que el nacionalismo invoque los mitos del origen común, la sangre común y el parentesco. Incluso cuando el «destino común», como pasa en las sociedades colonizadoras como Estados Unidos y Australia, en lugar del «origen común es el principio organizador del nacionalismo», como argumenta Nira Yuval-Davis, «habría una jerarquía implícita, si no explícita, de lo atractivo del “origen” y la cultura que subrayaría los procesos de construcción de la nación, incluida la inmigración y las políticas de natalidad». ⁵⁰ Por ejemplo, la infame «política de la Australia blanca» que se extendió en distintas formas durante al menos la segunda mitad del siglo XX, y la Ley de inmigración de 1924 de Estados Unidos, así como la Ley de orígenes nacionales y la Ley de exclusión asiática, todas dirigidas a restringir la entrada de inmigrantes no europeos o no noreuropeos. ⁵¹

Sin embargo, la iconográfica y simbólica centralidad de las mujeres en la nación es engañosa, ya que a pesar de su constante proclamación, al mismo tiempo se las «relega a los márgenes de la política». ⁵² Esta es la «paradoja» que yace «en el corazón de las narrativas más nacionales», como plantea McClintock, ya que el papel de la mujer dentro del proyecto político nacionalista ha sido históricamente «metafórico», a diferencia del papel metonímico asignado a los hombres. ⁵³ La importancia simbólica otorgada a las mujeres por los discursos nacionalistas no se refiere de hecho a la mujer como individuo, sino como parte de

⁵⁰ Yuval-Davis, *Gender and Nation*, p. 27.

⁵¹ Affeldt, «Paroxysm of Whiteness»; Eckerson, «Immigration and National Origins».

⁵² Kandiyoti, «Identity and Its Discontents», p. 429.

⁵³ McClintock, «No Longer in a Future Heaven».

un conjunto orgánico cuya subjetividad y papel social se establecen sobre las bases de las funciones del cuerpo femenino.⁵⁴ Para la ideología nacionalista y sus costumbres características, las mujeres «se homogeneizaron, se consideraron no como individuos sino como tipos».⁵⁵ El tipo *ideal* de feminidad como una construcción estética y social, cuya función principal yace en la reproducción, se convirtió en un poderoso estereotipo normativo desde el siglo XVIII en adelante. Coincidió con el auge del Estado nación y con el desarrollo de la retórica nacionalista, junto con la institución de la familia como el centro de la comunidad nacional y el del hogar como la alegoría de la esfera privada donde supuestamente las mujeres encuentran su rol apropiado. El auge de las naciones modernas y del nacionalismo en el siglo XVIII fue de la mano con lo que Michel Foucault llamó «la economía política de la población».⁵⁶ La nación, «su futuro y su fortuna» estaban estrictamente relacionados con «el número y la rectitud de sus ciudadanos, con sus normas de matrimonio y de organización familiar», así como con su actividad sexual.⁵⁷ La preocupación por el control de la población fue el resultado de la construcción de Estados nación como entidades soberanas cuya riqueza y poder dependía estrictamente del número y del cumplimiento de sus ciudadanos. En este contexto, las mujeres habían estado ligadas a la nación de dos formas distintas: en calidad de integrantes de la colectividad y, por lo tanto, sujetas al deber de lealtad que se exigía a todos los miembros; y en calidad de mujeres, por lo tanto, responsables de roles asignados y de tareas distintivas, por encima de todas, la de reproducir la nación. Así mismo, hay numerosos ejemplos del siglo XX de las políticas de natalidad que figuran entre las principales preocupaciones del movimiento nacionalista. Una de las tareas más urgentes del Régimen de Vichy bajo su «revolución nacional» fue la creación del Comisariado General para la Familia (1941), que estaba destinado a aumentar la tasa de natalidad y a establecer la familia (numerosa) como la célula base de la sociedad.⁵⁸ «¡La nación no

⁵⁴ Pitch, «Il corpo delle donne non è della Nazione».

⁵⁵ Mosse, *Image of Man*, p. 6.

⁵⁶ Foucault, *Historia de la sexualidad*, p. 26.

⁵⁷ Ibídem.

⁵⁸ Muel-Dreyfus, *Vichy and the Eternal Feminine*.

es un grupo de individuos, sino un grupo de familias!» escribió Georges Pernot, presidente de la *Fédération des Associations des Familles Nombreuses* en sus «Notas sobre política familiar» en 1940. De igual manera, en la Italia fascista se fundó la Organización nacional para la maternidad y la infancia con el objetivo de aumentar la natalidad. La obsesión con la tasa de natalidad bajo Mussolini alcanzó tal nivel que a las personas solteras se les gravaba con elevados impuestos y sufrían gran discriminación en el mercado laboral, mientras que las familias con al menos siete niños estaban exentas de impuestos.⁵⁹

Aun así, el control de la sexualidad de la mujer a través del establecimiento del papel femenino como madre, guardiana de la tradición y la continuidad, y portadora de lo colectivo también marca la trayectoria de los proyectos nacionalistas que no se pueden equiparar a los modelos autoritarios y racistas de la Francia de Pétain o de la Italia de Mussolini. Incluso cuando el nacionalismo ha desempeñado un papel de fuerza liberadora, como en el contexto de los movimientos de descolonización y la cuestión de los derechos de las mujeres ha acompañado la de la independencia nacional, el resultado para las mujeres a menudo ha sido decepcionante. Tras la independencia, el papel de las mujeres se ha reafirmado muchas veces como el de reproductoras biológicas de la «nueva y liberada» nación. Por ejemplo, a pesar de su papel clave durante la guerra de la independencia de Argelia en el Frente de Liberación Nacional, al final de conflicto, las mujeres argelinas no ganaron la igualdad ni los derechos que deseaban. Una de las razones de esta limitación fue, como defiende Valentine Moghadam, que la lucha era de «liberación nacional, no de transformación social (de clase / género)».⁶⁰

La identificación de las mujeres no como individuos sino como «portadoras de lo colectivo» y de «reproductoras biológicas de la nación» recae así en el corazón mismo de los proyectos nacionalistas.⁶¹ Es precisamente así como deberíamos entender las medidas

⁵⁹ Ipsen, *Dictating Demography*.

⁶⁰ Moghadam, *Gender and National Identity*, p. 12. Para un resumen de diferentes interpretaciones del tema de la mujer y la nación, véase Jayawardena, *Feminism and Nationalism in the Third World*; Ivekovic, «Women, Nationalism and War»; y Kaplan, Alarcon y Moallem, *Between Woman and Nation*.

⁶¹ Yuval-Davis, *Gender and Nation*.

contemporáneas que benefician a las familias «nacionales» para los recién nacidos que antes mencionábamos, las que defendían el PVV, el FN y la LN. Están diseñadas para animar a las mujeres «nacionales» a ser madres de las futuras generaciones de la nación y así garantizar la homogeneidad étnica de la nación.

El nacionalismo y las mujeres no nacionales: sexualización del racismo y racialización del sexismo

Las preguntas que aún tenemos que abordar son ¿por qué estos partidos, mientras que claramente aspiran tanto a mantener a los hombres extranjeros lejos de las mujeres «nacionales» como a animar a estas últimas a reproducir la nación, defienden al mismo tiempo argumentos con los que presentan a las mujeres musulmanas y no occidentales como víctimas a las que salvar? En otras palabras, ¿cómo puede combinarse la retórica del feminacionalismo de rescatar a las mujeres migrantes musulmanas y a otras no occidentales con la insistencia en defender a las mujeres «nacionales»? Si los partidos nacionalistas de derechas aspiran a mantener la pureza de la nación a lo largo de líneas étnicas y raciales, ¿por qué querrían salvar a las mujeres no nacionales de los hombres no nacionales? ¿Se limitan a evocar narrativas de «rescate» o también proponen políticas concretas de rescate? Y, por último, ¿en qué concluyen estos discursos y políticas de rescate? Abordaré las dos últimas preguntas en profundidad en el próximo capítulo, pero permitidme que ahora intente responder a la primera al analizar cómo las teorías del nacionalismo nos pueden ayudar a explicar el retrato de las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales que hacen los partidos de la derecha contemporáneos, en el que las muestran, a diferencia de sus homólogos masculinos, como sujetos salvables.

Para dar sentido a las razones por las que los partidos nacionalistas de derechas consideran a los hombres migrantes musulmanes y no occidentales como opresores y a las mujeres como víctimas a las que rescatar, definiendo que tenemos que destacar cómo el racismo está directamente involucrado en este proceso dicotomizador. Mi postura aquí es que el racismo, tanto como proceso de categorización de ciertos grupos de personas como

inferiores según marcas culturales o fenotípicas que como práctica de su exclusión, es el resultado necesario del tipo de nacionalismo de *Volk* y *Kulturnation* que caracteriza a estos partidos.⁶² Sin embargo, el tipo de racismo que exhiben estos partidos, como detallo en el capítulo 1, funciona simultánea y paradójicamente a través de la exclusión del Otro y de la inclusión (condicionada) de las Otras. Para descodificar este doble rasero racista que los partidos nacionalistas de derechas aplican a mujeres y hombres migrantes, podemos fijarnos en dos herramientas conceptuales interconectadas desarrolladas por investigadores críticos de la raza: la «sexualización del racismo» y la «racialización del sexismo». Por un lado, la noción de sexualización del racismo enfatiza que el racismo está *sexualizado* porque se basa en diferentes estereotipos de la alteridad del hombre y de la mujer, como opresor y amenaza sexual, y como víctima y objeto / propiedad sexual respectivamente. Pero también está *sexualizado* en la medida en que el imaginario racista funciona a través de poderosas metáforas y deseos sexuales. Es decir, las ideologías racistas expresan el deseo de dominar al Otro a través de fantasías de poseer el cuerpo de la mujer racializada y de humillar sexualmente al hombre racializado. Por otro lado, la noción de *racialización* del sexismo destaca las formas en las que el racismo funciona a través del retrato del sexismo y del patriarcado como de dominio exclusivo del Otro (no occidental y musulmán). La estigmatización racista del Otro depende por lo tanto de la descripción de la cultura del Otro como un infierno sexista para las mujeres, por lo que implica el peligro de importar esas infames prácticas y relaciones sexistas a Occidente si se permitiera que los hombres extranjeros cruzaran sus fronteras.

Ha sido en Estados Unidos y en Francia en especial donde investigadores han usado estas nociones de forma explícita para describir los fundamentos racistas del nacionalismo (y del imperialismo colonial) en la forma en que retratan a los Otros como los «Otros violentos misóginos imperdonables» y las Otras como

⁶² Aunque la idea de las ideologías nacionalistas basadas en el *Volksnation* es indiscutiblemente racista, estoy de acuerdo con Nira Yuval-Davis cuando dice que cualquier tipo de nacionalismo, en la medida en que implica una delimitación de las fronteras entre distintos pueblos, contiene elementos de racismo. Para un debate sobre los diferentes tipos de nacionalismo y racismo, véase Yuval-Davis, *Gender and Nation*.

las «víctimas sumisas y propiedad física» de los «amos» blancos occidentales.⁶³ El sociólogo estadounidense Calvin Hernton, por ejemplo, fue el primero en usar la noción de sexualización del racismo en *Sex and Racism in America* (1965) para describir los estereotipos y prejuicios sexuales de los hombres y las mujeres afroestadounidenses, que creía que formaban parte fundamental de las relaciones raciales de la historia de Estados Unidos. El mito del salvajismo del hombre afroestadounidense, su supuesto deseo perverso hacia las mujeres blancas y el vívido retrato de los grandes genitales de los cuerpos de los hombres negros para enfatizar su naturaleza bestial y peligrosa servían, todos ellos, según Hernton, para intensificar los sentimientos racistas entre la población blanca. De forma similar, para Coramae Richey Mann y Lance Selva: «El racismo sexualizado no es independiente de los problemas del poder y de la dominación. El carácter manifiesto del racismo sexualizado debe entenderse mejor dentro del contexto de la explotación y el control. Para generar la hegemonía blanca, el pueblo negro ha sido (y es aún) explotado, y para ser explotados han de ser controlados ya sea por medios directos o indirectos [...] Una forma de controlar a los hombres negros ha sido crear y perpetuar la imagen del “negro como violador” que ha surgido con más fuerza cuando las relaciones de poder entre blancos y negros se han visto amenazadas».⁶⁴ El corolario de la imagen del cuerpo sexualizado del hombre negro como aquel con una lujuria constante por la carne de la mujer blanca fue el retrato del cuerpo sexualizado de la mujer negra como aquel eternamente accesible al deseo sexual del hombre blanco, en el que la mujer negra no tenía más función que servir a las necesidades blancas. Como lo describe Hernton: «El racismo del sexo en Estados Unidos es un aspecto más de las relaciones políticas y económicas desiguales que existen entre las razas».⁶⁵ O para expresarlo de otro modo, como el hombre blanco ocupa una posición de poder económico y social en relación con los hombres y mujeres afroestadounidenses, reclama para sí el derecho de acceder

⁶³ Hernton, *Sex and Racism in America*; A. Davis, *Women, Race and Class*; Braxton, *Women, Sex and Race*; Hamel, «De la racialization du sexisme au sexisme identitaire»; Fanon, *Black Skin, White Masks*.

⁶⁴ Mann y Selva, «Sexualization of Racism», p. 170.

⁶⁵ Hernton, *Sex and Racism*, p. 150.

al cuerpo de las mujeres racializadas, que entiende como de su propiedad. Hernton también intentó pensar en la sexualización del racismo como un fenómeno que trasciende las fronteras de Estados Unidos, un tipo de patrón «universal» del racismo.⁶⁶ Como él dice: «Si el racismo es un fenómeno social, y el prejuicio sexual es un aspecto necesario del racismo, entonces no importa cuándo o dónde suceda este fenómeno tiene que haber, a pesar de las variaciones, ciertas características identificables que siempre están presentes».⁶⁷

En su descripción de la brutalidad colonial francesa en Argelia, Frantz Fanon también recogió el carácter sexualizado del racismo, o las formas en las que las imágenes del cuerpo sexualizado del Otro como un competidor (hombre) o una posesión (mujer) dan forma a las ideologías nacionalistas racistas. Fanon destacó en particular la metáfora sexual que subyace a la obsesión de los colonizadores franceses por quitarles el velo a las mujeres musulmanas, lo que resultó más evidente durante la «estrategia de emancipación» que el régimen francés llevó a cabo a finales de los años cincuenta.⁶⁸ Una de las principales características de la «estrategia de emancipación» fue quitarles el velo a las mujeres musulmanas, a lo que también recurrieron expertos en guerra psicológica para humillar al ejército de liberación argelina.⁶⁹ Como lo expresó Fanon: «Tras cada victoria, las autoridades se reforzaban en su convicción de que las mujeres argelinas soportarían la penetración occidental en la sociedad nativa. Cada velo que se quitaba desvelaba ante los ojos colonialistas horizontes prohibidos hasta entonces y les revelaba, poco a poco, la carne de Argelia al descubierto».⁷⁰ Como apuntaba Meyda Yegenoglu, quien se nutre de Fanon, la fantasía sexual de penetrar el territorio y los misterios de las colonias al quitarles el velo a las mujeres eran también fantasías de violación. En palabras de Fanon, en los sueños del colonizador europeo, la «retirada del velo» de las mujeres musulmanas «iba seguida de su violación».⁷¹ E incluso

⁶⁶ Véase también Braxton, *Women, Sex and Race*.

⁶⁷ Hernton, *Sex and Racism*, p. 9.

⁶⁸ MacMaster, «Colonial "Emancipation"»; Fanon, «Algeria Unveiled».

⁶⁹ Véase MacMaster, «Colonial "Emancipation"»; Fanon, «Algeria Unveiled».

⁷⁰ Fanon, *Dying Colonialism*, p. 42.

⁷¹ Fanon, *Dying Colonialism*, p. 45.

uno de los medios más exitosos de «represión de cualquier reconocimiento de propósitos voraces», escribe Myra Macdonald, «era construir intervenciones coloniales o imperialistas como misiones para rescatar a las mujeres de la brutalidad y la opresión que significaba el velo».⁷²

La fijación de algunas fuerzas políticas de Europa occidental con quitarles el velo a las mujeres musulmanas para salvarlas de sus culturas patriarcales, o con rescatar a las mujeres no occidentales de su «excepcional» patriarcado, como planteé en el capítulo 1, podría entonces verse como un ejemplo de sexualización del racismo y racialización del sexismo. Como indican los ejemplos mencionados anteriormente, los argumentos que se despliegan para justificar la necesidad de quitar el velo a las mujeres musulmanas, o de poseer el cuerpo de las mujeres racializadas como propiedad del amo hombre (blanco) no son nuevos. La historia del imperalismo europeo occidental, es decir, la de las caras y las páginas del «nacionalismo oficial» en palabras de Anderson, está repleta de «misiones emancipatorias y civilizadoras» que pretendían liberar a las mujeres colonizadas.⁷³ En el caso del debate del velo, mientras este se retrata como símbolo de la opresión patriarcal, destinado a transmitir el mensaje de que el sexismo es de dominio exclusivo del Otro musulmán, las propuestas (o de hecho las leyes) que exigen que las mujeres musulmanas se quiten el velo representan la «fantasía sexual» de dominar sus cuerpos.⁷⁴

En el contexto francés, varios investigadores han relacionado la tendencia contemporánea de rescatar narrativas dirigidas a las mujeres musulmanas en particular con el legado y las instituciones coloniales y racistas de las que son reminiscencia.⁷⁵ Cuando Marine Le Pen se queja de que los barrios de inmigrantes no son lugares seguros para las mujeres, está invocando explícitamente la idea racista y nacionalista de que el sexismo es fundamentalmente un problema dentro de los colectivos no occidentales.⁷⁶ También en Países Bajos e Italia, algunos investigadores

⁷² Macdonald, «Muslim Women and the Veil», p. 9.

⁷³ B. Anderson, *Imagined Communities*.

⁷⁴ Kovel, *White Racism*, p. 68.

⁷⁵ Boggio Éwanjé-Épée y Magliani-Belkacem, *Les féministes blanches et l'empire*; Scott, *The Politics of the Veil*; Hamel, «De la racialization du sexisme au sexisme identitaire». También abordo algunas de estas cuestiones en mi artículo «From the Jewish Question to the Muslim Question».

⁷⁶ En un discurso el 11 de diciembre de 2010 en Lyon, Marine Le Pen declaró que

han relacionado el actual retrato de mujeres musulmanas como víctimas a las que rescatar con la retórica política que se usaba en tiempos coloniales para justificar el imperialismo como una misión civilizadora. Las académicas neerlandesas Sarah Bracke y Sarah van Walsum, por ejemplo, analizaron cómo los nacionalistas contemporáneos retrataban a las comunidades no occidentales como enemigas de las libertades sexuales occidentales al evocar de nuevo las técnicas racistas de dominación utilizadas por el régimen neerlandés en las colonias.⁷⁷ Otra investigadora neerlandesa incluso sugiere que quizás nacionalistas de derechas como Rita Verdonk y Geert Wilders recurran a este repertorio colonial sexualizado debido a sus conexiones personales con las Indias Orientales Holandesas.⁷⁸ También en Italia, recientemente, varios analistas relacionaron la representación predominante hoy en día de los hombres musulmanes no occidentales como depredadores sexuales con representaciones similares de los hombres de las colonias durante el fascismo. En consecuencia, exploran la olvidada historia del colonialismo italiano en el este de África y sus herramientas sexualizadas de opresión de los sujetos coloniales.⁷⁹

Por lo tanto, es imprescindible hacer referencia al racismo subyacente de los partidos de derechas neerlandeses, franceses e italianos en los que se centra este libro, así como al legado colonial y a las fantasías sexuales detrás de su repertorio xenófobo para entender los pilares que sustentan la representación de las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales como víctimas a las que rescatar. Ante todo, nos permite ver cómo el legado de aquellas fantasías en el contexto de la metrópoli reaviva el conflicto no resuelto entre los sujetos excoloniales y los nacionalismos de Europa occidental. Como trata en detalle el próximo capítulo, este es un conflicto que los nacionalismos de derechas de estos tres países siguen

«en ciertas zonas, es mejor no ser mujer, gay o judío, ni siquiera francés o blanco».

⁷⁷ Van Walsum, *Family and the Nation*; Bracke, «Subjects of Debate».

⁷⁸ Gert Oostindie defiende que Rita Verdonk y Geert Wilders fueron los únicos políticos que se opusieron a la lucha afrocaribeña por el reconocimiento debido a sus lazos con las Indias Orientales Neerlandesas a través de sus padres. Véase Oostindie, *Postcolonial Netherlands*, p. 127.

⁷⁹ Véase Stefani, *Colonia per maschi*; Spadaro, «Italian Empire 'at Home'»; Papa, *Sotto altri cieli*; Sòrgoni, *Parole e corpi*.

abordando al representar a los hombres migrantes como una amenaza sexual y sexista y a las mujeres migrantes como objetos pasivos que deben asimilarse a la feminidad occidental.

3. Políticas de integración e institucionalización del feminacionalismo

Legislar la cultura, sin transformarla en una ideología de Estado, es imposible.

Marka Valenta, «Pluralist Democracy or Scientific Monocracy?»

Las demandas nacionalistas de la particularidad y la singularidad imaginada de las formaciones nacionales solo se vuelven inteligibles frente a una red global de naciones y Estados nación similares en su forma y dentro de esa misma red.

Manu Goswami, «Rethinking the Modular Nation Form»

En el segundo capítulo reflexionamos sobre la apropiación cultural y la apelación a temas de igualdad de género por parte de los partidos nacionalistas de derechas, en términos del nuevo planteamiento del clásico argumento de las mujeres y la nación. Señalé que las mujeres «nacionales» son metafóricamente centrales para el proyecto nacionalista, ya que se las identifica como las «portadoras de lo colectivo» y «reproductoras biológicas de la nación».¹ Argumenté además que comprender el tropo nacionalista nos ayuda a explicar las narrativas que identifican a las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales como víctimas a las que rescatar porque el tipo de nacionalismo que estos partidos exhiben funciona a través de un binario racista específico sexual

¹ Yuval-Davis, *Gender and Nation*.

y de género. Recurrí por lo tanto a nociones de sexualización del racismo y racialización del sexismo para explicar cómo y por qué nacionalistas de extrema derecha aplican diferentes estereotipos a extranjeros hombres y mujeres, y retratan el sexismo como de dominio exclusivo del Otro racializado. No obstante, quedan aún algunas preguntas por resolver: ¿acaso los partidos de derechas en los tres países se han limitado a evocar narrativas de rescate, o también proponen políticas concretas de rescate? ¿Y qué significan en la práctica estos discursos y estas políticas de rescate? Este capítulo intenta responder a estas preguntas. En particular, expongo cómo el asunto de la igualdad de género en el contexto de los discursos generalizados que describen a las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales como «sujetos salvables» se ha tratado e implementado ampliamente en las llamadas políticas de integración para nacionales de terceros países (NTP). A finales de la década de los años noventa, Países Bajos fue pionero en incorporar un sesgo de género a sus políticas de integración; a mediados de los años dos mil tanto el plano europeo como el de los Estados miembros se sumaron a esta tendencia y desde entonces este sesgo ha sido cada vez mayor.² El principal objeto de estas políticas ha sido hacer depender la residencia a largo plazo de inmigrantes no comunitarios/no occidentales de los resultados de un examen, o del compromiso certificado de aprender el idioma, la cultura y los valores del país de destino, en algunos casos incluso desde el país de origen.³ En la práctica, esto ha resultado

² En este capítulo y el siguiente uso el término «europeo» en lugar de «europeo occidental» para referirme al proceso iniciado por la Comisión Europea en el marco de la Unión Europea (UE). La UE ha sido agente y contexto de las políticas de integración. Además, estas políticas se han implementado a nivel de la UE y afectan a ciudadanos no comunitarios. No obstante, el foco de mi análisis sigue siendo Europa occidental, (Países Bajos, Francia e Italia) por ser el contexto en el que tiene lugar la aplicación de políticas de integración. Además, podría argumentarse que los países occidentales europeos (Dinamarca, Francia, Alemania y Países Bajos) han sido las fuerzas motoras del proceso que ha liderado el establecimiento de las políticas de integración en toda la UE. Sobre este último punto, véase Carrera y Wiesbrock, «Civic Integration of Third-Country Nationals».

³ A lo largo de este capítulo utilizo el término «migrantes no comunitarios / no occidentales» para referirme a los migrantes que se ven afectados por las políticas de integración. Mientras que en todos los países de la UE las medidas de integración se dirigen a los migrantes de fuera de la Unión Europea, en algunos como Países Bajos estas políticas se dirigen específicamente a los migrantes no occidentales, es decir, a los migrantes que provienen de fuera de la UE y del

en que varios Estados miembros elaboraran procedimientos de integración y de preintegración que recogen resumidamente lo que cada Estado nación identifica como los pilares institucionales y morales de sus sociedades, todos ellos durante el mandato de gobiernos de la derecha. En ellos, la igualdad de género y los derechos de las mujeres aparecen a la cabeza de la lista como los valores compartidos más importantes de la nación, aquellos que los migrantes deberían conocer y respetar. En particular en el caso de Países Bajos (que fue el primer país que incluyó programas de integración de forma efectiva ya en los países de origen de los migrantes, además de ser el primero que afirmó que los derechos de las mujeres y los del colectivo homosexual eran principios de su comunidad imaginada), la cuestión de las políticas de integración ha recibido una atención considerable dentro de los distintos estratos de la literatura académica.⁴

Influyentes análisis de estas políticas de integración, en particular de los ámbitos de la sociología de la ciudadanía y del multiculturalismo, han entendido la cuestión de la igualdad de género que recogen estas políticas como la manifestación del carácter liberal, por oposición a nacionalista, de esta nueva tendencia de los Estados miembro de la Unión Europea. Los sociólogos políticos Christian Joppke y Yasemin Soysal han sido los mayores defensores de esta interpretación en los últimos años. En una serie de textos que analizan el desarrollo de nuevas políticas sobre la integración de inmigrantes, adoptadas por la Unión Europea y sus Estados miembro desde comienzos de los años dos mil,

mundo occidental. En el momento en que se escribió este libro, los ciudadanos de Australia, Canadá, Japón, Mónaco, Nueva Zelanda, Corea del Sur, Estados Unidos y Ciudad del Vaticano estaban exentos del Examen Neerlandés de Integración en el Extranjero.

⁴ Para Países Bajos véase, por ejemplo, Kirk, «Embodied Enlightenment»; Suvarieriol, «Nation-Freezing»; Roggeband, «Victim-Agent Dilemma»; Wilton, «Promoting Equality?»; Bonjour y Hart, «Proper Wife, a Proper Marriage»; Kirk y Suvarieriol, «Emancipating Migrant Women?»; Van Den Berg y Duyvendak, «Paternalizing Mothers»; Mepschen *et al.*, «Sexual Politics, Orientalism and Multicultural Citizenship in the Netherlands». Para Francia, véase Bonjour y Lettinga, «Political Debates on Islamic Headscarves»; Mullally, «Civic Integration, Migrant Women and the Veil»; Alaoui, «L'intégration sous condition»; Fassin y Mazouz, «Qu'est-ce que devenir français?»; É. Fassin, «La démocratie sexuelle et le conflit des civilisations»; Lochak, «L'intégration comme injonction». Para Italia, véase Farris y Scrinzi, «Gender and the Racialization of Migrant Women in the Lega Nord Ideology and Politics».

Joppke ha proporcionado un importante análisis del que denominó «cambio radical» del multiculturalismo a la integración.⁵ Joppke defiende que el «giro hacia la integración cívica» representa ante todo cómo «se ha debilitado el carácter distintivo nacional y cómo se converge hacia la dirección general y el contenido de las políticas de integración».⁶ En lugar de los modelos nacionales de incorporación de inmigrantes a los que estábamos acostumbrados hasta los años noventa (el modelo «republicano» en Francia, el modelo «multicultural» en Países Bajos, etc.), según este autor, los años dos mil marcaron la transición hacia un modelo posnacional, impulsado sobre todo por el proceso de europeización.⁷ Joppke identifica que la convergencia hacia el modelo posnacional de integración, o de integración cívica, tiene lugar fundamentalmente en términos de una «estandarización cultural» de las políticas de integración europeas. De acuerdo con su lectura, todas estas políticas exigen que los migrantes no comunitarios / no occidentales estén familiarizados con valores de respeto que no son específicos de una nación determinada, pero que son «el capital conjunto» del liberalismo: libertad, democracia y derechos humanos, incluidos los derechos de las mujeres y los derechos de los niños, así como el Estado de derecho.⁸ Aunque reconoce que la puesta en marcha de esta agenda europea a nivel nacional puede llevarse a cabo por medios iliberales e incluso represivos (como veremos ahora), no obstante, Joppke insiste en que esas políticas «no nacen de fuentes extrínsecas al liberalismo, como el nacionalismo o el racismo, sino que son inherentes al propio liberalismo».⁹ Para Joppke, hay dos consideraciones principales que excluyen la posibilidad de que las políticas de integración tengan alguna conexión con el nacionalismo. En primer lugar, presentan supuestamente un carácter cognitivo más que normativo, que exige que los inmigrantes conozcan, pero no necesariamente que compartan íntimamente, tales valores liberales como los derechos de las mujeres y los del colectivo

⁵ Joppke, «Retreat of Multiculturalism in the Liberal State», p. 249.

⁶ Joppke, «Beyond National Models», pp. 1-2.

⁷ Bertossi y Duyvendak, «National Models of Immigrant Integration»; Joppke, «Immigrants and Civic Integration in Western Europe».

⁸ Joppke, «Beyond National Models».

⁹ Joppke, «Beyond National Models», p. 14.

homosexual.¹⁰ En segundo lugar, estas políticas, bajo su punto de vista, aspiran a promover la inclusión social en el mercado laboral lo que «es un mundo aparte de las viejas nociones de asimilación cultural y construcción de la nación».¹¹ De igual manera, en un artículo reciente Soysal defendía que:

A pesar del estatus simbólico que imponen, los exámenes actuales de ciudadanía e integración no revelan nada distintivo sobre las particularidades de la nación (más allá de las preguntas sobre los símbolos comunes como la bandera, el himno nacional o el poeta nacional) o sobre una filosofía de integración nacionalmente distinta. Una revisión sistemática del contenido de estas pruebas revela que la categoría temática con mayor presencia aborda las nociones de los derechos individuales y la democracia... Las preguntas que evalúan los valores están fundamentalmente relacionadas con los derechos del individuo, tales como las libertades cívicas y los derechos de los grupos desfavorecidos de la sociedad tales como las mujeres y los discapacitados.¹²

Por lo tanto, la «integración tal y como se expresa en estos marcos nacional y europeo», concluye la autora, «no es un proyecto centrado en la nación».¹³ En su lugar, Soysal defiende que las políticas de integración señalan al individuo, más que al Estado, como principal portador de la responsabilidad de la cohesión social y además confían en su capacidad de ser un miembro productivo en la política.

De distintas formas y con distintas trayectorias, ambos académicos mantienen por lo tanto que el cambio hacia el énfasis en la responsabilidad individual y en la capacidad productiva de los migrantes es el punto de referencia del giro hacia la integración cívica. En consecuencia, el foco en los derechos humanos del individuo, entre los que los derechos de las mujeres tienen una presencia destacada, avala la esencia profundamente liberal

¹⁰ Como lo plantea Joppke: «Sería engañoso interpretar la integración cívica de los inmigrantes como un rebrote del nacionalismo o del racismo. Estas políticas respetan cuidadosamente la línea divisoria entre la “integración”, que mantiene intacta la orientación ética del migrante, y la “asimilación” que no lo hace» (Joppke, «Beyond National Models», p. 14).

¹¹ Joppke, «Immigrants and Civic Integration in Western Europe», p. 25.

¹² Soysal, «Citizenship, Immigration, and the European Social Project», p. 11.

¹³ Soysal, «Citizenship, Immigration, and the European Social Project».

de estas políticas. Dicho de otra manera, estos autores sugieren que la cuestión de los derechos de las mujeres, aspecto sobre el que las políticas de integración preguntan a los recién llegados y que estos deben conocer y respetar, no es específico de un proyecto nacional y no indica un giro nacionalista. Por lo tanto, las nuevas políticas de integración representan un paso más hacia la consolidación de la vocación liberal de los Estados europeos y de su carácter cada vez más posnacional, frente al resurgimiento del nacionalismo; lo que Joppke y Soysal identifican como un proyecto político y una ideología extrínsecos al liberalismo. A pesar de que su análisis ha recibido varias críticas, la importancia de la postura de Joppke y Soysal yace, en primer lugar, en el hecho de que han planteado los términos para debatir sobre la filosofía que subyace al giro hacia la integración cívica, y también en que su postura representa un punto de referencia incluso para aquellos que quieren distanciarse de ella.¹⁴ En particular, sus análisis se han consolidado al defender que la idiosincrasia de los Estados nación ha dejado de tener un papel discrecional y distintivo en sus políticas para la integración de los inmigrantes. En segundo lugar, y de manera más importante en el contexto de este libro, han logrado plantear un argumento persuasivo al situar el cambio hacia el Estado posnacional y liberal de las políticas de integración en la importancia que estas políticas otorgan a la cuestión de los derechos individuales de las mujeres.

Este capítulo pretende desafiar esta influyente interpretación y demostrar en su lugar que en realidad consiste en lo opuesto a lo que plantean Joppke y Soysal. En particular, sostengo que el planteamiento nacional concreto de las cuestiones de igualdad de género y derechos de las mujeres dentro de los programas nacionales de integración es precisamente lo que confirma la persistencia e incluso el fortalecimiento, en lugar de la desaparición, de un tropo nacionalista (y racista), que concibo como intrínseco y no extrínseco al liberalismo.¹⁵ El nacionalismo y el liberalismo, así como el neoliberalismo son de hecho ideologías

¹⁴ Véase en particular, Carrera y Wiesbrock, «Civic Integration of Third-Country Nationals»; Suvarieriol, «Nation-Freezing»; Koopmans, «Post-Nationalization of Immigrant Rights»; Schain, «State Strikes Back».

¹⁵ Para una lectura de las interconexiones entre el nacionalismo y el liberalismo, véase Wallerstein, *Modern World-System IV*. Sobre este punto, véase también el estudio clásico de Balibar y Wallerstein, *Race, Nation, Class*.

políticamente relacionadas y estrategias político-económicas, en lugar de polos opuestos como defiende Joppke en concreto. Para empezar a descifrar cómo la compleja red tejida entre el nacionalismo, el racismo y el (neo)liberalismo respalda que se recurra a los derechos de las mujeres tanto en los discursos como en las políticas de integración de migrantes no comunitarios / no occidentales, este capítulo cuestiona en concreto los argumentos relativos al objetivo puramente liberal y a la voluntad política de estas políticas. El capítulo 4 explora a continuación en más detalle los argumentos que afectan al liberalismo económico.

En primer lugar, reconstruyo la reciente agenda europea sobre la integración de NTC que ha «ratificado», si bien no inaugurado, las políticas de integración adoptadas por cada vez más Estados miembro.¹⁶ En segundo lugar, ilustro la traslación nacional de la agenda europea sobre la integración de migrantes en Países Bajos, Francia e Italia y presto especial atención a cómo se ha tratado la cuestión de la igualdad de género en los materiales de integración en cada uno de estos países. Defiendo que la evidencia que se extrae de analizar en profundidad la articulación de la cuestión de la igualdad de género que aparece en las políticas y materiales de integración a nivel nacional es precisamente lo que indica la matriz política considerablemente nacionalista (y racista) del giro hacia la integración cívica, frente a aquellas interpretaciones que niegan la presencia o persistencia de tal matriz. Impulsadas por gobiernos neoliberales de derechas con el apoyo directo de partidos nacionalistas de derechas (como en Italia) o con fuertes influencias del creciente clima nacionalista y xenófobo que se intensificó en la segunda mitad de la década de los dos mil (como en Francia y en Países Bajos), las políticas de integración son presumiblemente la forma más concreta de la institucionalización del feminacionalismo. De hecho, en ningún otro lugar como en estas políticas, se presenta la formación ideológica del feminacionalismo más claramente como una narrativa de rescate dirigida a las mujeres migrantes (musulmanas y no musulmanas por igual) según un registro nacionalista. Además, en ningún otro lugar aparece de forma más concreta el feminacionalismo como una interpelación de género y racializada de estas mujeres por parte del aparato del Estado nación.

¹⁶ El término «nacional de terceros países» denota un individuo que no es ni de un país de la UE en el que resida, ni de un Estado miembro de la UE.

Integración cívica en la agenda europea: inmigración legal e igualdad formal

Entre 2005 y 2011 la Comisión Europea (CE) emitió tres documentos relativos a la integración de NTP que son de especial importancia para reconstruir la reciente agenda europea sobre integración cívica: las comunicaciones de (1) 2005 y (2) 2011 de la Comisión al Parlamento Europeo, al Consejo, al Comité Económico y Social Europeo y al Comité de las Regiones (a las que en adelante se hará referencia respectivamente como «Comunicación 2005» y «Comunicación 2011») y (3) el «documento de trabajo sobre los servicios de la Comisión 2011» que acompaña a la Comunicación 2011 y al que en adelante se hará referencia como el «CSWD 2011». Estos documentos son importantes porque sintetizan las decisiones tomadas en el marco de la Unión Europea sobre la integración de migrantes, y resumen la filosofía que forja la nueva agenda de integración por todo el continente. Dada su importancia para analizar especialmente las primeras etapas de la puesta en marcha de las políticas de integración en Países Bajos, Francia e Italia, en este capítulo me centro fundamentalmente en la Comunicación 2005, mientras que en el próximo documentaré los cambios introducidos por la Comunicación 2011 y el CSWP 2011.

La Comunicación 2005, titulada «Una agenda común para la integración, marco para la integración de nacionales de terceros países en la Unión Europea», fue el primer paso en el contexto comunitario hacia el establecimiento de una nueva estrategia para la integración de ciudadanos no europeos, tras las indicaciones incluidas en el Programa Tampere de 1999. La Comunicación 2005 se centraba ante todo en introducir el marco común europeo para la integración mediante la adopción de los, así llamados, Principios Comunes Básicos (CBP, por sus siglas en inglés), una lista de 11 directrices generales que se acordaron entre los ministros de Justicia y de Interior de los Estados miembro de la UE en el Consejo de la Unión Europea de noviembre de 2004. Concretamente, entre los ministros que aprobaron el Acuerdo del Consejo Europeo de 2004 estaban la nacionalista de derechas Rita Verdonk, ministra de Integración e Inmigración de Países

Bajos de 2003 al 2006.¹⁷ Ante todo, la voluntad de los CBP era «ayudar a los Estados miembro a formular las políticas de integración» y que se usaran para «priorizar y desarrollar más aún» los propios objetivos de integración de cada Estado miembro.¹⁸ Los 11 CBP descansan sobre el primero de ellos, que describe la integración como un «proceso dinámico de dos direcciones de adaptación mutua por parte de todos los nacionales de terceros países y de los residentes de los Estados miembro». Basándose en el principio de las dos direcciones, los diez CBP restantes articulan las formas en las que los principales agentes implicados (es decir, migrantes y sociedades receptoras) deberían ejecutar el proceso de adaptación mutua. Por un lado, los primeros deben «respetar los valores básicos de la Unión Europea» (CBP 2) para colaborar con la «sociedad de acogida» con su «empleo» (CBP 3) y adquirir un «conocimiento básico del idioma, la historia y las instituciones de la sociedad de acogida» (CBP 4). Por otro lado, se invita a los residentes de los Estados miembro y especialmente a las instituciones estatales a hacer «esfuerzos de educación» (CBP 5), para adoptar políticas antidiscriminatorias en el acceso a las instituciones públicas y privadas (CBP 6) y espacios democráticos (CBP 9) y para crear espacios de interacción cultural (CBP 7). La libertad de culto debe estar garantizada «a no ser que las prácticas entren en conflicto con otros derechos europeos inviolables o con la ley nacional» (CBP 8).¹⁹ Entre los CBP que enfatizan el papel de los NTP en el proceso de integración, el CBP 4 merece especial atención. El requisito de que los migrantes adquieran «conocimientos básicos del idioma, la historia y las instituciones de la sociedad de acogida» es lo que de hecho ha inspirado las políticas que ahora dan forma a los acuerdos de integración de muchos países. En términos de igualdad de género, lo que

¹⁷ Como demuestran Carrera y Wiesbrock, ciertos Estados miembro, entre ellos Países Bajos, tuvieron gran influencia en el debate que tuvo lugar en el Consejo de 2004 de la Unión Europea. Más específicamente, «Austria, Alemania y Países Bajos lograron trasladar al plano de la UE las políticas de integración y medidas legales que existían en las leyes de inmigración de sus respectivos países (o aquellas que se estaban debatiendo en sus parlamentos) en el momento de las negociaciones» (Carrera y Wiesbrock, «Civic Integration of Third-Country Nationals», p. 9).

¹⁸ Consejo de la Unión Europea, 2004, comunicado de prensa disponible en http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/docs/pressdata/en/jha/82745.pdf.

¹⁹ Los CBP 10 y 11 están concebidos como heurísticos para mejorar la coordinación, realización, generalización y evaluación del marco general.

llama la atención en este documento inicial es la relativa escasez de referencias a la cuestión, si lo comparamos con el grado de centralidad que la igualdad de género adquirirá en posteriores documentos de la UE (sobre los que hablaré más en el capítulo 4) y dentro de la legislación nacional, como debatiré en las siguientes secciones. Es más, se hacen cinco menciones al género en la Comunicación 2005. Dichas referencias se dan fundamentalmente para recomendar la transversalización de género de todas las iniciativas dirigidas a la integración de NTP, en concreto en términos de no discriminación en el mercado de trabajo y de participación democrática en las instituciones públicas y privadas. En el plano comunitario, en otras palabras, la igualdad de género para las mujeres migrantes no comunitarias se concibe fundamentalmente en términos de igualdad de oportunidades y de igual acceso a la esfera pública, en concreto al trabajo remunerado.

En la siguiente sección ilustro cómo los gobiernos neerlandés, francés e italiano han traducido las directrices europeas en disposiciones concretas. Primero, aporte un resumen de los principales cambios que afectan a los modelos de integración neerlandés, francés e italiano tras la introducción de las directrices de integración cívica; a continuación, exploro la dimensión de género de cada programa nacional y analizo qué expresan en lo relativo a las ideas sobre igualdad de género y representación de mujeres migrantes musulmanas y no occidentales.

Traducción nacional(ista) de la integración cívica

Entre 2005 y 2012, sin duda inspirados por las directrices europeas, Países Bajos, Francia e Italia adoptaron nuevas leyes para la integración de migrantes no comunitarios / no occidentales. No obstante, todos los gobiernos optaron (sobre todo en las fases iniciales de puesta en marcha de las nuevas leyes) por privilegiar las recomendaciones europeas sobre la integración cultural de formas que supusieron un giro definitivo hacia la asimilación cultural y la exclusión de la diferencia cultural. En Países Bajos desde la década de los años noventa en adelante, sucesivos gobiernos ya habían empezado a desarrollar políticas que definían la integración como el compromiso de los migrantes por adquirir

el conocimiento de la lengua y de la sociedad neerlandesas. Hasta entonces no había políticas de integración como tales, ya que el pensamiento generalizado era que los migrantes regresarían a sus países de origen en algún momento. Los programas para familiarizarse con la sociedad y la cultura neerlandesas se desarrollaron solo para ciudadanos neerlandeses que regresaban a Países Bajos de las colonias del país. Las mujeres holandesas consideradas etnicizadas en particular recibían cursos de organización doméstica y del correcto cuidado de la casa holandesa.²⁰ Con el establecimiento de las «políticas para las minorías étnicas» [*Minderhedennota*] a principios de los años ochenta (es decir, las políticas fundamentales del multiculturalismo neerlandés), el Estado reconoció y financió a algunos grupos de etnia minoritaria para que organizaran colegios y actividades de ocio; así cumplían con el «modelo de pilares».²¹ De acuerdo con este modelo, la integración se concebía como un proceso de «emancipación» que tenía lugar no dentro de la sociedad neerlandesa, sino dentro de instituciones independientes como colegios religiosos y redes de difusión de minorías étnicas financiadas por el Estado. A pesar de que las «políticas para las minorías étnicas» registraron el hecho de que los gobiernos neerlandeses identificaban a los inmigrantes como pobladores no temporales, la conservación de sus lenguas nativas aún se consideraba como una forma de facilitar que regresaran a sus orígenes.²² En parte a raíz de la publicación de las tasas de desempleo y marginación social entre los migrantes, y en parte debido a la preocupación internacional por el fundamentalismo islámico, en los años noventa se dejó de creer que el multiculturalismo fuera viable y la integración adoptó nuevos significados, por encima de todo el de aprender el idioma neerlandés.²³

²⁰ Kirk, «Gender and Integration in the Netherlands».

²¹ Incluían grupos de minorías étnicas poscoloniales como surinameses, molucas y antillanos, así como grupos que se habían asentado durante el periodo de reclutamiento de mano de obra tras la Segunda Guerra Mundial, como marroquíes y turcos. [La *pillarisation* (del alemán *verzuiling*) es la segregación de la sociedad en diferentes grupos (pilares) por religión y/o creencias políticas que poseen sus propias instituciones (periódicos, canales de televisión, partidos, sindicatos, tiendas, escuelas y universidades, clubs deportivos). Tiene larga tradición en Holanda y Bélgica, también en Austria. N. de E.]

²² Kirk, «Gender and Integration in the Netherlands».

²³ Kirk, «Gender and Integration in the Netherlands»; Entzinger, «Parallel Decline of Multiculturalism and the Welfare State in the Netherlands».

Se empezó a establecer políticas individualizadas en lugar de basadas en la colectividad o en el grupo étnico, se enfatizaban los programas de integración como una forma para los migrantes no comunitarios / no occidentales de lograr la ciudadanía activa y de llegar a ser individuos autónomos.

Ciertos acontecimientos de los años dos mil contribuyeron además a promover la sensación de que el multiculturalismo había fallado y de que las políticas de integración debían volverse más estrictas y más selectivas. Más allá del impacto de los ataques terroristas del 11-S, el sentimiento antinmigración también se nutrió de dramáticos acontecimientos a escala nacional como los asesinatos del político antinmigración de derechas Pim Fortuyn en 2002 y del director Theo van Gogh en 2004, ambos relacionados con sus declaraciones antiislam (véase el capítulo 1). El asesinato de Fortuyn, durante la campaña a las elecciones nacionales, en las que se presentaba en una lista que llevaba su nombre, tuvo lugar en el contexto de un giro generalizado a la derecha (cambio que este acontecimiento alimentó). Verdonk desempeñó un papel fundamental en los gobiernos conservadores que siguieron a las elecciones de 2002. En concreto, no solo fue capaz de aprobar las políticas más restrictivas sobre integración en la historia del país, sino que también influyó en la agenda europea y de otros Estados miembro sobre las políticas de integración de inmigrantes. Así, en diciembre de 2005, el segundo gabinete Balkende, con Verdonk entre sus ministros, aprobó la ley de integración cívica en el extranjero [*Wet inburgering in het buitenland*], que se aprobó en 2006. La nueva ley exigía que los migrantes no comunitarios / no occidentales que quisieran migrar a Países Bajos para una reagrupación familiar o por servicios religiosos demostraran unos conocimientos básicos de neerlandés y de la sociedad neerlandesa antes de su llegada. Esta fue la primera ley de este tipo de un Estado miembro de la UE y sentó el precedente para su adopción en otros países. Según la nueva provisión, la preintegración se convertía en un *prerrequisito* para ser admitido en el país, en concreto para ciertos tipos de migrantes. Como recogen Saskia Bonjour y Doutje Lettinga, en los debates parlamentarios de 2004 en adelante, el gobierno se refería a ciertas categorías de familias de migrantes como «inapropiadas» para la sociedad neerlandesa. «Una parte importante de estas [familias de migrantes] tienen características que son

contrarias a una buena integración en la sociedad neerlandesa. La más visible de ellas... son los matrimonios de migrantes de Turquía y Marruecos».²⁴ El propósito selectivo de estas políticas se implementaba en lo concreto mediante la obligatoriedad del Examen de Integración en el Extranjero para todos excepto para los miembros de la familia de naciones occidentales: ciudadanos de la UE o del Espacio Económico Europeo (EEE), y aquellos de Australia, Canadá, Japón, Mónaco, Nueva Zelanda, Corea del Sur, Estados Unidos y Ciudad del Vaticano. Además, los familiares de personas que portaban un visado para un trabajo altamente cualificado (una «tarjeta azul») no estaban obligados a realizar el examen en el extranjero. En resumen, las restricciones para la reagrupación familiar que planteaban estas normas no eran de aplicación para ciudadanos occidentales, «tampoco para migrantes que ocuparan una posición privilegiada en el mercado de trabajo transnacional».²⁵ El Examen de Integración en el Extranjero se divide en tres partes, dirigidas a examinar los conocimientos sobre la sociedad neerlandesa [*Kennis van de Nederlandse Samenleving*], neerlandés hablado [*Gesproken Nederlands*] y comprensión del neerlandés escrito [*Geletterdheid en Begrijpend Lezen*]. Para poder aprobar el examen de preintegración en el extranjero, los candidatos debían adquirir un kit de estudio (por 110 € en el momento en que se escribe este libro) que incluía materiales de estudio destinados a permitir que los aspirantes se familiarizaran con los requisitos del examen. Aquellos que aprobaban el examen en el extranjero y recibían el *machtiging tot voorlopig verblijf* [permiso de residencia provisional] en su país de origen, debían aprobar el Examen de Integración en Países Bajos en los tres años y medio siguientes a su llegada, para poder obtener un permiso de residencia permanente.

En enero de 2007, una nueva ley, la ley de integración cívica [*Wet inburgering*], siguió regulando el procedimiento de integración al llegar a Países Bajos. La nueva ley aspiraba a fortalecer los elementos de la «integración cívica» de la ley anterior de 1998, que había establecido la participación obligatoria en cursos de idiomas para los recién llegados, pero sin evaluar el resultado. En su lugar, la ley de 2007 aplicó una nueva definición de la

²⁴ Bonjour y Lettinga, «Political Debates on Islamic Headscarves», p. 269.

²⁵ Van Walsum, *Family and the Nation*.

integración [*inburgering*] en la que la participación en cursos ya no era suficiente; en la nueva legislación, la integración (que se definía como el conocimiento de la sociedad y el idioma neerlandés) debía demostrarse mediante el resultado de un examen.²⁶ El Examen de Integración en Países Bajos es obligatorio para todos los extranjeros con la excepción de menores y ancianos, ciudadanos de la UE y personas que hayan vivido en Países Bajos durante al menos ocho años antes de los dieciséis. El Examen de Integración consiste en dos partes: una parte práctica y otra central. La parte práctica evalúa el conocimiento del idioma del candidato así como su capacidad de adaptarse a la vida en Países Bajos.²⁷ La parte central incluye un examen práctico electrónico, una prueba de neerlandés oral y una prueba de conocimientos de la sociedad neerlandesa.²⁸ El aprobado se certifica con un diploma de integración que permite que el migrante solicite el permiso de residencia permanente. A diferencia del Examen de Integración en el Extranjero, no hay un kit oficial para el estudio por lo que los candidatos deben confiar en uno de los muchos kits disponibles en el mercado según su criterio personal.²⁹ En este

²⁶ Como explica Kirk: «Tras 1998, el ámbito de las políticas de *inburgering* se amplió para incluir a inmigrantes residentes, en concreto desempleados y “padres cuidadores” (es decir, madres). Se consideró que madres y clérigos (es decir, imanes) llegados con el *Win* en 2001 eran importantes grupos a los que dirigirse por su papel en la integración de los demás. Del mismo modo que las políticas relacionadas con la inmigración anteriores a los años ochenta habían sido diferentes para distintos grupos étnicos, el *inburgering* implicaba cosas distintas para distintos grupos sociales: la categorización de inmigrantes ya no se basaba en su etnia sino en su función social» (Kirk, «Gender and Integration in the Netherlands», p. 102).

²⁷ Para preparar el examen final, los migrantes deben asistir a cursos de integración cívica de neerlandés y de sociedad neerlandesa. Esta parte representa la mitad del contenido del curso y es común para todos los aspirantes. Sin embargo, la otra mitad es más personalizada y consiste en elegir un «porfolio» en el momento de registro. Hay cuatro porfolios disponibles: trabajo; educación, salud y crianza; participación social; y emprendimiento. Según Kirk y Suvarierol, los dos primeros son los más populares («Emancipating Migrant Women?»).

²⁸ El examen práctico electrónico consiste en una entrevista con un ordenador en la que al inmigrante se le hacen preguntas sobre la sociedad neerlandesa. Suele consistir en 43 preguntas que hay que completar en una hora. Ha de responderse correctamente al 73 por ciento. La parte cívica del examen también se hace con un ordenador. En cuarenta y cinco minutos los candidatos ven una serie de videos cortos, tras lo cual deben responder correctamente al 62 por ciento de 43 preguntas para aprobar.

²⁹ Kirk y Suvarierol, «Emancipating Migrant Women?».

punto, deberíamos recordar que el líder del PVV, Geert Wilders, fue miembro del partido VVD hasta 2004, es decir, la fuerza política que promovió la integración cívica en Europa, antes de que fundara su propio grupo (el PVV) en 2006. Aunque abogaba por un giro aún más estricto contra la inmigración y exigía el cierre de las fronteras para los migrantes no occidentales, Wilders apoyó las principales disposiciones de las políticas de integración cívica para los migrantes asentados. Por lo tanto, las nuevas medidas se vieron afectadas en gran medida por un amplio conjunto de alianzas dentro de la derecha nacionalista holandesa.

Igual que en los Países Bajos, también en Francia la adopción en 2006 de una nueva ley sobre inmigración e integración exigía demostrar un dominio del francés y un conocimiento de la historia, las instituciones y los valores del país para adquirir la residencia legal en el país.³⁰ La nueva ley, propuesta por el entonces ministro del Interior, Nicolas Sarkozy (UMP), pretendía rediseñar la legislación francesa en materia de inmigración e integración en tres direcciones: (1) adoptar la estrategia de «inmigración elegida» [*immigration choisie*] frente a la «inmigración impuesta» [*immigration subie*] y favorecer la entrada de inmigrantes altamente cualificados; (2) promover la «integración republicana» obligatoria [*intégration républicaine*] para los potenciales residentes de larga duración mediante el establecimiento del *Contrat d'Accueil et d'Intégration* (CAI, Contrato de Acogida e Integración); y (3) adoptar la estrategia de codesarrollo para lograr una «verdadera asociación» con los países de origen en la gestión de la migración. La principal novedad introducida por la ley de 2006 es la firma obligatoria del CAI. Establecido ya en 2003 con carácter voluntario, desde 2006 los NTP que tengan la intención de establecerse en Francia deben firmar un contrato con el Estado para obtener la residencia legal durante un máximo de cuatro años antes de que se les pueda conceder la residencia permanente y convertirse en candidatos a la naturalización. El contrato se aplica a todos los extranjeros, con excepción de los nacionales de Estados de la Unión Europea, del EEE y de la Confederación Suiza; de los extranjeros que hayan cursado estudios durante al menos tres años en un centro de enseñanza secundaria francés en el extranjero; y de los extranjeros de 16 a 18 años nacidos en Francia de padres

³⁰ Ley de 24 de julio de 2006 sobre inmigración e integración.

extranjeros que ya residan en Francia, o cuya residencia estable en Francia se remonte al menos cinco años desde los 11 años. Esta ley se complementó en noviembre de 2007 con dos nuevas disposiciones: la primera establece un contrato de integración para la familia en el marco de la reagrupación familiar (CAIF, *Contract d'Accueil et d'Intégration pour la Famille*), y la segunda introduce la integración cívica obligatoria en el país de origen para los miembros de la familia.³¹ El CAIF exige que los cónyuges y los padres firmen un contrato en el que se comprometen a asistir a una sesión de formación de un día de duración sobre los derechos y deberes de la paternidad en Francia. El Examen de Integración en el Extranjero solo se aplica a los miembros de la familia que desean reunirse con sus cónyuges, parejas o padres que hayan vivido en Francia durante al menos un año. El examen consiste en una evaluación de sus conocimientos del idioma y de los valores republicanos. Si sus conocimientos lingüísticos se consideran insuficientes, el solicitante está obligado a asistir a cursos de idiomas gratuitos impartidos por el Estado francés.

El establecimiento de la nueva ley sobre la integración obligatoria en Francia fue el resultado de una serie de factores. De una parte, siguió las directivas europeas sobre los derechos de los migrantes no comunitarios como residentes de larga duración, sobre la reagrupación familiar y sobre la libre circulación de personas; por otro lado, experimentó la influencia de las indicaciones contenidas en la Comunicación 2005. Sin embargo, también tenía sus raíces en factores domésticos (políticos e institucionales) y en la historia del modelo nacional francés de ciudadanía e inclusión.³² Por un lado, igual que en Países Bajos, el éxito electoral de la extrema derecha en la década de los dos mil contribuyó a un cambio generalizado hacia políticas más restrictivas en materia de inmigración.³³ Por otro lado, el nuevo discurso

³¹ Ley N. 2007-1631, de 20 de noviembre de 2007, sobre inmigración, integración y asilo, p. 270.

³² Chou y Baygert, «2006 French Immigration and Integration Law»; Bonjour y Lettinga, «Political Debates on Islamic Headscarves».

³³ En las elecciones presidenciales francesas de 2002, el candidato de la extrema derecha del Frente Nacional, Jean-Marie Le Pen, ganó al socialista Lionel Jospin en la primera vuelta, lo que le llevó a la segunda vuelta de las elecciones junto al candidato del «Rally por la República», Jacques Chirac. Aunque Chirac terminó por ganar las elecciones, el hecho de que un partido nacionalista de derechas como el

de la «integración republicana» representó en muchos aspectos la configuración más reciente de una larga historia de políticas y enfoques ante la inclusión de los inmigrantes en la sociedad francesa, marcada por una tentación asimilacionista republicana siempre presente.³⁴ Aunque el término «asimilación» no se utiliza en Francia (se convirtió en un tabú en los años sesenta porque se consideraba demasiado evocador del pasado colonial y, por lo tanto, se sustituyó por «inserción», de menor carga ideológica), a finales de los años setenta, la derecha comenzó a usar el término «integración» con frecuencia para exigir el compromiso de los inmigrantes para con la sociedad francesa.³⁵ A finales de los años ochenta, sin embargo, se extendió del vocabulario de la derecha al léxico oficial de los socialistas, que lo empleaban en referencia a los inmigrantes asentados, en su mayoría de origen magrebí. Entre 1989 y 1991 se constituyó todo un aparato en torno a la integración. Esto incluía una secretaría general para la integración, la creación de un comité interministerial sobre integración y el *Haut Conseil à l'Intégration* (HCI, Consejo Superior para la Integración). Según Françoise Gaspard, fue la polémica sobre el velo musulmán lo que provocó que la integración «pasara del discurso a la institucionalización».³⁶ A partir de finales de los años ochenta, por lo tanto, la integración se ha defendido como el antídoto contra el supuesto aumento del «comunalismo» de los inmigrantes, en particular de los musulmanes, del que se consideró que el velo femenino era el signo más evidente.³⁷

También en Italia, la integración de los inmigrantes no comunitarios / no occidentales se ha convertido en un elemento central de las políticas y de los discursos públicos sobre la migración, en particular tras el establecimiento de la primera ley global que regula la inmigración, la ley núm. 40 de 6 de marzo de 1998, conocida como *Testo Unico Sull'Immigrazione* (Texto único sobre inmigración) o «*Legge Turco-Napolitano*». Sin embargo, no fue hasta

Frente Nacional, famoso por su propaganda antisemita y racista, así como por sus cuestionables vínculos con organizaciones fascistas, llegara a la segunda vuelta fue una gran sorpresa y marcó el inicio del auge de la derecha en el país.

³⁴ Fassin y Fassin, *De la question sociale à la question raciale*.

³⁵ Gaspard, «Assimilation, Insertion, Intégration»; Sayad, «Qu'est ce que l'intégration?»; Lochak, «L'intégration comme injonction».

³⁶ Scott, *Politics of the Veil*; Gaspard, «Assimilation, Insertion, Intégration».

³⁷ Scott, *Politics of the Veil*; Farris, «From the Jewish Question to the Muslim Question».

comienzos de los años dos mil cuando se consolidó el vínculo entre la gestión de la inmigración y la integración. Por un lado, esto se debió a que el panorama político italiano dio un giro hacia la derecha. Aquí, como planteaba en el capítulo 1, la migración estaba cada vez más relacionada con preocupaciones de seguridad y con la islamofobia.³⁸ Por otra parte, la fusión definitiva de las políticas de migración e integración hacia finales de la década de los dos mil se debió a la recepción tardía en Italia (tardía en comparación con Países Bajos y Francia) de las directrices europeas sobre integración cívica. De hecho, se dio un paso decisivo hacia la adopción de políticas de integración cívica bajo la dirección de Roberto Maroni, ministro de Interior de la Liga Norte en el cuarto gabinete de Berlusconi. En 2009 Maroni aprobó la ley 94, parte de un «paquete de seguridad» [*pacchetto sicurezza*] que incorporaba la obligación de que los migrantes no comunitarios que solicitaran una visa tuvieran que firmar un «acuerdo de integración» [*accordo di integrazione*] con el Estado italiano. Todos los migrantes no europeos de 16 años o más que entraran a Italia por primera vez y que solicitaran un permiso de residencia de al menos un año debían firmar el acuerdo de integración. El solicitante recibe entonces 16 créditos, que acreditan que el firmante tiene un dominio del italiano hablado correspondiente a un nivel A1 y conocimientos suficientes de la cultura y de la sociedad italianas. Los créditos pueden verse reducidos si el solicitante está acusado de crímenes o fraude administrativo. Al firmar el acuerdo, el migrante se compromete a lograr un nivel A2 de italiano y conocimientos suficientes de la «Constitución italiana», las «instituciones públicas» y la «vida cívica» (es decir, el sistema escolar y sanitario) en un plazo de dos años desde la fecha de la firma. Él o ella se compromete también a enviar a sus hijos (si los tuviera) al colegio, a lograr un total de 30 créditos en dos años y a adherirse a la «carta de valores de ciudadanía e integración» [*carta dei valori della cittadinanza e dell'integrazione*]. Si no se alcanza la cifra total de 30 créditos en el segundo año, las autoridades pueden otorgar al solicitante un año más para lograrlo. Si se sospecha que el firmante no ha hecho esfuerzos por lograrlos y el número de créditos es cero (o menos), se denegará la renovación del permiso del solicitante y se le expulsará del país.

³⁸ Einaudi, *Le politiche dell'immigrazione in Italia dall'Unità a oggi*.

Al establecerse este acuerdo, la filosofía subyacente a las políticas de integración en Italia sufrió un cambio drástico. La integración se concebía ahora como un «deber» en lugar de como un «derecho».³⁹ Además, la diferencia entre la política de inmigración y la de integración desapareció; los migrantes debían demostrar su integración para renovar su estancia en el país. Italia se había convertido en un país de destino para la inmigración masiva en particular en los años noventa, pero no estableció la primera ley de gran alcance de regulación de las cuestiones de migración hasta finales de dicha década; desde entonces, sus políticas de integración han sido bastante erráticas.⁴⁰ Como he mencionado anteriormente, fue solo a comienzos de los años dos mil cuando la integración se convirtió en un asunto de debate y preocupación política. La recepción de las directrices europeas sobre integración cívica en un país con una tradición «débil» al respecto, y especialmente en una coyuntura dominada por la agenda de seguridad racista de los nacionalistas de derechas, ha convertido las políticas de integración en un proceso agresivo en sus discursos, pero también bastante confuso en su aspecto práctico. Mientras que el «reglamento sobre la disciplina del acuerdo de integración entre el extranjero y el Estado» [*regolamento concernente la disciplina dell'accordo di integrazione tra lo straniero e lo stato*], aprobado en marzo de 2012, establecía los principales procedimientos del acuerdo de integración, el elemento sobre integración cívica de la nueva ley (es decir, el material didáctico que debe enseñarse a los migrantes, los cursos que deben seguir para mejorar el italiano y conocer la historia y la cultura) se ha caracterizado por la confusión y la idiosincrasia regional.

Existen importantes diferencias entre los tres países en su legislación sobre integración. Por ejemplo, mientras que el programa didáctico de integración cívica en Francia está centralizado y es homogéneo, en Países Bajos e Italia está descentralizado y es heterogéneo. De igual manera, la existencia o no del examen de preintegración, así como la severidad del mismo, que debe realizarse en el país de origen varía según el país de recepción;

³⁹ Biondi Dal Monte y Vrenna, «L'accordo di integrazione ovvero l'integrazione per legge».

⁴⁰ Zincone, *Secondo Rapporto sull'integrazione degli immigrati in Italia*; Ambrosini y Colasanto, *L'integrazione invisibile*.

varía también la categoría de migrantes a los que se exige realizar el examen de preintegración en el extranjero (quedan excluidos, por ejemplo, los ciudadanos occidentales en el caso de Países Bajos). No obstante, todos comparten una filosofía subyacente que los orienta: la que establece que conocer la lengua, las instituciones, la historia y la cultura «dominante» del país es el principio fundamental de toda la infraestructura de la nueva regulación. En otras palabras, sea cual sea la forma concreta que adopten los programas de integración cívica en este contexto, lo reseñable es que las políticas de integración tienen un carácter de obligatoriedad, y su incumplimiento puede castigarse tanto con multas económicas como con la denegación de un permiso de residencia legal. Además, el requisito de que el migrante posea los conocimientos que se consideran cruciales para su integración en el país receptor convierte la integración en un requisito *a priori* en lugar de en un proceso que sucede con el tiempo.⁴¹ De hecho, el nuevo dogma de la integración cívica desde finales de los años dos mil no la concibe como un proceso que comienza en el país de destino y que sigue una *longue durée* de procesos y mediaciones, es decir, el elemento natural de cualquier proceso de adaptación a un nuevo orden social, cuya responsabilidad debe recaer, ante todo, en las instituciones de la sociedad receptora. En su lugar, los programas de integración convierten la cualidad de «estar integrado» en un asunto completamente individual, así como, paradójicamente, en un prerrequisito con el que el migrante debe contar antes de entrar en contacto con la nueva sociedad. Este es el caso de Países Bajos, donde los migrantes no comunitarios / no occidentales deben familiarizarse con el neerlandés, la historia y la «cultura» antes de que se les permita entrar al país; en Francia e Italia, la integración de los recién llegados se ha convertido en un proceso que evalúa si cuentan o no con ciertas destrezas lingüísticas y con el compromiso de respetar los valores de la

⁴¹ Por lo tanto, la traducción concreta de estas políticas en la legislación nacional revela con claridad la asimetría fundamental y la «improbabilidad» (Joppke, «Beyond National Models», p. 3) de evaluar la integración como un proceso «bidireccional» que inaugura un giro inclusivo (aunque imperfecto) en el enfoque de la UE hacia los inmigrantes. Aunque la sociedad receptora en principio debe «acomodar» a los migrantes, «La idea de que algo tan complejo y amplio como la sociedad receptora, una “sociedad” al fin y al cabo y no solo “personas”, debería cambiar en respuesta a la llegada de “migrantes” numéricamente inferiores por naturaleza es inaudita» (Joppke, «Beyond National Models», p. 3).

nación y el mecanismo de «adoctrinamiento republicano», cuyo ritmo y fases se regulan y se supervisan por medio de obligaciones contractuales. En otras palabras, las similitudes entre los tres países no atestiguan un cambio hacia un sistema cosmopolita, neutral en cuanto a la nación, de familiarización con las normas estándar y supuestamente liberales, iguales para todos, como sostiene Joppke. En su lugar, tanto la *forma* (es decir, el mecanismo de integración «en forma de mandato» que se repite en todos los contextos) como el *contenido* (la idiosincrasia y particularidades de cada nación que se enseñan a los recién llegados con los materiales de integración, como descubriremos en las siguientes secciones) de los dispositivos de integración solo atestiguan la persistencia de un motivo fundamentalmente nacionalista. Esto último se demuestra aún más cuando observamos las formas en las que el valor de la igualdad de género (según Joppke y Soysal, elemento por excelencia de la neutralidad nacional del giro hacia la integración cívica) se ha traducido de forma concreta en políticas reales y en materiales didácticos para la integración.

La dimensión de género de la integración cívica

Como he mencionado en la introducción a este capítulo, la cuestión de la igualdad de género se ha vuelto central en las nuevas políticas sobre integración que influyentes sociólogos políticos como Joppke y Soysal interpretaron como un indicador y la demostración del carácter posnacional y liberal (por oposición a nacionalista o asimilacionista) del nuevo giro en la agenda europea de integración. Pero, ¿cómo se debate y se aplica específicamente la igualdad entre mujeres y hombres dentro de estas políticas? ¿Qué tipo de igualdad se plantea, y quiénes son las mujeres y los hombres a los que se dirigen estos programas en el plano del Estado nación? Con el objetivo de realizar un análisis de los aspectos de género dentro de los nuevos programas de integración cívica en los tres países, he optado por un enfoque multimétodo. Para detectar las principales formas en las que los derechos de las mujeres se han vuelto parte integral de las nuevas provisiones, recurrí al análisis crítico del discurso (CDA, por sus siglas en inglés) de las políticas relevantes, a materiales visuales y didácticos, a entrevistas en profundidad con encuestados clave y a la

observación participante en las sesiones introductorias que forman parte de algunos de los programas de integración cívica.⁴² Dado que el material visual y didáctico, así como las sesiones de integración son los recursos que los Estados han desarrollado para retratar los que entienden como valores compartidos y más importantes de sus sociedades, que deben mostrarse o explicarse a los recién llegados, constituyen un lugar privilegiado para la divulgación concreta de ideas sobre igualdad de género, sobre la representación de hombres y mujeres migrantes a quienes se dirigen estas políticas fundamentalmente y, por último, sobre la autoimagen de la nación que se ofrece al extranjero, así como sobre la imagen (estereotipada) del extranjero que tienen los encargados estatales de formular estas políticas.

En Países Bajos, el énfasis que los nuevos programas de integración colocan sobre la igualdad de género como un valor fundamental del contrato social neerlandés se identifica fácilmente en los materiales que se utilizan no solo para el Examen de Integración en el Extranjero, sino también para el examen que se exige al cabo de los tres años y medio de la aceptación del migrante en el país. Sobre el examen en el extranjero, uno de los documentos más importantes para la preparación del examen es la película *Naar Nederland* [Viajar a Países Bajos]. La película se incluye en el paquete oficial de estudio que los candidatos en el extranjero deben adquirir para prepararse para el examen.⁴³ *Naar Nederland* aborda distintos aspectos de la vida en el país de destino (la historia, las costumbres, la salud, el trabajo, la crianza, el idioma y el propio examen) y hace un claro hincapié en las dificultades de la integración y, por lo tanto, en la importancia de la buena voluntad del migrante.⁴⁴ A lo largo de la película, las referencias a la igualdad de género como un valor fundamental

⁴² El concepto de discurso dentro de la metodología CDA se refiere a una «práctica social» que produce significado al relacionar los planos lingüístico y social (instituciones y estructuras sociales) (Fairclough y Wodak, «Critical Discourse Analysis», p. 258). En concreto, a la metodología CDA le interesa identificar las conexiones entre el discurso (político) y las formas en las que dicho discurso produce y reproduce las jerarquías de poder, ideologías y formas de dominación.

⁴³ En la página web correspondiente consta información sobre el proceso de examen en el extranjero y del material de autoestudio: <http://www.naarnederland.nl/en/the-examination-package>.

⁴⁴ Sobre estas cuestiones, véase Suvarierol, «Nation-Freezing».

de la sociedad neerlandesa son muy frecuentes. Por ejemplo, la película muestra mujeres en toples tomando el sol en las playas neerlandesas, o fotos de mujeres en bikini, presumiblemente para trasladar el mensaje de que las mujeres neerlandesas gozan de libertad sexual y que el desnudo no es un tabú.⁴⁵ En una de las escenas, la imagen de un hombre que realiza tareas domésticas en la cocina con un delantal se acompaña de la siguiente narración: «No se sorprenda si ve a un hombre en la cocina con un delantal puesto, porque en muchas familias los hombres y las mujeres desempeñan los mismos roles». En otra sección, el narrador señala cómo los comportamientos que los migrantes no comunitarios / no occidentales podrían considerar basados en la cultura (como la mutilación genital) o asuntos privados (como la violencia doméstica) están prohibidos por la ley neerlandesa y severamente sancionados en el país. Sin embargo, la sección más larga de la película, que traslada un mensaje claro a las mujeres no comunitarias / no occidentales, se refiere al trabajo y a la educación de los niños. Abordaré lo primero en el capítulo 4, pero permítanme analizar ahora brevemente esto último. La película explica que la mejor educación proviene de una madre (y se menciona específicamente a las madres) que se implica en la educación de sus hijos yendo al colegio, participando en sus actividades y hablando con los profesores. Todo este mensaje se expresa con el ejemplo de una joven madre de origen marroquí que lleva velo y que organiza juegos en el colegio de su hijo. Toda la sección sobre la educación de los hijos está diseñada para trasladar el mensaje de que las familias «normales» en los Países Bajos son las nucleares, formadas por dos miembros, o a veces uno, pero no la familia ampliada. Las madres migrantes, por lo tanto, se sitúan en el centro del escenario como vectores fundamentales de la integración.

El enfoque del material de examen sobre la maternidad adecuada proviene del énfasis puesto por la comisión *Participatie van Vrouwen uit Etnische Minderheden* (PAVEM, Participación de Mujeres de Minorías Étnicas) en privilegiar el papel de la madre como el antídoto contra el fracaso del multiculturalismo. Como

⁴⁵ Dado que en algunos países es ilegal poseer videos que muestren escenas de desnudos, la película *Naar Nederland* también está disponible en versiones editadas (sin las escenas, pero con descripciones completas) en persa darí, árabe marroquí, pastún, ruso, somalí, árabe estándar, rifeño, tailandés, urdi y vietnamita.

ya he mencionado en el capítulo 1, la comisión PAVEM fue fundada en 2003 por la política de derechas Rita Verdonk cuando fue ministra de Integración e Inmigración. El objetivo declarado de la PAVEM era elaborar políticas que abordaran la supuesta «posición aislada de las mujeres de minorías étnicas» en la sociedad neerlandesa. Sin embargo, como apunta Kate Kirk: «La filosofía que guiaba los esfuerzos de la comisión era “Si educas a una madre, educas a una familia”».⁴⁶ El principal objetivo de la PAVEM y de las políticas de integración eran, efectivamente, las mujeres no comunitarias / no occidentales y de minorías étnicas en calidad de madres. Aunque uno de los objetivos de los requisitos para la reagrupación familiar establecidos por la legislación neerlandesa en virtud de la ley de integración cívica en el extranjero era reducir el número de miembros de la familia, el enfoque pragmático de la nueva disposición sobre la integración de las mujeres migrantes entrantes consistía en considerarlas como mediadoras clave para la integración de las segundas generaciones, es decir, para enseñarles cómo convertirse en buenas progenitoras «holandesas».⁴⁷ La incorporación de la perspectiva de género en el giro hacia la integración cívica a través de la identificación de las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales como madres tenía sus raíces en la convicción de que los malos resultados educativos y laborales de los hijos de inmigrantes se debían a la supuesta mala integración social de sus madres y a su origen musulmán.⁴⁸ Con el mismo criterio, los miembros de la familia que solicitaran reagruparse en Países Bajos estaban obligados a adquirir un cierto grado de integración (traducido en conocimientos del idioma y de la sociedad) para que el país evitara importar a «malas madres».⁴⁹ De esta manera, como apuntan Kate Kirk y Semin Suvarieriol, la “culturización” del debate sobre la integración resultó en que se hiciera un mayor hincapié en cuestiones del ámbito privado, como la familia, la sexualidad, el vestido y la violencia contra las mujeres».⁵⁰

⁴⁶ Kirk, «Gender and Integration in the Netherlands», p. 158.

⁴⁷ En los años dos mil cuando la segunda generación de inmigrantes marroquíes y turcos se casó con mujeres de los países de origen de sus padres, en lugar de con mujeres neerlandesas, este fenómeno se llamó «novias de importación», como ya he mencionado en el capítulo 2. Estas uniones se retrataron como matrimonios pactados, y a las mujeres se las consideró víctimas de relaciones no deseadas.

⁴⁸ Bonjour y de Hart, «Proper Wife, a Proper Marriage».

⁴⁹ Bonjour y de Hart, «Proper Wife, a Proper Marriage».

⁵⁰ Kirk y Suvarieriol, «Emancipating Migrant Women?», p. 8.

El primer plano de las madres no comunitarias / no occidentales como agentes integradores clave queda claro también en la lógica del examen neerlandés que los recién llegados deben realizar una vez transcurridos tres años y medio de su llegada a Países Bajos. Resulta de especial interés la parte práctica de este examen. Una de las formas en que se puede aprobar esta parte es con la recopilación de pruebas, es decir, mediante la preparación de un portfolio que demuestre el conocimiento del candidato del idioma y de la sociedad neerlandeses. A pesar de que en principio los candidatos pueden elegir el tema sobre el que prepararán su portfolio, se les suelen sugerir opciones específicas en la reunión inicial de admisión en el municipio en el que tienen asignado el examen.⁵¹ Curiosamente, el portfolio «Educación, salud y paternidad» u OGO [*Onderwijs, Gezondheid en Opvoeding*], que aborda cuestiones sobre buenos modelos de crianza y exige la recopilación de documentos que demuestren el cumplimiento de buenas labores de crianza, es escogido en su mayoría por mujeres. «Por lo tanto, no solo las tareas OGO se definen como femeninas, sino que el contenido de este portfolio prepara principalmente a las mujeres para asumir roles de madres».⁵² En el *Electronisch Praktijk Examen* (EPE, Examen Práctico de Integración Cívica) se repiten muchos de los mismos temas de buena crianza que aparecen visualmente representados por mujeres, por lo tanto respaldan la idea de que la crianza es, en última instancia, trabajo de las mujeres. Como acertadamente subrayó Kate Kirk, en definitiva, la emancipación de las mujeres migrantes:

Se entiende como un medio para mejorar el desempeño socio-económico de los inmigrantes de segunda generación a través de una maternidad formada y como una forma de mejorar el deterioro social en barrios de migrantes a través de la participación de las mujeres en la sociedad civil. A las mujeres se las trata como madres [...] no como sujetos políticos y agentes sociales. La calidad de la ciudadanía de una mujer está determinada en gran medida por su desempeño como madre y como vecina, mientras que la de su marido se mide por su participación en el mercado de trabajo.⁵³

⁵¹ Kirk y Suvarierol, «Emancipating Migrant Women?».

⁵² Kirk y Suvarierol, «Emancipating Migrant Women?», p. 24.

⁵³ Kirk, «Gender and Integration in the Netherlands», p. 15; Van Den Berg y Duyvendak, «Paternalizing Mothers».

A pesar de que se presenta como una herramienta para promover la igualdad de género y la emancipación de la mujer migrante, la infraestructura de la integración neerlandesa promueve en realidad una idea tradicional más bien desigual de la división sexual del trabajo y, en última instancia, del hecho de ser mujer. En resumen, mientras que la igualdad entre mujeres y hombres se presenta como un logro que pertenece al tejido de la sociedad neerlandesa (en supuesta oposición a las culturas no occidentales, en las que a menudo se asume explícitamente que esta cuestión está abandonada) también se envían mensajes contradictorios a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales, en los que se les anima a emanciparse y a ser sujetos no tradicionales, al mismo tiempo que a ser buenas madres. Esta ambivalencia, como veremos en el capítulo 4, atraviesa todo el programa de integración cívica.

En Francia, la insistencia en el respeto a la igualdad de género como elemento clave para la correcta integración de los migrantes fue un elemento fundamental desde el principio en el diseño de todo un proyecto de integración cívica. La idea de establecer la integración como una «obligación contractual» para los migrantes no comunitarios se puso en marcha tras la publicación del informe titulado *Le contrat et l'intégration* [El contrato y la integración], que preparó el HCI en 2003.⁵⁴ Resulta crucial que, en el informe, el HCI se dirigía principalmente a los jóvenes de barrios conflictivos y a las mujeres de origen inmigrante como objetivos prioritarios del contrato de integración. A pesar de que el HCI, a diferencia del PAVEM en Países Bajos, no estaba designado específicamente para abordar cuestiones sobre mujeres migrantes no comunitarias, el grupo de trabajo que elaboró la extensa sección del informe de 2003 sobre la igualdad de género estaba formado mayoritariamente por mujeres. Además, la presidenta del HCI ese año era la reconocida filósofa Blandine Kriegel, asesora de Jacques Chirac y gran defensora de la tradición feminista secular francesa. La relevancia que se otorgó a la cuestión de los derechos de las mujeres migrantes en la elaboración de las directrices sobre el contrato de integración se debió en parte a la feminización de la cuestión de la integración de los migrantes, que se remonta a la polémica sobre el velo en 1989

⁵⁴ Lochak, «L'intégration comme injonction», p. 7.

(véase el capítulo 1); pero que también surgió de la movilización de ciertas feministas francesas que desde la década de los años noventa en adelante defendieron la causa del secularismo como el mejor antídoto contra lo que entendían como el carácter constitutivamente opresor del islam para la mujer. A lo largo del informe del HCI, los problemas de integrar a mujeres de origen migrante [*femmes issues de l'immigration*] se identificaban principalmente con su falta de acceso a, o conocimiento de, sus derechos civiles sobre cuestiones como los matrimonios forzados, la poligamia y la mutilación genital. Los derechos de las mujeres migrantes no comunitarias se afirmaban con firmeza frente a la imagen estereotipada de las mujeres no comunitarias, y no occidentales en general, como víctimas de la violencia de género derivada de sus filiaciones religiosas o culturales, así como de lo que se representaba como su opresora vida familiar.

Como recoge el artículo 5 de la ley de 2006: «La educación cívica incluye una presentación de las instituciones francesas y de los valores de la República, incluida la igualdad entre hombres y mujeres y el laicismo».⁵⁵ Por lo tanto la igualdad de género obtiene un papel destacado como pilar de Francia, que se menciona junto al concepto definido como el valor por excelencia de la República francesa, a saber, el laicismo [*laïcité*], y en ciertas ocasiones se menciona incluso antes que él. Como apunta Éric Fassin, la integración cívica francesa «ha dejado de consistir en la igualdad entre las razas o entre las clases: la igualdad republicana se ha convertido en la igualdad entre los sexos».⁵⁶ En consecuencia, toda la infraestructura de la integración, desde la reunión de presentación hasta la sesión de integración cívica, habla repetida y explícitamente de la igualdad entre el hombre y la mujer como un valor fundamental de la sociedad francesa y también traslada un mensaje implícito con una importante dimensión de género. Los materiales de integración disponibles para los migrantes que solicitan la visa son fundamentalmente de dos tipos: un libreto con información general sobre cómo se vive en Francia y un vídeo, que se exhibe a los recién llegados en la sesión de integración introductoria.

⁵⁵ Ley 2006-911 de 24 de julio de 2006. El texto de la ley está disponible en http://www.legifrance.gouv.fr/affichTexte.do?cidTexte=JORFTEXT_000000266495&dateTexte=&categorieLien=id.

⁵⁶ É. Fassin, «La démocratie sexuelle et le conflit des civilisations», p. 128.

El libreto titulado *Vivre en France* [Vivir en Francia], que constituye la base de la sesión cívica, incluye todo lo que se espera que el solicitante cumpla como parte de sus obligaciones contractuales.⁵⁷ Dividido en siete partes principales (Francia, trabajo, familia, colegio, salud, vida social, vida práctica), la igualdad entre hombres y mujeres aparece en la primera parte que trata sobre las instituciones en Francia, justo después de una sección introductoria que recoge la Revolución francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Sin embargo, de la sección dedicada a este tema se desprende una interpretación particular de la igualdad de género. En realidad, la igualdad de género se menciona fundamentalmente en referencia a la familia. El marido y la mujer son iguales, tal y como recita el libreto, y toman decisiones importantes como compañeros iguales. Por ejemplo, el libreto señala que incluso cuando la mujer no trabaja, firma la declaración de impuestos de la pareja y no necesita la autorización de su marido para trabajar o para abrir una cuenta bancaria. El libreto también se refiere a la autoridad común de los padres sobre el niño y a su papel común para decidir sobre su educación. El resto de esta sección se refiere a la libertad de matrimonio y declara que el matrimonio forzoso y la poligamia son ilegales. La sección concluye con la siguiente advertencia: «En general, recuerde que las condiciones de habitabilidad y los recursos de familias polígamas en Francia no conducen a una buena integración, en particular para los niños».⁵⁸ El breve vídeo *Vivre Ensemble, en France* [Vivir juntos en Francia], que los recién llegados deben ver durante la reunión de integración introductoria en las oficinas de integración o en la *Office Français de l'Immigration et de l'Intégration* (OFII), básicamente repite el contenido del libreto al respecto de la igualdad de género en la familia.⁵⁹

Hasta el año 2005, las políticas de integración en Francia se dirigían especialmente a los miembros de la familia, que

⁵⁷ Desde 2011 el libreto se dejó de utilizar; sin embargo, su contenido se replica en un vídeo que aún se usa como material de introducción que se muestra a los recién llegados a las oficinas de la OFII.

⁵⁸ Agence Nationale de l'Accueil des Etrangers et des Migrations, *Vivre ensemble, en France*, disponible en http://www.ofii.fr/s_integrer_en_france_47/vivre_ensemble_en_france_499.html.

⁵⁹ Tuve ocasión de ver este vídeo durante mi participación como observadora en la oficina de la OFII en Rue de la Roquette en París en marzo de 2013.

representaban el 50 por ciento de los migrantes no comunitarios a los que se concedía un permiso de residencia.⁶⁰ Por lo tanto, como en Países Bajos, mientras que el endurecimiento de los criterios de entrada ha de entenderse a la luz del nuevo discurso sobre la inmigración establecido por los gobiernos de derechas en los años dos mil (aquel que aspiraba a detener la «inmigración impuesta» [*immigration subie*] y daba prioridad a la «inmigración elegida» [*immigration choisie*]), el principal objetivo tras el establecimiento de nuevas políticas para la integración de las mujeres a las que se había permitido entrar al país era convertirlas en mujeres emancipadas y, sobre todo, en buenas madres.⁶¹ Como apunté antes, al CAI le siguió en 2007 un contrato de integración para la familia, el CAIF, en el marco de la reagrupación familiar.

⁶⁰ Chou y Baygert, «2006 French Immigration and Integration Law».

⁶¹ Sin embargo, a diferencia de lo que pasa en Países Bajos, las sesiones formativas y los cursos se imparten a los migrantes gratuitamente y los permisos de residencia se emiten en función de la firma del contrato y la asistencia a los cursos y a las sesiones, en lugar de en función de un examen de evaluación. La no asistencia o el no cumplimiento de las obligaciones contractuales (asistir a las sesiones y, si fuese necesario, el curso de idioma) puede conllevar la rescisión del contrato y sanciones como que el migrante no reciba un permiso de residencia permanente, o que no se le renueve el permiso temporal y por lo tanto se le expulse del país. Durante mi participación como observadora en la oficina de la OFII de París en Rue de la Roquette (marzo de 2013) tuve ocasión de ver el funcionamiento del CAI. El contrato se les presenta a los inmigrantes durante una sesión de medio día de duración, que tiene lugar en las oficinas de la OFII. Durante la sesión, se informa a los migrantes del objeto del CAI y del horario del medio día y se les muestra un vídeo sobre los valores y el estilo de vida franceses, *Vivre ensemble, en France*. Tras el vídeo, tiene lugar una reunión en la que cada migrante individualmente recibe más información sobre el contrato, se evalúa su nivel de idioma con un examen tipo test de 15 minutos, se evalúan sus necesidades en términos de habilidades y empleabilidad y se le informa de las fechas de cursos y sesiones (cursos de idioma, si procede, una sesión cívica y una sesión de vida en Francia). Firmar el contrato compromete al migrante a respetar los valores fundamentales de la sociedad francesa y a asistir al curso de idioma y a las sesiones. Mientras que el curso de formación cívica dura seis horas y consiste en una presentación sobre las instituciones y valores franceses, la sesión que afecta a la vida en Francia tiene el objetivo de proporcionar al firmante del CAI los «conocimientos suficientes» de la vida práctica en términos de acceso a las autoridades y a los servicios, a la formación en particular, al empleo, a la vivienda, a la salud, a la educación y a la vida comunitaria. La asistencia a las sesiones de formación cívica y de la vida en Francia se confirma con certificados de asistencia que emite la OFII. Cuando termina el periodo del CAI, la OFII emite un certificado que demuestra el cumplimiento o no cumplimiento de las exigencias del CAI, incluida la evaluación y las calificaciones. El certificado se envía al prefecto del lugar de residencia del migrante signatario.

Quienes firman este último deben asistir a un curso de un día de duración sobre los derechos y deberes de los padres o, en su defecto, se les podría sancionar con el cese de las prestaciones sociales familiares [*allocations familiales*] y podría conducir a la no renovación de su visa temporal [*carte de séjour*] o de su permiso de residencia [*carte de resident*] e incluso a la expulsión del país.⁶² Al igual que en Países Bajos, en Francia la creciente atención a la familia como unidad central de la integración emana de la idea de que los defectos del «multiculturalismo» comenzaron en la familia migrante desviada.⁶³ Las revueltas de 2005, por ejemplo, que se registraron como uno de los principales indicadores de problemas para la integración de migrantes de segunda y tercera generación en la sociedad francesa, se explicaron en términos de falta de disciplina o de funciones parentales claras en las familias anómicas polígamas de los migrantes no occidentales.⁶⁴ De nuevo, las mujeres migrantes en particular son el blanco en su papel de madres o reproductoras culturales de las futuras generaciones. Como se puede leer en la página web del Ministerio de Interior: «Las mujeres tienen un papel fundamental en el proceso de integración, especialmente para sus familias e hijos». ⁶⁵ Sin embargo, la centralidad que se atribuye a las madres y a su papel en la integración de los niños, así como el retrato de la integración como una oportunidad para ellas y para la familia, no está exento de grandes ambigüedades. Mientras que a las madres migrantes no comunitarias, en particular a las musulmanas, se las llama a asumir la responsabilidad de la integración de sus hijos, los colegios franceses también se han convertido en fortalezas inaccesibles para muchas de ellas, a no ser que también acepten ser «como las mujeres francesas». Una de las consecuencias de la ley de 2004 que prohibía los símbolos religiosos en los colegios públicos ha sido la de hacer que las instalaciones del colegio se conviertan en espacios en los que las mujeres musulmanas no

⁶² En Francia, la familia inmigrante era inicialmente el único objetivo de las plataformas de recepción [*plates-formes d'accueil*] que se desarrollaron en los años noventa. Como explico, ahora son objeto de una forma contractual específica (CAIF).

⁶³ Bonjour y de Hart, «Proper Wife, a Proper Marriage».

⁶⁴ Véase Elaine Sciolino, «Citing of Polygamy as a Cause of French Riots Causes Uproar», *New York Times*, 17 de noviembre de 2005; disponible online.

⁶⁵ Véase la página web del Ministerio del Interior francés: <http://www.immigration.interieur.gouv.fr/Accueil-et-accompagnement/Les-femmes-immigrees/La-politique-d-integration-des-femmes-immigrees>.

son bienvenidas. Por toda Francia ha habido numerosos casos de mujeres musulmanas con velo (a veces de nacionalidad francesa) a las que no se les ha permitido la entrada en los colegios por su vestimenta. Por lo tanto, la retórica de la igualdad de género en la que se basa el proceso de integración en Francia se ve atravesada por profundas contradicciones: por un lado, se anima a las mujeres migrantes no comunitarias a liberarse de las culturas patriarcales que supuestamente les impiden conocer sus derechos civiles; por otro se les invita a ser buenas madres, pero la «buena maternidad» significa ceñirse a los modelos estrictamente aprobados de paternidad francesa, y sobre todo, de feminidad.

El primer plano de la igualdad de género como pilar del contrato social está presente también en el caso italiano, aunque la muy reciente puesta en marcha del elemento cívico, así como cierta confusión en torno al mismo, hace que el análisis en profundidad de estos materiales resulte más difícil y tenga carácter provisional. Aunque la ley que establecía el contrato de integración se aprobó en 2009, no se puso en funcionamiento hasta marzo de 2012. Además, el elemento cívico del contrato (es decir, el tipo de materiales que se usaban para que los firmantes se familiarizasen con el idioma, la historia y la cultura italianas) no se ha definido de forma homogénea, lo que a menudo ha dado lugar a que se utilicen programas y dispositivos visuales muy variados en distintas regiones y provincias por todo el país.⁶⁶ No obstante, podemos identificar tres aspectos clave en los que, hasta la fecha, la cuestión de la igualdad entre hombres y mujeres ha estado presente en la agenda italiana de integración: (1) la «carta de los valores de ciudadanía e integración» [*Carta dei valori della cittadinanza e dell'integrazione*], que los recién llegados deben comprometerse a respetar y a cumplir cuando firman el acuerdo de integración; (2) el vídeo sobre las instituciones de Italia, que se concibió como el material visual oficial que mostrar a los migrantes no europeos durante las sesiones introductorias que tienen lugar en los llamados centros territoriales permanentes [*centri territoriali permanenti*] tras firmar el acuerdo;⁶⁷ y (3) las iniciativas

⁶⁶ Información obtenida de una entrevista el 3 de octubre de 2013 con encuestados clave en Piedmont, es decir, profesores en los «centros territoriales permanentes» [*centri territoriali permanenti*] en Turín.

⁶⁷ Aunque este se ha presentado como el vídeo oficial para los cursos de integración cívica, algunas provincias y regiones usan otros materiales. Por ejemplo, la

financiadas por el Fondo Europeo para la Integración de Nacionales de Terceros Países al respecto de la integración de mujeres migrantes en el mercado laboral. Analizaremos este tercer punto en el siguiente capítulo, aquí abordó los dos primeros.

La carta hace especial hincapié en la igualdad de género en el ámbito privado. Según dice: «Los hombres y las mujeres tienen igual dignidad y disfrutan de los mismos derechos dentro y fuera de la familia». Y también: «El matrimonio se basa en la igualdad de derechos y responsabilidades entre el marido y la mujer, y por lo tanto es una estructura monógama. La monogamia une dos vidas y las hace corresponsables de lo que logran juntos, comenzando por la crianza de los hijos. Italia prohíbe la poligamia frente a los derechos de la mujer».⁶⁸ Así, el protagonismo de la idea de la igualdad de género en la carta parece sugerir que las mujeres que provienen de países no comunitarios (e implícitamente no occidentales) están sujetas a recibir un trato desigual, especialmente en la familia. Esta presunción se mantiene además en otros tres pasajes clave de la carta. El primero relativo a la violencia doméstica y a los matrimonios forzados, que se presumen no poco frecuentes en las familias migrantes no comunitarias: «La ley italiana prohíbe toda forma de coacción y violencia dentro o fuera de la familia; protege la dignidad de las mujeres en todas sus manifestaciones y en cualquier ámbito de la vida asociativa. La libertad de matrimonio es el pilar de la unión conyugal; prohíbe el matrimonio forzado o coaccionado, así como el matrimonio entre menores».⁶⁹ El segundo afecta al principio de que los espacios públicos no están segregados por género, por lo tanto alude al miedo de que el imaginario retrógrado de los migrantes (especialmente de los musulmanes) pueda esperar la sexualización del espacio: «El principio de igualdad no puede conciliarse con las demandas de separar a hombres y mujeres, a niños y niñas, por motivos religiosos en los espacios públicos o en el trabajo».⁷⁰ El tercer aspecto afecta a la libertad de vestimenta, según la idea de que las mujeres migrantes no comunitarias,

Fundación de Iniciativas y Estudios sobre Multietnias (ISMU, por sus siglas en inglés), con sede en Milán, preparó una serie de materiales y diapositivas Power Point.

⁶⁸ Puntos 4 y 17 de la carta. Traducción de la autora del italiano.

⁶⁹ Punto 18 de la carta. Traducción de la autora del italiano.

⁷⁰ Punto 19 de la carta. Traducción de la autora del italiano.

en particular aquellas que llevan el velo completo, no suelen elegir su atuendo. Esta idea está implícitamente presente en el siguiente pasaje: «En Italia no hay restricciones en la vestimenta de la gente, siempre que el atuendo se elija libremente y no perjudique la dignidad de la persona. Las formas de vestido que cubren el rostro no son aceptables porque impiden el reconocimiento de la persona e impiden que él/ella establezca [una] relación con otra persona».⁷¹

El vídeo sobre las instituciones italianas en el material oficial que se muestra a los migrantes durante las sesiones introductorias celebradas en los llamados centros territoriales permanentes tiene el formato de una sesión de educación cívica sobre la Constitución italiana, sus principios fundamentales y los derechos civiles y políticos de los ciudadanos.⁷² A pesar de que su contenido no revela nada específico sobre la igualdad de género, el análisis semiótico visual revela importantes patrones de género en el simbolismo. El escenario del vídeo es un telediario: vemos a un hombre y a una mujer de pie detrás de una mesa con una pantalla al fondo que amplía los pasajes clave de su «clase de integración». Ambos son de origen migrante, hablan italiano con soltura, aunque con un acento no italiano ligeramente detectable, y se dirigen directamente a un público migrante imaginario. El hombre, Constantin, es un periodista búlgaro que vive en Italia desde hace mucho tiempo. Se presenta al público y durante cinco minutos presenta los principales objetivos y secciones de la sesión. Constantin también presenta a la mujer, Alison, quien «le ayudará» con la presentación de las principales instituciones italianas. Ya podemos observar que mientras él se ha presentado a sí mismo, a ella la presenta él, como «nueva ciudadana italiana» de origen eritreo experta en cuestiones de migración en Italia. Ella no dice una palabra y aguarda en silencio durante cinco minutos hasta que es su turno para hablar. Mientras que él va vestido de forma sobria y casi anónima, el atuendo de ella, casual y femenino, enfatiza su belleza «exótica». En resumen, el guión y el escenario del vídeo reproducen el patrón de las relaciones de género típicas de la esfera pública italiana, en concreto en los

⁷¹ Punto 26 de la carta. Traducción de la autora del italiano.

⁷² Sin embargo, algunas provincias se negaron a mostrarlo y utilizaron otros materiales en su lugar. Véase nota 67.

medios visuales, en los que el papel de las mujeres suele ser el de ayudantes del presentador [*valletta*], en lugar de una copresentadora en igualdad de condiciones. Más aún, la insistencia en la belleza de la mujer eritrea, representada por los primeros planos frecuentes de su rostro, así como por el contraste entre la ropa sobria de él y la colorida de ella, parece encargarse de señalar el imaginario del hombre italiano sobre las mujeres extranjeras (¡de las excolonias!) como objetos de deseo sexualizados y exóticos.

A pesar de que los procesos de integración italianos están aún «en proceso» y no podamos inferir dimensiones de género más complejas a partir de estos materiales y procedimientos, sí parece que hay al menos dos elementos emergentes: el primero, como en Países Bajos y en Francia, que la idea de la igualdad de género se enfatiza en particular en el ámbito doméstico. Las ideas de prácticas misóginas (matrimonios forzados, poligamia, etc.) se atribuyen implícitamente a migrantes por oposición a la imagen de sociedades italianas y de Europa occidental como representantes de las relaciones igualitarias entre los sexos. El segundo, que la traducción que se hace del componente de integración cívica a materiales didácticos visuales revela la persistencia de relaciones de género bastante desiguales dentro del imaginario y de la sociedad italiana, así como las representaciones coloniales de mujeres extranjeras como objetos sexualizados.

Mujeres migrantes no occidentales como reproductoras culturales de la nación

A partir de este estudio sobre cómo la igualdad de género se ha traducido en concreto en los materiales de integración de estos países, defiendo que las políticas de integración cívica retratan a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales según los dos registros propios de la ideología nacionalista (y como veremos, colonialista). En primer lugar, las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales se ven como víctimas a las que rescatar, sujetos exóticos y heridos que carecen de autonomía a quienes los países occidentales prometen refugio y liberación. En segundo lugar, se las ve como principales portadoras de la cultura migrante no occidental, depositarias y reproductoras

por excelencia de sus códigos, especialmente debido a su rol de madres. A partir de este doble registro nacionalista se vuelven inteligibles las políticas actuales sobre la integración de los migrantes y la centralidad que se asigna a las mujeres. En particular, al identificar a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales simultáneamente como las víctimas y las principales receptoras de sus «culturas», las políticas de integración dan por sentada su «permeabilidad» a los relatos de rescate de los varios salvadores europeos y señalan su papel fundamental en la potencial asimilación de las comunidades migrantes. Además, en la medida en que se las identifica como portadoras de la cultura, estas mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales (según cuestionablemente defienden estas políticas) podrían volverse aliadas de la lucha occidental contra las prácticas opresivas de las que se considera portadoras a las comunidades no occidentales, si tan solo se les educara en estos valores culturales europeos occidentales, que luego podrían transmitir a la segunda generación. Con estos supuestos en mente, podemos comprender por qué en los tres países la centralidad de las mujeres para la integración de la familia migrante, para la comunidad en general y los niños en particular, ha presentado principalmente dos niveles antinómicos: uno de exclusión y otro de inclusión (una antinomia que, como apuntó Foucault, caracteriza cualquier norma disciplinaria).⁷³

El aspecto de inclusión presenta a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales como víctimas, y enfatiza la importancia de la igualdad de género en la familia y de priorizar la integración y la inclusión de estas mujeres en calidad de madres. Aquí podemos ver que, a pesar de la importancia que se otorga a la integración como responsabilidad individual, una cuestión de voluntad personal para integrarse, y como un viático para la igualdad de género y los derechos individuales de las mujeres

⁷³ Como lo plantea Foucault, en el régimen de poder disciplinario, el castigo no está dirigido a la expiación o a la represión, sino más bien a la *normalización*. «Refiere la acción individual a un todo que es al mismo tiempo un campo de comparación, un espacio de diferenciación y el principio de una norma que se debe seguir... Mide en términos cuantitativos y jerarquiza en términos del valor de las habilidades, el nivel, la "naturaleza" de los individuos. Introduce a través de sus medidas que "otorgan valor" la restricción de la conformidad que debe lograrse. Por último, traza el límite que definirá la diferencia en relación con todas las demás diferencias... En resumen, la *normaliza*» (Foucault, *Vigilar y castigar*, pp. 182-183).

(que según Joppke marcan el registro liberal, aunque represivo, de las nuevas políticas de integración) *a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales no se las trata como individuos*. Son los «vectores» de la integración, las «portadoras» de lo colectivo y los «puentes» entre las comunidades receptoras y acogidas, es decir, encarnan el papel de mediación que se asigna a las mujeres como reproductoras culturales de la nación.⁷⁴ La integración de sus hijos depende de ellas, y la voluntad de la comunidad por integrarlas se mide a través de ellas, por ejemplo, a través de su voluntad de deshacerse de su vestimenta musulmana que se entiende como clara muestra de una difícil inclusión.⁷⁵

El aspecto de la exclusión representa a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales como las marcas simbólicas de su nación de origen. Cuando las políticas de integración exigen que las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales adopten un estilo de maternidad europeo occidental, estas políticas ven a estas mujeres como la encarnación de las otras naciones. En otras palabras, a las mujeres inmigrantes se las ve como el «caballo de Troya» de las otras identidades, otras organizaciones familiares, otra educación infantil y otras prácticas religiosas. La familiarización de los inmigrantes de países no comunitarios y no occidentales con los códigos de la nación de «destino» debe, por lo tanto, darse mediante la neutralización de su nación de origen. En resumen, las nuevas políticas de integración funcionan por lo tanto como una medida que anima simultáneamente a *desnacionalizar* y a *renacionalizar* a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales. Al tratar a estas mujeres no

⁷⁴ Kofman et al., *Gender and International Migration in Europe*; Yuval-Davis, *Gender and Nation*; Moraga y Anzaldúa, *This Bridge Called My Back*.

⁷⁵ Para un análisis de la dimensión de la integración cívica en el caso de mujeres musulmanas, en particular en el contexto francés, véase Farris, «From the Jewish Question to the Muslim Question». También debería apuntarse que las políticas dirigidas a las familias migrantes no comunitarias / no occidentales, y especialmente a las mujeres, esperan que respeten unas normas (de vestimenta, sobre todo) cuyo cumplimiento se presenta como el camino *necesario* para la buena integración e incluso para la emancipación de la mujer. Sin embargo, al hacerlo, estas políticas exigen que las mujeres migrantes (las musulmanas en particular) sean más iguales que el resto de las mujeres; en otras palabras, como argumenta Morondo en «Women's Oppression and Face Veil Bans», estas políticas les obligan a adoptar estándares más altos de cumplimiento con el principio de igualdad de género que a ningún otro grupo de mujeres igualmente sometidas a prácticas patriarcales (occidentales).

como individuos sino como madres, mujeres y puentes entre la sociedad occidental y la comunidad migrante, su igualdad y su autonomía quedan vinculadas a la diferencia «cultural» o «nacional» de la que han de desprenderse para poder cumplir con el estándar de feminidad establecido en los países occidentales europeos. Como apunta Alaoui sobre el caso francés:

Los valores, tal y como se representan en el CAI, adoptan el registro de la ciudadanía democrática pero su traducción al discurso público está aún muy marcada por el culturalismo [...] La sistemática confrontación entre «nuestra República» y «estas costumbres» reclama implícitamente una representación de dos sistemas de valores, dos visiones del mundo radicalmente diferentes, incompatibles. Por un lado, sujetos puros de derecho; por otro, sujetos puros de cultura, portadores de una inquietante diferencia.⁷⁶

Por lo tanto, esas representaciones que excluyen al nacionalismo de la matriz del giro hacia la integración cívica, en particular a la luz del énfasis que hace esta última en los derechos de las mujeres, claramente no se ajustan a la realidad. Aunque el actual planteamiento del debate coloca a las mujeres en la escena principal, es el propio registro *nacionalista* de este debate el que de hecho las abruma y las ensombrece; su *idiosincrasia nacional* y su *religión* son las particularidades que los Estados occidentales europeos piden a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales (especialmente a las musulmanas) que rechacen para poder ser consideradas en calidad de mujeres.⁷⁷ En cierto sentido la «cuestión de la mujer» está por lo tanto muy culturalizada, o nacionalizada. Y esta nacionalización, que se aprecia a través de la imposición de una identidad femenina nacional frente a otras supuestamente opuestas o inferiores, en último término significa la racialización de la «cuestión de la mujer» (véase el capítulo 2). No cabe duda de que la centralidad que las mujeres parecen asumir dentro del giro de la política de integración revela, por lo tanto, aún más el carácter instrumental de la igualdad de género, así como las dimensiones racializadoras de la convergencia feminacionalista.

⁷⁶ Alaoui, «L'intégration sous condition», p. 130. Traducción de la autora del francés.

⁷⁷ Sobre la diferencia entre raza y género como operadores del discurso político basados en la tolerancia y la igualdad, véase el iluminador ensayo de Brown, «Tolerance and/or Equality?».

El resurgir de las misiones civilizadoras coloniales

Uno de los argumentos que presenta Joppke y afecta en particular a la vocación liberal del giro hacia la integración cívica es que «en la mayoría de los casos, la integración se limita a inculcar y poner a prueba los conocimientos cognitivos, mientras se abstiene de intervenir en la esfera interna de la moral».⁷⁸ Curiosamente, recurre a uno de los casos más comentados de la apelación de la cuestión de los derechos de las mujeres como ejemplo ilustrativo del carácter «cognitivo» y no «normativo» de las políticas de integración. Tal y como lo plantea:

Incluso el modelo neerlandés, presumiblemente la variante más dura de la integración cívica en Europa, comparte esta autolimitación: aunque insiste mucho en el respeto de «las normas y los valores neerlandeses, no pide la adopción de estos mismos valores. Por ejemplo, cuando los inmigrantes musulmanes se ven confrontados al libertinaje sexual en el famoso vídeo informativo neerlandés que ven muchos recién llegados, lo esencial es que a los musulmanes no se les pide que se desnuden en las frías playas neerlandesas, sino que sean conscientes de que es una práctica común en este país «liberal».⁷⁹

Tal convicción sobre el objetivo cognitivo fundamental de estas políticas se desprende de la predicción de Joppke de que, al igual que en Estados Unidos, el modelo europeo de inclusión de inmigrantes avanza hacia una suerte de liberalismo político rawlasiano en el que «la integración de la sociedad solo puede suceder en términos de un consenso procesal sobre lo que es “correcto”, no en términos de un consenso sustantivo sobre lo que es “bueno”».⁸⁰

⁷⁸ Joppke, «Role of the State in the Cultural Integration», p. 4. La distinción que hace Joppke entre las demandas morales y cognitivas se relaciona con su idea de que los programas de integración respetan fundamentalmente los principios del liberalismo rawlasiano, a pesar de que estén en riesgo de caer en cierto tipo de representación foucaultiana del liberalismo como represivo. No obstante, incluso cuando Joppke reconoce la dimensión represiva foucaultiana de la integración, aún defiende que la represión en sí misma pertenece a la historia del liberalismo y, por lo tanto, no hay necesidad de apelar al nacionalismo ni al racismo.

⁷⁹ Joppke, «Role of the State in the Cultural Integration», p. 4.

⁸⁰ Joppke, «Beyond National Models», p. 3.

Excelentes contribuciones han cuestionado de manera convincente los argumentos de Joppke señalando las intenciones «asimilacionistas» en lugar de solo «integracionistas» de las políticas de integración, especialmente en relación con las cuestiones de la sexualidad y los derechos de las mujeres y los del colectivo homosexual. Esta cuestión en particular es la que ha provocado la «moral pública espesa», como la llama Thomas Spijkerboer, según la cual no solo se espera que los inmigrantes sepan sino también que compartan.⁸¹ Además, cabe señalar que las imágenes de igualdad de género que se reflejan en estos materiales se basan en ideas muy despectivas de las prácticas culturales de los inmigrantes no occidentales, en concreto de las prácticas musulmanas, por lo que el valor de la igualdad de género no solo se presenta como información que los inmigrantes deben saber, sino como un ejemplo de un valor occidental clave que deben respetar y al que deben jurar lealtad. Mientras que el lenguaje de la contractualización, como en Francia y el Italia, o del examen, como en Países Bajos, podría estar diseñado para hablar de acuerdo a un registro jurídico y cívico (que simplemente pide respeto y no amor por la nación), el lenguaje político que ha impulsado estas políticas no solo exige amor explícitamente, sino que además está fuertemente marcado por una «culturización ideológica» que defiende la asimilación como el requisito principal para una integración exitosa.⁸² Por lo tanto, la idea de Joppke de que estas políticas no se inclinan hacia la asimilación es altamente discutible.

Sin embargo, me gustaría llevar esta crítica un paso más allá y argumentar que estas políticas no solo son vectores de fuertes mandatos normativos, y no solo de exigencias cognitivas, sino que además su aspecto normativo es aún más revelador del repertorio nacionalista y racializador que se remonta al legado colonial. Como he ilustrado en los casos francés y neerlandés en particular, el contenido del material de integración relativo a la igualdad de

⁸¹ Spijkerboer, *Inburgering en de fundamenten van het Nederlandse politieke bestel*; Kirk, «Gender and Integration in the Netherlands».

⁸² En 2006, cuando fue ministro del Interior en el gobierno de Villepin, Nicolas Sarkozy afirmó: «La primera de las tareas del migrante es amar al país que les recibe y respetar sus valores y sus leyes. Si no es así, ¡nadie les obliga a quedarse!». Véase Catherine Coroller, «Sarkozy s'adresse à "nos compatriotes"», *Liberation*, 3 de mayo de 2006, disponible online. Véase también Alaoui, «L'intégration sous condition».

género y a los derechos de las mujeres se centra sobre todo en la familia. En Francia, el HCI defendió con insistencia un enfoque como este en su informe de 2003 titulado *Le contrat et l'intégration*, que como se ha explicado anteriormente, ofrecía las pautas para la puesta en marcha del contrato de integración (CAI). En una amplia sección sobre los derechos de las mujeres migrantes, el HCI declaraba que su objetivo principal era en particular asesorar a los legisladores sobre cómo promover los derechos civiles de estas mujeres, básicamente aquellas «normas relativas a la persona (personalidad, estado, capacidades), los bienes (propiedades, posesiones y transferencia de propiedades) y la familia (nacimiento, matrimonio, derechos patrimoniales de la familia)».⁸³ Según el HCI, uno de los problemas más urgentes a los que se enfrentan las mujeres migrantes en Francia es el hecho de que:

La aplicación de la ley de nacionalidad en cuestiones de estatus personal y acuerdos bilaterales *limita los derechos de la mujer*. El concepto de «estatus personal» [*statut personnel*] definido por el derecho internacional privado es que el estatus personal de alguien no puede cambiar, aunque pase de un país a otro [...] Esta norma, diseñada para facilitar el retorno al país de origen, resulta problemática al aplicarla a personas instaladas definitivamente en el país al que han inmigrado, o a quienes han adquirido la ciudadanía y no quieren regresar a su país de origen.⁸⁴

Para el HCI esto es especialmente preocupante porque «la concepción de estatus personal es profundamente diferente en países musulmanes en comparación con la del marco legal francés: al estar inspirado en la religión, este contenido es más extenso en la legislación musulmana».⁸⁵ El «conflicto entre el derecho familiar extranjero, el acuerdo internacional firmado por Francia y los valores fundamentales de la República» afecta a las mujeres en particular. Esto es así porque «las mujeres se sitúan en el corazón de los conflictos culturales que deben asumir y superar para poder lograr una integración exitosa en la sociedad francesa».⁸⁶ Sobre esta base, el HCI recomendaba, primero, privilegiar la ley

⁸³ HCI, «Le contrat et l'intégration», p. 43. Traducción de la autora del francés.

⁸⁴ HCI, «Le contrat et l'intégration», p. 46. Traducción de la autora del francés.

⁸⁵ HCI, «Le contrat et l'intégration», p. 46. Traducción de la autora del francés.

⁸⁶ HCI, «Le contrat et l'intégration», p. 45. Traducción de la autora del francés.

de residencia [*loi du domicile*] sobre la ley de nacionalidad para inmigrantes que residen en Francia de forma estable; segundo, recomendaba que se otorgara espacio suficiente al problema de los derechos civiles de las mujeres en el contrato de integración para mejorar la conciencia de las mujeres sobre sus derechos.

La posición del HCI refleja sin duda un tropo común en el debate occidental sobre la pluralidad legal y sus consecuencias para las minorías y los derechos de las mujeres, aquel en el que la opresión y la violencia de género están relacionadas con el derecho religioso, lo que provoca, como lo denominaba Andrea Büchler, «una oposición binaria entre la cultura y la religión por un lado, y entre los derechos humanos y la igualdad de género por otro; lo que por lo tanto sitúa la cultura y los derechos de las mujeres en una competición y representa los valores de los derechos humanos y de la igualdad de género como externos a la cultura».⁸⁷ Sin embargo, me gustaría proponer que la centralidad de las normas familiares y de los derechos civiles de las mujeres debería entenderse también a la luz del legado colonial que, firme aunque implícitamente, marca las representaciones de las mujeres migrantes presentes en los materiales de integración cívica. Como explican Emmanuelle Andrez y Alexis Spire, el concepto que hay tras la cuestión del estatus personal en Francia está fuertemente ligado a su historia colonial.

⁸⁷ Büchler, «Islamic Family Law in Europe?», p. 208. En un artículo sobre el «conflicto sectario» y el derecho familiar en Egipto, Saba Mahmood, por ejemplo, cuestiona algunos supuestos muy enraizados sobre la genealogía de los códigos familiares en contextos poscoloniales (en Oriente Próximo en concreto). Según Mahmood, la persistencia del derecho familiar basado en la familia en países con una población en su mayoría musulmana se ha considerado sobre todo un signo del atraso y de la falta de secularización de estos pueblos, así como el resultado de la incapacidad de las políticas poscoloniales de interferir «en las cuestiones religiosas de los pueblos colonizados» («Sectarian Conflict and Family Law in Contemporary Egypt», p. 57). Sin embargo, afirma que estos supuestos son fundamentalmente erróneos. De hecho, fue precisamente bajo la colonización cuando los poderes coloniales relegaron la religión, las cuestiones familiares y la sexualidad a la esfera privada. «La privatización de estos aspectos de la vida social... [significó que] pasaron a estar cada vez más regulados por el Estado centralizado y que sus diversas racionalidades políticas dejaron de administrarse por parte de muftíes o cadíes locales, normas de costumbre y conocimientos morales parroquiales» (p. 58). En otras palabras, bajo el Estado colonial moderno, el derecho familiar se convirtió en «una de las técnicas de gobierno moderno y regulación sexual. El derecho familiar como un ámbito legal distinto es un invento moderno que no existía en su forma presente en el periodo premoderno» (p. 58).

Un elemento protector para los emigrantes que parten a conquistar las tierras lejanas, el «estatuto personal»⁸⁸ se ha convertido al mismo tiempo en una cuestión fuertemente marcada por la ley colonial [...] La exclusión de los pueblos colonizados de la ciudadanía francesa resultaba en la retención del estado religioso personal al que estaban sujetos [...] En los primeros años de la colonización en Argelia, en 1830, los argelinos nativos no estaban sujetos al código civil y mantenían su estatuto religioso personal musulmán [...] Bajo el gobierno colonial, había así una dualidad legal, pero según una jerarquía desfavorable para el estatuto personal. Los colonizados sin duda tenían la posibilidad de acceder a la ciudadanía francesa, pero primero tenían que renunciar a su estatuto personal musulmán antes de emprender un proceso de naturalización que pocas veces concluía con éxito.⁸⁹

El intento de poner fin a la persistencia del estatuto religioso personal musulmán en Argelia se desarrolló a finales de la década de los cincuenta como parte de la estrategia de «emancipación», cuando se adoptaron una serie de iniciativas con la intención de ampliar los derechos legales y de «liberar» a las mujeres musulmanas. Las iniciativas que se adoptaron en el marco de la estrategia de «emancipación» incluían las «campañas por la retirada del velo, tratamientos médicos móviles para mujeres en zonas rurales (EMSI), mejor acceso a la escolarización y a la formación de los jóvenes, círculos de mujeres europeo-musulmanas, ampliación del voto y un nuevo derecho familiar».⁹⁰ Por lo tanto,

⁸⁸ Con la expresión «estatuto personal» se viene designando el conjunto de instituciones determinantes de la posición jurídica que la persona ocupe en una determinada sociedad, desde su nacimiento (por su nacionalidad, incapacidad o capacidad) hasta la extinción de la personalidad (por fallecimiento). «Este concepto tiene como antecedente el de *status* del derecho romano que comprendía tres especies: el *status libertatis*, relativo al estado de hombre libre, emancipado o esclavo; el *status civitatis*, que calificaba a los individuos en ciudadanos, latinos, peregrinos; y el *status familiae* que se refería a la situación del *paterfamilias*, del *sui juris* y del *alieni juris*. Actualmente, podemos distinguirlo, en general, en tres clases: el personal o físico, el familiar y el político. En el primero caso se comprenden las circunstancias físicas que caracterizan a la persona, como son el nacimiento mismo, el sexo, la edad o la salud mental. El estado familiar está integrado por las relaciones de la persona en este ámbito: el parentesco, la afinidad, el matrimonio y el divorcio. El aspecto político del estado lo integra la nacionalidad, la ciudadanía y la vecindad. Con esta clasificación surge, de inicio, una dificultad, ya que se deja fuera de ella un cúmulo de relaciones con el grupo social». Laura Trigueros Gaisman, «El estatuto personal». [N. de E.]

⁸⁹ Andrez y Spire, «Droits des étrangers et statut personnel», disponible online.

⁹⁰ MacMaster, «Colonial 'Emancipation'», p. 94.

el intento colonial de imponer un nuevo derecho familiar para regular el estatuto personal fue parte crucial de la máquina de propaganda que legitimaba «la misión civilizadora a través de un catálogo de supuesto barbarismo, violencia y opresión infligido sobre las mujeres musulmanas».⁹¹ Como la reciente prohibición del velo musulmán en los colegios públicos franceses, cuyo racismo fundamental (como argumento en el capítulo 2) se remonta al legado colonial, la evidente fijación con las normas familiares en las políticas de integración parece estar provocada por una ansiedad (neo)colonial similar.⁹² Para ser claros, el problema no yace en el intento de abordar las cuestiones que surgen de la pluralidad legal y del mantenimiento del estatuto personal para las mujeres migrantes. En su lugar, como Ticktin señaló acertadamente, el problema yace en el planteamiento contradictorio del marco legislativo francés en cuestiones de violencia de género y de discriminación de género en el caso de las mujeres migrantes: mientras reclama estar trabajando en dispositivos legales para liberarlas de las leyes discriminatorias de sus países de origen, el Estado francés, entre otros, sigue haciendo que el visado para el miembro de la familia (a menudo femenino) que migra para la reagrupación dependa del cónyuge (a menudo masculino). Esta situación hace especialmente difícil que las mujeres migrantes en particular denuncien casos de violencia sexual o doméstica porque temen ser expulsadas del país.⁹³

En Países Bajos, donde el carácter interpelador del contrato se sustituye por la lógica de la evaluación del examen de integración, las cuestiones de los derechos de las mujeres y de la igualdad de género se evocan tanto a través de la representación de las mujeres no comunitarias / no occidentales como víctimas de la violencia de género (con especial hincapié en las musulmanas),

⁹¹ MacMaster, «Colonial 'Emancipation'», p. 106.

⁹² Scott, *Politics of the Veil*; Delphy, *Classer, dominer*.

⁹³ Miriam Ticktin, en «Sexual Violence as the Language of Border Control», ha analizado el creciente foco en la violencia sexual y los derechos de las mujeres dentro de las comunidades migrantes francesas a lo largo de los años dos mil, y defiende que este foco es la expresión del deseo del Estado nación de reforzar sus fronteras al redefinir cuestiones de género y sexualidad como problemas de seguridad. Dentro de este marco, los derechos de las mujeres se tratan como el test definitivo para definir a quién se excluye de la nación, a saber, hombres árabes no franceses, y para justificar políticas más restrictivas de control fronterizo.

como a través de su identificación como potenciales agentes de integración una vez están moldeadas debidamente como madres neerlandesas.⁹⁴ Sin embargo, cabe destacar que el proceso de moldeado que se exige a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales, en particular, en lo que respecta a las funciones de maternidad afecta a las mujeres que ya han pasado por un proceso de selección en el país de origen, a saber, el examen obligatorio de idioma e integración cívica. De hecho, estas políticas se dirigen fundamentalmente a personas que realizan este trámite con el objetivo de la reagrupación familiar en calidad de cónyuge, pareja, padre / madre o hijo/a de una persona que reside en Países Bajos, entre las que la mayoría de solicitantes son mujeres. Además, estas políticas no solo se aplican a solicitantes de fuera de la Unión Europea, sino de países no occidentales, a aquellos que no siguen a otro migrante profesional altamente cualificado y que están cubiertos por un familiar en Países Bajos que tiene medios suficientes para salir adelante a largo plazo.

Hablando de estas políticas, Sarah van Walsum recordó las palabras de Rita Verdonk (principal pionera del giro hacia la integración cívica en el país, así como en Europa) quien anunció que estas políticas estaban dirigidas a defender las normas progresistas neerlandesas sobre la sexualidad y los derechos de las mujeres ante los valores familiares retrógrados.⁹⁵ Como lo plantea van Walsum: «Al relacionar las normas familiares exóticas y la inmigración para plantear una amenaza combinada a la nación neerlandesa, la ministra Verdonk dio rienda suelta a las obsesiones cuyas raíces eran más profundas de lo que los momentos anteriormente mencionados de violencia inspirada por la religión podían explicar. De hecho, sus palabras resultaron sorprendentemente evocadoras [...] del discurso que se usaba en la

⁹⁴ Roggeband, «Victim-Agent Dilemma».

⁹⁵ En palabras de Rita Verdonk: «El fracaso de la integración puede conducir a la marginación y a la segregación, como resultado de lo cual las personas pueden dar la espalda a la sociedad y volver a caer en normas y valores anticuados, haciéndolos susceptibles de la influencia de un pequeño grupo inclinado hacia el extremismo y al terrorismo [...] La radicalización que tiene lugar implica el riesgo real de que los extranjeros no integrados adopten una postura antioccidental y ataquen los valores y las normas generalmente aceptadas en la sociedad occidental, como la igualdad entre hombres y mujeres, la no discriminación de los homosexuales y la libertad de expresión» (citada en van Walsum, *Family and the Nation*, p. 6).

época colonial para distinguir al neerlandés, definido legalmente como “europeo”, de los habitantes “nativos” de las antiguas Indias Orientales Holandesas». ⁹⁶ El convincente análisis de Van Walsum muestra en particular que precisamente ahora que las normas familiares neerlandesas son muy distintas de lo que eran en tiempos coloniales, las políticas de inmigración neerlandesas se justifican, por el contrario, en términos que recuerdan mucho a esos tiempos. ⁹⁷ Este elemento se detecta en el hecho de que la concesión de visas así como el acceso a la ciudadanía neerlandesa están regulados a través de la aplicación de criterios nacionales (raciales), morales (sexuales) y económicos (de clase) que recuerdan mucho a la «tecnología racial colonial» que se usaba en las colonias neerlandesas para distinguir a los colonizadores de los colonizados, a los miembros de la comunidad neerlandesa imaginada de los extranjeros. ⁹⁸

El registro colonial que marca con claridad los materiales de integración franceses y neerlandeses, en particular en lo que se refiere a la regulación de la vida familiar migrante y a los derechos de las mujeres, es por lo tanto una demostración más de la gran dimensión nacionalista del giro hacia la integración cívica, así como de la actual movilización de la igualdad de género en campañas antiislam y antinmigración de forma más generalizada. El intento de «normalizar» la familia no occidental y de convertir a las mujeres no comunitarias / no occidentales en sujetos «emancipados», tomando como punto de partida los discursos y las políticas elaboradas concretamente durante la época colonial, está estrictamente ligado a concepciones fundamentalmente racistas del Otro como incivilizado, cuya admisión en el club de los europeos occidentales radica en su aceptación, y particularmente en la de ella, de las reglas y costumbres de las naciones supuestamente más civilizadas. ⁹⁹

⁹⁶ Van Walsum, *Family and the Nation*, p. 6.

⁹⁷ Van Walsum, *Family and the Nation*, p. 7.

⁹⁸ Stoler, *Race and the Education of Desire*.

⁹⁹ Debería apuntarse que durante los tiempos coloniales algunas feministas europeas formaron parte activa en misiones civilizadoras dirigidas a «emancipar» a las mujeres colonizadas de sus prácticas supuestamente atrasadas. Su participación en estas campañas civilizadoras se debió a que las sufragistas europeas compartían algunos de los prejuicios más racistas y sexistas sobre las culturas no europeas como primitivas y patriarcales. Sin embargo, estas feministas también

«Integración cívica», igualdad de género y la modularidad del nacionalismo

Tal y como he tratado de ilustrar a lo largo de este capítulo, ciertos elementos demuestran los rasgos nacionalistas y presumiblemente racistas de las políticas de integración en general, y de la movilización de los derechos de las mujeres en particular. En primer lugar, el retrato de Países Bajos, Francia e Italia como países en los que los derechos de las mujeres y la liberación sexual son una realidad del día a día emerge en aparente contraste con la imagen estereotipada de las culturas y sociedades no occidentales como patriarcales, misóginas y homófobas. En segundo lugar, la igualdad de género se enfatiza principalmente en la esfera privada, por lo tanto, el principal foco de desigualdad de género se sitúa dentro de la familia en las sociedades no comunitarias / no occidentales (especialmente musulmanas) y trata a las mujeres migrantes como víctimas. En tercer lugar, las mujeres migrantes de fuera de la Unión Europea (y de países no occidentales en algunos casos) son el objetivo principal de las políticas de integración en su papel de madres, un elemento que es especialmente visible en Países Bajos y Francia. En Países Bajos, por ejemplo, esa filosofía de referencia no solo nutrió el trabajo de la comisión PAVEM, que definió los términos del contenido de género en los programas de integración, sino que también se implementó en la práctica a través de la canalización de las mujeres migrantes hacia una trayectoria de integración en la que se espera que forjen y demuestren buenas habilidades maternas.

Mientras que la europeización ha funcionado sin duda como un proceso de estandarización que ha llevado a la adopción de

abrazaron las campañas civilizadoras porque de esta manera esperaban beneficiarse de las contradicciones que la apelación a la igualdad de género en las colonias planteaba en la metrópoli donde a las mujeres aún se les negaba el derecho al voto. Es conocido cómo en 1908, la feminista británica Chistabel Pankhurst argumentó que el estado de privación de las mujeres británicas era la señal de la decadencia imperial: solo la concesión del voto a las mujeres británicas antes de que se le concediera a «los pueblos menos civilizados» de las colonias demostraría la grandeza e ilustración de la sociedad británica (Burton, «White Woman's Burden», p. 304). De forma similar, en Francia las sufragistas cercanas al periódico feminista *La Française* en los años treinta reclamaron «el voto como recompensa de los buenos actos [de las mujeres francesas] en el contexto colonial» (Boittin, «Feminist Mediations of the Exotic», p. 137).

políticas similares en distintos países de la Unión Europea, a la promoción de valores similares y a la articulación de dispositivos discursivos parecidos, un área fundamental de discrepancia entre las directrices de la Unión Europea y sus traducciones en el plano nacional se da precisamente en el terreno de los derechos de las mujeres y la igualdad de género. En el ámbito nacional, la igualdad de género no se promueve de forma predominante en el mercado laboral, o en el contexto de la participación política, tal y como recomiendan las directrices europeas. En su lugar, las políticas de integración en Países Bajos, Francia e Italia han identificado ante todo a la familia como la principal unidad social dentro de la que las mujeres, por un lado, supuestamente necesitan protección en calidad de víctimas de culturas retrógradas, y por otro, deben integrarse para desarrollar su papel como madres «apropiadas». La familia es el «espacio» social en el que las naciones dibujan las fronteras entre los no ciudadanos y los ciudadanos, los extranjeros y los «nativos», aquellos que deben demostrar su lealtad a la nación y cuya lealtad se da por sentada por derecho de nacimiento o por afinidades culturales opcionales.¹⁰⁰ En este sentido, el planteamiento de la integración como un «mandato» para que los inmigrantes se familiaricen con la cultura de la nación de acogida constituye un momento poderoso tanto para la «renovación de los términos de la soberanía», en palabras de Fiona Jenkins, como para la renovación de los términos de la nación como comunidad imaginada.¹⁰¹ Al desarrollar el material de educación cívica que se presenta a los inmigrantes que quieren residir en sus territorios, los Estados nación lo han usado como una oportunidad para revivir, o reinstalar, el imaginario de sus comunidades nacionales en relación con aquellos Otros frente a los que los nacionalismos de la Europa occidental contemporánea se han refundado y revitalizado. Como argumentaba en el capítulo 2, las mujeres son fundamentales para la comunidad imaginada a la que llamamos nación, ya que son las portadoras de lo colectivo, las reproductoras culturales y biológicas de la nación.¹⁰² Además, la formación ideológica

¹⁰⁰ Para un tratamiento convincente del tema de la promesa de lealtad y de la ley de nacionalidad, aplicado específicamente al caso australiano, pero con gran relevancia transnacional, véase Jenkins, «Pledging Allegiance».

¹⁰¹ Lochak, «L'intégration comme injonction»; Jenkins, «Pledging Allegiance».

¹⁰² Yuval-Davis, *Gender and Nation*.

contemporánea del feminacionalismo, como ya he apuntado, se ha construido y nutrido en particular a partir del retrato del islam como incuestionablemente misógino, y de los hombres musulmanes como fundamentalmente incapaces de respetar los derechos de las mujeres. No es sorprendente entonces que las políticas de integración se dirijan a las mujeres no comunitarias / no occidentales y proyecten en ellas representaciones estereotipadas de las mujeres musulmanas en particular. En el intento de moldearlas como madres que puedan realizar su papel de criadoras, o como mujeres que puedan encarnar la feminidad según la imagen deseable que tiene Europa occidental sobre la maternidad y la feminidad, a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales se les exige ser portadoras del colectivo que las «acoge» y que se conviertan en reproductoras culturales, si no inmediatamente biológicas, de la nación europea occidental. Así, la integración cívica es simultáneamente un proceso de desnacionalización y renacionalización, la forma de desviar la lealtad de las mujeres inmigrantes de su país de origen no occidental hacia la nación occidental de destino.

La cuestión del tropo recurrente nacionalista y colonial de la mujer y la nación, así como las similitudes entre los tres países a la hora de abordar la igualdad de género en sus materiales de integración nos permite abordar también la cuestión de si dichas similitudes se pueden considerar sintomáticas de la desaparición de «modelos nacionales» de inclusión de los inmigrantes y, por lo tanto, como una demostración del desvanecimiento del nacionalismo en su conjunto entre las fuerzas que animan el giro hacia la integración cívica. En otras palabras, tenemos la oportunidad de debatir uno de los supuestos más profundamente enraizados y de mayor influencia tras las posturas *à la Joppke y Soysal*: si los Estados miembro adoptan políticas de integración similares, ¿entonces qué es lo específicamente nacional, y por lo tanto nacionalista, de estas políticas? ¿No se podría considerar la convergencia entre los diferentes Estados nación de la UE sobre las cuestiones de los inmigrantes precisamente como un indicador de su pérdida de particularidad y soberanía nacional en favor de la adopción de la universalidad europea supranacional y de una gobernabilidad posnacional?

Primero, podemos empezar por apuntar que el proceso de toma de decisiones de la Unión Europea en general y la estandarización de políticas de integración en particular para migrantes

no comunitarios / no occidentales no sucede en el vacío sino en proyectos nacionales preexistentes. En su lugar, como ya he señalado antes, algunos Estados miembro en particular tuvieron una enorme influencia en la formalización de la integración cívica como la nueva estrategia en la agenda europea con respecto a los migrantes no comunitarios. «La condición *sine qua non* para tener “más Europa” en el área de inmigración», como demuestran Sergio Carrera y Anja Wiesbrock, «ha sido la incorporación de ingredientes de la filosofía y las políticas nacionales sobre integración de NTP en las respuestas públicas europeas. Estos ingredientes permiten que los Estados miembros tengan un criterio más amplio que el que ya ofrecían las directivas de la NTP para otorgar derechos y garantías a los CE. También suponen herramientas en manos del Estado nación para conservar la soberanía de la regulación de la migración y de la identidad».¹⁰³ Este elemento aislado plantea la cuestión de si deberíamos comprender el nivel supranacional de la UE como un proceso político que trasciende la soberanía individual de los Estados nación en favor de un súper-Estado posnacional que sintetiza y representa democráticamente las tradiciones políticas de cada uno de sus miembros, como sugiere la postura de Joppke, o si, por el contrario, deberíamos concebir la UE como una institución impulsada por aquellos Estados nación que tienen el poder de impulsar sus agendas políticas y económicas. Además, deberíamos preguntarnos si el propio proceso de integración europeo, en particular en el área de migración y la integración de migrantes, en el que se predica un aparente «núcleo» europeo occidental y se define frente al Otro no europeo (y sobre todo no occidental), no debería considerarse como una ejemplificación del proceso de construcción de la nación en general.

Segundo, deberíamos cuestionar el supuesto de que los proyectos nacionalistas implican alguna clase de distinción en su misión y estrategias, supuestamente basadas en la singularidad y en la excepcionalidad de sus raíces históricas y culturales. En su lugar, históricamente, han actuado según guiones análogos entre sí y que por lo tanto están condenados al registro de la repetición. Con su cuestionamiento y rearticulación del concepto de Benedict Anderson de la «modularidad» del nacionalismo, o

¹⁰³ Carrera y Wiesbrock, «Civic Integration of Third-Country Nationals», p. 1.

del «doble carácter de la forma nacional», la historiadora Manu Goswami nos ayuda a abordar este punto.¹⁰⁴ La modularidad de la forma de la nación y del nacionalismo se refiere a su capacidad de «trasplantarse» a lo largo del tiempo y del espacio. Como acertadamente argumentó Goswami:

El discurso nacionalista funciona en y a través de la afirmación simultánea de las similitudes y diferencias de otros Estados nación y naciones [...] Los movimientos nacionalistas y los Estados nación reclaman el patrimonio de una comunidad nacional culturalmente singular y territorialmente delimitada que, a su vez, se representa como una ejemplificación de una forma política y cultural universal. El doble carácter de la forma de la nación como universal y particular refleja, en este sentido, la división espacial del sistema interestatal moderno en una serie de Estados soberanos mutuamente exclusivos, formalmente equivalentes. Los movimientos nacionalistas y los Estados nacionalizadores se presentan como universales dentro de los confines de la comunidad nacional, pero como particulares fuera de ella, es decir, en relación con otras naciones y otros Estados nación. Así mismo, los Estados nacionalizadores afirman representar el interés universal de una ciudadanía acotada dentro de un espacio nacional delimitado. No obstante, estos intereses universales se configuran como particulares dentro del contexto del sistema interestatal. *Las reivindicaciones nacionalistas de particularidad y la singularidad imaginada de las formaciones nacionales solo resultan comprensibles frente a y dentro de una red global de naciones y Estados nación formalmente similares.*¹⁰⁵

Así, el propio feminacionalismo (como el tropo ideológico recurrente de las mujeres como «portadoras» de la nación a lo largo del tiempo, y como el elemento de movilización contemporánea por los derechos de las mujeres y de la igualdad de género dentro de un marco político nacionalista por todo el espacio europeo) se puede entender como un ejemplo del carácter modular de la nación y del nacionalismo. La convergencia entre los materiales de integración cívica de distintos Estados nación sobre la cuestión de los derechos de las mujeres no es, por lo tanto, prueba del desvanecimiento del nacionalismo, sino que da testimonio de la capacidad

¹⁰⁴ Goswami, «Rethinking the Modular Nation Form».

¹⁰⁵ Goswami, «Rethinking the Modular Nation Form», p. 785 [cursiva de la autora].

del nacionalismo (y de uno de sus *leitmotiv* fundamentales, a saber, la centralidad simbólica de las mujeres) para ser trasplantado entre distintas épocas, regiones y contextos institucionales.

Debemos abordar una última cuestión crucial. Mi identificación del nacionalismo y el racismo como fuerzas motrices del giro hacia la integración cívica no equivale a sacar al liberalismo de la ecuación. En su lugar, deberíamos cuestionar la afirmación de Joppke según la cual el nacionalismo y el racismo son fuerzas extrínsecas al liberalismo (y al neoliberalismo) y analizar la compleja conjunción en la que la «nacionalización» de la vida política surge en un contexto de (neo)liberalismo económico salvaje.¹⁰⁶ Uno de los argumentos que defiende Joppke es que la atención que presta el giro hacia la integración cívica a la participación de los inmigrantes en el mercado laboral apela al carácter liberal de dichas políticas porque el mercado es «un mundo aparte de las viejas nociones de asimilación cultural y construcción de la nación».¹⁰⁷ Parte de este argumento está motivado, como mencionaba antes, por la idea de que Europa, como Norteamérica, suscribe un modelo rawlsiano de liberalismo político en el que se persigue el consenso en torno a lo que es «correcto» en lugar de lo que es «bueno».¹⁰⁸ Esta idea no logra abordar el hecho de que en Norteamérica la cuestión de la «integración» de los inmigrantes (denominada de forma mayoritaria «asimilación» en la literatura sociológica) tampoco supera la cuestión de la construcción

¹⁰⁶ Sobre esto, comparto el importante argumento de Neil Davidson según el cual «el nacionalismo es el corolario ideológico necesario del capitalismo. La clase capitalista en sus partes constituyentes tiene una necesidad constante de retener bases territoriales para sus operaciones. ¿Por qué? El capitalismo está basado en la competición, pero los capitalistas quieren que la competición se desarrolle según sus términos; no quieren sufrir las consecuencias si pierden. Entonces en cierto sentido, quieren que el Estado les garantice que están protegidos de estas consecuencias, en otras palabras, necesitan un Estado que no solo proporcione la infraestructura; necesitan que garantice que los efectos de la competencia los experimente, en la medida de lo posible, otra persona. Un Estado global no podría hacer esto; de hecho, a este respecto sería lo mismo que no tener ningún Estado. Ya que si todo el mundo está protegido entonces nadie lo estaría: prevalecerían las relaciones de mercado no restringidas, con todos los riesgos que eso conlleva. Por lo tanto, el Estado tiene que tener límites, tiene que ser capaz de distinguir entre aquellos que recibirán su protección y quienes no». Véase Davidson, «Nationalism and Neoliberalism».

¹⁰⁷ Joppke, «Immigrants and Civic Integration in Western Europe», p. 25.

¹⁰⁸ Joppke, «Beyond National Models», p. 3.

de la nación y de la pertenencia a la misma. En su lugar, la integración de los migrantes (o su asimilación) en Estado Unidos se basa en lo que Jung denomina el «inconsciente racial», que asegura «la prominencia e importancia de la raza en las políticas de pertenencia nacional», aunque se reprime constantemente en el debate.¹⁰⁹

Esta idea también plantea la cuestión de si las fuerzas globalizadoras del mercado que animan el enfoque de las políticas de integración cívica sobre el trabajo migrante en la UE están conectadas con los proyectos nacionalistas actuales en general, y con la ideología feminacionalista en particular, y de qué manera. Como demostraré en los próximos dos capítulos, las políticas (neo)liberales relativas a la integración económica de los migrantes se encuentran de lo más enredadas con la movilización nacionalista de la igualdad de género. En la medida en que los programas que pretenden «salvar» a las mujeres migrantes musulmanas no occidentales de su cultura retrógrada también canalizan a las mujeres hacia nichos específicos del mercado laboral, un análisis en profundidad de las razones tras este mecanismo nos permitirá capturar también la compleja (y habitualmente ignorada) economía política de la formación ideológica del feminacionalismo.

¹⁰⁹ Jung, «Racial Unconscious of Assimilation Theory», p. 391.

4. Feminacionalismo, neoliberalismo y reproducción social

A pesar de haber sido marginadas como mujeres, como blancas y occidentales creadoras de teoría, también marginamos a otras porque nuestra experiencia vivida es inconscientemente blanca, porque incluso nuestras «culturas de mujer» están enraizadas en alguna tradición occidental.

Adrienne Rich, «Notes toward a Politics of Location».

La movilización contemporánea de los derechos de las mujeres por parte de los partidos nacionalistas de derechas y en el marco de las políticas de integración como medio de estigmatización particular, pero no único, de la población musulmana ha resultado muy conflictivo para las feministas. Desde el 11S, la cuestión de las mujeres migrantes no occidentales, y específicamente de las musulmanas, ha sido el eje de acalorados debates en los que han participado intelectuales feministas, políticas y activistas de toda Europa occidental (y de todo el mundo occidental). Como planteaba en el capítulo 1, en Países Bajos, Francia e Italia algunas intelectuales feministas reconocidas y asociaciones de mujeres de argumentario laico, políticas feministas (algunas de origen musulmán) tanto de izquierdas como de derechas, así como femócratas en agencias de igualdad de género, han denunciado públicamente la excepcional misoginia de la religión islámica. Según ellas, las prácticas musulmanas, sobre todo el uso del velo, deberían condenarse y prohibirse en los espacios públicos. En el lado opuesto

del espectro, reconocidas intelectuales feministas, políticas feministas antirracistas, y organizaciones de mujeres en esos mismos países han criticado tal representación del islam no solo por ser una generalización, sino también por tratarse de argumentos a favor de crecientes sentimientos islamófobos y antinmigración. En resumen, consideran que estas posturas corren el riesgo de alinear al feminismo con el racismo de forma fundamental. No resultará sorprendente para el lector de este libro que mi postura es más cercana a la del segundo grupo. Además, creo que no deberíamos tener en cuenta a aquellas feministas y femócratas cuyos argumentos *convergen* con los que nacionalistas y neoliberales «instrumentalizan» en campañas antiislam, el muy condescendiente planteamiento de que las mujeres musulmanas son víctimas sin capacidad de acción a las que hay que rescatar. En otras palabras, mientras que los oportunistas PVV, FN y LN se han apropiado del feminismo (como la noción general de la liberación de las mujeres del patriarcado) en su lucha contra el Otro masculino, no occidental y musulmán; esas feministas, organizaciones de mujeres, mujeres políticas y femócratas que han dado su apoyo abiertamente a políticas represivas con las prácticas religiosas y sociales musulmanas en nombre de la justicia de género no deberían ser consideradas como agentes políticos inocentes. En su lugar, deberíamos mirarlas como sujetos políticos cuyas preocupaciones antiislam se nutren de paradigmas teóricos específicos y están alentadas por determinadas motivaciones y metas. Sin embargo, lo que aún necesita más aclaraciones es la naturaleza específica de tales paradigmas, motivaciones y metas y sus implicaciones concretas.

Las voces del feminismo crítico han propuesto profundas interpretaciones de este fenómeno. En particular, en los tres países analizados, se ha recalcado el planteamiento del feminismo o la participación de algunas feministas dentro de la agenda antiislam en términos de «nuevas afinidades entre las feministas y las políticas sexuales», «oportunidades estratégicas» para promover el feminismo, la «identificación» feminista con el proyecto republicano / laico, o como un tipo de convergencia de sacrificio en la que la lucha contra el patriarcado musulmán se opone a las batallas antirracistas.¹

¹ Bracke, «From “Saving Women” to “Saving Gays”», p. 248. Véase Boggio Éwanjé-Épée y Magliani-Belkacem, *Les féministes blanches et l'empire*, p. 15, para Francia; y Salih, «Muslim Women, Fragmented Secularism and the Construction

Sin embargo, con independencia de las posturas particulares y de la caracterización de las razones por las que algunas feministas o femócratas convergen con partidos nacionalistas de derechas en la denuncia del islam, la mayoría de estudiosos se han centrado en el ámbito de la retórica política. Así, han destacado los argumentos, premisas e implicaciones políticas del respaldo feminista de la agenda antiislam, pero no sus ramificaciones económicas.² Aunque parte de dichas interpretaciones, este

of Interconnected "Publics" in Italy». Según Boggio Éwanjé-Épée y Magliani-Belkacem, autores de una convincente crítica que sitúa la que llaman «supremacía blanca» del feminismo francés en una perspectiva histórica, la convergencia entre algunas feministas y las ideas antiislam contemporáneas es estratégica: «Si algunas feministas pueden contribuir a políticas racistas o imperialistas, es porque han capturado las oportunidades estratégicas para avanzar sus demandas al beneficiarse de una apertura que ofrece el sistema racista» (p. 15). La detallada reconstrucción crítica de Joan W. Scott sobre las posturas de las feministas francesas en el *affair du voile* esboza los contornos de la convergencia entre las feministas y las fuerzas políticas antiislam como aquella basada en su respaldo al republicanismo francés: «Es el poder de su identificación inconsciente con el proyecto republicano, su propia aceptación de la psicología de la negación, lo que permitió a muchas [feministas] condenar inequívocamente el pañuelo para el rostro / velo como una violación de los derechos de la mujer y a hablar de ello como si el estatus de las mujeres en Francia no fuese un problema en absoluto» (Scott, *Politics of the Veil*, pp. 172-173). Christine Delphy describe la convergencia entre las feministas a favor de la ley antivelos y las políticas francesas racistas como lo que yo considero un tipo de alineación de sacrificio. Al oponer el antisexismo y el antirracismo y situarlos como luchas que no se pueden reconciliar, según defiende Delphy, ciertas feministas han elegido el primero a expensas del segundo: *raciste peut-être, mais ne pas oublier les femmes*, parecen querer decir estas feministas (Delphy, *Classer, dominer*, p. 193). Por último, la socióloga Sylvie Tissot señala lo que podría llamarse una convergencia coyuntural entre el giro xenófobo de las políticas de inmigración francesas en los años siguientes a la ley antivelos y lo que ella llama el «feminismo de Estado», es decir, organizaciones feministas antiislam que se han integrado en el aparato del Estado como las voces oficiales de los derechos de las mujeres. Hace un balance de una situación bastante sombría y argumenta que «el feminismo se ha convertido así en una de las "metáforas del racismo"; alimenta las representaciones y prácticas racistas, pero de una forma eufemística que hace que el racismo sea "respetable"» (Tissot, «Bilan d'un féminisme d'État», p. 16).

² Algunas excepciones son las obras de Hester Eisenstein y Elizabeth Bernstein, aunque se centran en Estados Unidos. Sin perder de vista el contexto global en el que los derechos de las mujeres se han convertido en la *lingua franca* de las políticas neoliberales y conservadoras, la académica estadounidense feminista socialista Hester Eisenstein detalla tanto el respaldo de la agenda racista e islamófoba por parte de las «feministas mayoritarias» de Estados Unidos como las formas en las que el neoliberalismo estadounidense utiliza una retórica feminista para fomentar

capítulo demuestra que la convergencia feminista y femócrata con la agenda antiislam no se limita a la retórica. Al contrario, también afecta al ámbito económico y produce unas consecuencias muy concretas en las vidas de las mujeres migrantes

la acumulación de capital en el Sur global. En primer lugar, Eisenstein entiende el apoyo de las feministas mayoritarias a las plataformas racistas e islamóforas en términos del replanteamiento del «feminismo imperial», esto es, una forma de feminismo que sirve al imperio americano al participar en su lógica neocolonial. En segundo lugar, intenta descifrar la apropiación de temas feministas por parte de neoliberales y conservadores en su cruzada contra musulmanes y migrantes en términos de sus intereses capitalistas: «La ideología de género de inspiración feminista se utiliza para hacer valer la idea de la superioridad cultural occidental y, por lo tanto, para facilitar la penetración de las empresas multinacionales en las zonas preindustriales del mundo» (Eisenstein, *Feminism Seduced*, p. 196). Eisenstein conecta así el despliegue del feminismo mayoritario, entendido como una ideología individualista / liberal, como un «disolvente de las culturas tradicionales». Es decir, los neoliberales blanquean ideas feministas en el Sur global para desestabilizar los órdenes de género anteriores, crear sujetos individualistas posesivos y así facilitar la penetración de los patrones de producción y consumo capitalistas. Con un enfoque específico en el encuentro entre feministas abolicionistas, cristianos evangélicos y funcionarios gubernamentales tanto conservadores como liberales en Estados Unidos que luchan contra el tráfico sexual en nombre de los derechos de las mujeres, Elizabeth Bernstein acuñó el término «feminismo carcelario». Este término describe la transmutación de la justicia de género por parte de las feministas antitrata en justicia criminal y el despliegue por parte de los cristianos conservadores de una retórica feminista contra el trabajo sexual. Según Bernstein, la convergencia del feminismo y los grupos religiosos conservadores en el tema del trabajo sexual como «esclavitud moderna» ha sido posible gracias a dos cambios contemporáneos que se han dado en cada campo: «El cambio feminista de un enfoque en los hombres malos dentro del hogar a los hombres malos fuera del hogar, y el cambio de una nueva generación de cristianos evangélicos de un enfoque en las mujeres sexualmente inapropiadas (como sugieren las preocupaciones previas con el aborto) a un enfoque en los hombres sexualmente peligrosos» (Bernstein, *Temporarily Yours*, p. 66). De la misma manera que las feministas abolicionistas pretenden rescatar a las mujeres víctimas de la violencia de género y de la trata exigiendo penas más estrictas y prisión para los perpetradores, los cristianos evangélicos pretenden salvar a las mujeres de la «esclavitud moderna» adoptando el lenguaje de los derechos de la mujer y una idea distorsionada de la justicia social como ley y orden. En ambos casos, el rescate de las mujeres equivale al compromiso con una agenda patrocinada por el Estado de encarcelamientos masivos y la criminalización de los varones (a menudo no blancos / no occidentales) «peligrosos». Similar a Eisenstein en ciertos aspectos, Bernstein también vincula la obsesión de los grupos cristianos evangélicos que se oponen a la trata con sus negocios en el Sur global. En países como Tailandia y China, observa Bernstein, los cristianos evangélicos han puesto a las mujeres «rescatadas» a trabajar en proyectos de joyería en los que se aplica un control exhaustivo y se les obliga a convertirse y practicar el cristianismo para poder mantener su salario.

musulmanas y no occidentales afectadas, así como en la justicia de género de forma más general. Propongo así arrojar luz sobre un aspecto concreto de tal convergencia que se da en la esfera socioeconómica, y que hasta el momento se ha pasado por alto, a saber, el papel que desempeñan algunas organizaciones de mujeres y ciertas femócratas en el desarrollo de los aspectos económicos neoliberales de los programas de integración para nacionales de terceros países (NTP). En el capítulo anterior argumentaba cómo los programas de integración en los tres países se dirigen, de forma contradictoria, a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales como madres a las que educar según los modelos europeos occidentales de paternidad, pero también como sujetos atrasados, victimizados que necesitan emanciparse a través de la liberación de la supuesta segregación que sufren en el ámbito privado. A partir de este planteamiento, los gobiernos neoliberales neerlandeses, franceses e italianos desde 2007 han puesto en marcha políticas que buscan promover también el empleo de las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales. Este capítulo define cómo la puesta en marcha de estas políticas ha servido, no obstante, para dirigir a las mujeres migrantes que participaban en los programas de integración hacia el sector doméstico, o de los cuidados, o a la reproducción social.³ Es decir, se ha animado a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales a realizar una actividad laboral que tradicionalmente se ha concebido como vocacionalmente femenina y contra la que el movimiento feminista europeo occidental ha emprendido batallas históricas. En otras palabras, a pesar de que el objetivo explícito de estas políticas era la promoción de

³ Aunque en este libro me centro en el trabajo de cuidados, doméstico y de limpieza, respaldo la definición de reproducción social propuesta por Barbara Laslett y Johana Brenner para referirse a las «actividades y actitudes, comportamientos y emociones, responsabilidades y relaciones directamente implicadas en el mantenimiento de la vida de forma diaria e intergeneracional». Véase Laslett y Brenner, «Gender and Social Reproduction», p. 383. Estas actividades pueden ser remuneradas o no. Desde finales de los años dos mil ha habido un interés creciente en las teorías de la reproducción social, tanto entre una nueva generación de feministas marxistas, como entre académicos de la migración y de los cuidados. Para una reconstrucción del debate en el feminismo marxista, véase Arruzza, «Functionalist, Determinist, Reductionist»; S. Ferguson, «Canadian Contributions to Social Reproduction Feminism»; y Vogel, *Marxism and the Oppression of Women*. Para un debate sobre la noción de reproducción social dentro de los estudios de género y de migración, véase Kofman y Raghuram, *Gendered Migrations and Global Social Reproduction*.

la integración y la independencia económica de las mujeres migrantes y su participación en la esfera pública, en realidad han contribuido a situarlas en la esfera privada. Lo que me interesa destacar aquí es cómo estas políticas no solo se han visto respaldadas por algunas mujeres políticas, organizaciones de mujeres y femócratas reconocidas en la denuncia del islam, en particular por entender que esta religión limita las oportunidades de las mujeres musulmanas en la esfera pública, sino que en algunos casos también han sido estas mujeres quienes han diseñado y puesto en marcha activamente estas políticas.

Sentados estos precedentes, este capítulo trata de demostrar que la actual convergencia del frente feminista antiislam y la agenda política nacionalista y neoliberal antiislam y antinmigración en nombre de los derechos de las mujeres plantea una contradicción performativa radical, cuyos efectos son potencialmente desastrosos para la lucha de las mujeres en general. Una contradicción performativa sucede cuando se da un desajuste entre la teoría y la práctica, la proposición y su realización o, por ejemplo, cuando los principios que rigen determinada acción política se contradicen por su propia ejecución.⁴ A pesar de que las contradicciones performativas radicales también pueden conducir a políticas progresistas (como en el contundente tratamiento que realiza Judith Butler de la contradicción performativa de la noción de universalización de los derechos en manos de los sujetos oprimidos) en este contexto uso esta noción para subrayar sobre todo (aunque no exclusivamente, como explicaré en las conclusiones) sus perjudiciales consecuencias.⁵ Específicamente, analizo la contradicción performativa de aquellas feministas, organizaciones de mujeres y femócratas que apoyan las políticas de integración económica para las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales en el contexto concreto islamófobo y racista en el que ha surgido esta contradicción. En este caso no se trata de la contradicción performativa de los sujetos oprimidos (como en el análisis de Butler, por ejemplo), sino de sujetos políticos que han interiorizado (consciente o inconscientemente) las premisas y los roles del opresor. Por lo tanto, analizo la puesta

⁴ Para un debate sobre los distintos usos del concepto «contradicción performativa», véase Habermas, «Discourse Ethics»; Jay, «Debate over Performative Contradiction»; y Butler, «Competing Universalities».

⁵ Butler, «Competing Universalities».

en marcha de políticas que afectan a la integración económica de mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales en el ámbito de la reproducción social que llevan a cabo organizaciones de mujeres y femócratas como una actuación [*performance*] específica que, aunque se plantea como instrumento a través del cual las mujeres migrantes (y musulmanas) deberían verse capacitadas para *deshacer el género*, en su lugar produce e intensifica las condiciones para la discriminación racial y *encarna y perpetúa los roles de género*.⁶ En otras palabras, las feministas, las organizaciones de mujeres y las femócratas que respaldan las medidas que proclaman ser la mejor solución para lograr el objetivo de la liberación de las mujeres de las supuestas culturas patriarcales no solo sacrifican el antirracismo en favor del antisexismo. Más bien, refuerzan las condiciones para reproducir en el nivel social la segregación, los roles de género tradicionales y la injusticia de género que sufren las mujeres migrantes musulmanas no occidentales, pero que afirman estar combatiendo. Por lo tanto, demuestro que el apoyo que otorgan algunas feministas, organizaciones de mujeres y femócratas a las políticas de integración económica para las mujeres no comunitarias / no occidentales en nombre de los derechos de las mujeres termina (involuntariamente) por poner en riesgo precisamente lo anterior.

Para comprender las condiciones necesarias para dicha contradicción performativa, así como su trayectoria, primero ilustraré la lógica neoliberal existente detrás de los aspectos económicos de los programas de integración en el plano europeo. En este sentido, describo el desplazamiento del foco al empleo como área de atención principal para la integración de los migrantes dentro de la agenda europea, en particular para las mujeres no comunitarias / no occidentales en Países Bajos, Francia e Italia. Aquí, muestro en concreto cómo las agencias de igualdad de género del plano europeo han respaldado esta prioridad y cómo la han puesto en marcha organizaciones de mujeres y femócratas en los tres países analizados. También analizaré la narrativa específica que afecta a la independencia económica de las mujeres a la que se apeló en el proceso y el resultado concreto de estas

⁶ El feminismo negro, asociado con la interseccionalidad, ha trabajado en profundidad sobre las formas de discriminación racial que las mujeres de color afrontan en la esfera pública y el mercado de trabajo. Sobre la teoría de la interseccionalidad, véase Crenshaw, «Mapping the Margins»; Hill Collins, *Black Feminist Thought*; hooks, *Feminist Theory*.

políticas que con eficiencia han dirigido a mujeres migrantes al sector de la reproducción social. Después, propongo que debemos reconstruir la compleja genealogía feminista de la noción de independencia económica y los conceptos relacionados de trabajo productivo y ética productivista, como opuestos a la reproducción social. Esta reconstrucción crítica muestra que la tensión entre estos dos ámbitos, esto es, la producción y la reproducción, y la devaluación de esta última por parte del movimiento feminista europeo occidental han colaborado involuntariamente a la reconfiguración de la reproducción social como un sector ocupado por las periferias más marginadas y frágiles de la fuerza de trabajo, es decir, las mujeres migrantes musulmanas y racializadas. Por último, planteo cómo esta contradicción performativa feminista también está enraizada en la que llamo la teleología feminista occidental de la emancipación a través del trabajo productivo. Señalo entonces las modalidades a través de las cuales dicha teleología de la emancipación conduce a la proyección de la experiencia de la lucha de las mujeres occidentales europeas por la emancipación como representativa de la experiencia, pasada y futura, de todas las mujeres.

Feminizar la integración como *workfare*

En la creciente literatura sobre las dimensiones de género de las políticas de integración de toda la UE, el hecho de que estas políticas «interpelen» a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales no solo como portadoras de la cultura y como madres (como argumentaba en el capítulo 3), sino también como trabajadoras asalariadas se ha ignorado por completo (con contadas excepciones).⁷ No obstante, la integración económica de las mujeres migrantes ha sido uno de los objetivos principales de las directrices europeas para la integración de NTP, en especial desde 2011 en adelante. Como anticipaba en el capítulo anterior, en 2011 la UE publicó dos nuevos documentos relativos a la integración de los migrantes en Europa: la Comunicación 2011 y el CSWP 2011

⁷ Suponen una excepción los trabajos de Kirk y Suvarieriol, «Emancipating Migrant Women?», sobre las formas neoliberales de los programas de integración en Países Bajos y el de Camille Gourdeau, «Des usages contradictoires du Contrat d'Accueil et d'Intégration», en Francia.

(Documento de trabajo sobre los servicios de la Comisión). Aunque aún defendía «el proceso bilateral de adaptación mutua» entre migrantes y sociedades receptoras como principio fundamental para la integración en Europa, la nueva Comunicación 2011 registró dos cambios importantes comparada con la Comunicación 2005. Por un lado, hacía referencia en repetidas ocasiones a la demografía cambiante (por ejemplo, al envejecimiento), así como al «contexto social, económico y político» como elementos que las políticas de integración debían priorizar.⁸ Por otro lado, se otorgó más énfasis a la «voluntad y compromiso de los migrantes por formar parte de la sociedad que los recibe».⁹ En otras palabras, los documentos de 2011 llamaban la atención sobre el contexto del envejecimiento de la población europea y de la profunda crisis económica de ese momento para justificar un criterio más selectivo en las políticas de inmigración. Es decir, la UE recomendaba admitir a los migrantes según las necesidades económicas de los países europeos; en este sentido, estos documentos apelaban a políticas de control fronterizo más estrictas para limitar la entrada solo a trabajadores que pudieran contribuir a la escasez de mano de obra en determinados Estados miembro de la UE. Por consiguiente, la Comunicación 2011 en su apartado introductorio considera la integración como «una forma de liberar el potencial de la migración». En concreto: «La migración legal puede ayudar a combatir estos problemas, además de aumentar el uso de la fuerza de trabajo y de las destrezas que ya hay disponibles en la UE y mejorar la productividad de la economía de la Unión Europea».¹⁰ Además, en el contexto social, económico y político transformado, los dos retos más urgentes se identificaban como «el bajo nivel de empleo existente entre los migrantes», especialmente entre las mujeres, y el «creciente desempleo y alto nivel de “sobrecualificación”».¹¹ Tal y como recalca la Comunicación 2011:

⁸ Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», p. 2.

⁹ Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», p. 2.

¹⁰ Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», p. 2.

¹¹ Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», p. 3. Entre otros retos urgentes está un riesgo creciente de exclusión social; la brecha en los logros académicos; y la preocupación pública sobre la falta de integración de los migrantes. Es importante apuntar también que en la Comunicación 2011 se hace más hincapié en la *responsabilidad compartida* entre los

La integración es un proceso en constante evolución que requiere una supervisión atenta, esfuerzos constantes, enfoques innovadores e ideas valientes. Las soluciones no son sencillas de definir, pero si los migrantes se integran con éxito en la UE, esto representará una contribución importante al logro del objetivo europeo definido en la *Estrategia Europea 2020*, a saber, hacer crecer la tasa de empleo al 75 % en 2020, reducir el abandono escolar a niveles inferiores al 10 %, aumentar el porcentaje de la población con estudios superiores completos y sacar a 20 millones de personas de la pobreza o la exclusión social.¹²

La centralidad del empleo de los migrantes para la agenda europea de integración de NTP queda por lo tanto bien definida. Con este telón de fondo, podemos entender mejor por qué a lo largo de este documento la igualdad de género se considera fundamentalmente en relación con el empleo. Como afirma la Comunicación 2011: «La tasa de empleo de mujeres migrantes es significativamente inferior a la tasa media de empleo y a la tasa de empleo de hombres migrantes. Dado que la participación en el mercado de trabajo es una de las mejores formas y más definitivas de integrarse en la sociedad, los esfuerzos por reducir esta brecha deben dirigirse tanto a quienes migran en búsqueda de trabajo como a quienes lo hacen con motivo de la reagrupación familiar o como beneficiarios de protección internacional».¹³ De este modo, el documento señala que «los programas de introducción para los migrantes recién llegados, incluidos los cursos de idiomas y de orientación cívica [...] *deberían abordar las necesidades especiales de las mujeres migrantes* para promocionar su participación en el mercado de trabajo y fortalecer su independencia económica».¹⁴

Estados miembro de la UE y los países de origen de los migrantes. «Los países de origen pueden tener un papel que desempeñar a la hora de respaldar el proceso de integración de tres formas: 1) preparar la integración antes de la partida del migrante; 2) apoyar al migrante cuando esté en la UE, por ejemplo, prestándole apoyo a través de la embajada; 3) preparar el regreso temporal o definitivo del migrante con la experiencia y el conocimiento adquirido» (Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», p. 10).

¹² Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», p. 4.

¹³ Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», p. 5.

¹⁴ Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», p. 7 (cursiva de la autora).

Como atestigua esta cita, la preponderancia del trabajo como terreno de intervención principal para promover la igualdad entre hombres y mujeres migrantes a nivel europeo surge por lo tanto del vínculo estricto entre las políticas de inmigración recientes y la llamada Estrategia Europea 2020. Esta última es el plan maestro elaborado en 2010 por la Comisión Europea (CE) para definir los parámetros con los que impulsar la economía europea mediante el aumento de la tasa de actividad de la población europea al 75 por ciento para 2020. La Estrategia Europea 2020 es la ratificación en el plano europeo del principio del «trabajo primero», que empezó a adoptarse por toda la UE a finales de los años noventa y que desde entonces se ha mantenido muy presente, especialmente durante la crisis financiera de 2007-2011. En consecuencia, la solución propuesta por la CE para impulsar las aletargadas economías nacionales europeas y para aumentar su competitividad en el mercado internacional es garantizar que tres cuartas partes de la población en edad de trabajar realiza algún tipo de empleo, que el Estado del bienestar y el gasto público se redefinen drásticamente y que los beneficios sociales se adaptan individualmente y se condicionan a la demostración de «verdadero» desempleo por parte de los receptores, a saber, la búsqueda activa de empleo aunque sea sin éxito. Al adoptar el principio del «trabajo primero» y el objetivo del 75 por ciento como perspectiva organizacional, se ha dicho que Europa avanza cada vez más de un régimen basado en el bienestar (*welfare*) a un régimen basado en el empleo (*workfare*).¹⁵ En lugar de un sistema fundado en derechos de ciudadanía asociados a la solidaridad social, en otras palabras, Europa se dirige hacia un sistema basado en relaciones contractuales excluyentes y temporales que discriminan entre «buenos» y «malos» pobres y acaba con la universalidad de los derechos de ciudadanía.¹⁶ A pesar de ser tan viejo como el propio capitalismo industrial, el actual sistema de *workfare* se retroalimenta con la ideología neoliberal capitalista

¹⁵ El *workfare* estaría compuesto por «programas o medidas que requieren el retorno al mercado laboral para que la persona pueda cobrar las prestaciones sociales», citado en Gorka Moreno Márquez, «La reformulación del Estado del bienestar: el *workfare*, las políticas activas de empleo y las rentas mínimas», *Zerbitzuan*, núm. 43, 2008. [N. de E.]

¹⁶ Wacquant, «Crafting the Neoliberal State»; Handler, «Social Citizenship and Workfare in the US and Western Europe».

de un modo especial; la atención a la responsabilidad individual y a la mercantilización de todos los aspectos de la vida social son, de hecho, el punto de referencia de las políticas de *workfare*.¹⁷ Las prestaciones del bienestar se evalúan en función de principios de mercado y los beneficios sociales (como las prestaciones por desempleo) se enmarcan como obligaciones contractuales según las cuales los beneficiarios deben demostrar un compromiso inquebrantable por convertirse en engranajes «útiles» para la máquina de producción a fin de recibir asistencia social.

La ideología neoliberal que nutre las políticas de *workfare* es aún más dura cuando se trata de ciertas categorías de migrantes. Mientras que los migrantes «altamente cualificados» en algunos países están exentos de evaluaciones de integración, los migrantes «con baja cualificación» que se desplazan con motivo de reagrupación familiar (o como célebremente la denominó el expresidente Nicolas Sarkozy «inmigración impuesta», *immigration subie*) están sujetos a estrictos programas de *workfare*. En la mayoría de países de la UE la participación de los recién llegados en actividades formativas y en cursos de orientación dirigidos a la integración de (ciertos) migrantes en el mercado laboral es ahora un requisito obligatorio para garantizar los derechos de residencia. Sin embargo, si la infraestructura ideológica que nutre los requisitos «culturales» de las políticas de integración tiene un sesgo de género (como argumenté en profundidad en el capítulo 3), los supuestos de estos requisitos económicos, o medidas de *workfare* ligadas a la integración, no son una excepción. La necesidad de promover el empleo de la mujer migrante no comunitaria / no occidental como una de las mejores formas para facilitar su integración se transforma en una oportunidad que los ideólogos políticos (incluidas algunas organizaciones de mujeres, así como femócratas tal y como veremos) ofrecen a estas mujeres para facilitar su emancipación. La «Estrategia para la igualdad entre hombres y mujeres 2010-2015», que representa el programa de trabajo de la CE en igualdad de género, afirma que «para lograr el objetivo de Europa 2020 de la tasa del 75 % empleo para hombres y mujeres, se debe prestar atención especial a la participación en el mercado de trabajo de las mujeres

¹⁷ Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*; Marx, *El capital*. Volumen I; Polanyi, *Great Transformation*.

mayores, las madres solteras, las mujeres con discapacidad, *las mujeres migrantes y las mujeres de minorías étnicas*».¹⁸ Además, los documentos oficiales de la CE que definen los parámetros para la integración de migrantes presentan esta noción con mucha claridad y, en consecuencia, el trabajo se convierte en «una de las mejores formas y más definitivas de integrarse en la sociedad».¹⁹ Por lo tanto, los paquetes de integración en el ámbito nacional, como ya se ha apuntado «deberían tratar las necesidades específicas de las *mujeres migrantes* para promover su participación en el mercado laboral y *fortalecer su independencia económica*».²⁰

En los últimos años, ha habido una proliferación en el plano europeo cada vez mayor de datos estadísticos, estudios entre países y documentación política que se ha utilizado para señalar las bajas tasas de empleo y de actividad de las mujeres migrantes en comparación con las de los hombres migrantes.²¹ De forma más o menos explícita, las tasas de participación en la fuerza de trabajo que conocen estas mujeres, inferiores a las de los hombres, se atribuyen a sus orígenes culturales atrasados, que se señalan como responsables de mantener a las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales en un estado de sumisión y dependencia económica y que, por lo tanto, no les anima a acceder a la fuerza de trabajo remunerada.²²

En vista de lo cual es importante señalar que en el caso de las mujeres no comunitarias / no occidentales que llegan a Europa como miembros de la familia, el énfasis en el trabajo como

¹⁸ *Strategy for Equality between Women and Men 2010–2015*, p. 12 (cursiva de la autora).

¹⁹ Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», p. 5.

²⁰ Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», p. 7 (cursiva de la autora).

²¹ Véase Rubin *et al.*, *Migrant Women in the European Labour Force*.

²² En un estudio sobre mujeres migrantes en el mercado de trabajo europeo, preparado por la Corporación RAND para la Dirección General de Empleo, Asuntos Sociales e Igualdad de Oportunidades de la Comisión Europea, se puede leer: «En el caso de las mujeres migrantes, las teorías de género sugieren que los valores culturales y las percepciones a menudo restringen la participación de las mujeres en el mercado de trabajo y determinan qué tipo de trabajos les resultan aceptables. Puede que en el país o en la cultura de origen de la migrante existan actitudes desfavorables hacia la participación de las mujeres en el mercado de trabajo y puede que también prevalezcan en el país receptor» (Rubin *et al.*, *Migrant Women in the European Labour Force*, p. 20).

ejemplo de integración no solo se nutre de la estrategia de *workfare* de la UE, sino que también surge de la interpretación concreta de la igualdad de género que han propuesto las agencias de transversalización de género de la CE. A pesar de las muchas recomendaciones realizadas por el comité especial sobre la dimensión de género de la integración, que señalaban que los ámbitos socio-económico, cultural y político merecían atención especial a la hora de poner en marcha políticas de integración para mujeres migrantes (en sí mismas, las recomendaciones no suponen ningún problema), el documento oficial de la CE menciona el empleo como el ámbito más importante en el que debería perseguirse la integración de género.²³ En otras palabras, la atención al desempleo como terreno principal de la igualdad de género para las mujeres migrantes se ha nutrido de cierta perspectiva feminista (que en la situación contemporánea converge con ciertas dimensiones del neoliberalismo, como argumento a continuación) según la cual lo que libera a las mujeres es el trabajo; trabajar fuera de casa se convierte así en la prueba definitiva para señalar el nivel de igualdad entre hombres y mujeres en la sociedad.²⁴

Aunque no se presenta de forma explícita como *workfare*, sino como un ejemplo de justicia de género a través de la independencia económica de las mujeres, la insistencia en la necesidad de apelar a la fuerza de trabajo femenina (incluidas las migrantes) para lograr los objetivos planteados por la Estrategia Europea 2020 es uno de los puntos principales en los que se da la paradójica convergencia de las agendas políticas feminista y neoliberal (así como xenófoba). La paradoja surge, en primer lugar, porque

²³ Véase «Advisory Committee on Equal Opportunities for Women and Men: Opinion on the Gender Dimension of Integration of Migrants»; disponible online.

²⁴ La vicepresidenta de la CE en Justicia, Derechos Fundamentales y Ciudadanía, Viviane Reding, por ejemplo, fue el centro de atención en 2011 por su propuesta de lograr que el 60 por ciento de las mujeres estuvieran en salas de juntas corporativas y la de adoptar un estatuto de la mujer. En este sentido, ha habido una tendencia entre la clase política por la transversalización de género, por dar prioridad a la igualdad de género en términos de «igualdad de oportunidades» para el acceso al empleo y a las posiciones de poder. Aunque sin duda estas son batallas importantes, se puede decir que la prioridad que han tomado ha sido a expensas de otras interpretaciones de la igualdad entre hombres y mujeres. Otras demandas relacionadas con la transversalización de género han recibido mucha menos atención, por ejemplo, la demandas de servicios de cuidados públicos y gratuitos, permisos de maternidad y paternidad garantizados, ingresos para madres trabajadoras y muchas más.

la filosofía neoliberal de *workfare* que nutre la estrategia económica de la CE concibe el trabajo como un «deber» de los ciudadanos y como la condición *sine qua non* para que los no ciudadanos residan en Europa; mientras que la defensa por parte de algunas feministas y femócratas del principio de «trabajo primero» se justifica aún con la preocupación de la autonomía económica de la mujer y se nutre de una idea del trabajo como un «derecho». En otras palabras, el trabajo es protagonista, por un lado, como una obligación, y por otro, como un derecho. Sin embargo, ¿cuáles son las consecuencias concretas de esta paradoja para las vidas de las mujeres migrantes a nivel del Estado nación?

Integrar el género (y la raza) como trabajo de cuidados

La promoción de la participación de las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales en el mercado de trabajo ha recibido más atención en el plano del Estado nación desde el establecimiento en 2007 del Fondo Europeo para la Integración de Nacionales de Terceros Países (FEI). El objetivo del fondo es «apoyar los esfuerzos de los Estados miembro al permitir que nacionales de terceros países de distintos orígenes económicos, sociales, culturales, religiosos, lingüísticos y étnicos cumplan las condiciones de residencia y facilitar su integración en las sociedades europeas». ²⁵ En este contexto, el artículo 4, 2 (c) de la misma directiva (2007/435/CE) identifica a las mujeres migrantes, junto con los niños, los ancianos, los analfabetos o los discapacitados como un grupo particular cuya integración el FEI pretende promover más. A partir de la directiva europea y con el objetivo de garantizar los recursos proporcionados por los fondos de integración, desde 2007 se han adoptado cierto número de programas para promover la participación de las mujeres no comunitarias/no occidentales en el mercado laboral nacional. Resulta llamativo que en los tres países que analiza este libro, algunas organizaciones de mujeres y femócratas han participado en primera línea en la presentación de propuestas para promover la integración de las mujeres migrantes en la fuerza laboral.

²⁵ Consejo Europeo, «Definiendo el Fondo Europeo para la Integración de Nacionales de Terceros Países», art. 2 (1).

El caso de Países Bajos es especialmente emblemático. Como se debatió en el capítulo 3, en 2003 la entonces ministra de Integración e Inmigración, Rita Verdonk, en colaboración con el ministerio de Políticas de Igualdad, promovió la creación de la comisión *Participatie van Vrouwen uit Etnische Minderheden* (PAVEM, Participación de Mujeres de Minorías Étnicas). Estaba formada por seis políticos, incluidas tres mujeres de diferentes partidos políticos: la princesa Máxima (ahora reina de Países Bajos), Lilian Callender y Yasemin Tümer, dos mujeres «bien integradas» de ascendencia migrante originarias de Surinam y Turquía respectivamente.²⁶ La principal tarea del PAVEM era proponer políticas concretas para abordar la «posición aislada de las mujeres de minorías étnicas» en la sociedad neerlandesa.²⁷ Con el lema «Si se educa a una madre, ¡se educa a una familia!» el PAVEM elaboró los principios tras los materiales y la prueba de integración, destinados a evaluar los modelos de crianza y comportamientos de las mujeres migrantes según los criterios basados en nociones de la maternidad neerlandesa «apropiada» (véase el capítulo 3). En 2007 el entonces ministro de Educación, Cultura y Ciencia, también responsable de la igualdad de género, lanzó el proyecto *Duizend in één kracht* [Mil y una fuerzas], que había sido diseñado previamente por el PAVEM. Esta vez el proyecto estaba dirigido a mujeres migrantes como trabajadoras (potenciales). Con matices orientalistas ya en su propio nombre, el programa aspiraba a animar a las mujeres que se encontraran en programas de integración a participar en la sociedad civil, invitándolas a realizar trabajo voluntario.²⁸ En un extraño giro de medios y fines, el trabajo voluntario *no remunerado* se presentaba como la *forma definitiva* de lograr el objetivo de la independencia económica. Así, el proyecto enfatizaba las oportunidades que ofrecía trabajar como voluntarias para aquellas mujeres migrantes que desearan descubrir sus fortalezas, evaluar sus capacidades y, por

²⁶ Lilian Callender fue directora de la Escuela de Economía en la Universidad Inholland en Róterdam, Haarlem y La Haya (2002-2006), y Yasemin Tümer fue directora gerente de la empresa de servicios fiscales KPMG.

²⁷ PAVEM, disponible en <http://www.ageplus.nl/downloads/AGEplusworkshopPAVEMcommission.ppt>.

²⁸ Como apuntan Kirk y Suvarieriol: «El nombre del programa parece ser un guiño a la colección de cuentos árabes “Las mil y una noches”» («Emancipating Migrant Women?», p. 36). Véase <http://www.duizendeneenkracht.nl/eCache/DEF/1/21/227.html>.

lo tanto, estar preparadas para futuros empleos remunerados. Como señalan Kirk y Suvarieriol, el proyecto se puso en marcha a pesar de contar con resultados de investigaciones realizadas por el Instituto Neerlandés de Investigación Social (SCP, por sus siglas en neerlandés) que demostraban que la mayoría de las mujeres migrantes entrevistadas no aceptaría realizar trabajo voluntario no remunerado.²⁹ En particular, no estaban interesadas en realizar el tipo específico de trabajo voluntario que el proyecto promovía en su mayoría, a saber, trabajo de cuidados en hospitales e instalaciones infantiles, o trabajo doméstico y de cuidados en residencias de ancianos y en hogares de discapacitados. Como declararon algunas de las mujeres entrevistadas por el SCP: «¿Por qué tengo que hacer eso si no me van a pagar?» y «También cuido de mi casa y de mis hijos, y ya lo hago de forma voluntaria, ¡con eso basta!». ³⁰ El proyecto no fue una iniciativa aislada. Desde 2007 en Países Bajos se han implementado proyectos similares gracias a los recursos puestos a disposición por el FEI. Por ejemplo, DonaDaria, una organización de Róterdam que promueve la igualdad de género, ha desarrollado proyectos dirigidos inicialmente a mujeres marroquíes y turcas destinados a promover su «emancipación» mediante el trabajo voluntario. Con la idea de darles la oportunidad de salir de sus casas y que se conviertan en participantes activas de la sociedad neerlandesa al aprender destrezas potencialmente interesantes para el mercado, se colocaba a estas mujeres como voluntarias en hospitales y en centros de día para que prestaran cuidados y ayuda doméstica. ³¹ En una entrevista que realicé con una de las integrantes destacadas de la red de mujeres migrantes trabajadoras Respect NL, me contó las muchas historias de mujeres migrantes y de minorías étnicas, beneficiarias de prestaciones sociales, a quienes se les pide habitualmente que trabajen o que sean voluntarias como trabajadoras domésticas y de cuidados. ³² De igual manera,

²⁹ Kirk y Suvarieriol, «Emancipating Migrant Women?»; Snelders *et al.*, *Doorpakken met Duizend en één Kracht*.

³⁰ Citado en Kirk y Suvarieriol, «Emancipating Migrant Women?», p. 254.

³¹ Véase la página web de DonaDaria, disponible en http://donadaria.nl/succes-met-actieve-vrouwen-in-het-vrijwilligerswerk-2/#.UT9C_-s-vxN

³² Una de las historias era la de una mujer a la que se le denegó la ayuda social porque llevaba burka y, por lo tanto, según la municipalidad, no mostraba verdadera voluntad por integrarse.

la experta neerlandesa en inmigración Sarah van Walsum apuntaba que «las municipalidades neerlandesas han presionado a las mujeres de minorías étnicas desempleadas o amas de casa a aceptar trabajos poco cualificados en el sector de los cuidados».³³ Así, en Países Bajos, los neoliberales que promueven el *workfare*, agencias por la igualdad de género patrocinadas por el Estado como el PAVEM, así como algunas organizaciones de mujeres no solo han convergido en pedirles a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales que trabajen gratis sino también en animarlas a acceder al sector de la reproducción social. Como declaró el *Raad vor Werk en Inkomen* (RWI, Consejo de Trabajo e Ingresos), las mujeres migrantes en Países Bajos pueden ser muy importantes a la hora de aliviar las carencias laborales del sector de la asistencia sanitaria, lo que por lo tanto exige «más inversiones para superar los obstáculos actuales».³⁴

Aunque la petición a mujeres migrantes de aceptar trabajo voluntario en el sector de los cuidados no la encontramos ni en Francia ni en Italia (o por lo menos no de manera oficial), la situación en estos dos países no es diferente a la de Países Bajos en lo que se refiere a la promoción de la integración de las mujeres migrantes de fuera de la UE y del Sur global. En Francia, desde 2009 la ley para la integración de migrantes ha definido un «portfolio profesional» [*bilan de compétences professionnelles*] como requisito obligatorio para todos los firmantes del *Contrat d'Accueil et d'Intégration* (CAI, Contrato de Acogida e Integración).³⁵ Los migrantes que firman el CAI deben realizar un curso de tres horas, durante el que se evalúan sus certificados escolares y documentos que respaldan sus habilidades y experiencia profesional. Según datos oficiales publicados en 2011, el 58,7 por ciento de todos los firmantes del CAI recibieron un portfolio profesional; 65 por ciento de los cuales eran mujeres.³⁶ La puesta en marcha de la

³³ Van Walsum, «Regulating Migrant Domestic Work in the Netherlands», p. 146.

³⁴ Citado en Kirk y Suvarierol, «Emancipating Migrant Women?», p. 254.

³⁵ El portfolio profesional implica a todos los firmantes del CAI a excepción de menores, extranjeros mayores de cincuenta y cinco, y aquellos que cuentan con una actividad profesional o que afirman no poder trabajar.

³⁶ Hay un breve resumen de los primeros resultados de la puesta en marcha del portfolio profesional disponible en <http://www.immigration.interieur.gouv.fr/Integration/Emploi-et-promotion-de-la-diversite/Le-bilan-de-competences-professionnelles>.

obligatoriedad del portfolio profesional se presentó públicamente como una forma de promover la integración de los migrantes, según la idea de que «el acceso al empleo es una de las prioridades del gobierno francés con el objetivo de facilitar la integración de recién llegados en la sociedad francesa».³⁷ Además, se planteó como un instrumento para abordar la posición desaventajada de la población migrante en el mercado laboral, en particular del componente femenino. Según un estudio realizado en 2009 por el *Département des Statistiques, Études et Documentation*, bajo los auspicios de una investigación general promovida por el gobierno francés, *Enquête Longitudinale sur l'Intégration des Primo-Arrivants*, las mujeres representaban el mayor porcentaje de migrantes entrantes durante ese año (52,3 por ciento) y la mayoría llegaban a Francia por motivos de reagrupación familiar (62,3 por ciento).³⁸ Aunque, de media, las mujeres tenían más formación que los hombres, la investigación demostró que tras dos años en el país, el mayor nivel formativo de las mujeres migrantes no se traducía en el éxito laboral, ya que experimentaban más complicaciones que los hombres para encontrar trabajo. Además, el estudio también demostraba que la amplia mayoría de las mujeres entrantes (64 por ciento) estaban activas en el mercado laboral de sus países de origen antes de trasladarse a Francia, lo que por lo tanto rebate la idea generalizada de que las mujeres de países no occidentales (en especial musulmanes) están confinadas al hogar y carecen de independencia económica por definición. Además, era en Francia donde, tras dos años, se habían convertido en amas de casa y habían dejado de buscar empleo activamente. El estudio concluye que «la migración, por lo tanto, reduce las posibilidades de participar en el mercado de trabajo, especialmente si se trata de una mujer».³⁹ Se han identificado varias causas de este fenómeno: escasos o insuficientes conocimientos de francés, dificultad para conciliar el trabajo y el cuidado de los hijos, cualificaciones formativas insuficientes o no reconocidas, y muchos más. En otras palabras, como apunta Camille Gourdeau, las dificultades de las mujeres migrantes en el mercado de

³⁷ Página 14 del «Rapport d'activité 2012 de l'Office Français de l'Immigration et de l'Intégration»; disponible online.

³⁸ Jourdan, «Les femmes immigrées signataires du CAI en 2009».

³⁹ Jourdan, «Les femmes immigrées signataires du CAI en 2009», p. 3.

trabajo se ven como su propia responsabilidad, y nunca se hace referencia a la discriminación que sufren durante la búsqueda de empleo, en especial si llevan velo, como han demostrado varios estudios.⁴⁰ En este contexto, el establecimiento del porfolio profesional como herramienta para facilitar la integración de los migrantes en la sociedad a través del trabajo adquiere un nuevo significado. A pesar de que se presentó como una forma de evaluar las destrezas y la actitud de los migrantes para ayudarlos a encontrar el trabajo adecuado para ellos, muy al contrario, el porfolio profesional se ha convertido en un instrumento para controlar el equilibrio entre oferta y demanda en el mercado de trabajo, con especial atención a esta última. La estrategia para abordar la baja tasa de actividad y empleo de los migrantes (y en especial de las mujeres) en realidad los ha dirigido no a los sectores en los que tenían formación o experiencia profesional, sino a los sectores donde se da escasez de mano de obra. Desde finales de los años dos mil, los gobiernos franceses han firmado acuerdos con los representantes de ramas económicas en las que resultaba complicado contratar trabajadores nativos del país, como la *Agence Nationale des Services à la Personne* (ANSP, Agencia Nacional de Servicios Personales), el sector de limpieza y de economía social, restaurantes y hoteles, entre otras. En palabras de un informe interministerial sobre inmigración, estos son los «sectores que, a pesar de la crisis, necesitan mano de obra».⁴¹ La canalización de mujeres migrantes que participan en programas de integración hacia los sectores de cuidados y limpieza / doméstico en Francia, como en Países Bajos, también se promueve mediante programas específicos financiados por el FEI.⁴² Desde 2008, el *Pôle Emploi*, un sistema francés de bolsa de empleo, que colabora con varias asociaciones beneficiarias de fondos del FEI desde 2008, como el *Centre National d'Information sur les Droits des Femmes et des Familles*, firmó un acuerdo con el Ministerio de Inmigración y con la ANSP para promover el trabajo en el hogar

⁴⁰ Gourdeau, «Des usages contradictoires du Contrat d'Accueil et d'Intégration»; Amnistía Internacional, *Choice and Prejudice*.

⁴¹ Secrétariat Général du Comité Interministériel de Contrôle de l'Immigration, *Rapport au parlement*, p. 171.

⁴² Véase la lista de beneficiarios en <http://www.immigration.interieur.gouv.fr/Info-ressources/Fonds-europeens/Le-Fonds-europeen-d-integration-FEI/Les-beneficiaires-du-Fonds-europeen-d-integration-FEI>.

como una oportunidad de empleo para las mujeres migrantes que participaban en los programas de integración.⁴³ Además, el FEI ha financiado con regularidad a una organización de Burdeos, *Promofemmes*, para que impartan formación a mujeres migrantes con el fin de que encuentren trabajo en el sector de la limpieza y la industria hotelera.⁴⁴

En resumen, el fomento de la participación de las mujeres migrantes en el mercado laboral y la identificación de mecanismos (como el porfolio profesional) previstos para ayudarlas a superar los obstáculos con los que se encuentran, en realidad las dirige a aquellos trabajos que las mujeres y los hombres franceses no quieren desempeñar: cuidado del hogar, limpieza, crianza, enfermería y otro tipo de cuidados.⁴⁵ A pesar de su mayor nivel formativo y su experiencia laboral previa (tal y como demuestran los resultados de los estudios antes mencionados), las mujeres migrantes no comunitarias/no occidentales tanto en Francia como en Países Bajos, se ven canalizadas sistemáticamente a los sectores de la reproducción social.⁴⁶

⁴³ Véase el resumen ejecutivo de la Organización Internacional del Trabajo sobre «promover la integración de las trabajadoras domésticas migrantes en Francia»: http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/-ed_protect/-protrav/-migrant/documents/publication/wcms_232518.pdf (consultado el 23 de octubre de 2014).

⁴⁴ Véase la página web de *PromoFemmes*, disponible en <http://www.promofemmes.org/projet-insertion-pro/> (consultada el 23 de octubre de 2014).

⁴⁵ Leroi y Thévenot, «Emploi peu qualifié».

⁴⁶ El papel principal en el panorama europeo occidental de las feministas republicanas francesas de renombre como Élizabéth Badinter y Caroline Fouret, de algunas organizaciones por la igualdad de género como NPNS (véase el capítulo 1) o Promofemme, así como femócratas como Jeannette Bougrab, a la hora de estigmatizar la cultura y prácticas religiosas musulmanas como punto privilegiado de misoginia y como obstáculos para la integración resulta bastante contradictorio. En lugar de empoderar a las mujeres migrantes, el discurso institucional y la práctica de la *intégration républicaine* francesa adoptada por varias feministas y femócratas parece haber servido hasta ahora (consciente o inconscientemente) para fortalecer las mismas formas de discriminación que muchas feministas francesas han denunciado fervientemente. La puesta en marcha de las políticas de integración que buscan «activar» a las mujeres migrantes en el mercado de trabajo, de hecho, acentúa aún más la construcción del trabajo de cuidados y doméstico como un sector económico altamente feminizado y racializado. Véase, por ejemplo, Gourdeau, «Des usages contradictoires du Contrat d'Accueil et d'Intégration»; Scrinzi, «Gender, Migration and the Ambiguous Enterprise of Professionalizing Domestic Service».

La puesta en marcha de políticas de integración en Italia en el momento de escribir este libro se encuentra aún en su fase inicial. Por lo tanto, sus dinámicas y efectos no pueden evaluarse íntegramente. Sin embargo, podemos intentar el análisis de la dimensión de género del tipo de integración económica que allí se promueve si observamos algunas de las tendencias y programas que ya están en marcha. El *Dipartimento per le Pari Opportunità* (Departamento por la Igualdad de Oportunidades), que es la agencia feminista principal del país, ha sido uno de los principales promotores de las campañas que retratan a las mujeres migrantes como especialmente vulnerables ante la violencia doméstica.⁴⁷ En consecuencia, las medidas del departamento dirigidas a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales (participaran o no en programas de integración) se han visto dominadas por programas dirigidos a tratar la violencia de género como un problema fundamentalmente presente dentro de las comunidades migrantes y por lo tanto como una cuestión de preocupación principal en cuestiones de integración de las mujeres. En este contexto, el departamento ha puesto en marcha ciertas políticas en las que las perspectivas de empleo para las mujeres con orígenes migrantes adquieren un papel principal. En concreto, el planteamiento italiano de la «integración de las mujeres» ha sido, hasta ahora, institucionalizar programas y cursos formativos con el objetivo de proporcionar a las mujeres migrantes las habilidades «correctas» para acceder al mercado laboral con éxito. Si observamos las habilidades específicas que imparten estos programas, de nuevo encontramos que muchos de ellos dirigen a las mujeres migrantes al trabajo de cuidados. Por ejemplo, en 2013 el departamento financió el programa *Io... lavoro!* [¡Yo... trabajo!] que aspira a proporcionar orientación laboral gratuita a mujeres migrantes para trabajar como cuidadoras de ancianos [*badanti*].⁴⁸

⁴⁷ El departamento otorgó especial importancia al caso de Saana Dafani, una joven de ascendencia marroquí asesinada por su padre en lo que se llamó un caso de «homicidio por honor», al presentar su propio pleito civil en el juicio contra el asesino. Desde entonces, con creciente intensidad, el Departamento de Igualdad de Oportunidades ha emprendido una campaña de denuncia de la violencia de género, muy asociada a las comunidades migrantes no occidentales (especialmente musulmanas).

⁴⁸ Véase la web del proyecto en <http://www.integrazionemigranti.gov.it/esperienze-territorio/pariopportunita/Pagine/io-lavoro.aspx> (consultada el 3 de agosto de 2013).

A finales de los años dos mil, conocidas agencias italianas por la igualdad de las mujeres, también fuera de la burocracia estatal (aunque a menudo cofinanciadas por varios ministerios), diseñaron programas dentro del marco del FEI para migrantes, con el objetivo de impulsar la inclusión económica de las mujeres migrantes. Aquí, el *Proyecto Crisalide* desarrollado por *Nosotras* es de especial relevancia. *Nosotras* es el nombre de una conocida organización fundada en 1998 en Florencia por un grupo de mujeres migrantes e italianas para abordar las cuestiones de emancipación e igualdad. En 2009 la organización fue becada por el FEI para desarrollar el *Proyecto Crisalide*. Como explicaban las organizadoras, «el nombre del proyecto [es decir, Crisálida] contiene en sí mismo la metáfora de la larva del insecto que se convertirá en mariposa y representa el sueño de libertad e independencia que se hace realidad y que deseamos para todas las mujeres».⁴⁹ El objetivo del proyecto era impulsar la integración social y económica de mujeres migrantes a través de formas personalizadas de apoyo, lo que potencialmente les permitiría llegar a ser autónomas. En 2010, *Nosotras* puso a disposición los resultados del *Proyecto Crisalide* a través de una publicación en forma de folleto que explicaba los fundamentos, así como sus principales beneficios. Aunque todo el proyecto se presenta como un ejemplo de buenas prácticas dirigido a las mujeres migrantes como usuarias y (en algunos casos) como las propias trabajadoras sociales, las imágenes, la narrativa y los resultados concretos que se presentan a lo largo de esta publicación revelan la presencia de ciertos estereotipos culturales y de género que subyacen a la representación de las mujeres migrantes. Primero, a lo largo de la publicación las mujeres migrantes a las que se dirige el proyecto se ejemplifican como mujeres musulmanas con velo. El folleto presenta el recorrido hasta la autonomía con dibujos que representan, inicialmente, a la mujer con velo con un aire desorientado mientras que la mujer (presumiblemente) nativa le ayuda a comprender cómo acceder a los servicios sociales y de salud, o cómo encontrar un trabajo; en un dibujo final, aparece la mujer migrante sola con una expresión contenta como alguien que empieza una nueva

⁴⁹ El folleto del Proyecto Crisalide está disponible en http://www.cnel.it/application/xmanager/projects/cnel/attachments/shadow_documentazioni_attachment/file_allegatos/000/142/580/Quaderno_Crisalide_web.pdf (consultado el 2 de enero de 2016).

vida pero, esta vez, no lleva velo. El recorrido de la mujer migrante hasta la autonomía se representa no solo como un camino a lo largo del cual llegará a ser consciente de sus derechos, sino también como un viaje hasta dejar de usar el velo, o abandonar lo que en el imaginario europeo occidental ha terminado por simbolizar la opresión y la falta de independencia.

Segundo, la publicación menciona el acceso al trabajo y la profesionalización como algunos de los objetivos clave del proyecto. Sin embargo, los ejemplos principales de cursos de profesionalización que se incluyen en el folleto son cursos para ser enfermera o cuidadora personal para personas ancianas o discapacitadas. En el folleto se incluye una entrevista con una de las trabajadoras sociales de la organización. Al hablar de las ofertas de empleo que las mujeres migrantes suelen encontrar a través del *Proyecto Crisalide*, afirma que «en la mayoría de los casos son trabajos como cuidadoras». Por último, haré una breve mención al proyecto piloto de Agencia de Búsqueda de Asistentes de Cuidados (CASA, por sus siglas en inglés), que recibió el apoyo del FEI en 2011 y que fue coordinado por el consorcio social italiano COIN. Está dirigido a tratar «la creciente necesidad de cuidados de calidad y a largo plazo para las personas mayores y con discapacidad al facilitar y promover la integración de nacionales de terceros países en la UE».⁵⁰ CASA es especialmente significativo no solo por su planteamiento (en el que participan Alemania y Grecia además de Italia) sino por su objetivo principal: establecer una agencia de contratación en toda la UE que proporcione cuidadores de terceros países a quienes buscan alguien que les cuide. El proyecto nombra explícitamente a las mujeres migrantes como el público clave al que ayudar a «encontrar mejores trabajos y facilitar su integración social y económica en la sociedad europea». Así, CASA enumera como sus objetivos principales: a) proporcionar trabajo para «inmigrantes formados especializados en cuidados a largo plazo: enfermería a domicilio, ayuda doméstica para personas mayores, ayuda a personas con discapacidad»; b) promover «nuevas oportunidades para la inclusión social y profesional para trabajadores inmigrantes mediante la formación profesional apropiada»; y c) promover la «integración social y económica» de los inmigrantes. En último término, como

⁵⁰ Véase la página web del proyecto en <http://www.casa-project.eu/index.php>

en Países Bajos y Francia, también en Italia este breve resumen de los proyectos concretos dirigidos a promover medidas para la integración de mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales que participan en programas de integración demuestra que la integración económica para estas mujeres termina por confinarlas al sector doméstico y de los cuidados.

A pesar de las diferencias entre los tres contextos en cuanto a la articulación de políticas generales de integración y las medidas específicas dirigidas a promover el empleo de mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales el sector doméstico y de los cuidados, o de la reproducción social, en todos parece ser la única rama de la economía en la que se anima a estas mujeres a trabajar, o incluso a ser voluntarias. En los tres países las agencias de igualdad de género estatales y las organizaciones de mujeres han puesto en práctica las recomendaciones de la CE (de la que además han recibido financiación) que exigían que las mujeres de fuera de la UE y del Sur global accedieran a algún tipo de trabajo, y las han dirigido hacia los empleos domésticos y de cuidados. Sin embargo, al hacerlo, han contribuido (consciente o inconscientemente) a la reproducción del trabajo doméstico y de cuidados como un mercado laboral feminizado y cada vez más racializado. En otras palabras, al responder positivamente a la llamada de las políticas de integración y promover el desarrollo de programas que asignan a las mujeres migrantes a los sectores doméstico y de cuidados, estas organizaciones por la igualdad de género en realidad han convergido con la ideología del *workfare* neoliberal, que para la integración y emancipación de las mujeres migrantes exige que sean parte activa del mercado laboral. Sin embargo, merece la pena señalar que las propuestas de estas organizaciones por la igualdad de género, a diferencia de las de los neoliberales, ven el trabajo de las mujeres migrantes como una oportunidad para que obtengan independencia económica y emancipación. En otras palabras y como ha sucedido de forma recurrente en la historia del feminismo (profundizaré en ello en el siguiente epígrafe), la emancipación de las mujeres se ve como el resultado de su participación en la producción.

Entonces, la cuestión que queda pendiente es: ¿por qué esta misma noción de la emancipación de las mujeres a través de la participación en la producción ahora se utiliza para empujar a las mujeres migrantes a la reproducción social? Propongo arrojar

luz sobre este dilema al repasar brevemente los debates sobre la independencia económica y la emancipación de las mujeres que han atravesado la historia del feminismo desde sus inicios. En particular, reconstruiré brevemente una genealogía clave de las nociones de trabajo productivo, ética productivista y reproducción social en relación con los grandes cambios históricos, socioeconómicos e institucionales en el contexto en el que surgieron estas nociones y fueron transformándose.

Trabajo productivo, ética productivista y reproducción social: una genealogía crítica feminista

La centralidad de la independencia económica de las mujeres y de su acceso igualitario al mercado de trabajo fue un pilar del movimiento feminista desde sus orígenes. En 1792 Mary Wollstonecraft elogiaba las virtudes del trabajo en comparación con la vida doméstica desvitalizante impuesta a las mujeres burguesas por los códigos de la feminidad de la clase media. Esos «empleos insignificantes», se quejaba, «habían convertido a la mujer en alguien insignificante».⁵¹ El artículo XIII de la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadanía*, de Olympe de Gouges, que data de 1791, reclamaba que las mujeres disfrutaran de una porción igual a la de los hombres en lo relativo a los deberes, así como a las tareas más tediosas, incluida «la distribución de los cargos, el empleo, las oficinas, los honores y los puestos de trabajo».⁵² Hasta la primera mitad del siglo XX, las demandas de acceso de las mujeres a la fuerza de trabajo remunerada formaban parte del paquete más amplio de reclamos que afectaban a la igualdad de las mujeres en todas las esferas de la vida social: política, económica y reproductiva. Sin embargo, la insistencia específica en la igualdad económica de las mujeres fue lo que dividió a feministas liberales y socialistas más que ninguna otra cuestión. Mientras que las feministas liberales luchaban por la inclusión de las mujeres en el ámbito de la producción económica, rebelándose por consiguiente contra el estado de reclusión de

⁵¹ Wollstonecraft, *Vindication of the Rights of Woman*, p. 77.

⁵² De Gouge, *Declaration of the Rights of Women and Citizen*.

la mujer de clase media en la esfera privada, las feministas socialistas estaban influidas por las mujeres campesinas y de la clase trabajadoras que ya se habían incorporado al mercado laboral hacía mucho tiempo.⁵³ Por ello, a pesar de que defendían la plena participación en la fuerza laboral, las feministas socialistas no entendían el trabajo como el escenario definitivo para la emancipación y la liberación de la mujer. Bien al contrario, el trabajo remunerado (aunque se concebía como un requisito previo para la emancipación de la mujer en ciertos casos) también se entendía como la condición de explotación que igualaba a hombres y mujeres de clase trabajadora y los enfrentaba al mismo enemigo, es decir, el capital.⁵⁴ Trabajar bajo el capitalismo era, por lo tanto, algo que rechazar, reorganizar y transformar en lugar de algo por lo que luchar como bien en sí mismo. «Cada nueva concesión que ganan las mujeres burguesas», escribió Alexandra Kollanti, «les dará otra arma de explotación de sus hermanas menores y hará que aumente la división entre las mujeres de los dos campos sociales opuestos... Entonces, ¿dónde está esa “cuestión general de la mujer”? ¿Dónde está esa unidad de tareas y aspiraciones sobre la que las feministas tienen tanto que decir?». ⁵⁵ En la medida en que el auge del movimiento feminista en Europa coincidió con la aparición y consolidación de las sociedades industrializadas de masas y las graves desigualdades sociales que generaba esa industrialización, la clase social (pero también la raza, aunque de diferentes formas en distintos países) dividió a las mujeres más de lo que el género pudo unir las.

Fue el advenimiento del fordismo en el siglo XX y el desarrollo del modelo llamado del «proveedor familiar» [*breadwinner model*] lo que posibilitó de forma fundamental la modificación de la división sexual del trabajo en todas las clases sociales y ofreció así un terreno común para la solidaridad entre las mujeres. En fases y lugares diferentes en distintos países, el fordismo (que comenzó en Estados Unidos en los años veinte y llegó luego a

⁵³ Tilly y Scott, *Women, Work, and Family*.

⁵⁴ Véase por ejemplo la insistencia de Clara Zetkin en el derecho de las mujeres a trabajar y a una paga igualitaria (Clara Zetkin, *Selected Writings*). Para un debate de las posturas del feminismo socialista sobre la emancipación a través del trabajo, véase Arruzza, *Dangerous Liaisons*.

⁵⁵ Kollontai, «Social Basis of the Woman Question», p. 61.

Europa occidental tras la Segunda Guerra Mundial) impuso una nueva configuración social que afectaba a todos los ámbitos de la vida pública y privada. El fordismo era un régimen de «acumulación intensiva» caracterizado por la producción en masa, horas de trabajo relativamente reducidas, elevados salarios para la aristocracia obrera y el consumo de masas, que era posible gracias al ingreso familiar del hombre como proveedor de la familia.⁵⁶ Tras el modelo del hombre como proveedor de la familia había ciertos supuestos sobre los roles de género, que afectaban en particular a la división del trabajo entre hombres y mujeres en el hogar. La responsabilidad de los hombres era proporcionar el ingreso principal de la familia, mientras que la tarea de las mujeres era atender las tareas domésticas, así como el cuidado de los niños y a menudo también de los mayores. La fortaleza del modelo, y de la división del trabajo en función del género que lo acompañaba, específicamente en el contexto europeo, estaba garantizado por una serie de disposiciones de bienestar que permitían la supervivencia de las familias con un único ingreso, tanto de clase media como trabajadora: estabilidad de ingresos, ayudas para el cónyuge dependiente y los niños en edad escolar, deducción de impuestos, amplia disponibilidad de préstamos e hipotecas para la adquisición de bienes duraderos y propiedades y mucho más. La familia nuclear, heterosexual, tradicional y patriarcal era la unidad social clave en la que se revitalizaba la disciplina productivista. El propio Henry Ford estaba convencido de que «una fuerza de trabajo estable y disciplinada se reproduce a través de la institución de la familia tradicional, y exigía que sus empleados se adhirieran a ese modelo».⁵⁷ En resumen, la dependencia femenina estaba inscrita tanto en la noción del salario familiar como en el fordismo. Un supuesto más en el que se basaban el fordismo y el modelo del proveedor familiar afectaba a la naturaleza del trabajo doméstico y de cuidados, o reproductivo, como *no trabajo* y *no productivo*, en consecuencia, una actividad que no merecía un salario. A pesar de que el fordismo en sí mismo no era el responsable de la devaluación del trabajo reproductivo (que ya había comenzado tiempo atrás) sí ayudó a fortalecer la división del trabajo en función del género

⁵⁶ McDowell, «Life without Father and Ford».

⁵⁷ Weeks, *Problem with Work*, p. 64.

y a ampliar su impacto entre las clases trabajadoras.⁵⁸ En otras palabras, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el fordismo se volvió hegemónico en Europa occidental, la mayoría de las mujeres eran amas de casa, tanto las de clase media como las de clase trabajadora.⁵⁹ De este modo, bajo el fordismo, el trabajo reproductivo se hizo sinónimo de dependencia femenina, tanto para las mujeres de clase media como de clase trabajadora: falta de consideración social, segregación y aislamiento en el hogar, ausencia de habilidades y servilismo. La definición de lo que constituía trabajo «de verdad» no solo resultaba estrecha y básicamente equivalente al trabajo fuera de casa, sino que también era una descripción con elevada carga moral y normativa, cuyas características, ritmos, habilidades y disciplina se nutrían de, y a la vez nutrían a, la ética del trabajo capitalista occidental, tal y como la llamó Max Weber [*Arbeitsethik*].⁶⁰ La ética del trabajo capitalista era una ética «productivista», que describía con firmeza lo que constituían actividades o individuos valiosos y no valiosos. La supuesta naturaleza improductiva del trabajo reproductivo desarrollado en los hogares, en su mayoría por mujeres, inevitablemente identificaba a las mujeres como menos valiosas. Por lo tanto, la división entre el trabajo productivo asalariado y el no productivo, no asalariado, era la división principal en

⁵⁸ Federici, *Calibán y la bruja*.

⁵⁹ En Francia, el mecanismo a través del cual se animaba a las mujeres casadas de todos los niveles sociales a quedarse en casa era la asignación a las familias con más de dos hijos de la *allocation de salaire unique* [asignación de salario único], que se puso en marcha en 1946 y se abolió en 1978. Véase J. Martin, «Politique familiale et travail des femmes mariées en France». En Países Bajos, las tasas de participación de las mujeres en el mercado de trabajo estuvieron entre las más bajas de Europa hasta finales de la década de los años setenta. Según Hettie Pott-Buter, el modelo del proveedor familiar dominó Países Bajos durante tanto tiempo debido al alto nivel de vida de las familias neerlandesas y a la estructura social de la sociedad en la que la familia burguesa con el ama de casa a tiempo completo se impuso como un ideal familiar ya en el siglo XVII (Pott-Buter, *Facts and Fairy Tales about Female Labour, Family and Fertility*). En Italia la socióloga Chiara Saraceno trazó un mapa del impacto del industrialismo en el régimen de bienestar italiano y de las formas en las que la intervención del Estado en ámbitos relacionados con la familia, las relaciones de género y el acceso al mercado de trabajo estaba estrechamente ligada a construir la familia de clase trabajadora centrada en el hombre como proveedor familiar, tanto que ese era su objetivo. Véase Saraceno, «Women, Family, and the Law»; Saraceno, «Trent'anni di storia della famiglia italiana».

⁶⁰ Weber, *Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*.

función del género. Tal y como describe hábilmente Kathi Weeks para el caso estadounidense (si bien se puede ampliar fácilmente a Europa occidental):

Las mujeres no asalariadas (y aquellas mujeres asalariadas que fueron juzgadas en relación con este modelo normativo), no sujetas a los efectos moralmente purificadores y estimulantes de la disciplina del trabajo, justificadamente eran una clase dependiente. La ética del trabajo podía entonces ser adoptada como una ética masculina, mientras que el no-trabajo —una categoría más extensa que incluye desde las prácticas de ocio y el trabajo de consumo hasta los trabajos agrícolas, domésticos y de cuidados no asalariados— fue desvalorizado por asociación con una feminidad degradada.⁶¹

Así, propongo comprender las demandas del feminismo de la segunda ola por la igualdad en el ámbito económico y por el acceso de las mujeres al trabajo remunerado en Europa occidental en el contexto del fordismo (con la equiparación de las mujeres de distintos orígenes sociales a la categoría de amas de casa y con su forma específica de devaluar el trabajo de reproducción social) como una «herramienta» para su emancipación. De hecho, esta era una demanda que trascendía distintas corrientes políticas feministas.⁶² A partir de entonces, la mayoría de las feministas entendieron el trabajo reproductivo en el hogar como algo que desempodera a las mujeres y, por lo tanto, asumieron la idea del trabajo remunerado como condición emancipadora. En los márgenes del feminismo marxista estaban las voces más críticas con la construcción fordista del trabajo doméstico y de cuidados como no trabajo. No consideraban el trabajo asalariado como el lugar de la emancipación, sino que con análisis más profundos reconocían la necesidad capitalista de configurar el trabajo doméstico y de cuidados como una actividad que se desarrollara dentro de la familia nuclear. Sin embargo, la mayoría

⁶¹ Weeks, *Problem with Work*, p. 63 [ed. cast.: *El problema del trabajo. Feminismo, marxismo, políticas contra el trabajo e imaginarios más allá del trabajo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020]. Véase también Skeggs, *Formations*.

⁶² Simone de Beauvoir, en *El segundo sexo*, argumenta que «mientras que el hombre tenga la responsabilidad económica de la pareja, [la impresión de igualdad perfecta] será solo una ilusión» (p. 589).

de feministas solían estigmatizarlo y resaltaban la necesidad de escapar de él.⁶³ Desde mediados de la década de los años sesenta en adelante, una amplia gama de organizaciones de mujeres e intelectuales han compartido la ética productivista, no solo las liberales que representaban los intereses de las mujeres de la clase media, sino también las entonces influyentes organizaciones de mujeres relacionadas con los partidos tradicionales de la clase trabajadora, por ejemplo, la *Unione Donne Italiane* (Sindicato de mujeres italianas) y la *Union des Femmes Françaises* (Sindicato de mujeres francesas), ambas asociadas con los partidos comunistas de esos países.

Con el advenimiento del llamado posfordismo y del neoliberalismo, desde finales de la década de los años setenta y ochenta, el acceso generalizado al trabajo remunerado por parte de las mujeres se volvió una realidad. Aunque a distintos ritmos y en distintos porcentajes, la mayoría de mujeres en edad de trabajar se incorporaron a la fuerza de trabajo en toda Europa occidental. Por ejemplo, la tasa de empleo a partir de mediados de los años noventa en los tres países que analiza este libro creció con enorme rapidez: 7,7 puntos porcentuales en Francia, hasta el 59,7 por ciento en 2011; 16 puntos en Países Bajos, hasta el 69,9 por ciento en 2011; y 11,1 puntos en Italia, hasta el 46,5 por ciento en 2011.⁶⁴ A pesar de las diferencias que afectan a las características de este crecimiento y de las transformaciones que tuvieron lugar en los regímenes de bienestar en cada país, el creciente empleo de las mujeres constituyó un caso de «divergencia convergente» entre las distintas áreas de Europa occidental, en palabras de Maria Karamessini y Jill Rubery.⁶⁵ No obstante, las condiciones en las que este fenómeno tuvo lugar son muy distintas de las que reinaban durante el fordismo. Si el fordismo fue la era de la fabricación, de la relativa estabilidad laboral y de ingresos, y de la disponibilidad de amplias coberturas de bienestar social, que permitían que incluso las familias con una sola fuente de ingresos mantuvieran unos estándares de vida decentes, el

⁶³ Dalla Costa y James, *Power of Women and the Subversion of the Community*.

⁶⁴ Estadísticas del mercado de trabajo: estadísticas del mercado de trabajo por sexo y edad: indicadores, Estadísticas de Empleo y Mercado Laboral de la OCDE (base de datos); disponibles en <http://stats.oecd.org/>

⁶⁵ Karamessini y Rubery, *Women and Austerity*.

posfordismo es la era del sector servicios, en la que la flexibilidad laboral, los contratos a tiempo parcial o esporádicos, y la erosión de las coberturas de bienestar dominan la vida de las familias con una o hasta dos fuentes de ingresos. En un escenario dominado por la falta de seguridad laboral, la incertidumbre y la inestabilidad económica, los salarios de las mujeres no solo se vuelven necesarios y valiosos sino que, en los últimos tiempos y en algunos casos, se convierten en los únicos de los que dependen muchas familias. Durante la reciente crisis económica global (2007-2011), las trabajadoras mujeres (tanto migrantes como no migrantes) en Europa occidental se han visto menos afectadas que los hombres, con las excepciones de Países Bajos, Francia e Italia (como explicaré en más detalle en el capítulo 5).⁶⁶ Algunos analistas han llegado a denominar a esta recesión [*recession*] como «recesión masculina» [*he-cession*].⁶⁷ Por lo tanto, bajo el posfordismo y el neoliberalismo, las consecuencias para los roles de género y para las propias demandas feministas que ha tenido la incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo han sido dramáticas. Las luchas por el acceso de la mujer a la fuerza de trabajo se han sustituido cada vez más por campañas por una remuneración equitativa y por la igualdad de oportunidades en el lugar de trabajo; las denuncias contra el techo de cristal que impide que muchas mujeres accedan a puestos de liderazgo han ido de la mano con el establecimiento de normas institucionales que exigen que las empresas apliquen cuotas de género y discriminación positiva. Aunque el rango, el objetivo, las políticas y la visión principal que subyacen a la noción de igualdad de género y en consecuencia de las posturas feministas en estas circunstancias han sido diversas y fragmentadas, la variante del feminismo que ha terminado por dominar los debates principales y el escenario institucional ha sido sin duda la liberal, y ahora cada vez más la «neoliberal».⁶⁸ Al privilegiar la definición de la igualdad

⁶⁶ Farris, «Migrants' Regular Army of Labor».

⁶⁷ Karamessini y Rubery, *Women and Austerity*.

⁶⁸ Rottenberg, «Rise of Neoliberal Feminism». Como lo plantea Rottenberg: «A diferencia del feminismo liberal clásico, cuya *raison d'être* era plantear una crítica inmanente al liberalismo que revelara las exclusiones de género dentro de la proclamación de igualdad universal de la democracia liberal, en concreto con respecto a la ley, el acceso institucional y la plena incorporación de las mujeres a la esfera pública, este nuevo feminismo parece estar perfectamente en sintonía

de género como «igualdad con el hombre» y como «igualdad de oportunidades de inclusión en la esfera pública para las mujeres», los feminismos liberales y ahora neoliberales han adoptado estrategias conservadoras que no desafían los pilares fundamentales de la formación social del capitalismo neoliberal. El debate mayoritario de la igualdad de género se ha visto dominado cada vez más por campañas por el acceso de las mujeres a puestos de poder. Si bien la lucha por romper el techo de cristal no es la mayor preocupación de la fuerza de trabajo femenina, ya que la mayoría de las mujeres están ocupadas intentando evitar «caerse en un suelo estructuralmente inestable», sin duda la mayoría de las mujeres en Europa occidental se han incorporado a la esfera de la producción.⁶⁹ *Y, sin embargo, la reproducción social no ha desaparecido.* Ya se trate de buscar un equilibrio saludable, o de negociar algún acuerdo frustrante, las mujeres aún se enfrentan a las exigencias diarias de las tareas reproductivas.⁷⁰ A pesar de los cambios significativos en los roles de género que han acompañado la entrada de un gran número de mujeres a la fuerza de trabajo, son muchos los estudios que demuestran que las mujeres trabajadoras aún se ocupan del trabajo de reproducción social más de lo que lo hacen los hombres. El dominio de la ética productivista y el privilegio de una agenda política igualmente productivista entre las feministas y los círculos de mujeres mayoritarios no se ha visto acompañado de ninguna campaña de fuerza similar para la provisión de servicios de atención pública para las familias, los mayores o los discapacitados. En su lugar, incluso las modestas o insuficientes infraestructuras que se han proporcionado en la mayoría de países europeos occidentales han sido progresivamente desmanteladas por políticas neoliberales o mercantilizadas (sobre lo que hablaré más en el capítulo 5), lo que deja a la mayoría de las familias en una situación en la que el tiempo disponible para la reproducción social es cada vez menor y (cada vez más a menudo) recae sobre los hombros de las mujeres migrantes.

con la evolución del orden neoliberal. El feminismo neoliberal, en otras palabras, no plantea ninguna crítica (inmanente o de otro tipo) al neoliberalismo» (p. 2).

⁶⁹ Weeks, *Problem with Work*, p. 151.

⁷⁰ Rottenberg, «Happiness and the Liberal Imagination».

Ética productivista occidental para trabajadoras reproductivas no occidentales

Con este contexto, me propongo arrojar luz sobre por qué las políticas de integración económica dirigidas a mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales han terminado por impulsar a estas mismas mujeres al sector doméstico y de los cuidados. En particular, la genealogía crítica de la ética productivista del feminismo occidental que describía antes podría ayudarnos a comprender la paradoja que surge de la desconexión entre, por un lado, la llamada de algunas organizaciones de mujeres y femócratas para que las mujeres migrantes accedan a la fuerza de trabajo y lleguen a ser económicamente independientes y, por otro lado, la desconcertante realidad de que las mujeres migrantes se ven empujadas a trabajar gratis (como en Países Bajos) o, en su defecto, se ven sistemáticamente desviadas al ámbito privado o a la reproducción social. En otras palabras, el trabajo que estas organizaciones de mujeres y femócratas les piden a las mujeres migrantes que realicen es precisamente el trabajo del que las feministas de Europa occidental querían escapar, a saber, el trabajo de la reproducción social. Sin duda, el hecho de que los trabajos en el sector reproductivo, en el que las mujeres migrantes se ven confinadas, perciban ahora un salario introduce una diferencia significativa al compararlo con la situación que denunciaban las feministas de la segunda ola, esto es, la de la mujer de su casa que tenía que desempeñar el trabajo de reproducción social «gratis».⁷¹ En cierto sentido, la nueva configuración de la reproducción social como trabajo asalariado reconoce a esas feministas que siempre lucharon por el reconocimiento del trabajo doméstico como trabajo productivo y, por lo tanto, merecedor de un salario.⁷² No obstante, el pago del trabajo reproductivo en las sociedades europeas occidentales no equivale en ningún caso a su labor social. Al contrario, el trabajo doméstico y de cuidados se sigue percibiendo como no cualificado, de bajo

⁷¹ Debemos señalar en este punto que en Europa occidental las mujeres de los países postsocialistas que han entrado recientemente en la Unión Europea también están confinadas, en su mayoría, en el sector doméstico y de cuidados.

⁷² Federici, *Revolution at Point Zero* [ed. cast: *Revolución en punto cero*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013]; Dalla Costa y James, *Power of Women and the Subversion of the Community*.

nivel, aislado, servil y sucio; por lo tanto, aún sufre el estigma social, está muy mal pagado y la mayoría de las mujeres europeas occidentales no quieren ejercerlo.⁷³ Como analizaré en más detalle en el capítulo 5, la no disponibilidad de estas últimas para estos puestos (dada la falta de tiempo o de voluntad) ha significado que el sector reproductivo se haya convertido en el nicho de las mujeres migrantes. Las condiciones del sector doméstico y de cuidados, con su horario de trabajo antisocial, sus bajos salarios y su estigma social, lo hacen muy poco atractivo para esas trabajadoras «nacionales» que disponen de una gama más amplia de opciones de empleo y redes de protección en comparación con las trabajadoras migrantes «no nativas».

Para ser clara, no pretendo sugerir en modo alguno que deberíamos culpar a las mujeres europeas occidentales, o a las feministas europeas occidentales, por querer escapar de la segregante condición de ama de casa, ni tampoco pretendo argumentar que sean responsables de que esta condición ahora se «externalice» a las mujeres migrantes. Lo que propongo, en cambio, es que reconsideremos con una mirada crítica la noción del trabajo productivo como el lugar de, o la herramienta para, la emancipación de la mujer. Esta noción ha desempeñado un papel principal en la estigmatización de la reproducción social de una manera que ha limitado la posibilidad de pensar en escenarios alternativos para lograr esta emancipación. En otras palabras, debemos re-visitar y reconsiderar la «ética productivista» de las feministas europeas occidentales y la comprensión de la reproducción social como un lugar de sometimiento de las mujeres en vez de un trabajo que debe ser reconcebido como una actividad social y un bien público. De hecho, la ética productivista del feminismo recae ahora sobre los hombros no solo de aquellas mujeres que defienden ideas alternativas de la reproducción social y la emancipación y que se enfrentan a la lucha diaria de combinar el trabajo y los cuidados, en ausencia de instituciones de cuidados públicas y asequibles. También recae significativamente sobre los hombros de las mujeres migrantes, a quienes se apela para que «limpien» (literalmente) todo este lío.

⁷³ Para un debate sobre estos rasgos del trabajo doméstico y de cuidados y de la migración femenina en Europa occidental, véase Bridget Anderson, *Doing the Dirty Work*; Cox, *Servant Problem*; Lutz, *New Maids*.

La teleología feminista occidental de la emancipación

Con ocasión de la reforma del bienestar en Estados Unidos en 1996, que institucionalizó el *workfare* que acabará por afectar desproporcionadamente a las madres solteras negras, Gwendolyn Mink afirmó que «si el racismo ha permitido que los políticos nieguen a las madres solteras pobres como ciudadanas y como madres, el feminismo blanco de clase media les ha dado a estos políticos la excusa que necesitaban. El énfasis de las feministas blancas de clase media en el derecho de las mujeres a trabajar fuera de casa, acompañado de la creciente presencia de las mujeres en la fuerza de trabajo, brindó la ocasión a los conservadores deseosos de exigir a las madres solteras que consiguieran un trabajo asalariado, incluso mientras defendían la familia tradicional». ⁷⁴ Sin duda, esta declaración es dura y debe entenderse en el contexto de los debates entre las feministas estadounidenses sobre los efectos que las reformas del bienestar de los años noventa tendrían sobre las mujeres afroamericanas. ⁷⁵ Aun así, el comentario de Mink me es útil para intentar explicar la paradoja de que algunas feministas, femócratas y organizaciones de mujeres promuevan la noción del trabajo productivo y de la independencia económica como un ejemplo para la posible emancipación de las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales, mientras las animan a aceptar (o disimuladamente pretenden ignorar que aceptan) los trabajos que las feministas históricamente han considerado como el símbolo y la causa de la dependencia y la sumisión de las mujeres. Si seguimos en la línea del acertado comentario de Mink, definiendo que cuando la ética productivista del feminismo converge con las políticas neoliberales de *workfare*, que inevitablemente se dirigen a las vidas de las mujeres pobres (migrantes y no migrantes por igual), el resultado inevitable son formas de opresión y explotación basadas en la raza, la clase y el género.

Cuando las feministas, femócratas y organizaciones de mujeres defienden las políticas de integración que animan a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales a trabajar con la promesa de que esto mejorará su integración e independencia

⁷⁴ Mink, *Welfare's End*, pp. 23-24.

⁷⁵ Fraser y Gordon, «Genealogy of Dependency».

económica, tácitamente las animan a adoptar la noción feminista occidental de la emancipación a través del trabajo productivo. En otras palabras, el llamamiento a que las mujeres migrantes trabajen se puede entender como la recomendación de que pasen por las mismas etapas que vivieron las mujeres europeas occidentales durante el siglo XX para lograr la supuesta igualdad que tanto les costó conseguir a estas últimas. La ética productivista que anima a las mujeres migrantes a trabajar se convierte así en una *noción teleológica de emancipación*. En consecuencia, la integración de las mujeres en la fuerza de trabajo se ve como una etapa necesaria en su viaje hacia el telos de la emancipación total. O, dicho de otra manera, el trabajo se convierte en la etapa que supuestamente permite a las mujeres liberarse de la condición de sumisión, dependencia económica y aislamiento que la esfera reproductiva o privada parece representar. La teleología de la emancipación feminista de Europa occidental se basa en dos supuestos implícitos. El primer supuesto es que las mujeres no occidentales, y especialmente las mujeres musulmanas, que pueden entenderse, como apuntaba antes, como la encarnación contemporánea de lo que Chandra Mohanty llamaba las «Mujeres del Tercer Mundo»⁷⁶, son una entidad monolítica homogénea definida ante todo por su atraso y su *condición de objetos*. Según esta idea aún ampliamente difundida, las características de las mujeres no occidentales son la subordinación, la pasividad y la calidad de víctimas; las diferencias de clase social, religión, sexualidad y demás representan un papel menor en términos de la definición de su identidad y de sus condiciones de vida concretas. Además, vemos cómo, a pesar de la variedad de países, regiones, contextos sociales, idiomas y tradiciones religiosas de los miles de mujeres que pasan por los procesos de la «integración cívica» para garantizar sus visados, esta teleología de la emancipación concibe fundamentalmente un tipo ideal de mujer no occidental: *el objeto victimizado*.⁷⁷ Es a este tipo ideal de mujer a la

⁷⁶ Mohanty, «Under Western Eyes».

⁷⁷ Aunque las políticas de integración solo se dirigen a los ciudadanos / mujeres no comunitarios y el actual marco nacionalista identifica sobre todo a las mujeres musulmanas como los objetos más victimizados, debo subrayar que también las mujeres inmigrantes de Europa del Este, incluidas las de los actuales Estados miembros de la UE, han ocupado un primer plano de manera similar. Si bien algunos de los estereotipos a los que se ha apelado para promover la integración

que ciertas organizaciones de mujeres y femócratas, entre otros, ofrecen integración en la fuerza de trabajo como salida a la condición de sumisión que se le presupone. El segundo supuesto implícito es que la emancipación se logra por medio de una serie de etapas obligatorias que deben ser las mismas para todas las mujeres. El trabajo asalariado se convierte en el escenario por el que las mujeres deben pasar para acceder al espacio de la emancipación occidental correcta.

Al anclarse en estos supuestos, la teleología de emancipación del feminismo occidental a través del trabajo productivo recuerda mucho a la teleología del desarrollo que alimentaba las teorías de la modernización durante los años sesenta.⁷⁸ En el periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial y durante la construcción y consolidación del mercado capitalista global, estas teorías proponían una geografía del mundo dividida básicamente entre países desarrollados (Occidente) y países subdesarrollados (el

económica de las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales (como la idea de que están sexual y económicamente oprimidas y que, por lo tanto, necesitan emanciparse quitándose el velo y participando en el mercado laboral productivo) se han basado en representaciones generalizadas y estereotipadas de las mujeres musulmanas en particular, los estereotipos que rodean a las mujeres de Europa oriental no son tan diferentes. En el imaginario europeo occidental, el retrato de las mujeres migrantes de Europa del Este (tanto de la UE como de fuera de la UE) como víctimas del tráfico sexual (muy extendido en Europa occidental) no transmite precisamente una imagen de estas mujeres como sexualmente liberadas y económicamente independientes. Más bien, los discursos contra la trata enfatizan que están sexualmente oprimidas (de hecho, esclavizadas) y que dependen económicamente de (y son explotadas por) proxenetas masculinos de Europa del Este. Por ello, los responsables políticos y activistas contra la trata, que también incluyen a feministas y neoliberales, han apoyado cada vez más las propuestas legales que piden la integración de las víctimas de la trata sexual en el mercado laboral «legítimo». Curiosamente, este mercado laboral «legítimo» a menudo coincide con el sector doméstico y de cuidados, como en el caso de las mujeres musulmanas y migrantes no occidentales del Sur global que son empujadas a convertirse en limpiadoras y cuidadoras para poder estar «económicamente integradas». Véase *Ministero per le Pari Opportunità*, «Progetti sull'inserimento socio-lavorativo delle vittime della tratta finanziati dal Fondo Sociale Europeo». El mismo patrón de inclusión de las mujeres víctimas de trata en el sector doméstico y de cuidados aparece en un informe más reciente de la región de Piamonte en Italia: «Report di ricerca sulle esperienze di formazione e inserimento lavorativo delle donne vittime di tratta realizzate in Piemonte a valere sul Fondo Sociale Europeo», disponible online.

⁷⁸ Hoselitz, *Sociological Factors in Economic Development*; Rostow, *Stages of Economic Development*.

resto). Se elaboraron complejos postulados para dar cuenta de la «mayor prosperidad» del mundo y se ofrecían recetas a las regiones subdesarrolladas para que logaran el éxito económico. En resumen, esas recetas se basaban en la reconstrucción de la historia socioeconómica occidental como una secuencia de etapas (desde el feudalismo, la modernidad y la industrialización, hasta la afirmación del modo capitalista de producción a escala global) que los países no occidentales debían completar en su carrera por el desarrollo. Varias escuelas críticas (la teoría de la dependencia, las teorías del sistema-mundo, el poscolonialismo y mucho más) sometieron a las teorías desarrollistas y de modernización a duras críticas que denunciaban sus supuestos imperialistas, eurocéntricos y racistas.⁷⁹ Al asumir lo que Johannes Fabian llamó el «distanciamiento temporal» estas teorías sugerían en particular que los países occidentales y no occidentales habían pasado por estados temporales distintos históricamente.⁸⁰ La temporalización de las relaciones entre las dos regiones del mundo se basaba en la idea de que las naciones occidentales y no occidentales habían sido históricamente autónomas e independientes entre sí. Así, la riqueza y la pobreza, el desarrollo y el subdesarrollo se podían justificar como el resultado de historias distintas, es decir, como el resultado de la interacción de factores que eran *endógenos* de cada región. Al mismo tiempo, la prosperidad de Europa occidental en comparación con la pobreza de las naciones no occidentales también sirvió para infundir a la primera de una superioridad moral y del derecho a asumir el papel de maestra de la nación no occidental «inferior». Los teóricos de la modernización y del desarrollo, por lo tanto, mistificaban el subdesarrollo (sin duda un término muy polémico) como un problema íntegramente «no occidental», en lugar de verlo en gran medida como el resultado del colonialismo occidental y la continua explotación de los recursos de las regiones no occidentales.

Yo defiendo que con esta representación estereotipada de las mujeres no occidentales y migrantes (especialmente musulmanas) como atrasadas y dependientes, y el llamamiento a que accedan a la fuerza laboral para llegar a ser «económicamente independientes» (esto es, a que sigan los pasos que las feministas

⁷⁹ Frank, *Latin America*; Wallerstein, «Concept of National Development, 1917-1989».

⁸⁰ Fabian, *Time and the Other*.

occidentales defienden haber recorrido en su propia senda hasta la emancipación), las feministas, organizaciones de mujeres y femócratas que defienden las políticas de integración económica para las mujeres migrantes las están tratando como las teorías desarrollistas y modernizadoras trataban a las naciones subdesarrolladas: consideran que siempre van uno (o varios) pasos atrás y tienen que «alcanzarnos». Como en el caso de las naciones no occidentales, las condiciones de relativa pobreza y de explotación en las que se encuentran las mujeres migrantes en Europa occidental en calidad de migrantes se presentan como un ejemplo de «distancia temporal» y como el resultado de su carencia «cultural» endógena. Sin embargo, no solo las naciones occidentales europeas son en gran medida responsables de haber creado las condiciones históricas en los países no occidentales que animan a los migrantes a abandonarlos, sino que estas naciones europeas (y de Occidente en general) construyen y conservan en sus países las condiciones que mantienen a los migrantes en general, y a las mujeres migrantes en particular, en un estado de precariedad: inseguridad de derechos, discriminación institucional y segregación económica con nichos racializados y sesgados por género en el mercado de trabajo.⁸¹ Lo que es aún más importante, debemos apuntar que, igual que la explotación de los recursos naturales de los países no occidentales permite que Occidente mantenga sus modelos de producción y de consumo, también el trabajo de reproducción social de las mujeres migrantes permite que mujeres y hombres occidentales europeos no solo cuenten con una atención «barata» que les permite mantenerse activos en el mercado de trabajo, sino que preserva la ilusión de que la igualdad de género se ha logrado, al menos para «ellas». Se puede decir, entonces, que la teleología de la emancipación feminista a través del trabajo productivo proviene de la proyección de la experiencia históricamente específica y geográficamente circunscrita de las mujeres de Europa occidental como representativa de la experiencia, pasada y futura, de todas las mujeres. La trayectoria histórica de las mujeres de Europa occidental está por lo tanto universalizada como el criterio según el cual se debe evaluar la emancipación de todas las mujeres.⁸²

⁸¹ Eisenstein, *Feminism Seduced*.

⁸² Como señalan Roggeband y Verloo, Verdonk, quien lanzó la comisión del PAVEM, argumentó que «las mujeres migrantes deben reproducir los pasos que han dado las mujeres autóctonas para emanciparse» (véase «Dutch Women Are

Distanciamiento temporal y disyunción temporal del feminismo

En este capítulo he argumentado que la naturaleza de la convergencia contemporánea de feministas, femócratas y organizaciones de mujeres en Países Bajos, Francia e Italia con las políticas antiislam y antinmigración en nombre de los derechos de las mujeres resulta más comprensible si nos fijamos en un punto de su encuentro específico y que suele pasar desapercibido, esto es, el llamamiento a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales a trabajar. Es un punto de convergencia de especial importancia para aquellas feministas de Europa occidental que defienden medidas antiislam con el objetivo proclamado de liberar a las mujeres musulmanas de su segregación en la esfera privada. La liberación de la esfera privada y la integración en la esfera pública supuso una batalla históricamente unificador para las feministas de Europa occidental. Si consideramos las llamadas tres olas del movimiento feminista desde la posición retrospectiva de las novedades (sociales, económicas y políticas) que introdujo la organización fordista del trabajo y del modelo social de género que esta ayudó a consolidar, se pueden entender los estrechos vínculos que las tres mantienen con el contexto más amplio de las sociedades prefordista, fordista y posfordista (aunque no se limiten a ellas). Mientras que en la primera ola, el feminismo europeo occidental (en el periodo prefordista de los siglos XIX y principios del XX) estaba profundamente dividido por cuestiones de clase y reinaba una gran distancia entre las mujeres de la clase media y las campesinas y trabajadoras como para que pudieran elaborar una agenda política común entorno a la consigna «pro trabajo», el fordismo en cierto modo creó las condiciones para que el feminismo de la segunda ola se uniera en torno a dicha consigna, más allá de las divisiones de clase. El ama de casa construida por el fordismo fue, de hecho, una figura que en Europa occidental existía más allá de las fronteras de

Liberated, Migrant Women Are a Problem», 282). Como apuntan además: «Esta representación de las mujeres neerlandesas autóctonas como emancipadas, ignora el gran apoyo que este grupo ha recibido del Estado desde los años setenta. Implícitamente, el logro de las mujeres autóctonas se atribuye al esfuerzo individual en lugar de a una intervención activa por parte del Estado. Esto permite asignar a las mujeres alóctonas la tarea de emanciparse también, sin que el Estado tenga el deber de apoyarlas. El Estado por lo tanto renuncia a su responsabilidad de resolver el problema» (282).

clase. Por lo tanto, la demanda compartida del feminismo de la segunda ola por la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo expresaba el deseo de una amplia mayoría de mujeres que no querían verse confinadas a la esfera de la reproducción social, sino acceder a la esfera de la producción. Los debates de la que hoy llamamos tercera ola del feminismo tienen lugar en tiempos posfordistas, con un amplio número de mujeres europeas occidentales incorporadas al mercado de trabajo. Sin embargo, en un contexto dominado por el neoliberalismo, este acceso se da en un contexto social cada vez más desigual y de formas muy desequilibradas. A pesar de que a muchas mujeres les une ahora la experiencia del trabajo, las condiciones de ese trabajo (en términos de salario, tipo de contrato, trayectoria profesional, horas de trabajo y sectores económicos) son muy diferentes y divisorias internamente. No obstante, junto con las divisiones de clase que estas diferencias provocan inevitablemente, las divisiones raciales también han de tenerse en cuenta. Las mujeres no occidentales racializadas ahora forman parte de la fuerza de trabajo de Europa occidental y de la población en general, de un modo que nunca hasta ahora se había experimentado en la historia reciente de Europa occidental. Y es en esta coyuntura particular en la que el llamamiento a que las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales se unan a la fuerza de trabajo para estar mejor integradas y ser económicamente independientes no es una demanda feminista unificante. Por un lado, un llamamiento así responde a un antiguo registro fordista feminista en un contexto posfordista muy diferente y se dirige fundamentalmente a mujeres migrantes no occidentales. Por lo tanto, distingue entre las mujeres en torno a una línea fundamentalmente racializadora. Por otro lado, la invitación de feministas, femócratas y organizaciones de mujeres a las migrantes para que accedan al empleo se ha traducido de hecho en políticas concretas que dirigen a estas mujeres hacia trabajos en el sector doméstico y de los cuidados. Es decir, las mujeres migrantes ocupan los espacios dentro del ámbito de la reproducción social que las feministas europeas occidentales lucharon por dejar atrás en su camino hacia la emancipación. En una pseudo-«disyunción temporal» (que se basa en el distanciamiento temporal entre las mujeres occidentales y no occidentales inscrito en la narrativa teleológica de la emancipación a través del trabajo productivo

que he explicado anteriormente), varias feministas occidentales se encuentran por lo tanto atrapadas en una contradicción performativa radical. Mientras que intentan promover políticas que puedan liberar a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales de las barreras de género que supuestamente se inscriben en sus «culturas», algunas femócratas y organizaciones de mujeres en particular han puesto en marcha medidas que, en su lugar, mantienen y resaltan aún más la segregación de estas mismas mujeres en mercados de trabajo muy feminizados y racializados. Mientras sacrifican el antirracismo en nombre de la igualdad de género para todas las mujeres, estas feministas, organizaciones de mujeres y femócratas de Europa occidental han adoptado (consciente o inconscientemente) una agenda neoliberal de *workfare* que discrimina gravemente a las mujeres migrantes y en último término socava la justicia de género en general. El mantenimiento de la reproducción social como una actividad socialmente estigmatizada y feminizada no solo afecta a las mujeres migrantes y racializadas, sino también a la lucha contra el mantenimiento de los roles de género en sí.

Conclusión: convergencia no es identidad

Me gustaría concluir con unas palabras de cautela metodológica, así como de esperanza. La convergencia no debe confundirse con la identidad; tampoco debe entenderse que la fusión entre las demandas de feministas, femócratas y organizaciones de mujeres por la igualdad económica con el *workfare* neoliberal para las mujeres migrantes represente una mayor «afinidad voluntaria» histórica entre el feminismo y el capitalismo neoliberal.⁸³ Al señalar la disyunción temporal según la cual muchas feministas, femócratas y organizaciones de mujeres de Europa occidental invocan una antigua demanda fordista y se la ofrecen a las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales desde su posición de privilegio y en las condiciones distintas del posfordismo, intento resaltar la discontinuidad entre los dos momentos feministas. Es decir, defiendiendo que las demandas feministas de la segunda ola

⁸³ Más recientemente este argumento se planteó por Fraser en su importante texto «Feminism, Capitalism, and the Cunning of History».

por la integración de las mujeres en la fuerza de trabajo, como se plantearon en los años sesenta y setenta, deben entenderse en el contexto histórico en el que se elaboraron, como he enfatizado en repetidas ocasiones.⁸⁴ Las reiteraciones de feministas, femócratas y organizaciones de mujeres de ese mismo conjunto de demandas para las mujeres migrantes no occidentales, y en un contexto en el que las políticas neoliberales de *workfare* hacen que esas demandas sean íntegramente compatibles con una agenda política islamófoba y sesgada por el género, representan un caso no de continuidad temporal sino de disyunción. Sin duda, se trata de una disyunción temporal basada fundamentalmente en una perspectiva supremacista occidental, que no es nueva, que asume que las mujeres migrantes no occidentales son objetos atrasados y victimizados, cuya esperanza de emancipación se supone que radica en que se comprometan con ponerse al día con sus hermanas occidentales. Pero las condiciones de reproducción y, sobre todo, las implicaciones de una postura supremacista occidental como esa deben analizarse en la coyuntura actual para revelar sus contradictorios resultados contemporáneos. Entender la convergencia entre el feminismo y el neoliberalismo en las políticas de integración económica para las mujeres migrantes (es decir, una faceta crucial del feminacionalismo) en términos de una contradicción performativa nos permite proponer una crítica radical que muestra las consecuencias negativas de estas políticas para la justicia de género en general. Al exponer esta contradicción performativa, es decir, al señalar el proceso antiemancipatorio que se pone en marcha cuando la discriminación racial se justifica en nombre de objetivos de emancipación como la justicia de género, nos colocamos en una posición que nos permite pensar teórica y políticamente cómo superar esta contradicción.⁸⁵

⁸⁴ Para una reflexión sobre lo histórico de la categoría de mujer y las demandas feministas, véase, en concreto, Scott, *Only Paradoxes to Offer*: «La historia da cuenta no solo de la variedad de posturas que se pueden encontrar en la escritura feminista, sino también de las distintas formas en las que se ha concebido la identidad social e individual de la “mujer”» (p. 13).

⁸⁵ En otras palabras, en la línea del enfoque ideológico-crítico de Rehmann, sostengo que si queremos perseguir una comprensión materialista de la formación ideológica feminacionalista y, por lo tanto, de la participación del feminismo dentro de ella, deberíamos entonces «enfocarnos en lo que es dinámico, cambiante, contradictorio y precario en las relaciones entre las diferentes facciones, sobre todo para revelar los puntos potenciales donde los movimientos opositores podrían ser capaces de intervenir» (Rehmann, *Theories of Ideology*, p. 34).

5. La economía política del feminacionalismo

Todos los centros industriales y comerciales en Inglaterra tienen ahora una clase trabajadora dividida en dos campos enemigos, los proletarios ingleses y los proletarios irlandeses. El trabajador inglés medio odia al trabajador irlandés por ser un competidor que devalúa el nivel de vida. Siente que el trabajador irlandés es un miembro de la nación dominante y, por lo tanto, se convierte en la herramienta de sus aristócratas y capitalistas contra Irlanda, y fortalece así el dominio de aquellos sobre él mismo. Esconde prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra él [trabajador irlandés]. Su actitud hacia él se parece a la de los «blancos pobres» frente a los «negros» en los antiguos estados esclavistas de la Unión Americana. El irlandés le paga con la misma moneda. Ve en el trabajador inglés tanto un cómplice como el estúpido instrumento del dominio inglés en Irlanda. Este antagonismo se mantiene artificialmente despierto y se ve acentuado por la prensa, el púlpito, las revistas cómicas, es decir, por todos los medios a disposición de la clase dominante. Este antagonismo es el secreto de la impotencia de la clase obrera inglesa, a pesar de su organización. Es el secreto con el que la clase capitalista mantiene su poder. Y esta última es plenamente consciente de ello.

Karl Marx, «Carta a Sigfrid Meyer y Karl Vogt»

En la introducción de *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy* (2003), Barbara Ehrenreich y Russell Arlie Hochschild describen el rol del Primer Mundo como el de un «hombre familiar anticuado: mimado, con derechos, incapaz de

cocinar, limpiar o encontrar sus calcetines». Por otro lado, continúan, «los países pobres asumen un rol como el de las mujeres tradicionales en la familia: pacientes, cuidadosas y abnegadas».¹ Esta descripción de la relación entre el Norte global y el Sur global en términos de la división sexual del trabajo dentro del hogar no debería entenderse como una simple metáfora de las relaciones de poder y del desarrollo desigual engendrado por la globalización neoliberal. Bien al contrario, debería tomarse literalmente: los países pobres son cada vez más quienes proporcionan las niñeras, las limpiadoras y las trabajadoras sexuales para los países ricos.

En particular, a partir de los años noventa, Europa occidental se ha convertido en uno de los continentes, junto con América Latina y Oceanía, que ha registrado uno de los mayores aumentos de la presencia de mujeres en los flujos migratorios de entrada.² Según Eurostat, en 2010 las mujeres «nacidas en el extranjero» entre los inmigrantes superaron a los hombres en Irlanda, Grecia, Francia, Italia y Dinamarca, mientras que en el resto de países se acercan a la mitad (figura 5.1).³

En términos sociológicos, el crecimiento de la migración femenina a Europa occidental, que comenzó a mediados de los años setenta, representa la consecuencia no deseada del sistema de trabajadores visitantes establecido en el norte de Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Si bien las políticas para detener nuevos flujos migratorios de entrada y los programas de retorno para los migrantes residentes después de la recesión de 1973

¹ Ehrenreich y Hochschild, *Global Woman*, pp. 11-12.

² Naciones Unidas, *State of World Populations*, figura 5.

³ Eurostat usa el término «nacido en el extranjero» para referirse a ciudadanos cuyo país de origen es diferente a aquel en el que se realiza la encuesta. En este caso, mi análisis de la Encuesta de Población Activa emplea el término «ciudadanos nacidos en el extranjero» para referirme a aquellos nacidos fuera de la zona de la UE de los 15 (o de Europa Occidental). A lo largo de este capítulo, «migrante no occidental», «migrante» y «nacido en el extranjero» se usan como sinónimos. La información sobre el país de nacimiento del migrante que responde a la Encuesta de Población Activa es de hecho más relevante para cuestiones de migración que saber su nacionalidad: primero, porque la nacionalidad puede cambiar con el tiempo; segundo, porque los niños de los migrantes nacidos en el país de destino pueden ser ciudadanos extranjeros, en concreto en países en los que las leyes de ciudadanía se basan en principios de *jus sanguinis*; y tercero, porque es más probable que los migrantes respondan de forma fiable a preguntas sobre el país de nacimiento que sobre la nacionalidad (Cangiano, «Immigration Policy and Migrant Labour Market Outcomes in the European Union»).

tenían el objetivo de reducir el número de trabajadores migrantes y de usarlos como «válvulas de escape» para reducir el desempleo entre los trabajadores nativos, cierto número de migrantes decidió establecerse y traer a sus cónyuges y familias con ellos.⁴ Además, la dificultad de obtener permisos de trabajo en los países del norte de Europa redirigió los flujos de trabajo hacia los países del sur, que hasta entonces se habían dedicado a enviar olas de emigrantes y todavía no habían desarrollado políticas claras de inmigración.⁵ Modifiquemos un poco un dicho muy conocido entre sociólogos italianos sobre la migración: «Los Estados del norte de Europa solo querían manos, en su lugar llegaron seres humanos (y sus mujeres y sus hijos)». Aunque las mujeres siempre habían estado presentes en los flujos migratorios (e incluso de forma predominante, según el país de origen, como en el caso de Filipinas, y según el tipo de movimiento, como en las migraciones de corta distancia), a partir de mediados de los años setenta el número de mujeres que recorría largas distancias aumentó drásticamente.⁶ Tras una cierta ceguera inicial sobre el género durante los años setenta y ochenta, se ha desarrollado una creciente literatura al respecto de la presencia de las mujeres en la migración internacional hacia Europa occidental y de la pluralidad de sus patrones y movimientos migratorios (véase el capítulo 1).⁷ La reagrupación familiar sigue siendo la motivación «oficial» de una parte significativa de la migración femenina al continente, lo que no impide que las mujeres que han entrado como cónyuges o familiares participen en el mercado laboral, a menudo en la economía sumergida.⁸ A pesar del aumento de mujeres migrantes no occidentales y de la variedad y riqueza

⁴ Castles, «Guest-Worker in Western Europe»; Castles y Vezzoli, «Global Economic Crisis and Migration».

⁵ Kofman *et al.*, «Gender and International Migration in Europe».

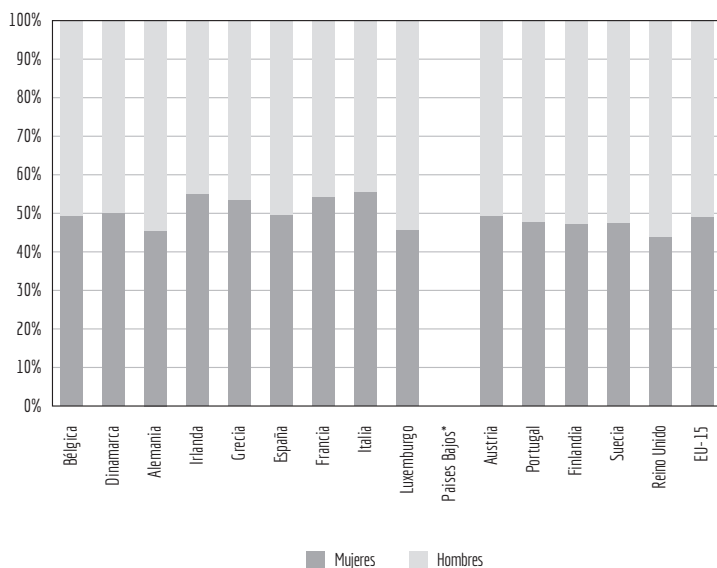
⁶ Kofman *et al.*, *Gender and International Migration in Europe*; Boyd y Grieco, *Women and Migration*; Sinke, «Gender and Migration»; Schiff *et al.*, *International Migration of Women*; Donato *et al.*, «Variations in the Gender Composition of Immigrant Populations».

⁷ Morokvasic, «Birds of Passage Are Also Women...»; Phizacklea, *One Way Ticket*; Simon y Brettell, *International Migration*; Parreñas, *Servants of Globalization*; Kofman *et al.*, *Gender and International Migration in Europe*; George, *When Women Come First*; Oishi, *Women in Motion*.

⁸ Eurostat, *Migrants in Europe*, figura 1.8. Véase también Bridget Anderson, *Doing the Dirty Work*; Parreñas, *Servants of Globalization*; Ehrenreich y Hochschild, *Global Woman*; Cox, *Servant Problem*; Lutz, «When Home Becomes a Work Place»; y Lutz, *New Maids*.

de sus patrones migratorios, sus oportunidades laborales están en realidad muy reducidas a ciertas ocupaciones. Como se ha apuntado anteriormente, la mayoría de quienes participan activamente en el mercado de trabajo de Europa occidental acceden al empleo en una única rama de la economía, a saber, el sector de la reproducción social (limpieza, cuidado doméstico y trabajo de atención sanitaria).⁹ Como señalan cierto número de estudiosos, la demanda de trabajo en este sector ha crecido tanto en los últimos veinte años que ahora se considera la razón principal de la feminización de la migración internacional.¹⁰

Figura 5.1 Población inmigrante nacida en el extranjero por sexos en la UE de los 15 en 2010



Fuente: Cálculos basados en Eurostat (código para los datos en línea: [MIGR_IMM1CTZ])

* Los datos de 2010 no están disponibles para Países Bajos

⁹ Se debe apuntar que el otro sector en el que las mujeres migrantes están sobre-representadas es la industria del sexo. Véase en particular Bernstein, *Temporarily Yours*; Andrijasevic, *Migration, Agency and Citizenship in Sex Trafficking*.

¹⁰ Parreñas, *Servants of Globalization*; Tyner, *Made in the Philippines*; Oishi, *Women in Motion*; Schiff et al., *International Migration of Women*; Rubin et al., *Migrant Women in the European Labour Force*; Organización Internacional del Trabajo, *Domestic Workers across the World*.

En el capítulo 4 mostraba cómo las políticas feminacionalistas de integración retratan a las mujeres no occidentales (y a las musulmanas en particular) como individuos que necesitan independencia y emancipación económica y, sin embargo, las impulsan a trabajar en mercados de trabajo mal pagados (o no remunerados) y muy feminizados, como son el trabajo doméstico y de cuidados. Deberíamos preguntarnos, entonces, si hay una posible conexión entre la segregación de las mujeres migrantes no occidentales y musulmanas en el sector de la reproducción social y la formación ideológica del feminacionalismo. ¿Por qué las feminacionalistas se declaran en solidaridad con estas mujeres como supuestamente sujetos «oprimidos» mientras que ocultan el hecho de que a un gran número de ellas se les exige trabajar, o están ya explotadas, en la economía de los cuidados y la limpieza?

Como he argumentado a lo largo de este libro, los discursos oficiales y las políticas públicas que afectan a la integración de los inmigrantes están muy sesgados por el género. En consecuencia, son los hombres y no tanto las mujeres quienes suponen un problema para el proceso de integración.¹¹ Considerados los creadores y guardianes por excelencia de lo que los europeos occidentales consideran los códigos culturales retrógrados y misóginos, los hombres migrantes no occidentales y musulmanes son acusados de representar el verdadero obstáculo para la «integración social y cultural», y por lo tanto representan una amenaza para Europa occidental en su conjunto. Incluso cuando se trata de la mujer musulmana que usa velo, por ejemplo, son ellos quienes parecen estar detrás del peligro cultural cuando ella se niega a quitarse el hiyab o el burka y por lo tanto a adaptarse a las normas culturales laicas, a ella se la representa como si no lo hiciera de acuerdo con una decisión personal (ya que este relato niega la capacidad de agencia de la mujer musulmana) sino porque está oprimida por el hombre.¹²

¹¹ Este tratamiento distinto de migrantes masculinos y femeninos en los medios europeos se ha señalado en varios estudios. Por ejemplo, para Francia, véase Deltombe y Rigouste, «L'ennemi intérieur»; para Italia, Bonfiglioli, «Intersections of Racism and Sexism in Contemporary Italy»; y para Países Bajos, De Ridder, *De witte Media*.

¹² Fekete, «Enlightened Fundamentalism?», p. 18.

Sin embargo, tal y como he argumentado en el capítulo 4 en particular, deberíamos apuntar que los hombres y mujeres migrantes no occidentales y musulmanes se suelen percibir y retratar de formas distintas también a nivel de integración económica. Por lo tanto, los eslóganes nacionalistas de la derecha que exigen «trabajo para los nacionales» (fundamentales para el éxito electoral de estos partidos) debería entenderse que exigen «trabajo para los *hombres* “nacionales”». La «sexualización del racismo», es decir, el señalamiento de mujeres y hombres migrantes según estereotipos racializados de género, ha sido ampliamente analizada tanto en términos de la «culturalización» de los tropos xenófobos de diferencias supuestamente insalvables entre las culturas (o civilizaciones) occidental y no occidental, como en términos del legado colonial profundamente arraigado en las representaciones estereotipadas del imaginario occidental europeo de las mujeres migrantes no occidentales y musulmanas; pero la lógica político-económica subyacente al feminacionalismo se ha pasado por alto notablemente. Una mirada más cercana a las diferencias entre hombres y mujeres migrantes no occidentales y musulmanes en el terreno *económico* europeo occidental nos permite arrojar más luz sobre ciertas cuestiones igualmente fundamentales sobre el doble rasero (de género) que aplican los gobiernos europeos occidentales nacionalistas y neoliberales a la población migrante.

Con ese objetivo, este capítulo está organizado de la siguiente manera: en primer lugar, analizo el papel específico de los trabajadores migrantes no occidentales en las economías europeas occidentales contemporáneas a partir de las reflexiones teóricas que proporciona el concepto de «ejército industrial de reserva». Desarrollado en particular por Karl Marx en el primer tomo de *El capital*, y posteriormente analizado por sociólogos especialistas en economía y migración a partir de la década de los años setenta, el planteamiento de la mano de obra migrante como un «ejército de reserva» es muy útil para descifrar tanto la categoría económica como la política de este tipo de trabajo particular en su configuración actual. En segundo lugar me centraré en el análisis de la mano de obra de la mujer no occidental y migrante, que está sobrerrepresentada en el sector doméstico y de cuidados, para preguntarme si sus especificidades en las economías occidentales europeas nos dicen algo de la categoría especial de la que disfrutaban las mujeres migrantes no occidentales en las

campañas antinmigración en su calidad de «sujetos salvables» que merecen defensa e incluso «salvación».

Por último, como demostrará la discusión, planteo que el doble rasero que se aplica a las mujeres migrantes no occidentales y musulmanas en el imaginario colectivo como una sección de la población migrante que necesita atención especial e incluso «rescate» no se puede comprender solamente a través de las lentes que ofrecen análisis centrados en la culturalización del racismo, en las agendas laicas de los Estados neoliberales y en la herencia colonial de la sexualización del racismo. Aunque son aspectos cruciales, esta visión debe completarse con una comprensión específica del papel económico de las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales dentro del contexto de las reformas neoliberales en los regímenes de bienestar hacia la llamada mercantilización de los cuidados, la feminización y racialización de ámbitos de trabajo específicos, la gestión de la migración por parte de los Estados europeos y la actual reconfiguración de los roles de género. Todos estos factores contribuyen, argumento, a configurar la mano de obra empleada en el sector reproductivo como «regular» en lugar de como «ejército industrial de reserva».

Los migrantes como ejército industrial de reserva

Los trabajadores migrantes en economías occidentales representan, en la famosa denominación de Marx aunque no solo él la utilizara, un «ejército industrial de reserva», a saber, «una masa de material humano siempre dispuesta a ser explotada».¹³ En el análisis

¹³ Marx, *El capital*. Vol. 1, p. 626. Como argumenta Michael Denning, es un concepto «que suele tomarse como distintivamente marxista ya que aparece en el debate de *El capital* sobre el excedente relativo de población. Sin embargo, Marx simplemente adoptó la retórica del movimiento obrero británico. Los radicales, en concreto los cartistas y los asociacionistas fourieristas, imaginaban a los nuevos trabajadores de las fábricas como grandes ejércitos industriales, y este tropo común llevó al líder de los cartistas, Bronterre O'Brien, a escribir sobre el ejército industrial de reserva en el *Northern Star* en 1839. El joven Engels tomó esta imagen en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* en 1844 y Marx haría referencia a la metáfora ocasionalmente, distinguiendo entre los ejércitos activo y de reserva de la clase trabajadora. A finales del siglo XIX formaba parte de la comprensión común del desempleo: en 1911, incluso la Oficina de Estadística laboral de Massachusetts concluía que «por muy prósperas que sean las condiciones, siempre habrá un "ejército de reserva" de desempleados» (Denning, «Wageless Life», p. 84).

de Marx, (a) el aumento de la magnitud del capital social, es decir, el conjunto de capitales individuales; (b) el aumento de la escala de producción; y (c) el incremento de la productividad de un número creciente de trabajadores provocado por la acumulación de capital crean una situación en la que «la mayor atracción de trabajadores por el capital se ve acompañada por su mayor rechazo».¹⁴ Para Marx, estos tres procesos interrelacionados definen las condiciones según las cuales la población trabajadora da lugar, «junto con la acumulación de capital que ella misma produce, [también a] los medios por los que ella misma se vuelve relativamente superflua, se convierte en un excedente relativo de población; y esto siempre sucede de forma creciente».¹⁵ Marx describe esto como una ley de la población, que es particular del modelo de producción capitalista igual que otros modelos tienen sus leyes de población correspondientes. La paradoja de la creación del excedente de población trabajadora bajo el modelo de producción capitalista es que mientras que es «un producto necesario de acumulación», este excedente de población también es la llave de dicha acumulación; es decir, es lo que «forma un ejército industrial de reserva desechable que pertenece al capital tan absolutamente como si este lo hubiera criado a su costa».¹⁶

El debate sobre la creación del ejército industrial de reserva está estrictamente relacionado con el análisis de Marx sobre la composición orgánica del capital y la tendencia de la acumulación capitalista de promover el aumento «de su componente constante, al precio del variable».¹⁷ En otras palabras, la creación de un conjunto [*pool*] de desempleados e infraempleados (o lo que Marx denomina los tres tipos de ejército industrial de reserva: el fluctuante, el latente y el estancado) se debe a la necesidad del capital de aumentar la masa y el valor de los medios de producción (es decir, las máquinas), al precio de reducir la masa y el valor de la mano de obra viva (es decir, salarios y trabajadores). Así, un elemento crucial en la reducción de los salarios y de los trabajadores, o del capital variable, es el desarrollo técnico y la mecanización, que junto con otros factores conlleva la expulsión

¹⁴ Marx, *El capital*. Vol. 1, p. 625.

¹⁵ Marx, *El capital*. Vol. 1, p. 625.

¹⁶ Marx, *El capital*. Vol. 1, p. 626.

¹⁷ Marx, *El capital*. Vol. 1, p. 623.

de cierto número de trabajadores del proceso de producción y por lo tanto la creación de un excedente de trabajadores que dejen de necesitarse. A pesar de ello, Marx vio un límite ineludible a la mecanización, ya que la fuerza de trabajo es la fuente principal de plusvalía y, por lo tanto, ese componente del proceso de trabajo no se puede reemplazar íntegramente por máquinas. Esta es una de las razones por las que, para garantizar y aumentar la acumulación de capital, la historia del capitalismo ha conocido el desarrollo de ciertas estrategias, todas destinadas a reducir la masa y el valor del capital variable, pero también a limitar los obstáculos de la mecanización total. Algunas de estas estrategias han sido (a) la reubicación de la producción en lugares con fuerza de trabajo barata, en lugar de afrontar costosas inversiones en innovaciones tecnológicas para mantener los lugares de producción en zonas con una fuerza de trabajo «cara» y (b) recurrir a la oferta de mano de obra barata que normalmente proporcionan los trabajadores migrantes, en particular en el caso de sectores productivos no deslocalizables (como la construcción y la industria de servicios, por ejemplo), lo que por lo tanto da lugar a formas de competencia entre los trabajadores «nativos» y «no nativos» por los puestos de trabajo disponibles. Por este conjunto de razones, como testifica el pasaje al inicio de este capítulo, ya en tiempos de Marx los migrantes ocupaban un lugar especial en la reproducción capitalista del excedente de población trabajadora, una situación que permitió que el capitalismo mantuviera la disciplina salarial y que inhibió la solidaridad de la clase trabajadora mediante la aplicación de la lógica del «divide y vencerás». En la Europa occidental del siglo XIX y de principios del XX, solían ser los trabajadores rurales quienes se veían forzados a trasladarse a las ciudades o a las regiones o naciones vecinas debido a la expulsión de sus tierras y al proceso de industrialización, así como a las políticas estatales dirigidas a proporcionar fuerza de trabajo para las crecientes industrias urbanas manufactureras.¹⁸ Desde mediados del siglo XX en adelante, el traslado de trabajadores migrantes a Europa occidental, especialmente al norte de Europa, estaba fundamentalmente compuesto por sujetos del sur de Europa o no europeos (en su mayoría hombres) que buscaban

¹⁸ Burawoy, «Functions and Reproduction of Migrant Labor»; Brox, *Political Economy of Rural Development*.

trabajo en las ciudades más ricas, que solían coincidir con las metrópolis que habían dominado y empobrecido a sus países de origen durante el colonialismo.

A pesar de su poder analítico, el concepto de ejército industrial de reserva no siempre ha conocido gran fortuna. En los años sesenta en concreto, la hegemonía reinante en la sociología de la migración del enfoque de la elección racional que explicaban los movimientos migratorios como el resultado de decisiones individuales ayudó a marginar y desacreditar el concepto marxista clásico dentro de la corriente predominante. Fue solo a partir de los años setenta y ochenta cuando una nueva generación de académicos volvió a utilizar la noción de ejército industrial de reserva para describir a los migrantes como una división específica de la fuerza de trabajo.¹⁹ A través de esta noción, intentaron comprender el trabajo migrante y el crecimiento de las migraciones internacionales dentro de un marco más amplio de desarrollo desigual, de expansión capitalista en sociedades preindustriales, y de la erosión de las economías rurales, así como de acuerdos entre Estados. De esta forma, intentaron resaltar los elementos de sobredeterminación y multidireccionalidad implícitos en tales fenómenos. En su innovador trabajo de 1973, *Los trabajadores inmigrantes y la estructura de clases en la Europa occidental*, Stephen Castles y Gudula Kosack definían «las masas desempleadas de las áreas menos desarrolladas [como] un nuevo tipo de ejército industrial de reserva, uno externo formado por *hombres* desespeados y empobrecidos que pueden ser llamados o enviados tan lejos como dicten los intereses de su empleador».²⁰ Entre los años cincuenta y finales de los sesenta, el empleo de migrantes de las zonas más pobres de Europa occidental permitió mantener bajos salarios industriales en los principales sectores impulsores de la economía (en su mayoría, fabricación y construcción), lo que contribuyó a grandes tasas de beneficio y apoyó el crecimiento del PIB. Al someter a los migrantes a trabajar más horas, a una mayor intensidad de trabajo, a condiciones de trabajo menos

¹⁹ Castles y Kosack, *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*; Castells, «Immigrant Workers and Class Struggles in Advanced Capitalism»; Phizaklea y Miles, *Labour and Racism*; Moulrier-Boutang et al., *Economie politique des migrations clandestines de main-d'oeuvre*; Brox, *Political Economy of Rural Development*.

²⁰ Castles y Kosack, *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*, p. 377 (cursiva de la autora).

seguras y a una mayor incertidumbre laboral, los empleadores se ahorran el coste de la organización del trabajo y de la reproducción social.²¹ El ahorro en la reproducción social era posible también gracias a la contratación de jóvenes migrantes más productivos (es decir, más sanos), lo que permitía a las empresas ahorrarse «el coste de “criar” al trabajador y el de mantenimiento después de que terminara su vida laboral».²² Además, como a menudo estos trabajadores no estaban casados o incluso vivían con sus familias en condiciones significativamente peores que las unidades familiares estándar de no migrantes, los empleadores no debían hacerse cargo de los costes reproductivos del empleado ni de los de sus familias. La «disponibilidad» del ejército industrial de reserva migrante se hizo especialmente evidente tras la crisis de 1973. Esta fue la primera crisis internacional del capitalismo en Europa occidental que coincidió con la presencia masiva de migrantes internacionales de fuera de Europa. Entre 1973 y 1974, se restringió la entrada de trabajadores extranjeros, la tasa de desempleo entre trabajadores migrantes creció dramáticamente, y se establecieron rutas de regreso para animar a los migrantes residentes a volver a sus países de emisión.²³ Además, el creciente clima de xenofobia, exasperado por el creciente desempleo durante la crisis, contribuyó a que se les identificara como «competidores» de la mano de obra nativa, lo que por lo tanto amenazaba cualquier forma de solidaridad de clase y de sindicación.²⁴ Desde la crisis de 1973 en particular, la asociación entre las crisis económicas, las crecientes tasas de paro entre

²¹ Castells, «Immigrant Workers and Class Struggles in Advanced Capitalism», p. 46.

²² Castells, «Immigrant Workers and Class Struggles in Advanced Capitalism», p. 47.

²³ Entre 1973 y 1974, la mayoría de países europeos que habían establecido sistemas de trabajadores invitados durante el período de reconstrucción tras la Segunda Guerra Mundial respondieron a la recesión con medidas para detener la entrada de trabajadores y, en algunos casos, también de sus dependientes. La República Federal de Alemania prohibió la entrada de trabajadores de fuera de la Comunidad Económica Europea (CEE) en noviembre de 1973. En Francia, el gobierno de Giscard D'Estaing anunció la prohibición en julio de 1974. En Países Bajos, Bélgica y Suiza el reclutamiento de trabajadores extranjeros de países fuera de la CEE se detuvo en 1974 (véase Castles, «Guest-Worker in Western Europe»).

²⁴ Castells, «Immigrant Workers and Class Struggles in Advanced Capitalism»; Castles, «Guest-Worker in Western Europe».

trabajadores migrantes y las restricciones de entrada y de acceso a los derechos se ha convertido en un lugar común en la literatura académica.²⁵ Aunque enfoques más recientes siguen utilizando el término de «ejército de reserva» para describir la condición de los trabajadores migrantes, suelen reinterpretarlo, en particular en el intento de abordar la creciente complejidad del trabajo migrante y de los flujos migratorios internacionales en el siglo XXI. En consecuencia, podemos identificar tres tendencias principales en la literatura especializada, que buscan problematizar o reformular el concepto de ejército industrial de reserva en las nuevas condiciones de la coyuntura posfordista neoliberal.

Por un lado, varios académicos sobre inmigración han cuestionado la teoría del ejército industrial de reserva por el énfasis que hace en el antagonismo entre trabajadores y salarios, provocado por la constante tendencia del capital a reducirlos. En este sentido, la mano de obra migrante en las sociedades de Europa occidental en particular se ha analizado en términos de si representa el papel de «competidora» o de «complemento» de la mano de obra nativa.²⁶ Como han demostrado numerosos estudios en toda Europa, los migrantes encuentran sus empleos especialmente en el sector informal, desempeñando aquellos puestos (los trabajos que se consideran sucios, peligrosos y exigentes) que los trabajadores «nacionales» suelen rechazar, debido en gran parte a los salarios extremadamente bajos y a las duras condiciones de trabajo.²⁷ Este enfoque destaca el hecho de que efectivamente los trabajadores migrantes *no* suelen competir con los trabajadores nativos por los mismos puestos ya que, en su lugar, encuentran sus empleos en aquellos sectores que estos últimos han «abandonado». Por ello se ha cuestionado si el trabajo migrante aún debería describirse como un ejército de reserva, una etiqueta que señala un papel (el de «competidor») que los trabajadores migrantes no representan. Mientras que esta perspectiva ha tenido el efecto saludable de neutralizar, o al menos de problematizar, la acusación más apremiante (y falsa) desde el punto de vista político contra los trabajadores migrantes de «robar puestos de

²⁵ Koser, «Impact of the Global Financial Crisis on International Migration»; Tilly, «Impact of the Economic Crisis on International Migration».

²⁶ Reyneri y Baganha, «Migration and the Labor Market in Southern Europe»; Harris, *New Untouchables*.

²⁷ Somerwille y Sumption, «Immigration and the Labor Market».

trabajo», se puede decir también que ha contribuido a reducir la categoría del ejército de reserva a la de competidores por puestos de trabajo. Uno de los posibles efectos políticos de la creación de un ejército de reserva (a saber, su forzoso antagonismo con los empleados nativos) se ha tratado, por lo tanto, como causa o como el elemento que define si una fracción de la fuerza de trabajo pertenece o no al excedente de la población trabajadora.

Por otro lado, hay académicos que defienden que el concepto del ejército industrial de reserva no debería usarse solo para los trabajadores migrantes. Según esta perspectiva, la reestructuración neoliberal de la economía en Europa occidental ha definido las condiciones para convertir a todos los trabajadores en soldados reales o potenciales del mercado laboral. La descentralización de la negociación salarial, la creciente individualización de las condiciones contractuales y el crecimiento de los contratos temporales que sitúan a un número creciente de trabajadores en un estado de extrema precariedad son las recetas principales de la llamada reorganización posfordista del trabajo. En el debate de la «segmentación de la clase asalariada», por ejemplo, Luc Boltanski y Ève Chiapello, citando a Christophe Dejours consideran que «la construcción de un “ejército de reserva” de trabajadores condenados a la inseguridad permanente, a los bajos salarios y a una enorme flexibilidad laboral» es la condición generalizada que afecta en especial a los trabajadores poco cualificados.²⁸ Este argumento identifica una importante tendencia que afecta al estatus de toda la mano de obra en la Europa occidental contemporánea. Además, destaca el hecho de que la creación de un ejército de reserva no se restringe al caso de los trabajadores migrantes, sino que es el resultado estructural del actual sistema económico. Sin embargo, los límites de este planteamiento, bajo mi punto de vista, residen en su desmedida amplitud y consecuente disolución de la noción de ejército de reserva, lo que socava su valor analítico. En concreto, al clasificar a los trabajadores nacionales y migrantes por igual, como tropas de rango indeterminado del ejército industrial de reserva internacional bajo el neoliberalismo, se nos escapan algunas diferencias fundamentales, a saber, la privación de los derechos políticos y sociales que sufren los trabajadores migrantes y las consecuentes peores condiciones de

²⁸ Boltanski y Chiapello, *New Spirit of Capitalism*, p. 231.

vida y trabajo que conocen.²⁹ En su calidad de no ciudadanos, a menudo residentes o trabajadores «ilegales», los migrantes son aún la mano de obra más desechable y frágil de las sociedades occidentales. Aunque la mano de obra migrante se ha vuelto mucho más compleja en los últimos veinte años, con formas de empleo informal y por cuenta propia en los llamados «enclaves étnicos» de los migrantes y a pesar de que se han creado varias capas de mercados laborales segmentados en auge, los trabajadores migrantes se han mantenido en el filo del desempleo.³⁰

Algunos académicos, por otro lado, otorgan más importancia al papel del Estado en su ayuda a la creación de ejércitos industriales de reserva a través de la desregulación del mercado, las reformas del bienestar y la «migración gestionada». En lugar de proporcionar formas de protección social para el número creciente de desempleados o infraempleados, las políticas estatales de los últimos cincuenta años han servido para acentuar la individualización de los contratos de trabajo, lo que ha coadyuvado a la precarización y el desempleo de grandes masas de población trabajadora. Además, el cierre de las fronteras estatales y las reformas en el control de la inmigración hacia la promoción de la migración temporal (o circular) han servido en realidad para convertir a muchos migrantes en soldados de reserva desempleados o infraempleados en el momento en el que caduca su visado o su contrato de trabajo. En consecuencia, y como se ha planteado en el caso británico de tal forma que puede ampliarse fácilmente a otros contextos de Europa occidental, el concepto de un ejército industrial de reserva recoge con precisión la reciente dirección de las políticas de inmigración, «que tratan a los trabajadores migrantes como unidades de trabajo en lugar de como ciudadanos, el abastecimiento que puede (en teoría por lo menos) aprovecharse o desecharse».³¹ Por lo tanto, la creación de un excedente de población trabajadora no es solo el resultado de la lógica intrínseca de

²⁹ En el mejor de los casos, esto es, cuando son residentes y trabajadores legales, el permiso de trabajo de los migrantes en toda Europa occidental depende cada vez en mayor medida de la duración del contrato de trabajo, por lo tanto, recrea un sistema *Gastarbeiter*. Sin el permiso de trabajo, pueden ser residentes legales y trabajadores ilegales del sector informal, o íntegramente ilegales y por lo tanto estar sujetos a duras regulaciones e incluso a la deportación.

³⁰ Portes y Sensenbrenner, «Embeddedness and Immigration»; Zhou, *Chinatown*; Piore, *Birds of Passage*.

³¹ May *et al.*, «Keeping London Working», p. 162.

la acumulación del modelo productivo capitalista, sino también del papel activo del Estado como mediador más importante de los intereses capitalistas bajo el capitalismo neoliberal.

Si seguimos en concreto este último enfoque, me gustaría sugerir que la noción marxista del ejército industrial de reserva, junto con esas teorías que destacan el funcionamiento del Estado nación en su ayuda para producir y reproducir dicha reserva, es una herramienta fundamental para describir las condiciones de la mano de obra migrante en la coyuntura actual. En concreto, nos permite descifrar los procesos económicos y políticos de la construcción de los trabajadores migrantes como una nueva clase global de desposeídos de varias formas. Destaca cómo el papel de mano de obra «desechable» y «sustituible» que representan los migrantes dentro de la economía global es un resultado estructural de la acumulación capitalista y un fenómeno provocado por las propias migraciones internacionales. Los migrantes suelen ser trabajadores desempleados que, debido al fracaso de los programas de ajuste estructural y al despojo de sus tierras, se vieron expulsados de los procesos de producción en sus países de origen como parte de un «excedente de la población trabajadora»; además, son los primeros en perder sus trabajos y en llenar las filas del ejército de reserva estancado de Europa occidental cuando se da un conflicto, como demostró la crisis del petróleo de 1973 y confirmó la reciente crisis económica.³² Mientras que en periodos de auge económico y bajas tasas de desempleo los empleadores suelen beneficiarse de los empleados migrantes y los usan para imponer la disciplina salarial, durante los periodos de recesión o estancamiento económico, estos mismos trabajadores se convierten en chivos expiatorios de la mala situación económica. Hoy en día, por toda Europa, los migrantes se suelen presentar como reserva de mano de obra barata cuya presencia amenaza a los trabajadores «nacionales» con la pérdida de empleo, la bajada de ingresos y el empeoramiento de las provisiones de bienestar (colegios, servicios de sistemas de salud, vivienda, etc.). Las elevadas tasas de desempleo, las

³² La crisis del petróleo de 1973 se considera oficialmente la fecha a partir de la cual comenzaron las políticas para detener la entrada de flujos de inmigración y tras la cual muchos trabajadores migrantes (especialmente aquellos del sur de Europa) tuvieron que regresar a sus países de origen, ya fuera por haber perdido sus empleos o por las restricciones de los derechos de residencia.

consecuencias de la dramática crisis económica más reciente y la continua erosión de los derechos de los trabajadores son todos elementos que intensifican la idea de la competencia entre los trabajadores «nacionales» y «no nacionales». En este contexto, el auge significativo de los partidos nacionalistas de derechas que hacen campaña bajo el lema de oposición a la inmigración, y a los migrantes musulmanes en particular, por ser una amenaza económica y social, muestra cómo se han beneficiado estos partidos del clima de temor al extranjero que ellos mismos alimentan, un clima que parece ser resultado habitual de los tiempos de crisis.

A pesar de esto, como he planteado antes, las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales en la Europa occidental contemporánea no se presentan ni se perciben de la misma manera que los migrantes hombres. No solo se salvan de ser representadas como un peligro económico y social para la población europea occidental como se hace con los hombres, sino que además se las presenta como sujetos a quienes los supuestamente bondadosos nacionalistas y neoliberales quieren integrar y emancipar. Además, el papel que desempeñan estas mujeres dentro de la economía capitalista actual, como fracción de la mano de obra migrante segregada en un nuevo sector mercantilizado, el trabajo doméstico y de cuidados, podría decirse que también es diferente. ¿Por qué esto es así?

La migración femenina y la mercantilización del trabajo doméstico y de cuidados

Como he señalado en la introducción de este capítulo, las mujeres musulmanas y no occidentales se concentran en muy pocos puestos; en Europa occidental, el 42 por ciento de ellas trabajan solo en tres sectores: el sector doméstico y de cuidados en hogares privados, el sector de los cuidados en los hospitales y las actividades de limpieza y cuidado residencial o a domicilio (tabla 5.1). Las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales suelen encontrar trabajo en la llamada reproducción social, en la que el trabajo doméstico y de cuidados en hogares privados absorbe un cuarto de media, y de casi un tercio a la mitad en los países mediterráneos (50 por ciento en Italia, 38 por ciento en

Grecia, 36 por ciento en España y 29 por ciento en Portugal).³³ Mientras que las estadísticas oficiales recogen un 22 por ciento de mujeres «nacidas en el extranjero» como empleadas en el trabajo doméstico y de cuidados en los países de Europa occidental, solo el cinco por ciento de las mujeres «nativas» trabajan en ese mismo sector.

La diferencia entre mujeres nacidas en el extranjero o en el país llega incluso al 11 por ciento frente al 1 por ciento si tenemos en cuenta solo a aquellas mujeres empleadas en «actividades en hogares como empleadas de personal doméstico», que incluye en su mayoría a aquellas trabajadoras del hogar contratadas por familias individuales. Aunque las estadísticas oficiales enfatizan la importancia de las mujeres nacidas en el extranjero para el sector, estos datos suelen ser en su mayoría «conservadores» porque es difícil proporcionar una estimación fiable de las migrantes empleadas como trabajadoras domésticas y de cuidados. Esto se debe a las diferencias en la recopilación de datos en distintos países y sobre todo al hecho de que una gran parte de este trabajo lo realizan migrantes indocumentadas o en la economía sumergida.³⁴ Las trabajadoras migrantes domésticas y de cuidados en los hogares privados afrontan condiciones de trabajo diferentes, según la gestión que haga el país de la mano de obra migrante no cualificada y de la prestación de cuidados, así como de la cultura específica de los cuidados. De esta manera, las migrantes pueden ser contratadas por horas (o de forma irregular), como suele ser el caso en Francia y Países Bajos o como internas, como en Italia y España.³⁵

³³ Organización Internacional del Trabajo, *Domestic Workers across the World*. La Clasificación Internacional Uniforme de Ocupaciones de la organización define «trabajador doméstico», «trabajador a domicilio» y «ayudante doméstico» como una persona contratada a tiempo completo o parcial en un hogar o residencia privada. Los trabajadores domésticos pueden ser cocineros, sirvientes, enfermeros, cuidadores infantiles o cuidadores de personas mayores o discapacitadas. Como la dimensión del cuidado es parte integral de las tareas de los trabajadores domésticos, a lo largo del texto se usa el término «trabajadoras domésticas y de cuidados» para referirse a todas las trabajadoras contratadas en hogares privados.

³⁴ Por ejemplo, un estudio reciente de Schwenken y Heimeschoff afirma que en Europa «las estimaciones aproximadas solo de trabajadoras domésticas irregulares alcanzaban el millón» (Schwenken y Heimeschoff, *Domestic Workers Count*, p. 9). Sobre las trabajadoras domésticas irregulares véase también Triandafyllidou, *Irregular Migrant Domestic Workers in Europe*.

³⁵ Scrinzi, «Gender, Migration and the Ambiguous Enterprise of Professionalizing Domestic Service»; van Walsum, «Regulating Migrant Domestic Work in the Netherlands»; Finotelli y Arango, «Regularisation of Unauthorised Immigrants in Italy and Spain»; Ambrosini, «Surviving Underground».

Tabla 5.1. Los cinco sectores principales de empleo para mujeres de origen extranjero en EU-15 en 2012 (porcentajes)

País	Cuidado doméstico trabajo en ámbito privado (Nace2 97-98)*	Cuidado en residencias centros de salud y otros servicios (Nace2 86, 87, 96)	Servicios de restauración (Nace2 56)	Comercio al por menor (Nace2 47)	Servicios en hogares (actividades de limpieza) (Nace2 81)	Todos los sectores
Austria	3	15	12	12	11	100
Bélgica	12	13	8	6	24	100
Alemania	7	15	10	12	10	100
Dinamarca	14	15	7	7	9	100
España	36	8	15	9	6	100
Finlandia	8**	24	6	15	11	100
Francia	24	18	6	9	10	100
Grecia	38	8	15	10	7	100
Irlanda	7	20	12	17	6	100
Italia	50	10	9	4	6	100
Luxemburgo	17	6	6	2	8	100
Países Bajos	9,3**	16	9	13	11	100
Portugal	29	14	20	8	10	100
Suecia	8,6**	19	9	6	11	100
Reino Unido	5	19	7	9	6	100
EU - 15	22	14	10	9	8	100

Fuente: Cálculos basados en la Labor Force Survey. Datos de Eurostat consultados el 31 de mayo de 2013.

*«Nace2» es la clasificación estadística de las actividades económicas en la Comunidad Europea. Pueden verse los detalles de esta clasificación en <http://ec.europa.eu/eurostat/ramon/index.cfm?TargetUrl=DSPUBWELC&StrLanguageCode=EN>.

**No hay datos disponibles para «Actividades en el hogar como empleadores de personal doméstico» (Nace2 97).

Para comprender la *excepción* que representan las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales en la Europa occidental contemporánea como mano de obra migrante que parece estar a salvo de acusaciones de amenaza económica, social o cultural, tenemos que mirar más de cerca al trabajo doméstico y de cuidados. En otras palabras, si queremos descifrar la materialidad de la ideología feminacionalista en Países Bajos, Francia e Italia, debemos prestar mucha atención a los actuales acuerdos institucionales e informales que asumen estos países al lidiar con el trabajo doméstico y de cuidados y con las trabajadoras migrantes. ¿Qué es lo que distingue al sector doméstico y de cuidados, en el que encuentran trabajo, o al que se dirige para que lo busquen, a la mayoría de las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales, de otros sectores en los que suelen trabajar los hombres?

Países Bajos

Como afirma una de las principales académicas neerlandesas sobre trabajadoras domésticas migrantes, Sarah van Walsum, «los principales investigadores neerlandeses sobre las políticas en torno a la mano de obra migrante han ignorado sistemáticamente el hecho de que muchas migrantes trabajan (ilegalmente) en hogares neerlandeses, mientras que pocos de los investigadores cuantitativos que han estudiado el mercado neerlandés de los servicios domésticos (no declarados) se han manifestado sobre el papel que migrantes y minorías étnicas representan en este sector».³⁶ Aun así, como demuestran varias fuentes (institutos de investigación e informes sindicales, tesis de posgrado y organizaciones de trabajadoras domésticas) las mujeres migrantes no occidentales (normalmente indocumentadas) y de minorías étnicas no solo tienen una gran presencia en los hogares neerlandeses, en especial como cuidadoras del hogar y de los niños, sino que se prevé que su presencia crezca en los próximos años. La reestructuración en el sistema de cuidado de los mayores y los cambios que afectan a los patrones de empleo de las mujeres señalan especialmente en esta dirección. Por lo tanto, un breve resumen del régimen de bienestar neerlandés con perspectiva histórica nos ayudará a arrojar luz sobre este fenómeno.

³⁶ Van Walsum, «Regulating Migrant Domestic Work in the Netherlands», p. 142.

La demanda de trabajadoras migrantes en el sector de los cuidados y en especial el doméstico en Países Bajos ha aumentado poco a poco desde principios de los años ochenta. Ha ido de la mano con la puesta en marcha de leyes dirigidas a aumentar la participación de las mujeres neerlandesas en el mercado laboral y a través de la creación de figuras semiprofesionales, como la de la «ayudante alfa» [*alphahulp*], con condiciones de trabajo precarias y desregularizadas. El papel de la ayudante alfa, una persona cuidadora que trabaja directamente con las personas mayores o dependientes en casa, se introdujo en 1977. Esta figura se promovió expresamente como una medida para aumentar la tasa de actividad de las mujeres neerlandesas (por aquel entonces de las más bajas de Europa), partiendo de la base de que, como sus salarios solo servirían para complementar a los de sus maridos, podrían trabajar en peores condiciones.³⁷ Así, la figura de la ayudante alfa estaba exenta de impuestos, sin un sueldo mínimo garantizado y sin prestaciones por desempleo o enfermedad. Desde 2007, con la descentralización a los municipios de la prestación de servicios domésticos subvencionados (*WMO—Maatschappelijke Ondersteuning*), la contratación de ayudantes alfa ha vuelto a dispararse, pero hoy es probable que muchas de ellas sean migrantes. Según la nueva regulación, los empleadores privados que contraten a una trabajadora doméstica, incluidas las llamadas ayudantes alfa, durante no más de tres días a la semana, están exentos de impuestos y no se exige que paguen las contribuciones de la Seguridad Social ni que registren la relación laboral. Desde la introducción del WMO, se ha registrado «un notable aumento del porcentaje de ayudantes alfa contratadas para la prestación de servicios domésticos subvencionados, del 20 al 80 por ciento», junto con un «crecimiento en la contratación de personal a través de empresas comerciales de limpieza, un segmento del mercado laboral neerlandés en el que las minorías étnicas están sobrerrepresentadas».³⁸ Aunque

³⁷ Van Hooren, «Caring Migrants in European Welfare Regimes»; van Walsum, «Regulating Migrant Domestic Work in the Netherlands». Según van Walsum: «Mientras que antes se tipificaba a las trabajadoras domésticas como amas de casa que solo ganaban un dinero extra y podían recurrir a los ingresos de sus maridos, ahora se las representa como trabajadoras (casi) autónomas que asumen por sí mismas los riesgos de enfermedades, reveses económicos y otras calamidades» (p. 145).

³⁸ Van Walsum, «Regulating Migrant Domestic Work in the Netherlands», p. 147.

no está claro aún cuál es la tasa real de trabajadoras «alóctonas» en este nuevo escenario descentralizado, también sabemos que los municipios neerlandeses presionan a las mujeres de minorías étnicas (a menudo musulmanas) para que acepten estos puestos en el sector doméstico y de cuidados, normalmente a través de programas de integración en el caso de las mujeres migrantes no comunitarias / no occidentales (véase el capítulo 4). Por lo tanto, las nuevas regulaciones han promovido mucho la reproducción del trabajo doméstico y de cuidados como un sector informal y escondido en el que es cada vez más probable que migrantes indocumentadas y desprotegidas, o mujeres de minorías étnicas, encuentren empleo. Estudios desarrollados a nivel local por institutos de investigación, sindicatos e investigadores que trabajan en la materia hablan de más de un millón de migrantes (a menudo indocumentadas) que trabajan por horas como ayudantes domésticas (cuidadoras del hogar y a veces niñeras) en hogares privados.³⁹ Aunque las políticas de inmigración neerlandesas son muy restrictivas y resulta «prácticamente imposible obtener un permiso de trabajo para servicios domésticos o de cuidados», sí han contribuido a que el sector demande más mujeres nacidas en el extranjero.⁴⁰ En lo que respecta al cuidado social de mayores dependientes en instituciones «públicas», las estadísticas oficiales hablan de una pequeña subida en el número de trabajadoras alóctonas entre 1999 y 2004 en comparación con otros sectores de la economía.⁴¹ El número relativamente bajo de trabajadores migrantes de primera generación en el sector del cuidado de mayores en instituciones públicas se ha debido en gran medida al hecho de que esta rama de la economía ofrece condiciones de trabajo relativamente buenas, con la posibilidad de trabajar media jornada y de crecer profesionalmente.⁴²

En Países Bajos, por lo tanto, las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales suelen verse relegadas a los trabajos desregulados, no cualificados y mal pagados en la economía doméstica y de los cuidados privados. Aunque las estadísticas

³⁹ Botman, «Gewoon Schoonmaken».

⁴⁰ Van Hooren, «Caring Migrants in European Welfare Regimes», p. 145; Glendinning y Moran, «Reforming Long-Term Care»; van Walsum, «Regulating Migrant Domestic Work in the Netherlands», p. 147.

⁴¹ Van Hooren, «Caring Migrants in European Welfare Regimes».

⁴² Pijl y Ramakers, «Contracting One's Family Members».

oficiales ignoran totalmente su importancia en este sector, las nuevas regulaciones estatales sobre la contratación descentralizada en el cuidado social, así como la gestión de la migración y los programas de integración animan cada vez a más mujeres migrantes a trabajar en este nicho de la economía, para el que la oferta de nativas es escasa.

Francia

Como en Países Bajos y en otros países de la UE, en Francia, las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales, así como aquellas de otras minorías, están sobrerrepresentadas en los sectores del cuidado social y doméstico [*services à la personne*].⁴³ Esto tiene que ver tanto con el dinamismo económico de las profesiones de cuidado social y trabajo doméstico (debido al envejecimiento de la población y a la creciente tasa de actividad de la mujer francesa), como con la posibilidad de trabajar en este sector sin certificados ni diplomas. Francia es uno de los países de la UE con la mayor tasa de actividad económica de mujeres y con el mayor número de ellas trabajando a tiempo completo.⁴⁴ Sin embargo, eso no se ha traducido en un reparto justo del trabajo doméstico y de cuidados entre los sexos. Para abordar este problema, desde inicios de los años noventa se han puesto en marcha una serie de proyectos con el principal objetivo de simplificar los procedimientos y reducir el coste relacionado con la externalización del trabajo doméstico y de cuidados a empleadas remuneradas. En 2006, el gobierno francés introdujo el *chèque emploi-service universel* (CESU; cheque de servicio de empleo universal), presentado como una medida dirigida a «ofrecer a los ciudadanos franceses “los medios para articular mejor sus vidas familiares y profesionales” al liberarles de las cargas del día a día y al ampliar el uso de servicio doméstico remunerado para “el mayor número de personas posible”».⁴⁵ Con el proyecto CESU una familia puede contratar a una trabajadora doméstica y pagarla con cheques que se pueden adquirir en el banco local. Los empleadores se benefician ya que

⁴³ Jolly *et al.*, «L'emploi et les métiers des immigrées», pp. 27-28.

⁴⁴ Windebank, «Outsourcing Women's Domestic Labour».

⁴⁵ Windebank, «Outsourcing Women's Domestic Labour», p. 258.

pueden solicitar una reducción de impuestos del 50 por ciento del coste, mientras que el empleado percibe el salario mínimo nacional. Además, las empresas pueden colaborar con el coste que asumen sus empleados al adquirir estos cheques y solicitar una reducción de impuestos del 25 por ciento del gasto. La contratación de trabajadoras domésticas no solo se da mediante contratación directa por parte de un empleador, sino mediante otros actores como empresas privadas que ofrecen servicios de limpieza, jardinería y mantenimiento del hogar y asociaciones sin ánimo de lucro que ofrecen cuidado de mayores y niños. En todos los casos, las nuevas políticas CESU se han convertido en el principal generador de empleos en el sector doméstico y de cuidados. Como defiende Scrinzi, «aunque contribuyen a la regularización del empleo no declarado en este sector, estas políticas no desafían la asociación de este tipo de puestos con el trabajo femenino doméstico no remunerado».⁴⁶ Además, refuerzan «las divisiones étnicas y de nacionalidad, basadas en el distinto acceso de las familias al servicio de los cuidados mercantilizado» y «han resultado en una mayor segmentación del mercado laboral según una organización del trabajo racializada y por género».⁴⁷ A pesar de las pruebas que sugieren que las mujeres musulmanas y no occidentales representan la mayor parte de la oferta para los trabajos domésticos y de cuidados, cuya demanda está en auge, los gobiernos franceses, como sus homólogos neerlandeses, se han mostrado reacios a reconocer que ese tipo de trabajo es un sector económico muy significativo para los migrantes. Como resultado, no se emite ningún tipo de permiso de trabajo específico para las trabajadoras domésticas. Además, en Francia las estadísticas muy pocas veces se refieren a «categorías étnicas» con la consecuencia de que hay pocos datos que reflejen la nacionalidad o el país de origen de estas trabajadoras. A pesar de ello, un estudio de los patrones de cuidado de ancianos demostró que se ha convertido en un trabajo refugio para mujeres musulmanas que se enfrentan a la discriminación y al racismo en otro tipo de empleos.⁴⁸

⁴⁶ Scrinzi, «Gender, Migration and the Ambiguous Enterprise of Professionalizing Domestic Service», p. 156.

⁴⁷ Scrinzi, «Gender, Migration and the Ambiguous Enterprise of Professionalizing Domestic Service», p. 156.

⁴⁸ Avril, «Aide à domicile pour personnes âgées».

Italia

La demanda creciente de atención social por parte de las familias italianas, en los últimos veinte años en particular, es el motivo detrás del aumento de migrantes empleadas por hogares privados como cuidadoras de la casa y sobre todo como niñeras [*badanti*; sing., *badante*]. Esta situación no solo ha recibido una atención cada vez mayor por parte de los medios de comunicación, sino que también ha llevado a sociólogos y académicos expertos en migración y a feministas a hablar de una transición esencial que tiene lugar en la sociedad italiana de un «modelo de cuidados familiar» a un «modelo de cuidados del *migrante en la familia*».⁴⁹ En Italia la familia es el agente principal que proporciona el cuidado de los mayores, discapacitados y niños. No obstante, el reconocimiento del papel crucial que desempeñan las familias no se ha traducido en políticas que apoyen a sus miembros en sus actividades de cuidado (como una prestación pública o servicios de cuidado públicos o asequibles). Por ejemplo, en el caso de las personas mayores dependientes, la forma principal de cuidado a largo plazo (LTC, por sus siglas en inglés) es un subsidio de asistencia en efectivo [*indennità di accompagnamento*], una cantidad otorgada según la incapacidad probada de la persona que se puede gastar a la completa discreción del beneficiario. El subsidio de asistencia en efectivo se estableció en 1980 para lidiar con la demanda de cuidados por parte del «ciudadano que no puede trabajar y no dispone de los medios necesarios para sobrevivir».⁵⁰ Según datos oficiales, en 2011 casi cinco millones de personas recibieron algún tipo de pensión social o subsidio de asistencia.⁵¹ En lo que respecta al cuidado infantil, en particular de niños de cero a tres años, los servicios de cuidados son en su mayor parte privados y el número de cuidadoras es insuficiente para responder a las necesidades de las familias trabajadoras. Además, el cuidado infantil público [*scuola materna*] en Italia se presta a niños de tres a seis años. Debido a esta falta o insuficiencia de servicios de cuidados para mayores y niños,

⁴⁹ Bettio *et al.*, «Change in Care Regimes and Female Migration».

⁵⁰ Instituto Nacional de Seguro Social, *Istituto Nazionale di Previdenza Sociale (INPS)*, 2012; disponible online.

⁵¹ INPS, «Osservatorio sulle pensioni», 17 de enero de 2012, disponible online.

públicos y asumibles, las trabajadoras migrantes no occidentales desempeñan un papel crucial. En 2010 el Instituto Nacional de Seguros Sociales (INPS, por sus siglas en inglés) registró 871.834 contratos a cuidadoras y trabajadoras del hogar [*domestiche, colf e badanti*], mientras que las estadísticas hablan de más de un millón de empleadas en este sector, en su mayoría informales, de las cuales muchas son migrantes.⁵² La mayoría de mujeres no italianas empleadas en este sector proceden de Europa del Este, aunque los estudios a nivel local muestran que hay mujeres de todas las regiones del Sur global, sobre todo porque son las únicas oportunidades de trabajo que tienen en el país.⁵³ Sin duda, las razones por las que las mujeres migrantes no occidentales se han vuelto tan importantes en las familias italianas, y por las que su número ha aumentado tanto en los últimos veinte años, es la falta de servicios de atención pública y el elevado coste de los privados, así como el hecho de que externalizar el trabajo a mujeres migrantes permite que las familias italianas mantengan el modelo familiar y la división de las tareas en función del género, además de ahorrar dinero, ya que las migrantes trabajan más horas por salarios muy bajos.⁵⁴ Por lo tanto, el «modelo del migrante en la familia» representa sobre todo una solución con un coste asumible y aceptable en el plano del género.⁵⁵ Por último, es de vital importancia en el contexto de este estudio, señalar el papel que desempeñan las políticas de inmigración al promover la contratación de mujeres migrantes musulmanas y no occidentales como trabajadoras domésticas y de cuidados. En 2002, la nueva y dura ley sobre inmigración, la llamada ley Bossi-Fini (que tomó su nombre de los líderes de la LN y *Alleanza Nazionale*, Alianza

⁵² Sergio Pasquinelli, «Badanti», disponible en http://www.qualificare.info/home.php?id=585#_ftn1

⁵³ En mi propia investigación sobre las trabajadoras migrantes domésticas y de cuidados en la ciudad de Roma, descubrí que mientras las migrantes de Europa del Este suelen trabajar como internas, las migrantes del norte de África y de Bangladesh, por ejemplo, trabajan más a menudo a tiempo parcial y como externas (Farris, «Le donne nei processi di integrazione»).

⁵⁴ Esto es especialmente cierto en el caso de trabajadoras internas, es decir, trabajadoras domésticas y de cuidados que viven y trabajan en los hogares del empleador. Como trabajadoras internas, suelen estar disponibles veinticuatro horas al día y perciben salarios más bajos porque el alojamiento y las comidas las proporciona el empleador.

⁵⁵ Van Hooren, «Caring Migrants in European Welfare Regimes», p. 59.

Nacional, respectivamente, es decir, los partidos antinmigración más activos en el gobierno) fue seguida al poco tiempo por la regularización de las trabajadoras domésticas y de cuidados. A pesar de las duras restricciones sobre inmigración que recogía la nueva ley, fue reveladora la declaración de apoyo de la LN a la regularización de «todos aquellos extracomunitarios, la mayoría de los cuales son mujeres, que desarrollan actividades de gran importancia para las familias».⁵⁶ En 2005, con el gobierno neoliberal de Berlusconi, se emitieron por primera vez cuotas específicas de inmigración para trabajadoras domésticas y de cuidados, lo que permitió la entrada al país de 15.000 trabajadoras domésticas y de cuidados, es decir, el mismo número que se estableció para todas las demás profesiones. En 2006, el mismo gobierno «permitió la entrada de otras 45.000 trabajadoras domésticas y de cuidados, cifra que incluso superaba el total (33.500) definido para el resto de profesiones».⁵⁷ El endurecimiento de la agenda antinmigración del nuevo gobierno de Berlusconi en 2008 dio lugar a la suspensión de las cuotas de inmigración, que se presentó como una respuesta a la crisis económica global que aparentemente hacía innecesario que se recurriera a los trabajadores migrantes. Sin embargo, se hizo una excepción para las trabajadoras domésticas y de cuidados, para quienes se estableció una cuota récord de 105.400. En 2009, el gobierno otorgó así, una amnistía solo para inmigrantes ilegales que trabajaran como cuidadoras [*badanti*], ya que ese se consideraba el único sector en el que la demanda de mano de obra no podría satisfacerse con la oferta nacional. En esta ocasión, Roberto Maroni de la LN (entonces ministro del Interior) declaraba de nuevo: «No puede haber una regularización para quienes entraron ilegalmente, para aquellos que violaron a una mujer o robaron un chalet, pero sin duda tendremos en cuenta aquellas situaciones que tienen un gran impacto social, como es el caso de las migrantes cuidadoras».⁵⁸ Así, los partidos antinmigración de la derecha como la LN parecen querer mirar para otro lado ante las migrantes indocumentadas cuando son mujeres que trabajan en el sector doméstico y de cuidados.

⁵⁶ Roberto Maroni citado en Van Hooren, «Caring Migrants in European Welfare Regimes», p. 67.

⁵⁷ Van Hooren, «Caring Migrants in European Welfare Regimes», p. 68.

⁵⁸ Entrevista «Maroni: “No sanatoria immigrati”», *La Repubblica*, 17 de mayo de 2008; disponible online.

Como muestra este breve resumen de la situación en los tres países, el envejecimiento de la población y la creciente participación de las mujeres «nacidas en el país» en el mercado de trabajo en los últimos veinte años (sin que se haya dado una mejora de los servicios de atención públicos ni cambios en la división sexual del trabajo dentro del hogar) han sido dos de las razones más importantes para la creciente demanda de cuidadoras privadas y trabajadoras del hogar, así como un potente impulso para la feminización de los flujos migratorios contemporáneos. Incluso en el caso de mujeres musulmanas que son ciudadanas europeas, como suele ser el caso más en Francia y Países Bajos que en Italia, el trabajo doméstico y de cuidados ha sido su sector principal de empleo. A pesar de que sufren discriminación y se les invita a quitarse el velo, las mujeres musulmanas también se ven cada vez más impulsadas a aceptar empleos en la reproducción social tanto para suplir la creciente demanda de cuidadoras y trabajadoras del hogar, como para evitar que recurran a las prestaciones por desempleo. Aun así, junto a este conjunto de fenómenos, Fiona Williams y Anna Gavanas también señalan que «no es solo la *falta* de prestaciones públicas lo que define la demanda de cuidado infantil, sino *la propia naturaleza del apoyo estatal disponible*».⁵⁹ Como hemos visto, las formas de prestaciones estatales en efectivo o en forma de beneficios fiscales en Países Bajos, Francia e Italia se han implantado para ayudar a los hogares a contratar la ayuda para el cuidado de ancianos, trabajo doméstico y cuidado infantil. Tanto las prestaciones en efectivo como los beneficios fiscales tuvieron el efecto de impulsar el desarrollo de la «mercantilización del cuidado» y de los servicios domésticos que, por lo general, se buscan de forma privada en el mercado, donde las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales representan la mayor parte de la oferta.⁶⁰

En la actual coyuntura social y demográfica, el papel del Estado en la privatización de los servicios de cuidados (lo que lleva a las familias a buscar soluciones económicas en el mercado), así como las crecientes tasas de participación de las mujeres

⁵⁹ Williams y Gavanas, «Intersection of Child Care Regimes and Migration Regimes», p. 14 (cursiva de la autora).

⁶⁰ Ungerson, «Commodified Care Work in European Labor Markets»; Pavolini y Ranci, «Restructuring the Welfare State».

nativas en el empleo remunerado (lo que suele implicar que estén obligadas a encontrar a quien las sustituya en sus hogares y sea «aceptable en el marco de género») son por lo tanto factores muy importantes que nos pueden ayudar a explicar por qué las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales no reciben el mismo trato que sus homólogos hombres. En lugar de «robar los puestos de trabajo», «chocar culturalmente» y «parasitar» las prestaciones de bienestar, estas mujeres son en realidad *sirvientas* que ayudan a mantener el bienestar de las familias e individuos europeos occidentales. Son proveedoras de trabajos y bienestar: son quienes, al ayudar a las mujeres europeas occidentales a liberarse del género sustituyéndolas en los hogares, permiten a estas mujeres «nacionales» ser trabajadoras en el mercado de trabajo «productivo». Además, son ellas las que contribuyen a la educación de los niños y a la reproducción corporal y la vida emocional de mayores y discapacitados y proporcionan así los activos del bienestar que los Estados se ocupan cada vez menos de proporcionar. Solo con este contexto me parece que podemos comprender por qué las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales que trabajan (o a las que se anima a trabajar) en la reproducción social, reciben una ayuda excepcional en el proceso de regularización (como en Italia) por parte de partidos nacionalistas que, por lo demás, son duros oponentes a la entrada de migrantes.

Sin embargo, para comprender por completo el papel de la mano de obra femenina migrante dentro de las sociedades contemporáneas neoliberales de Europa occidental, es decir, para explicar por qué estas connotaciones de trabajo de «reproducción social» nos permiten arrojar luz sobre la materialización de la lógica político-económica de la ideología del feminacionalismo, es importante analizar cuáles son las diferencias entre el sector doméstico y de cuidados de otros sectores en los que trabajan mayoritariamente migrantes masculinos. En otras palabras, debemos preguntarnos: ¿hay algo específico del trabajo doméstico y de cuidados que pueda explicar tanto su actual configuración feminizada y racializada, como la sustracción de las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales del *campo enemigo* que conforman fundamentalmente hombres migrantes?⁶¹ ¿El hecho

⁶¹ Sobre el uso del concepto del «campo enemigo», véase el capítulo 2.

de que estas mujeres sean un elemento tolerable de la mano de obra migrante en calidad de trabajadoras domésticas y de cuidados (reales o potenciales) es simplemente un fenómeno contingente, o hay algo más estable y estructural en el hecho de que se sitúen en este nuevo sector mercantilizado de la economía? ¿Las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales que trabajan en el sector doméstico y de cuidados representan un «ejército industrial de reserva» del mismo modo que los hombres migrantes lo hacen en las economías europeas occidentales?

El debate de las particularidades del trabajo doméstico y de cuidados, o de la reproducción social

Los economistas tradicionales definen el trabajo doméstico y de cuidados, con independencia de si se desarrolla en los hogares privados o en instituciones públicas, como parte de la economía de servicios y, por lo tanto, como un trabajo intensivo en mano de obra y de baja productividad.⁶² Así, como todos los servicios humanos, el trabajo doméstico y de cuidados sufre del «efecto salarial» de William Baumol, que significa que los salarios son independientes a la productividad y que los márgenes de beneficio son bajos.⁶³ Por otro lado, la mayoría de economías marxistas consideran que el trabajo doméstico y de cuidados es mano de obra *reproductiva* (y por lo tanto *improductiva* desde el punto de vista capitalista) en la medida en que pertenece a la esfera de producción de «seres» y no de «cosas», o de «valores de uso» y no de «valores de intercambio». No obstante, a pesar de esta caracterización que hacen los economistas de una u otra corriente según la cual consideran que esta mano de obra puede ser de mayor o menor relevancia desde la perspectiva capitalista, el trabajo doméstico y de cuidados es un tipo de actividad del que las sociedades no pueden prescindir. Como mano de obra reproductiva, el trabajo doméstico y de cuidados no solo implica la protección y el sustento físico de trabajadores, mayores y nuevas generaciones, sino que además es un tipo de trabajo que es fundamentalmente

⁶² Yeates, «Global Care Chains».

⁶³ Baumol, «Macroeconomics of Unbalanced Growth».

«constitutivo de la reproducción social» en su conjunto.⁶⁴ Aun así, es precisamente su condición de trabajo *de reproducción social* lo que en gran medida contribuye a que se defina y se perciba por la sociedad como un trabajo que no es puramente capitalista, es decir, que queda fuera de las relaciones del mercado.⁶⁵ Como lo plantea Encarnación Gutiérrez-Rodríguez, la extraña categoría de reproducción social en sociedades dominadas por la industria «no solo ha llevado a su falta de reconocimiento social y remuneración justa, sino también a que se silencie su contribución social como “reproducción ampliada” del capital». ⁶⁶ Ante tal devaluación del trabajo doméstico y de cuidados, las feministas marxistas de los años setenta y ochenta en particular se involucraron en el «debate sobre el trabajo doméstico» y desarrollaron sofisticadas críticas a las posiciones económicas ortodoxas en pos de demostrar el papel fundamental de la trabajadora del hogar y la cuidadora para el mantenimiento de las relaciones sociales capitalistas.⁶⁷ Como argumentaron Mariarosa Dalla Costa y Selma James en su famosa intervención en 1972: «El trabajo doméstico no es necesariamente “trabajo femenino”; una mujer no se siente más realizada ni se cansa menos que un hombre al lavar y limpiar. Son servicios sociales en la medida en que sirven para la reproducción de la fuerza de trabajo. Y el capital, precisamente al instituir la estructura familiar, ha “liberado” al hombre de estas labores para que quede completamente “disponible” para la explotación directa; para que sea libre de “ganar” lo suficiente para que la mujer lo reproduzca como fuerza de trabajo». ⁶⁸ En los años ochenta, el grupo feminista alemán conocido como *Bielefelderinnen* realizó un mayor desarrollo de la noción de trabajo reproductivo como fundamental para la acumulación capitalista.⁶⁹ Querían comparar el trabajo doméstico y

⁶⁴ Bridget Anderson, «Reproductive Labour and Migration»; Bakker y Gill, *Power, Production and Social Reproduction*; Gutiérrez-Rodríguez, *Migration, Domestic Work and Affect*, p. 95; Ferguson, «Intersectionality and Social Reproduction Feminisms».

⁶⁵ Yeates, «Global Care Chains».

⁶⁶ Gutiérrez-Rodríguez, *Migration, Domestic Work and Affect*, p. 94.

⁶⁷ Para un resumen de parte de este debate, véase Vogel, «Domestic Labour Debate».

⁶⁸ Dalla Costa y James, *Power of Women and the Subversion of the Community*, p. 43.

⁶⁹ Mies *et al.*, *Women the Last Colony*.

de cuidados en el Norte global con el trabajo de agricultura de subsistencia del Sur global para señalar estas actividades como fuentes de la continua acumulación originaria del capital. Además, analizaron la relación entre el Norte y el Sur, o el Primer y Tercer Mundo, en términos de las relaciones entre hombres y mujeres: «No es que las mujeres tengan categoría de colonia, sino que las colonias tienen categoría de mujer. En otras palabras, la relación entre el Primer y Tercer mundo se corresponde con la relación entre hombres y mujeres».⁷⁰

Todas estas contribuciones han sido de gran importancia para el análisis del papel del trabajo doméstico y de cuidados en las sociedades capitalistas. Pusieron sobre la mesa la importancia vital que tiene el trabajo no remunerado de reproducción social en la sociedad y la economía y los profundos supuestos esencialistas de género que lo sustentan, desvelando así una faceta fundamental de la relación entre el capitalismo y el patriarcado. A pesar de ello, se centraron sobre todo en el modelo del ama de casa de los sistemas fordistas de sustento de la familia, es decir, en un modelo de trabajo y organización social en el que las tareas reproductivas las realizaba fundamentalmente una mujer nativa *gratis*. Además, el consenso fundamental sobre la idea de que el trabajo doméstico y de cuidados no remunerado era, estrictamente hablando, *no* productivo desde un punto de vista capitalista (a pesar de su enorme importancia para la reproducción capitalista) condujo a que se considerara que las mujeres en general eran una fuente privilegiada para el ejército industrial de reserva. Al ser una categoría que no dependía por completo de un salario para su reproducción (en la medida en que el supuesto era que podían contar con el salario masculino), a las mujeres casadas en particular en las sociedades industriales occidentales se les situaba automáticamente entre las filas de esos sectores de la población a los que el capitalismo podía recurrir o no en función de sus necesidades.⁷¹ Por último, «el uso de “mujeres” como categoría de identidad no diferenciada, esencialista, ahistórica y descontextualizada», como explica Gutiérrez-Rodríguez, ampliando la crítica de Mohanty, solía omitir «no solo las desigualdades entre las mujeres, sino también las dinámicas de

⁷⁰ Mies *et al.*, *Women the Last Colony*, p. 25.

⁷¹ Beechey, «Some Notes on Female Wage Labour».

un sistema de opresión entrelazado».⁷² ¿Qué sucede, entonces, cuando cambiamos la atención al trabajo de reproducción social que se desarrolla de forma remunerada por mujeres migrantes y no occidentales? ¿Podemos utilizar las mismas categorías que se usaron para analizar el trabajo de reproducción social no remunerado por parte de mujeres no migrantes y occidentales en sus hogares? ¿Y cómo nos ayuda este cambio a aclarar ese «estado de excepción» del que disfrutaban las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales como «sujetos salvables» en un panorama en el que los hombres trabajadores migrantes musulmanes, a diferencia de ellas, son estigmatizados y no deseados en la coyuntura actual?

La afectividad, la fijación en el espacio y la naturaleza no cíclica del trabajo de reproducción social remunerado

Incluso en su modalidad remunerada, el sector doméstico y de cuidados quizás sea aún el «mercado de trabajo con más marca de género». No solo porque el grueso de la mano de obra empleada en el sector sea femenina, sino también porque la construcción específica de la feminidad se ha asociado con ello permanentemente y, por lo tanto, ha significado un elemento fundamental en la formación de sus destrezas, cultura de trabajo e identidad.⁷³ Además, como defiende Helma Lutz, el trabajo doméstico y de cuidados:⁷⁴

No es un mercado de trabajo más, sino una actividad especialmente de género. Como actividad de género está relacionada emocional y moralmente con significados e interpretaciones de quiénes somos como hombres y como mujeres y con quién queremos ser. En otras palabras, el trabajo doméstico como actividad fundamental donde se construye el género, ayuda a perpetuar el orden social que existe entre los dos géneros [...] Externalizar el trabajo de cuidado del hogar y de personas a otra mujer está ampliamente aceptado porque sigue y perpetúa la lógica de la exhibición del género de acuerdo con los sexismos institucionalizados.⁷⁵

⁷² Mohanty, «Under Western Eyes»; Gutiérrez-Rodríguez, *Migration, Domestic Work and Affect*, p. 96.

⁷³ Beechey, «Rethinking the Definition of Work».

⁷⁴ Lutz, *Migration and Domestic Work*, p. 1.

⁷⁵ Lutz, «When Home Becomes a Work Place», p. 48.

Además de haberse construido histórica y culturalmente como una actividad de género que se basa en gran medida en «interpelar y desempeñar la “feminidad”», un elemento fundamental, aunque no exclusivo, del trabajo doméstico y de cuidados o de reproducción social es también la *afectividad*.⁷⁶ Para comprender este aspecto, algunos autores proponen la distinción entre el conjunto de tareas que caracterizan el trabajo doméstico y de cuidados entre «ocuparse de» (que incluye tareas más físicas como cocinar, limpiar y lavar) y «cuidar de», que engloba el aspecto relacional de la atención a los niños y a los ancianos.⁷⁷ En este sentido, estudiosas feministas de distintos ámbitos de las ciencias sociales y de las humanidades acuñaron nuevas categorías para dar cuenta de los distintos elementos afectivos que son constitutivos de forma fundamental del trabajo de reproducción social remunerado, por ejemplo, «trabajo sexual y afectivo», «plusvalía emocional», «trabajo maternal», etc.⁷⁸ Cada categoría a su manera señala la incapacidad de la economía ortodoxa y de los marcos convencionales de los estudios de la migración, la economía y la sociología de abarcar la compleja interrelación de significados culturales, ideológicos y políticos que ayudan a la construcción y preservación del trabajo doméstico y de cuidados como un tipo de trabajo afectivo y de género particular, incluso en su modalidad mercantilizada. Sin embargo, el reconocimiento del elevado carácter emocional de algunas de las tareas implicadas en el trabajo doméstico y de cuidados no deberían confundirnos y hacernos pensar que aquí siempre tratamos con afectos «positivos». Los afectos implicados en el contexto del trabajo doméstico y de cuidados desarrollado en viviendas de forma remunerada puede tener distintos significados para el empleador y la empleada. Para esta última (la mujer migrante en este caso), sentimientos como el amor hacia los niños que cuida, el afecto por las personas a las que acompaña o la simpatía hacia un buen empleador que puede haber tenido la suerte de encontrar,

⁷⁶ Gutiérrez-Rodríguez, *Migration, Domestic Work and Affect*, p. 107.

⁷⁷ Hooyman y Gonyea, *Feminist Perspectives on Family Care*. Esta distinción ha recibido grandes críticas tanto por su cierta rigidez, como por menoscabar el componente afectivo implicado también en las tareas más físicas y más mecánicas (véase Bridget Anderson, *Doing the Dirty Work*; Lutz, «When Home Becomes a Work Place»).

⁷⁸ Ferguson, *Sexual Democracy*; Hochschild, «Global Care Chains and Emotional Surplus Value»; Sandford, «What Is Maternal Labour?».

puede ir de la mano con el «rechazo», la «infelicidad» y el «servilismo». En palabras de Gutiérrez-Rodríguez, esto nos recuerda que «los afectos no son energías que fluyen libremente. Surgen en un espacio delimitado por un contexto histórico y geopolítico concreto, con huellas de la materialidad que trascienden a través de su energía, pero en el que permanecen inmersos en el contexto en el que surgieron. La expresión y la transmisión de los afectos sucede, por lo tanto, en un espacio marcado por relaciones de poder producidas por la historia, configuradas socialmente y situadas culturalmente».⁷⁹ Por otro lado, los sentimientos que el empleador pueda experimentar hacia el trabajo doméstico y de cuidados pueden ser completamente distintos. En concreto para la empleadora mujer, la externalización del trabajo doméstico y de cuidados a otra mujer significa sobre todo una «liberación» de tareas que de otro modo es probable que recayeran sobre sus hombros. «Como sujetos feminizados, ambas mujeres [...] son objeto del rechazo social que se proyecta sobre el trabajo doméstico [...] Sin embargo, la contratación de otra mujer para que haga el trabajo libera a las empleadoras mujeres del afecto negativo ya que tienen la oportunidad de sentirse felices en su pequeño terreno».⁸⁰

El hecho de que los hogares dependan de un trabajo cargado con afectos tan importantes, especialmente desde el punto de vista del empleador, y de que este trabajo esté relacionado con necesidades familiares ineludibles tienen importantes implicaciones en la explicación de por qué el Estado se abstiene de castigar la contratación de inmigrantes irregulares en los hogares privados e incluso hace excepciones para su regularización. En algunos casos, también puede explicar por qué las mujeres migrantes empleadas como trabajadoras domésticas tienen a veces capacidad para negociar sus salarios, a pesar de las terribles condiciones de trabajo que caracterizan el sector. La naturaleza íntima del contexto en el que se desarrolla (el hogar), el carácter cargado de emociones de las tareas que implica (cuidado de niños o mayores, cocinar, cuidar la casa, es decir, el nido de intimidad por excelencia del empleador) y por lo tanto la importancia de la confianza en la relación hacen, todos ellos, difícil que los empleadores sustituyan a las trabajadoras una vez establecida la relación de confianza. Por

⁷⁹ Gutiérrez-Rodríguez, *Migration, Domestic Work and Affect*, p. 132.

⁸⁰ Gutiérrez-Rodríguez, *Migration, Domestic Work and Affect*, p. 133.

ejemplo, la investigación empírica desarrollada en Países Bajos demuestra que no es infrecuente encontrar migrantes indocumentadas trabajando en el sector de los servicios domésticos que tienen capacidad de negociación a la hora de definir los términos de su trabajo.⁸¹ De igual modo, algunas mujeres migrantes que trabajan en el sector doméstico y de cuidados a las que entrevisté en Roma en 2003 y 2005 hablaban de cómo podían recomendar a sus propias sustitutas, temporales o permanentes, sobre la base de la relación de confianza que habían creado.⁸²

De manera crucial, el carácter afectivo del trabajo doméstico y de cuidados también es una de las dificultades principales que se han encontrado en los intentos de automatizarlo. Investigaciones desarrolladas en varios Estados miembro de la UE señalan que, aunque el gasto público se destina cada vez más a la tecnología de asistencia en forma de dispositivos que se proporcionan a ancianos y personas dependientes de manera gratuita (con la intención de ahorrar costes de hospitalización y de mano de obra de la sanidad nacional), muchas personas mayores, sin embargo, prefieren comprar un costoso equipamiento privado o simplemente evitarlo. En los últimos años, varias empresas de tecnología, entre ellas algunas francesas, italianas y neerlandesas (Aldebaran Robotics, ArTec Domotica, Frog agv Systems) han desarrollado o invertido en los llamados robots-enfermeras, es decir, asistencia robotizada para mayores y discapacitados. Sin embargo, la investigación demuestra que los dispositivos robotizados no pueden sustituir la interacción y el cuidado humano. Al contrario, el desarrollo de estos robots en residencias de ancianos ha tenido efectos perjudiciales en el estado psicológico de las personas dependientes, sobre todo porque estos dispositivos se percibieron a menudo como muestras de *falta* de cuidado.⁸³ En último término, esto se debe al hecho de que, como señala Silvia Federici:

⁸¹ Van Walsum, «Regulating Migrant Domestic Work in the Netherlands», pp. 151-152.

⁸² Estas entrevistas se realizaron en el contexto de proyectos de investigación empírica sobre las condiciones de trabajo específicas de las trabajadoras domésticas migrantes en la ciudad de Roma y su estrategia de supervivencia. El resultado se publicó en Farris, «Le donne nei processi di integrazione».

⁸³ Taggart *et al.*, «Interactive Robot in a Nursing Home»; Folbre, *Warm Hands in a Cold Age*; Folbre, «Nursebots to the Rescue?»; Federici, «On Elder Care».

A diferencia de la producción de productos, la reproducción de los seres humanos en gran medida es irreducible a la mecanización, ya que la satisfacción de necesidades complejas, en la que se combinan inextricablemente elementos físicos y afectivos, requiere un alto grado de interacción humana y un proceso muy intensivo de mano de obra. Esto es más evidente en la reproducción de niños y ancianos que, incluso en su componente más físico, implica proporcionar un sentido de seguridad que anticipe miedos y deseos. Ninguna de estas actividades es puramente «material» o «inmaterial», ni puede descomponerse de tal forma que sea posible mecanizarlas o sustituirlas por el mundo virtual de la comunicación en línea.⁸⁴

Se deben considerar dos elementos más a la hora de tratar las diferencias entre el trabajo doméstico y de cuidados (remunerado o no) y otros sectores que dan trabajo a hombres migrantes. En primer lugar, la necesidad de proximidad entre el productor y el consumidor de los servicios domésticos y de cuidados, o lo que yo denomino la *fijación en el espacio*, la imposibilidad de eludirlos y su naturaleza no cíclica, así como el hecho de que estos servicios deban consumirse inmediatamente después o durante su producción hace que su interrupción y «la reubicación física de la producción fuera del lugar de consumo final (como sí sucede en la producción de mercancías) resulte (prácticamente) imposible».⁸⁵ En segundo lugar, el hecho de que una porción significativa de las trabajadoras domésticas y de cuidados migrantes estén empleadas en hogares privados que pagan a la trabajadora mediante prestaciones económicas provistas por el Estado o con sus ahorros significa que no estamos ante la típica relación laboral capitalista. Al menos en principio, el

⁸⁴ Federici, «Reproduction of Labor-Power in the Global Economy».

⁸⁵ Siguiendo a Reyneri («Immigration and the Economic Crisis in Western Europe») y a Schain («State Strikes Back»), aquí defino las profesiones y los sectores cíclicos y no cíclicos como aquellos más o menos expuestos a las fluctuaciones de la economía, según las siguientes variables: el tipo de sector (por ejemplo, los sectores relacionados con la construcción y con el turismo son más cíclicos que la educación y la sanidad); el tamaño de la empresa y el tipo de compañía (por ejemplo, las pequeñas empresas privadas son más sensibles a las fluctuaciones económicas que las grandes empresas públicas); y el nivel de destrezas relevante y condiciones contractuales (por ejemplo, el trabajo manual poco o nada cualificado y los trabajos de duración determinada están más expuestos a los ciclos económicos). Véase también Yeates, «Global Care Chains», p. 376.

empleador no extrae plusvalía del excedente de mano de obra del trabajador para invertirlo en capital fijo o para obtener un beneficio.⁸⁶ Al señalar esta particularidad pretendo mostrar que las relaciones laborales entre el empleador y la empleada en el contexto del trabajo doméstico y de cuidados en los hogares privados puede que no siempre queden bien definidas en términos de relaciones laborales capitalistas, como en su lugar, sí puede ser el caso de sectores que suelen dar empleo a migrantes hombres (sobre todo, la fabricación).

En definitiva, el hecho de que el carácter afectivo de los servicios de mano de obra intensiva como son los del sector doméstico y de cuidados haga difícil automatizarlos, junto con la fijación en el espacio que exigen, su carácter no cíclico y su «relativa» sustracción de las relaciones puramente capitalistas, es una dimensión importante que nos ayuda a explicar sus diferencias respecto de la reproducción social no remunerada y sus peculiaridades en comparación con los sectores que dan empleo fundamentalmente a hombres migrantes. Combinados con todos los factores mencionados anteriormente (es decir, el envejecimiento de la población, la creciente participación de las mujeres nativas en el empleo remunerado fuera del hogar y la mercantilización y privatización de los cuidados como la respuesta escogida por la mayoría de Estados occidentales europeos que afrontan la creciente demanda de prestaciones de dependencia), estos elementos característicos del trabajo doméstico y de cuidados remunerado nos pueden ayudar a comprender mejor por qué la demanda de mujeres migrantes como trabajadoras domésticas y de cuidados está en aumento.

⁸⁶ Por otro lado, se podría argumentar que los empleadores tienen la posibilidad de ir a trabajar y generar más dinero para la familia gracias al trabajo (habitualmente) mal pagado que realiza una trabajadora doméstica y de cuidados migrante. Además, los casos en los que a la trabajadora doméstica y de cuidados se la contrata a través de un intermediario (agencias de colocación doméstica, por ejemplo) introducen en la relación laboral elementos más clásicamente capitalistas, ya que la agencia puede ser la propietaria de los «medios de producción» utilizados por la trabajadora doméstica y de cuidados y entonces extraerle plusvalía.

¿Son las mujeres migrantes musulmanas y no occidentales un ejército industrial regular?

Una de las consecuencias que se deriva de las peculiaridades del trabajo doméstico y de cuidados mercantilizado que he mencionado no es solo que se ha redistribuido mayoritariamente sobre los hombros de las mujeres migrantes, sino que además es uno de esos sectores en los que la noción marxista del ejército industrial de reserva debe revisarse. Como planteaba al inicio de este capítulo, el debate de la creación de un excedente de población trabajadora, o ejército de reserva, está estrictamente relacionado con el análisis de Marx de la composición orgánica del capital y la tendencia de la acumulación capitalista para promover el aumento «de su componente constante, a expensas del variable», a saber, el aumento de la masa y del valor de los medios de producción a costa de la masa y el valor de la mano de obra viva empleada en el proceso de producción.⁸⁷ La reducción del capital variable se puede lograr mediante la automatización, que reduce la masa de trabajadores y, por lo tanto, lleva a su expulsión del proceso productivo; o mediante la reducción del valor del capital variable (es decir, el salario), que puede resultar tanto en que el capitalista opte por contratar capas de la población desempleada o empleada en malas condiciones que trabajarán por salarios más bajos, como en el traslado de la producción a zonas más pobres con mano de obra barata y poca regulación laboral.

Sin embargo, no parece que ninguna de estas condiciones se aplique al trabajo doméstico y de cuidados remunerado que llevan a cabo las mujeres migrantes en las sociedades europeas occidentales contemporáneas. La resistencia que opone el trabajo doméstico y de cuidados a la automatización, su «fijación en el espacio», su naturaleza no cíclica y las malas condiciones laborales, junto con las tendencias sociales y demográficas que he presentado en la sección anterior, implican que (1) solo una pequeña parte del trabajo doméstico y de cuidados mercantilizado se puede desmercantilizar a través de la redistribución de estas tareas sobre los hombros de los miembros de la familia; (2) la competencia (real o virtual) entre las trabajadoras nacionales

⁸⁷ Marx, *El capital*. Vol. 1, p. 623.

y no nacionales por estos trabajos no es representativa; y (3) el trabajo doméstico y de cuidados no se puede sustituir por capital fijo (máquinas) ni se puede deslocalizar.

Primero, la posibilidad de recurrir a miembros del hogar familiar para el trabajo doméstico y de cuidados gratuito y así desmercantilizarlo, al volver al modelo del hombre como proveedor de la familia y de la mujer ama de casa típico del fordismo, queda cada vez más descartada por los importantes cambios que han tenido lugar en la estructura de las economías europeas occidentales en especial a partir de los años noventa. Mientras que las mujeres eran tradicionalmente los miembros de la familia encargadas de las tareas reproductivas del hogar, su creciente participación en el mercado laboral en los últimos veinte años ha implicado cambios significativos en los roles de género tradicionales y en las estructuras familiares, y en consecuencia cambios en la disponibilidad de las mujeres para trabajar en lo doméstico y en los cuidados en las mismas condiciones. Los datos de Eurostat muestran un aumento de 7,6 puntos porcentuales en la tasa de actividad de las mujeres nativas europeas occidentales entre los años 2000 y 2012, pasando de un 61,8 por ciento de mujeres activas en el mercado laboral en el segundo trimestre de 2000 al 69,4 por ciento en el tercer trimestre de 2012. Como se muestra en la figura 5.2 y como confirma un reciente estudio sobre el impacto de la crisis económica global en las mujeres nativas, estas también se han visto menos afectadas por la crisis que los hombres nativos.⁸⁸

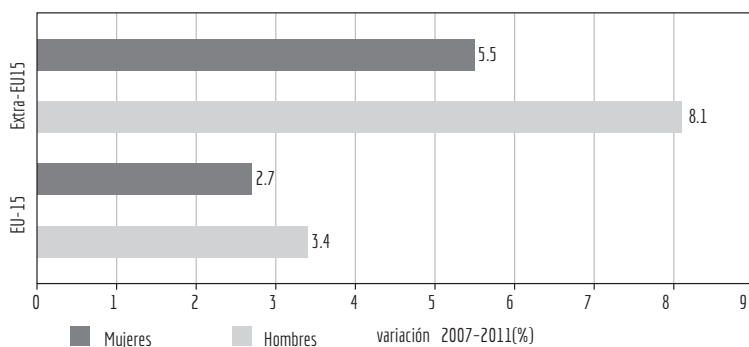
La creciente integración de las mujeres en el trabajo remunerado se ha visto reforzada por los cambios en los modelos familiares y por la creciente importancia de los salarios femeninos en la economía familiar. Lo más importante, los datos muestran que «la respuesta de las mujeres nativas ante el descenso de la demanda ha sido principalmente reforzar su compromiso con el mercado laboral con perfiles laborales mejorados. Por lo tanto, las mujeres no están actuando como amortiguador al proteger a los hombres de la pérdida de empleo ni como *reserva industrial* al retirarse voluntariamente del mercado de trabajo».⁸⁹ Esto atestigua un cambio social que ha tenido lugar en todos los países de

⁸⁸ Karamessini y Rubery, *Women and Austerity*.

⁸⁹ Karamessini y Rubery, *Women and Austerity* (cursiva de la autora).

Europa occidental, aunque a velocidades distintas en cada uno, hacia un número creciente de la población femenina en edad de trabajar activo en la fuerza de trabajo. Un cambio como este ha significado que las mujeres tengan menos tiempo, disponibilidad y (a menudo) voluntad de realizar las tareas domésticas y de cuidados que tradicionalmente les esperaban al llegar a casa.

Figura 5.2. Ratio de desempleo entre 2007 y 2011 por sexo y país de nacimiento en la UE-15



Fuente: Cálculos basados en Eurostat, Labour Force Survey (código: [LFSA_UR-GACOB]).

Segundo, las malas condiciones de trabajo, los bajos salarios y el bajo estatus, el horario antisocial y a menudo las situaciones irregulares que prevalecen en el sector doméstico y de cuidados hacen que este trabajo no sea atractivo para las mujeres no migrantes. Además, la investigación demuestra que los propios empleadores suelen preferir contratar a migrantes como trabajadoras domésticas y de cuidados. No solo se las ve como más dispuestas para los trabajos mal pagados y de bajo estatus que las trabajadoras nativas, sino que además cuando estas últimas aceptan puestos como niñeras internas, por ejemplo, se las considera en términos negativos ya que representan un mal modelo «nacional» para los niños por su (a menudo) bajo nivel educativo, a diferencia de las mujeres migrantes que suelen contar con alto nivel de cualificación.⁹⁰ Además, la creación de nichos dentro del

⁹⁰ Farris, «Le donne nei processi di integrazione».

sector doméstico y de cuidados, por ejemplo entre los puestos de interna o de externa, que se dividen según la nacionalidad, junto con el aumento de la demanda de trabajadoras domésticas y de cuidados incluso en tiempos de crisis económica y austeridad, parece haber creado cierto equilibrio entre las trabajadoras migrantes, de modo que no suelen competir por los mismos trabajos.

Tercero, como explicaba antes, los intentos de automatizar el trabajo doméstico y de cuidados, o de sustituir a las trabajadoras por capital fijo (máquinas), resultan especialmente complicados dada la gran dimensión afectiva de este trabajo, lo que hace que ciertas tareas sean imposibles de mecanizar. La deslocalización a lugares con mano de obra más barata también es imposible dada la propia naturaleza de los servicios domésticos y de cuidados, que deben producirse y consumirse *in situ*, en su mayoría, en el hogar. Esto es así no solo porque el hogar es evidentemente la ubicación del trabajo doméstico, sino también porque las expectativas y las preferencias de las familias y personas dependientes en lo que respecta al cuidado, así como las del Estado, no se alejan del modelo de «cuidado en el hogar». La mayoría de las personas que precisan de servicios de dependencia reciben atención a domicilio y prefieren que así sea.⁹¹ Por ejemplo, en 2007 el Eurobarómetro que analizó la opinión pública sobre la prestación de asistencia por toda Europa reveló que la gran mayoría de entrevistados expresaban la expectativa y la preferencia de la atención a domicilio si se volvieran personas dependientes.⁹² Sin embargo, la creciente participación de mujeres nativas en la fuerza de trabajo y el hecho de que se hayan visto menos afectadas por el desempleo que los hombres nativos (en otras palabras, el hecho de que la crisis no haya creado una oferta de mujeres nativas en el sector doméstico y de cuidados, por lo menos en las regiones más ricas de estos países) implica que es menos probable que estas expectativas y preferencias las cumpla una mano de obra femenina y nativa que es cada vez más activa fuera del hogar, que pretende seguir siéndolo y que no está disponible (o no quiere estarlo) para el trabajo doméstico y de cuidados incluso en su modalidad remunerada, debido sobre todo a las malas condiciones de trabajo tan duras, no reguladas y estigmatizadas del sector.

⁹¹ Colombo *et al.*, *Health Wanted?*; A. Anderson, «Europe's Care Regimes and the Role of Migrant Care Workers within Them».

⁹² Eurobarómetro, *Health and Long-Term Care in the European Union*, p. 95.

No es casualidad por lo tanto que el declive económico de los años 2007-2011 afectara sobre todo a los sectores que dan trabajo a los hombres migrantes, mientras que aquellos en los que encontramos a empleadas migrantes incluso crecieron durante la crisis. Como revela *International Migration Outlook* [Perspectivas de Migración Internacional], publicado en 2012 por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), en la UE la crisis se sintió de forma muy severa en aquellos sectores que están muy expuestos a la fluctuación de la economía. Al contrario, los sectores no cíclicos registraron un crecimiento significativo en profesiones como «actividades de cuidado residencial» y «actividades del hogar como empleados de personal doméstico» con miles de nuevos puestos para trabajadores nacidos en el extranjero, en su mayoría mujeres. A la luz de esta evidencia, la OCDE no ha dejado de enfatizar que en la mayoría de los países las mujeres migrantes se han visto menos afectadas por la crisis que los hombres migrantes.⁹³ Por ejemplo, los datos sobre los efectos de la crisis económica global en Países Bajos en 2012 muestran que mientras que el empleo en los sectores de la construcción y la producción se redujo en un 4 y un 13 por ciento respectivamente, lo que afectó especialmente a los hombres (jóvenes) nacidos en el extranjero, creció un 40 por ciento en el sector del bienestar y los cuidados y fue uno de los sectores de más rápido crecimiento en la economía neerlandesa en los años siguientes.⁹⁴ También en Francia, la producción y la construcción fueron los sectores que más sufrieron el declive económico, con pérdidas entre 2008 y 2011 que alcanzaron los 44.400 puestos de trabajo en el sector de la construcción y los 267.600 en la industria productora y extractiva.⁹⁵ Por otro lado, de acuerdo con el *Conseil National de l'Information Statistique*, el Consejo Nacional de Información Estadística (CNIS, por sus siglas en francés), la cifra de personas empleadas según el proyecto CESU pasó de 770.000 personas en 2008 a 835.000 en 2010.⁹⁶ Aunque no constan estadísticas

⁹³ OCDE, *International Migration Outlook*, p. 67.

⁹⁴ Informe UWV, *Arbeidsmarktprognose 2012–2013*, figura 5.2.1.

⁹⁵ Institut National de la Statistique et des Etudes Economiques (INSEE), 2011; disponible en: http://www.insee.fr/fr/themes/document.asp?reg_id=0&ref_id=ECOFR11f_fichthem

⁹⁶ Colin, *Services à la personne*, p. 32.

detalladas sobre la nacionalidad o el país de nacimiento de estos trabajadores, las estimaciones indican que más de una de cada cuatro trabajadoras domésticas y de cuidados son de nacionalidad extranjera y que el 35 por ciento son inmigrantes.⁹⁷ Por último, en Italia, dado el papel fundamental que tienen las mujeres migrantes que trabajan como cuidadoras y empleadas del hogar en el sistema familiar (en particular en el norte del país y en las grandes ciudades), no resultó muy sorprendente descubrir que la crisis económica global había afectado a los hombres de forma dramática, pero no tanto a las mujeres migrantes trabajadoras. El sector doméstico y de cuidados no solo se ha salvado de los efectos devastadores de la crisis, sino que incluso ha crecido en ese tiempo, aunque no deberíamos perder de vista que ese crecimiento también ha implicado la expansión de la economía sumergida y el empeoramiento de las condiciones de trabajo en el sector.⁹⁸ Como demuestra con claridad toda la información disponible, la crisis económica global ha tenido una dimensión de género específica, en especial para los trabajadores migrantes. Como he apuntado anteriormente, algunos analistas han llegado a llamarlo la «recesión masculina» (en lugar de recesión).⁹⁹

A la luz de estos elementos, definiendo que la mano de obra migrante femenina empleada en el sector doméstico y de cuidados en Europa occidental no equivale al ejército de reserva que se describe (y se percibe) como una amenaza para los trabajadores nativos, constantemente expuesta al desempleo y usada para mantener una disciplina salarial, sino a un ejército industrial «regular». En lugar de competir con mujeres nativas en el mercado de los trabajos poco cualificados, las mujeres migrantes empleadas como trabajadoras domésticas y de cuidados han permitido que cierto número de mujeres nativas trabajen fuera del hogar y han creado figuras profesionales completamente nuevas, como la de la *badante* personal pagada que, por ejemplo en Italia, no existía antes. En lugar de inspirar campañas por su exclusión

⁹⁷ Alberola *et al.*, *Les services à la personne*, pp. 36-37.

⁹⁸ Picchi, «Le badanti invisibili anche alla crisi?»; Sacchetto y Vianello, «La diffusione del lavoratore povero»; Bonifazi y Marini, «Il lavoro degli stranieri in Italia in tempo di crisi»; Fullin, «Immigrati e mercato del lavoro italiano»; Perocco y Cillo, «L'impatto della crisi sulle condizioni lavorative degli immigrati»; Reyneri, «Immigration and the Economic Crisis in Western Europe».

⁹⁹ Karamessini y Rubery, *Women and Austerity*.

del mercado laboral o directamente de Europa occidental, las mujeres migrantes no occidentales experimentan procesos excepcionales de regularización e incluso reciben ofertas para ser «salvadas» de sus supuestas culturas retrógradas.

La propuesta de que las mujeres migrantes empleadas como trabajadoras domésticas y de cuidados pueda caracterizarse como un ejército industrial regular parecería, por lo tanto, ir en contra del llamado debate sobre el trabajo doméstico iniciado por las feministas a finales de los años setenta y ochenta. Como apunté anteriormente, en este contexto el concepto de ejército industrial de reserva se usaba para tener en cuenta los sesgos estructurales de ingresos y condiciones de trabajo y contratación precarias de las mujeres que entonces accedían al mercado laboral como trabajadoras asalariadas en un número cada vez mayor.¹⁰⁰ Como apunta Floya Anthias, se había convertido «en una referencia que apenas planteaba conflictos el retratar a las mujeres como el ejército industrial de reserva [RAL, por sus siglas en inglés]», especialmente en los debates feministas marxistas.¹⁰¹ Sin embargo, más que cuestionar la idea de que las mujeres en general tienen más probabilidades de encontrarse en las filas del ejército industrial de reserva (latente), una hipótesis que, en todo caso, tendría que verificarse en cada país y en cada momento y fase del desarrollo capitalista, propongo que usemos la noción de ejército regular para describir lo que sucede con las mujeres *migrantes* empleadas en el trabajo de reproducción social *mercantilizado*. El enfoque en una categoría específica de «mujeres» en el contexto de las sociedades europeas occidentales neoliberales contemporáneas, así como en un sector determinado (y muy particular) de la economía nos permite ver que las mujeres a las que se refieren ambos conceptos (ejército de reserva en los años setenta y ejército regular en los años dos mil) no pertenecen a la misma femineidad supuestamente homogénea. En su lugar, habitan distintos mundos de experiencia muy marcados por la clase y (cada vez más) por las diferencias raciales. En la medida en que las mujeres empleadas en el sector doméstico y de cuidados son migrantes que proceden en su mayoría del Sur global y de antiguos Estados socialistas, el término más apropiado para entender sus condiciones laborales es probable que no sea la

¹⁰⁰ Beechey, «Some Notes on Female Wage Labour»; Anthias, «Women and the Reserve Army of Labour».

¹⁰¹ Anthias, «Women and the Reserve Army of Labour», p. 50.

abstracción indeterminada del término «trabajo asalariado» en general, ni de «trabajo de mujeres» en particular, sino la abstracción determinada del trabajo de reproducción social mercantilizado que lleva a cabo la mano de obra migrante.

El trabajo migrante en la Europa contemporánea y en las sociedades occidentales, como he planteado anteriormente, se configura de formas concretas: es un «trabajo en movimiento», como resultado del desarrollo desigual que ha traído lo que David Harvey llama «acumulación por desposesión», y es «trabajo desechable», con una categoría económica y política particular.¹⁰² No obstante, en el mundo de los trabajadores migrantes, el trabajo de las mujeres migrantes parece obedecer sus propias reglas. Sigue las reglas de género y del «contrato sexual» dentro del hogar, que establece que las mujeres siguen siendo los sujetos a cargo de la reproducción y los cuidados.¹⁰³ Pero también sigue las reglas del «contrato racial», según el cual, las minorías raciales y las personas de color siguen siendo aquellas que realizan las tareas menos deseables y menos valiosas de la sociedad.¹⁰⁴ El concepto de ejército industrial regular aplicado a las mujeres migrantes empleadas en el trabajo mercantilizado de la reproducción social en las sociedades europeas occidentales contemporáneas aspira, por lo tanto, a contribuir a la teoría marxista del ejército industrial de reserva que, como he explicado antes, sigue siendo fundamental para comprender el lugar del trabajo migrante en las sociedades europeas occidentales contemporáneas. Así, considero el concepto del ejército industrial regular como un posible complemento del concepto marxista de excedente de población, un complemento que podría hacer que la teoría no solo aborde el eternamente ignorado campo de la reproducción social sino que además comprenda sus formas cambiantes bajo el capitalismo neoliberal.

Sin embargo, el término «regular» puede ser engañoso si se entiende como estabilidad y seguridad. Debo aclarar que con ese término no pretendo afirmar que las mujeres migrantes puedan no pertenecer a un ejército industrial de reserva o que sean inmunes al desempleo y a la pérdida de derechos sociales y políticos. Al contrario, las mujeres migrantes del Sur global a menudo pasan

¹⁰² Harvey, «“New” Imperialism».

¹⁰³ Pateman, *Sexual Contract*.

¹⁰⁴ Mills, *Racial Contract*.

por procesos de incorporación y expulsión del trabajo asalariado en sus países de origen antes de trasladarse a las regiones más ricas del Norte.¹⁰⁵ En otras palabras, puede que pertenezcan al ejército industrial de reserva nacional de sus países como migrantes rurales o como fuerza de trabajo más barata, que las industrias en sus países contratan y despiden alternativamente según lo exijan las necesidades capitalistas. Además, podríamos imaginar un escenario futuro en el que por distintas razones las mujeres nativas quedaran disponibles para el trabajo reproductivo asalariado, lo que potencialmente convertiría a las mujeres migrantes empleadas en el sector en trabajadoras de reserva en lugar de trabajadoras regulares. De igual manera, no pretendo sugerir que las mujeres migrantes empleadas en el sector doméstico y de cuidados tienen condiciones laborales más reguladas, más seguras o simplemente mejores que sus homólogos masculinos empleados en otros sectores. Como demuestran la mayoría de estudios sobre este segmento específico del mercado laboral, los trabajos domésticos y de cuidados suelen desarrollarse en contextos inseguros, sin regulación de contrato ni prestaciones sociales o sanitarias y en condiciones de trabajo muy abusivas.¹⁰⁶

Al emplear el término «ejército regular» pretendo demostrar cómo el uso que hace la tradición marxista de la poderosa metáfora de un «ejército» para describir el grupo de trabajadores y el excedente de población en las sociedades industrializadas tiene relevancia contemporánea y poder explicativo. Pero también quiero subrayar la posición totalmente opuesta que ocupa el segmento de trabajadoras migrantes activas en este sector económico específico en contraste con el carácter de «reserva» del ejército industrial en el que suele trabajar el segmento masculino. Mi propuesta, en este sentido, podría considerarse cercana a la perspectiva que Saskia Sassen ha adoptado recientemente al caracterizar a las trabajadoras domésticas de bajos salarios como «trabajadoras de mantenimiento de la infraestructura estratégica».¹⁰⁷

¹⁰⁵ Sassen, «Notes on the Incorporation of Third World Women»; Eisenstein, *Feminism Seduced*.

¹⁰⁶ Bridget Anderson, *Doing the Dirty Work*; Parreñas, *Servants of Globalization*; Cox, *Servant Problem*; Lutz, «When Home Becomes a Work Place»; Gutiérrez-Rodríguez, *Migration, Domestic Work and Affect*; van Walsum, «Regulating Migrant Domestic Work in the Netherlands».

¹⁰⁷ Sassen, «Two Stops in Today's New Global Geographies», p. 488.

Como destaca Sassen, aunque la investigación en la materia se ha centrado en las «malas condiciones de trabajo, la explotación y las múltiples vulnerabilidades de estas trabajadoras domésticas» lo que es relevante *analíticamente* «es la importancia estratégica del buen funcionamiento de los hogares profesionales para los principales sectores globalizados en [las] ciudades y, por lo tanto, la importancia de este nuevo tipo de clase servil», que en su mayoría está formada por mujeres.¹⁰⁸

Además, al presentar el concepto de ejército industrial regular para las mujeres migrantes empleadas en el sector doméstico y de cuidados en Europa occidental, también aspiro a repensar y a cuestionar las categorías establecidas heredadas de debates pasados, como la suposición de que las mujeres y los migrantes constituyen, casi por definición, un ejército industrial de reserva.¹⁰⁹ Al mostrar los cambios de época que se producen en importantes ámbitos de la sociedad (en particular en la familia y en los patrones de género tradicionalmente asociados con ella), en sus intersecciones con los cambios que tienen lugar en el mercado laboral (donde las mujeres, tanto nativas como extranjeras, se han visto menos afectadas por la crisis que los hombres), los regímenes migratorios y las políticas estatales en materia de cuidados (que alimentan la demanda de mujeres migrantes en este sector) podemos apreciar cómo estos cambios han terminado por derribar nuestras expectativas y cómo pueden empujarnos a actualizar nuestra caja de herramientas analítica.

Apuntes para una crítica de la economía política del feminacionalismo

Como pretendía demostrar esta larga argumentación, la crítica de la economía política del feminacionalismo implica un análisis en profundidad de los intereses económicos más amplios que han contribuido a moldear el feminacionalismo como una de las formaciones ideológicas más desconcertantes y poderosas

¹⁰⁸ Sassen, «Two Stops in Today's New Global Geographies», p. 465.

¹⁰⁹ Beechey, «Some Notes on Female Wage Labour»; Anthias, «Women and the Reserve Army of Labour»; Castles y Kosack, *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*.

de nuestro tiempo. La relevancia de discursos e ideologías está relacionada con su funcionamiento a través de distintos aparatos (estatales) para garantizar de forma continua la reproducción de las condiciones materiales de producción. Argumento, por lo tanto, que la materialidad del feminacionalismo está estrictamente relacionada con el hecho de que poner en primer plano a las mujeres migrantes musulmanas o no occidentales como salvables (incluso en campañas dominadas por eslóganes que, por lo demás, son duros contra la inmigración) está vinculado con su papel fundamental en la reproducción de las condiciones materiales de la reproducción social. El papel «útil» que la mano de obra migrante desempeña en la reestructuración contemporánea de los regímenes de bienestar y la feminización de sectores clave de la economía de servicios, explica por lo tanto de manera significativa las distintas formas en las que los gobiernos neoliberales y los partidos nacionalistas se relacionan con hombres y mujeres migrantes musulmanes y no occidentales.

Podemos señalar además que, aparte de resultar «trabajadoras reproductivas» extremadamente útiles, las mujeres migrantes también son «cuerpos reproductivos» cuya tasa de natalidad es más del doble que la de las mujeres nacionales.¹¹⁰ A pesar de los intentos «por restablecer la ventaja demográfica de una nacionalidad» que varios países de la UE han querido promover en los últimos años como expone Judith Butler (véase el capítulo 2), los llamamientos a la asimilación dirigidos a mujeres migrantes (musulmanas y no musulmanas por igual) revelan el papel específico que desempeñan en las sociedades europeas occidentales contemporáneas.¹¹¹ En la medida en que se las considera cuerpos fértiles para las generaciones venideras, o madres que desempeñan un papel fundamental en el proceso de transmisión de los «valores sociales», como práctico reemplazo en el sector de la reproducción social para las mujeres «nacionales», las mujeres migrantes parecen convertirse en el objetivo de una campaña

¹¹⁰ Westoff y Frejka, «Religiousness and Fertility among European Muslims».

¹¹¹ Butler, «Feminism Should Not Resign in the Face of Such Instrumentalization». Por ejemplo en 2007 el gobierno alemán aprobó el esquema *Elterngeld* para promover que las parejas tuvieran hijos (véase <http://www.elterngeld.com/>). En Italia, el Fondo Nuovi Nati (Fondo para los Recién Nacidos) permitía a quienes fueran madres en el trienio 2009-2011 solicitar un préstamo bancario (véase <http://www.fondonuovinati.it>).

benevolente solo en apariencia en la que son «necesarias» como trabajadoras, «toleradas» como migrantes y «animadas» como mujeres a adaptarse a los valores occidentales.

Deberían tenerse en cuenta dos elementos más en estas observaciones finales, aunque sea brevemente. Para realizar una crítica del feminacionalismo, es importante prestar atención a la posición específica de las mujeres dentro del circuito de la economía de mercado no solo en su papel de mujeres como productoras y reproductoras, sino también cuando las consideramos consumidoras e incluso bienes. Como defiende Hester Eisenstein: «Si el objetivo de la globalización es crear inversión y oportunidades de mercado, y por lo tanto aceptar los productos occidentales junto con las normas occidentales, entonces en este contexto la idea de una mujer occidental liberada forma parte de la venta [...]. El feminismo, definido como la liberación de las mujeres de las opresiones patriarcales, se presenta como el equivalente de su participación en el mercado como individuos liberados».¹¹² La constante expansión capitalista en el Sur global, así como la total incorporación de todos los individuos a esta lógica en el Norte más rico implica una ampliación y una rearticulación de la ideología que Crawford Macpherson acertadamente denominó «individualismo posesivo».¹¹³ Como individuos posesivos, a los migrantes integrados en las sociedades occidentales (y en especial las mujeres migrantes) se les invita a concebir su libertad en términos de su independencia de las fronteras comunitarias y de su acceso al modelo occidental de consumo infinito.

Sin embargo, las mujeres migrantes también son mercancías. Aquí, al considerar el feminacionalismo contemporáneo como una formación ideológica que debe entenderse también sobre la base de la mercantilización de las mujeres musulmanas y no occidentales como tales, defiendo que debemos seguir la línea de razonamiento que propuso Alain Badiou de forma notable hace más de una década. Después de la aprobación de la ley francesa de 2004 contra el hiyab en los colegios públicos (una ley que condensó todo el debate sobre la relación entre el islam y la opresión de las mujeres), el filósofo francés la definió como «una ley puramente capitalista». Para que la feminidad cumpla su función

¹¹² Eisenstein, *Feminism Seduced*, p. 195.

¹¹³ Macpherson, *Political Theory of Possessive Individualism*.

bajo el capitalismo, el cuerpo femenino debe exponerse para que circule «de acuerdo con el paradigma del mercado».¹¹⁴ La chica musulmana, por lo tanto, tiene mostrar «lo que tiene para vender». En otras palabras, debe aceptar y asumir activamente la mercantilización de su cuerpo femenino. El énfasis en la necesidad de que las mujeres migrantes se asimilen a las normas generales de la feminidad europea, o la retirada del velo de las mujeres musulmanas en particular, combina así el sueño occidental masculino de «destapar» a la mujer del enemigo, o del colonizado, y la demanda de terminar con la incongruencia de que haya cuerpos femeninos escondidos como excepciones de la norma general según la cual deberían circular como «moneda de curso».¹¹⁵

Por lo tanto, podemos argumentar que la actual apelación a la igualdad de género y al feminismo como herramientas al servicio del fortalecimiento de los discursos nacionalistas y racistas no debería entenderse simplemente como una «tapadera ideológica», en un sentido negativo y limitado, como una mentira o una distorsión. El auge del feminacionalismo debe entenderse también como sintomático de la posición concreta de las mujeres occidentales y no occidentales en lo económico, lo político y en un sentido amplio en la cadena material de producción y reproducción. La posibilidad de que los discursos nacionalistas y neoliberales intenten apropiarse de ideas feministas fundamentales de igualdad y libertad, así como la convergencia de las feministas/femócratas con las políticas antin migración y racistas, ha surgido de la reconfiguración concreta del mercado de trabajo, la migración y los movimientos de la fuerza de trabajo, así como de la nacionalización de la vida política surgida por las dinámicas de la globalización neoliberal de los últimos treinta años. Enfrentarse al feminacionalismo exige, por lo tanto, no solo un rechazo ideológico sino también un análisis detallado de sus bases político-económicas.

¹¹⁴ Badiou, «Derrière la Loi fouldarière, la peur», *Le Monde*, 21 de febrero de 2004; disponible online.

¹¹⁵ Fanon, «Algeria Unveiled», p. 167.

Bibliografía

- Abu-Lughod, Lila, *Do Muslim Women Need Saving?*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2013.
- _____, «Do Muslim Women Need Saving? Anthropological Reflections on Cultural Relativism and Its Others», *American Anthropologist*, núm. 104, 2002, pp. 783–790.
- Affeldt, Stefanie, «A Paroxysm of Whiteness: “White” Labour, “White” Nation and “White” Sugar in Australia», en Wulf D. Hund, Jeremy Krikler y David Roediger, *Wages of Whiteness and Racist Symbolic Capital*, Berlín, Lit Verlag, 2010.
- Agulhon, Maurice, *Marianne into Battle: Republican Imagery and Symbolism in France, 1789–1880*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- Ahmed, Leila, «Feminism, Colonialism and Islamophobia: Treacherous Sympathy with Muslim Women», *Qantara.de*, 18 de agosto de 2011.
- Akkerman, Tjitske y Anniken Hagelund, «“Women and Children First!” Anti-Immigration Parties and Gender in Norway and the Netherlands», *Patterns of Prejudice*, núm. 41, 2007, pp. 197–214.
- Alaoui, Myriam Hachimi, «L’intégration sous condition: Valeurs non négociables et égalité des sexes», *Canadian Journal of Women and the Law*, núm. 24, 2012, pp. 114–134.
- Alberola, Elodie, Léopold Gilles y Florence Tith, «Les services à la personne: Un levier d’insertion pour les publics éloignés de

- l'emploi?», *Centre de Recherche pour l'Étude et l'Observation des Conditions de Vie (CREDOC)*, Cahier de Recherche, 2011.
- Albertazzi, Daniele, «Switzerland: Yet Another Populist Paradise», en Daniele Albertazzi y Duncan McDonnell, *The Spectre of Western European Democracy*, Londres, Palgrave, 2008.
- Albertazzi, Daniele y Duncan McDonnell, *Twenty-First Century Populism: The Spectre of Western European Democracy*, Londres, Palgrave, 2008.
- Althusser, Louis, «Ideology and Ideological State Apparatuses», en Louis Althusser, *Lenin and Philosophy and Other Essays*, Nueva York, Monthly Review, 2001.
- Ambrosini, Maurizio, «Surviving Underground: Irregular Migrants, Italian Families, Invisible Welfare», *International Journal of Social Welfare*, núm. 21, 2012, pp. 361-371.
- Ambrosini, Maurizio y Michele Colasanto, *L'integrazione invisibile*, Milán, Vita e Pensiero, 1993.
- Amnistía Internacional, *Choice and Prejudice: Discrimination against Muslims in Europe*, Londres, 2012.
- Anderson, Alice, «Europe's Care Regimes and the Role of Migrant Care Workers within Them», *Population Ageing*, núm. 5, 2012, pp. 135-146.
- Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1991 [ed. cast.: *Comunidades imaginadas, reflexión sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. por Eduardo Suárez, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2017].
- Anderson, Bridget, *Doing the Dirty Work: The Global Politics of Domestic Labour*, Londres, Zed, 2000.
- , «Reproductive Labour and Migration», artículo presentado en la sexta edición de la Metropolis Conference, Róterdam, 26-30 de noviembre de 2001.
- Andrez, Emmanuelle y Alexis Spire, «Droits des étrangers et statut personnel», *Plein Droit*, núm. 51, 2001, pp. 3-7.
- Andrijasevic, Rutvica, «Beautiful Dead Bodies: Gender, Migration and Representation in Anti-Trafficking Campaigns», *Feminist Review*, núm. 86, 2007, pp. 24-44.
- , «The Difference Borders Make: (Il)legality, Migration and Trafficking in Italy among Eastern European Women in Prostitution», en Sara Ahmed, Claudia Castaneda, Anne-Marie

- Fortier y Mimi Sheller, *Uprootings/ Regroundings: Questions of Home and Migration*, Oxford, Berg, 2003.
- _____, *Migration, Agency and Citizenship in Sex Trafficking*, Londres, Palgrave, 2010.
- Anthias, Floya, «Women and the Reserve Army of Labour: A Critique of Veronica Beechey», *Capital and Class*, núm. 4, 1980, pp. 50-63.
- Arruzza, Cinzia, *Dangerous Liaisons: The Marriages and Divorces of Marxism and Feminism*, Londres, Merlin, 2013.
- _____, «Functionalist, Determinist, Reductionist: Social Reproduction Feminism and Its Critics», *Science and Society*, núm. 1, 2016, pp. 9-30.
- Avril, Christelle, «Aide à domicile pour personnes âgées: Un emploi-refuge», en E. Flahault, *L'insertion professionnelle des femmes: Entre contraintes et stratégies d'adaptation*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2006.
- Bacchetta, Paola y Jinthana Haritaworn, «There Are Many Transatlantics: Homonationalism, Homotrans Nationalism and Feminist-Queer-Trans of Color Theories and Practices», en Kathy Davis y Mary Evans, *Transatlantic Conversations: Feminism as Traveling Theory*, Aldershot, Ashgate, 2011.
- Badiou, Alain, «Derrière la Loi foulardière, la peur», *Le Monde*, 24 de febrero de 2004.
- Bakic-Hayden, Milica, «Nesting Orientalisms: The Case of Former Yugoslavia», *Slavic Review*, núm. 54, 1995, pp. 917-931.
- Bakker, Isabella y Stephen Gill, *Power, Production and Social Reproduction*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2003.
- Balibar, Étienne, «Is There a "Neo-Racism"?, en Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*, Londres, Verso, 1991.
- Balibar, Étienne y Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*, Londres, Verso, 1991.
- Bartlett, Jamie, Jonathan Birdwell y Sarah de Lange, «Populism in Europe: Netherlands», Londres, DEMOS, 2012.
- Bassel, Leah, *Unveiling Agency: Feminism and Multiculturalism in the «Affaire du Foulard»*, tesis doctoral, Montreal, departamento de Ciencias Políticas, Universidad McGill, noviembre de 1999.
- Basso, Pietro, *Razze schiave e razze signore*, Milán, Franco Angeli, 2000.

- _____, *Razzismo di stato: Stati Uniti, Europa, Italia*, Milán, Franco Angeli, 2010.
- Baumol, William J., «Macroeconomics of Unbalanced Growth: The Anatomy of Urban Crisis», *American Economic Review*, núm. 57, 1967, pp. 415-426.
- Beechey, Veronica, «Rethinking the Definition of Work», en Jane Jenson, Elisabeth Hagen y Reddy Ceallaigh, *Feminization of the Labor Force: Paradoxes and Promises*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.
- _____, «Some Notes on Female Wage Labour», *Capital and Class*, núm. 1, 1977, pp. 45-66.
- Bell, Derrick A., «Brown versus Board of Education and the Interest-Convergence Dilemma», *Harvard Law Review*, núm. 93, 1980, pp. 518-533.
- Berezin, Mabel, *Illiberal Politics in Neoliberal Times: Culture, Secularity and Populism in the New Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
- Bernstein, Elizabeth, «Militarized Humanitarianism Meets Carceral Feminism: The Politics of Sex, Rights, and Freedom in Contemporary Antitrafficking Campaigns», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, núm. 36, 2010, pp. 45-71.
- _____, *Temporarily Yours: Intimacy, Authenticity, and the Commerce of Sex*, Chicago (IL), University of Chicago Press, 2007.
- Bertossi, Christophe y Jan Willem Duyvendak, «National Models of Immigrant Integration: The Costs for Comparative Research», *Comparative European Politics*, núm. 10, 2012, pp. 237-247.
- Bessis, Sophie, *Western Supremacy, The Triumph of an Idea?*, Londres, Zed, 2003.
- Bettio, Francesca, Annamaria Simonazzi y Paola Villa, «Change in Care Regimes and Female Migration: The "Care Drain" in the Mediterranean», *Journal of European Social Policy*, núm. 16, 2006, pp. 271-285.
- Betz, Hans-Georg, *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*, Basingstoke, Macmillan, 1994.
- Bilge, Sirma, «Mapping Québécois Sexual Nationalism in Times of "Crisis of Reasonable Accommodations"», *Journal of Inter-cultural Studies*, núm. 33, 2012, pp. 303-318.
- Biondi Dal Monte, F. y M. Vrenna, «L'accordo di integrazione ovvero l'integrazione per legge: I riflessi sulle politiche

- regionali e locali», en E. Rossi, F. Biondi Dal Monte y M. Vrenna, *Regioni, immigrazione e diritti sociali*, Bologna, Il Mulino, 2012.
- Boggio, Félix, Éwanjé-Épée y Stella Magliani-Belkacem, *Les féministes blanches et l'empire*, París, La Fabrique, 2012.
- Boittin, Jennifer Anne, «Feminist Mediations of the Exotic: French Algeria, Morocco and Tunisia, 1921–39», *Gender and History*, núm. 22, 2010, pp. 131-150.
- Boltanski, Luc y Ève Chiapello, *The New Spirit of Capitalism*, Londres, Verso, 2005.
- Bonfiglioli, Chiara, «Intersections of Racism and Sexism in Contemporary Italy: A Critical Cartography of Recent Feminist Debates», *Darkmatter*, núm. 6, 2010, consultado el 23 de agosto de 2016, <http://www.darkmatter101.org/site/2010/10/10/intersections-of-racism-and-sexism-in-contemporary-italy-a-critical-cartography-of-recent-feminist-debates/>.
- Bonfiglioli, Chiara, Lidia Cirillo, Laura Corradi, Barbara De Vivo, Sara R. Farris y Vincenza Perilli, *La straniera: Informazioni, sitobibliografie e ragionamenti su razzismo e sessismo*, Roma, Alegre.
- Bonifazi, Corrado y Cristiano Marini, «Il lavoro degli stranieri in Italia in tempo di crisi», *L'economia dell'immigrazione, Fondazione Leone Moressa*, núm. 1, 2011, pp. 1-5.
- Bonjour, Saskia y Betty de Hart, «A Proper Wife, a Proper Marriage: Constructions of "Us" and "Them" in Dutch Family Migration Policy», *European Journal of Women's Studies*, núm. 20, 2013, pp. 61-76.
- Bonjour, Saskia y Doutje Lettinga, «Political Debates on Islamic Head-scarves and Civic Integration Abroad in France and the Netherlands: What Can Models Explain?», *Journal of Immigrant and Refugee Studies*, núm. 10, 2012, pp. 260-278.
- Bonnett, Alastair, «From the Crisis of Whiteness to Western Supremacism», *Australian Critical Race and Whiteness Studies Association Journal*, núm. 1, 2005, pp. 8-20.
- Botman, Sjoukje, 2010, *Gewoon Schoonmaken: De troebele arbeidsrelaties in betaald huishoudelijk werk*, tesis doctoral, Ámsterdam: Universidad de Ámsterdam.
- Bouteldja, Houria, «De la cérémonie du dévoilement à Alger (1958) à Ni Putes Ni Soumises: L'instrumentalisation coloniale et néo-coloniale de la cause des femmes», *Les Mots Sont*

- Important*, 2007, consultado el 23 de agosto de 2016, <http://lmsi.net/De-la-ceremonie-du-devoilement-a>.
- Boyd, Monica y Elizabeth Grieco, *Women and Migration: Incorporating Gender into International Migration Theory*, Washington DC, Migration Policy Institute, 2003.
- Bracke, Sara, «From “Saving Women” to “Saving Gays”: Rescue Narratives and Their Dis/Continuities», *European Journal of Women’s Studies*, núm. 19, 2012, pp. 237-.
- _____, «Subjects of Debate: Secular and Sexual Exceptionalism, and Muslim Women in the Netherlands», *Feminist Review*, núm. 98, 2011, pp. 28-46.
- Braidotti, Rosi y Gloria Wekker, *Praten in het donker: Multiculturalisme en anti-racisme in feministisch perspectief*, Kampen, Países Bajos, Kok Agora, 1996.
- Braxton, Bernard, *Women, Sex and Race: A Realistic View of Racism and Sexism*, Washington DC, Verta Press, 1973.
- Brown, Wendy, *Manhood and Politics: A Feminist Reading in Political Theory*, Totowa, NJ, Rowman and Littlefield, 1988.
- _____, «Tolerance and/or Equality? The “Jewish Question” and the “Woman Question”», *differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, núm. 15, 2004, pp. 1-31.
- _____, *Walled States, Waning Sovereignty*, Nueva York, Zone, 2010.
- Brox, Ottar, *The Political Economy of Rural Development: Modernization without Centralization?* Chicago (IL), University of Chicago Press, 2006.
- Büchler, Andrea, «Islamic Family Law in Europe? From Dichotomies to Discourse— Or: Beyond Cultural and Religious Identity in Family Law», *International Journal of Law in Context*, núm. 8, 2012, pp. 196-210.
- Burawoy, Michael, «The Functions and Reproduction of Migrant Labor: Comparative Material from Southern Africa and the United States», *American Journal of Sociology*, núm. 81, 1976, pp. 1050-1087.
- Burton, Antoinette M., *Burdens of History: British Feminists, Indian Women, and Imperial Culture 1865–1915*, Chapel Hill (NC), University of North Carolina Press, 1994.
- _____, «The White Woman’s Burden. British Feminists and the Indian Woman, 1865–1915», *Women’s Studies International Forum*, núm. 13, 1990, pp. 295-308.

- Butler, Judith, «Competing Universalities», en Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, *Contingency, Hegemony, Universality: Contemporary Dialogues on the Left*, Londres, Verso, 2000.
- , «Feminism Should Not Resign in the Face of Such Instrumentalization», *IABLIIS: Jahrbuch für europäische Prozesse*, 2006.
- Campani, Giovanna, *Genere, etnia e classe: Migrazioni al femminile tra esclusioni e identità*, Pisa, Ets, 2000.
- Cangiano, Alessio, «Immigration Policy and Migrant Labour Market Outcomes in the European Union: New Evidence from the EU Labour Force Survey», LAB-MIG-GOV documento de trabajo de proyecto internacional, 2012, consultado el 23 de agosto de 2016, <http://www.labmiggov.eu/wp-content/uploads/2012/05/Cangiano-Lab-Mig-Gov-Final-Report-WP4.pdf>.
- Carrera, Sergio y Anja Wiesbrock, «Civic Integration of Third-Country Nationals. Nationalism versus Europeanisation in the Common EU Immigration Policy», Centro de Estudios de Políticas Europeas (CEPS, por sus siglas en inglés), informe preparado para ENACT (Promulgación de la Ciudadanía Europea) un proyecto de investigación financiado por el VII Programa Marco de Investigación de la Dirección General de Investigación de la Comisión Europea y coordinado por la Open University de Reino Unido, 2009, consultado el 23 de agosto de 2016, <https://www.ceps.eu/system/files/book/1835.pdf>.
- Castells, Manuel, «Immigrant Workers and Class Struggles in Advanced Capitalism: The Western European Experience», *Politics and Society*, núm. 5, 1975, pp. 33-66.
- Castles, Stephen, «The Guest-Worker in Western Europe—an Obituary», *International Migration Review*, núm. 20, 1986, pp. 761-778.
- Castles, Stephen y Gudula Kosack, *Immigrant Workers and Class Structure in Western Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1973.
- Castles, Stephen y Mark Miller, *The Age of Migration*, Londres, Palgrave, 2009.
- Castles, Stephen y Simona Vezzoli, «The Global Economic Crisis and Migration: Temporary Interruption or Structural Change?», *Paradigmes*, núm. 2, 2009, pp. 68-75.
- Chou, Meng-Hsuan y Nicolas Baygert, «The 2006 French Immigration and Integration Law: Europeanisation or Nicolas Sarkozy's Presidential Keystone?», Documento de trabajo 45, COMPAS, Universidad de Oxford, 2007.

- Colin, Christel, *Services à la personne: Rapport du groupe de travail interinstitutionnel sur la connaissance statistique des emplois dans les services à la personne*, Conseil National de L'Information Statistique, 2012.
- Colombo, Francesca, Ana Llena-Nozal, Jérôme Mercier y Frits Tjadens, *Health Wanted? Providing and Paying for Long-Term Care*, París, Estudios de la OCDE sobre sistemas de salud, 2011.
- Comisión Europea, «EU Initiatives Supporting the Integration of Third-Country Nationals», documento de trabajo de los servicios de la Comisión Europea, 2011.
- Comisión Europea, *Europa 2020. Una estrategia para un crecimiento inteligente, sostenible e integrador*, Bruselas, Comisión Europea, 2010.
- Comisión Europea, «Agenda Europea para la Integración de Nacionales de Terceros Países», Bruselas, Comisión Europea, 2011.
- Comunicación de la CE, «A Common Agenda for Integration—Framework for the Integration of Third-Country Nationals in the European Union», 2005.
- Condon, Stéphanie, «L'activité des femmes immigrées du Portugal à l'arrivée en France, reflet d'une diversité de stratégies familiales et individuelles», *Population*, núm. 55, 2000, pp. 301-330.
- Consejo Europeo, «Establecimiento del Fondo Europeo para la Integración de Nacionales de Terceros Países para el período 2007-2013 como parte del programa general "Solidaridad y gestión de los flujos migratorios"», 2007.
- Cox, Rosie, *The Servant Problem: Domestic Work in a Global Economy*, Londres, I. B. Tauris, 2006.
- Crenshaw, Kimberlé, «Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color», *Stanford Law Review*, núm. 43, 1991, pp. 1241-1299.
- Crépon, Sylvain, *Enquête au coeur du nouveau Front National*, París, Nouveau Monde, 2012.
- Cusack, Tricia y Síghle Breathnach-Lynch, *Art, Nation and Gender: Ethnic Landscapes, Myths and Mother-Figures*, Aldershot, Reino Unido, Ashgate, 2003.
- Dalla Costa, Mariarosa y Selma James, *The Power of Women and the Subversion of the Community*, Nueva York, Falling Wall, 1975.

- Davidson, Neil, «Nationalism and Neoliberalism», *Variant*, núm. 32, 2008, consultado el 23 de agosto de 2016, <http://www.variant.org.uk/32texts/davidson32.html>.
- Davis, Angela, *Women, Race and Class*, Nueva York, Vintage, 1983 [ed. cast.: *Mujeres, raza y clase*, trad. por Ana Varela Mateos, Ediciones AKAL, Madrid, 2004].
- Davis, Kathy, «Intersectionality as Buzzword: A Sociology of Science Perspective on What Makes a Feminist Theory Successful», *Feminist Theory*, núm. 9, 2008, pp. 67-85.
- Davis, Murray S., «“That’s Classic!” The Phenomenology and Rhetoric of Successful Social Theories», *Philosophy of the Social Sciences*, núm. 16, 1986, pp. 285-301.
- , «“That’s Interesting!” Towards a Phenomenology of Sociology and a Sociology of Phenomenology», *Philosophy of the Social Sciences*, núm. 1, 1971, pp. 309-344.
- De Beauvoir, Simone, *The Second Sex*, Londres, Vintage, 2009 [ed. cast.: *El segundo sexo*, trad. por Teresa López Pardina, Ediciones Cátedra, Madrid, 2005].
- De Lange, Sarah L. y Liza M. Mügge, «Gender and Right-Wing Populism in the Low Countries: Ideological Variations across Parties and Time», *Patterns of Prejudice*, núm. 1-2, 2015, pp. 61-80.
- De Leeuw, M. y Sonja Van Wichelen, «“Please, Go Wake Up!” Submission, Hirsi Ali, and the “War on Terror” in the Netherlands», *Feminist Media Studies*, núm. 5, 2005, pp. 325-340.
- De Ridder, Kathleen, *De witte Media: Of waarom «allochtonen» altijd slecht nieuws zijn*, Ámsterdam, New Book B.V., 2010.
- Delphy, Christine, *Classer, dominer: Qui sont les «autres»?* , París, La Fabrique, 2008.
- Deltombe, Thomas y Mathieu Rigouste, «L’ennemi intérieur: La construction médiatique de la figure de l’“Arabe”», en Pascal Blanchard, Nicolas Bancel y Sandrine Lemaire, *La fracture coloniale: La société française au prisme de l’héritage colonial*, París, La Découverte, 2005.
- Denning, Michael, «Wageless Life», *New Left Review*, núm. 66, 2010, pp. 79-97.
- Derrida, Jacques, *The Politics of Friendship*, Londres, Verso, 2005.
- Dézé, Alexandre, «Le populisme ou l’introuvable Cendrillon», *Lectures critiques: Revue française de science politique*, núm. 54, 2004, pp. 179-190.

- Donato, Katharine, Joseph T. Alexander, Donna Holdaway Gabaccia, y Johanna Leinonen, «Variations in the Gender Composition of Immigrant Populations: How They Matter», *International Migration Review*, núm. 45, 2011, pp. 495-526.
- Dorlin, Elsa, «“Pas en notre nom!” Contre la récupération raciste du féminisme par la droite française», consultado el 11 de marzo de 2014, <http://www.genreenaction.net/Pas-en-notre-nom.html>.
- Dresselhuys, Cisca, «Derde golf», *Opzij*, junio de 2002.
- Duggan, Lisa, *Twilight of Equality? Neoliberalism, Cultural Politics, and the Attack on Democracy*, Boston (MA), Beacon, 2003.
- Eatwell, Roger, «Charisma and the Revival of the European Extreme Right», en Jens Rydgren, *Movements of Exclusion: Radical Right-Wing Populism in the Western World*, Nueva York, Nova Science, 2005.
- Eckerson, Helen F., «Immigration and National Origins», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, núm. 36, 1966, pp. 4-14.
- Ehrenreich, Barbara y Arlie R. Hochschild, *Global Woman: Nannies, Maids, and Sex Workers in the New Economy*, Nueva York, Metropolitan, 2003.
- Einaudi, Luca, *Le politiche dell'immigrazione in Italia dall'Unità a oggi*, Roma, Laterza, 2007.
- Eisenstein, Hester, *Feminism Seduced: How Global Elites Use Women's Labor and Ideas to Exploit the World*, Nueva York, Paradigm, 2010.
- , *Inside Agitators: Australian Femocrats and the State*, Filadelfia, Temple University Press, 1996.
- Engels, Friedrich, *The Condition of the Working Class in England*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1958 [ed. cast: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, trad. por Fina Warschauer y Laura V. Júcar, Madrid, 1980].
- Entzinger, Han, «The Parallel Decline of Multiculturalism and the Welfare State in the Netherlands», en Keith Banting y Will Kymlicka, *Multiculturalism and the Welfare State: Recognition and Redistribution in Contemporary Democracies*, Oxford, Oxford University Press, 2006.
- Eurobarómetro 2007, *Health and Long-Term Care in the European Union*, Bruselas, Comisión Europea.

- Eurostat, «Migrants in Europe», *A Statistical Portrait of the First and Second Generation*, Bruselas, Comisión Europea, 2011.
- Fabian, Johannes, *Time and the Other*, Nueva York, Columbia University Press, 1983.
- Fairclough, Norman y Ruth Wodak, «Critical Discourse Analysis», en Teun Van Dijk, *Discourse as Social Interaction*, Londres, Sage, 1997.
- Fanon, Frantz, «Algeria Unveiled», en Carl Oglesby, *The New Left Reader*, Nueva York, Grove, 1969.
- _____, *Black Skin, White Masks*, Londres, Pluto, 2008 [ed. cast: *Piel negra, máscaras blancas*, trad. por Ana Useros Martín, Ediciones AKAL, Madrid, 2009].
- _____, *A Dying Colonialism*, Nueva York, Monthly Review, 1965.
- Farris, Sara R., «From the Jewish Question to the Muslim Question: Republican Rigorism, Culturalist Differentialism and Antinomies of Enforced Emancipation», *Constellations: An International Journal of Critical and Democratic Theory*, núm. 22, 2014, pp. 296-307.
- _____, «Le donne nei processi di integrazione: I risultati della ricerca in Italia», *Studi Emigrazione/Migration Studies*, núm. 170, 2008, pp. 400-418.
- _____, «Migrants' Regular Army of Labor: Gender Dimensions of the Impact of the Global Economic Crisis on Migrant Labor in Western Europe», *Sociological Review*, núm. 63, 2015, pp. 121-143.
- Farris, Sara R. y Francesca Scrinzi, «Gender and the Racialization of Migrant Women in the Lega Nord Ideology and Politics», en Jon Mulholland, Nicola Montagna y Erin Sanders-McDonagh, *Gendering Nationalism: Intersections of Nation, Gender and Sexuality in the 21st Century*, Basingstoke, Palgrave, próximamente.
- Fassin, Didier y Éric Fassin, *De la question sociale à la question raciale: Représenter la société française*, París, La Découverte, 2006.
- Fassin, Didier y Sarah Mazouz, «Qu'est-ce que devenir français? La naturalisation comme rite d'institution républicain», *Revue Française de Sociologie*, núm. 48, 2007, pp. 723-750.
- Fassin, Éric, *Démocratie précaire: Chroniques de la déraison d'État*, París, La Découverte, 2012.
- _____, «La démocratie sexuelle et le conflit des civilisations», *Multitudes*, núm. 26, 2006, pp. 23-131.

- _____, «Sexual Democracy and the New Racialization of Europe», *Journal of Civil Society*, vol. 8, núm. 3, 2012.
- Fassin, Éric y Judith Surkis, «Sexual Boundaries, European Identities, and Transnational Migrations in Europe», *Public Culture*, núm. 22, 2012, pp. 487-505.
- Favaro, Graziella, *Donne migranti: Eritree a Milano. Una storia per immagini e parole*, Milán, Mazzotta, 1986.
- Federici, Silvia, *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*, Nueva York, Autonomedia, 2004 [ed. cast: *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, trad. por Verónica Hendel y Leopoldo Sebastián Touza, Madrid y Buenos Aires, Traficantes de Sueños y Tinta Limón, 2010].
- _____, «On Elder Care», *Commoner*, 2012, pp. 234-261 [ed. cast.: *Revolución en punto cero, trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, trad. por Carlos Fernández Guervós y Paula Martín Ponz, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013].
- _____, «The Reproduction of Labor-Power in the Global Economy: Marxist Theory and the Unfinished Feminist Revolution», en Silvia Federici, *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*, Nueva York, PM Press, 2012 [ed. cast.: *Revolución en punto cero, trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, trad. por Carlos Fernández Guervós y Paula Martín Ponz, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013].
- _____, *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*, Nueva York, PM Press, 2012 [ed. cast. *Revolución en punto cero, trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, trad. por Carlos Fernández Guervós y Paula Martín Ponz, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013].
- Fekete, Liz, «Enlightened Fundamentalism? Immigration, Feminism and the Right», *Race and Class*, núm. 48, 2006, pp. 1-22.
- Ferguson, Ann, *Sexual Democracy: Women, Oppression and Revolution*, Boulder (CO), Westview, 1991.
- Ferguson, Sue, «Canadian Contributions to Social Reproduction Feminism, Race and Embodied Labor», *Race, Gender and Class*, núm. 1-2, 2008, pp. 42-57.
- _____, «Intersectionality and Social Reproduction Feminisms: Toward an Integrative Ontology», *Historical Materialism*, núm. 24, 2016, pp. 38-60.

- Finotelli, Claudia y Joaquin Arango, «Regularisation of Unauthorized Immigrants in Italy and Spain: Determinants and Effects», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, núm. 57, 2011, pp. 495-515.
- Folbre, Nancy, «Nursebots to the Rescue? Immigration, Automation, and Care», *Globalizations*, núm. 3, 2006, pp. 349-360.
- , *Warm Hands in a Cold Age: Gender and Aging*, Londres, Routledge, 2006.
- Foucault, Michel, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Nueva York, Vintage, 1995 [ed. cast.: *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*, trad. por Aurelio Garzón del Camino, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002].
- , *The History of Sexuality: Volume I*, Nueva York, Pantheon, 1978 [ed. cast.: *Historia de la sexualidad, la voluntad de saber*, trad. por Ulises Guinazú, Siglo XXI, Madrid, 2019].
- Frank, André Gunder, *Latin America: Underdevelopment or Revolution*, Nueva York, Monthly Review, 1969.
- Fraser, Nancy, «Feminism, Capitalism, and the Cunning of History», *New Left Review*, núm. 56, 2009, pp. 97-117 [ed. cast.: «El feminismo, el capitalismo y la astucia de la historia», *Los talleres ocultos del capital*, trad. por Juan Mari Madariaga y Cristina Peña, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020].
- Fraser, Nancy y Linda Gordon, «A Genealogy of Dependency: Tracing a Keyword of the U.S. Welfare State», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, núm. 19, 1994, pp. 309-336.
- Freeman, Gary, *Immigrant Labor and Racial Conflict in Industrial Societies: The French and British Experience, 1945-1975*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1979.
- Friedan, Betty, *The Feminine Mystique*, Nueva York, W. W. Norton, 1963 [ed. cast.: *La mística de la feminidad*, trad. Magalí Martínez Solimán, Cátedra, Madrid, 2016].
- Fullin, Giovanna, «Immigrati e mercato del lavoro italiano: Disoccupazione, declassamento occupazionale e primi effetti della crisi economica», *L'economia dell'immigrazione. Fondazione Leone Moressa*, núm. 1, 2011, pp. 6-12.
- Gaspard, Françoise, «Assimilation, insertion, intégration: Les mots pour 'devenir Français'», *Hommes et Migrations*, 1992, pp. 14-22.
- Geisser, Vincent, «La répudiation médiatique: À propos des représentations de la 'beurette' dans le débat sur le voile islamique», consultado el 31 de marzo de 2014, <http://lmsi.net/La-repudiation-mediatique>.

- George, Sheba Miriam, *When Women Come First: Gender and Class in Transnational Migration*, Berkeley, University of California Press, 2005.
- Gilroy, Paul, «One Nation under a Groove—The Cultural Politics of ‘Race’ and Racism in Britain», en David Theo Goldberg, *Anatomy of Racism*, Minneapolis (MN), University of Minnesota Press, 1990.
- Glendinning, Caroline y Nicola Moran, «Reforming Long-Term Care: Recent Lessons from Other Countries», Universidad de York, Unidad de Investigación de Políticas Sociales, 2009.
- Goswami, Manu, «Rethinking the Modular Nation Form: Toward a Sociohistorical Conception of Nationalism», *Comparative Studies in Society and History*, núm. 44, 2002, pp. 770-799.
- Gourdeau, Camille, «Des usages contradictoires du Contrat d’Accueil et d’Intégration: De la prévention des discriminations sur le marché du travail à l’utilisation paradoxale du thème de l’égalité entre hommes et femmes», artículo presentado en el *Colloque International «Genre et Discriminations»*, París Nanterre La Défense, 27-28 junio de 2013.
- Grever, Maria y Berteke Waaldijk, *Transforming the Public Sphere: The Dutch National Exhibition of Women’s Labor in 1898*, Durham (NC), Duke University Press, 2004.
- Guénif, Nacira y Eric Macé, *Les féministes et le garçon arabe*, París, L’Aube, 2004.
- Gutiérrez-Rodríguez, Encarnación, *Migration, Domestic Work and Affect: A Decolonial Approach on Value and the Feminization of Labor*, Londres, Routledge, 2010.
- Habermas, Jürgen, «Discourse Ethics: Notes on a Program of Philosophical Justification», en Jürgen Habermas, *Moral Consciousness and Communicative Action*, Cambridge (MA), MIT Press, 1990.
- Hall, Stuart, «The Toad in the Garden: Thatcherism among the Theorists», en Cary Nelson y Lawrence Grossberg, *Marxism and the Interpretation of Culture*, Londres, Macmillan, 1988.
- Hamel, Christelle, «De la racialization du sexisme au sexisme identitaire», *Migrations Société: Femmes dans la migration*, núm. 17, 2005, pp. 91-104.
- _____, «La sexualité entre sexisme et racisme: Les descendantes de migrant-e-s du Maghreb et la virginité», *Nouvelles Questions Féministes*, núm. 25, 2006, pp. 41-57.

- Handler, Joel, «Social Citizenship and Workfare in the US and Western Europe: From Status to Contract», *Journal of European Social Policy*, núm. 13, 2004, pp. 229-243.
- Harmes, Adam, «The Rise of Neoliberal Nationalism», *Review of International Political Economy*, núm. 19, 2012, pp. 59-86.
- Harris, Nigel, *The New Untouchables: Immigration and the New World Worker*, Londres, I. B. Tauris, 1995.
- Harvey, David, «The “New” Imperialism: Accumulation by Dispossession», *Socialist Register*, núm. 40, 2004, pp. 63-87.
- Haussman, Melissa y Birgit Sauer, *Gendering the State in the Age of Globalization: Women’s Movements and State Feminism in Postindustrial Democracies*, Plymouth, Rowman and Littlefield, 2007.
- HCI, «Le contrat et l’integration», Rapport à Monsieur le Premier Minister, 2003.
- Hermet, Guy, *Les populismes dans le monde: Une histoire sociologique, 19–20 siècle*, París, Fayard, 2001.
- Hernon, Calvin H., *Sex and Racism*, St. Albans, Herts, Paladin, 1970.
- _____, *Sex and Racism in America*, Nueva York, Anchor, 2008.
- Hill Collins, Patricia, *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*, Londres, Routledge, 2000.
- Hirschkind, Charles y Saba Mahmood, «Feminism, the Taliban, and the Politics of Counter-Insurgency», *Anthropological Quarterly*, núm. 75, 2002, pp. 339-354.
- Hirsi Ali, Ayaan y Geerd Wilders, «Het is tijd voor een liberale jihad», *NRC Handelsblad*, 12 de abril de 2003,
- Ho, Christina, «Muslim Women’s New Defenders: Women’s Rights, Nationalism and Islamophobia in Contemporary Australia», *Women’s Studies International Forum*, núm. 30, 2007, pp. 290-298.
- Hochschild, Arlie, «Global Care Chains and Emotional Surplus Value», en Will Hutton y Anthony Giddens, *Global Capitalism*, Nueva York, New Press, 2000.
- hooks, bell, *Feminist Theory: From Margin to Center*, Cambridge, South End, 2000 [ed. cast: *Teoría feminista. De los márgenes al centro*, trad. por Ana Useros, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020].
- Hooymann, Nancy R. y Judith Gonyea, *Feminist Perspectives on Family Care: Policies for Gender Justice*, Londres, Sage, 1995.

- Hoselitz, Bert F., *Sociological Factors in Economic Development*, Nueva York, Free Press, 1960.
- Human Rights Watch, «The Netherlands: Discrimination in the Name of Integration. Migrants' Rights under the Integration Abroad Act», núm. 1, 2008.
- Informe Gerin, «Assemblée Nationale, N. 2262, Rapport d'information fait en application de l'article 145 du règlement au nom de la mission d'information sur la pratique du port du voile intégral sur le territoire national. Enregistré à la Présidence de l'Assemblée Nationale le 26 Janvier 2010».
- Informe UWV, Arbeidsmarktprognose 2012–2013. Met een doorblik naar 2017, 2012, consultado el 20 de mayo de 2013, <https://www.werk.nl/arbeidsmarktinformatie>.
- Ipsen, Carl, *Dictating Demography: The Problem of Population in Fascist Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
- Ivekovic, Rada, «Women, Nationalism and War: "Make Love Not War"», *Hypatia*, núm. 8, 1993, pp. 113-126.
- Jacobsen, Christine y Dag Stenvoll, «Muslim Women and Foreign Prostitutes: Victim Discourse, Subjectivity, and Governance», *Social Politics*, núm. 17, 2005, pp. 270-294.
- Jay, Martin, «The Debate over Performative Contradiction: Habermas versus the Poststructuralists», en Axel Honneth, *Philosophical Interventions in the Unfinished Project of Enlightenment*, Cambridge (MA), MIT Press, 1992.
- Jayawardena, Kumari, *Feminism and Nationalism in the Third World*, Londres, Zed, 1986.
- Jenkins, Fiona, «Pledging Allegiance: The Strangers inside Democracy and Citizenship», en Fiona Jenkins, Mark Nolan y Kim Rubenstein, *Allegiance and Identity in a Globalised World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.
- Jolly, Cécile, Frédéric Lainé e Yves Breem, «L'emploi et les métiers des immigrées», *Centre d'analyse stratégique*, núm. 1, 2012.
- Joppke, Christian, «Beyond National Models: Civic Integration Policies for Immigrants in Western Europe», *West European Politics*, núm. 30, 2007, pp. 1-22.
- _____, «Immigrants and Civic Integration in Western Europe», *Institute for Research on Public Policy*, 2006, pp. 1-30.
- _____, «Retreat of Multiculturalism in the Liberal State: Theory and Policy», *British Journal of Sociology*, núm. 55, 2004, pp. 237-257.

- _____, «The Role of the State in the Cultural Integration: Trends, Challenges and Ways Ahead», Migration Policy Institute, 2012.
- Jourdan, Virginie, «Les femmes immigrées signataires du CAI en 2009», *Infos Migrations*, núm. 22, 2011.
- Jung, Moon-Kie, «The Racial Unconscious of Assimilation Theory», *Du Bois Review: Social Science Research on Race*, núm. 6, 2009, pp. 375-395.
- Kandiyoti, Deniz, «Identity and Its Discontents: Women and the Nation», *Millennium: Journal of Intercultural Studies*, núm. 20, 1991, pp. 429-443.
- Kaplan, Caren, Norma Alarcon y Minoo Moallem, *Between Woman and Nation: Nationalisms, Transnational Feminisms, and the State*, Durham (NC), Duke University Press, 1999.
- Karamessini, Maria y Jill Rubery, *Women and Austerity. The Economic Crisis and the Future for Gender Equality*, Londres, Routledge, 2013.
- Kideckel, David, «Utter Otherness: Western Anthropology and East European Political Economy», en Susan Parman, *Europe in the Anthropological Imagination*, Upper Saddle River (NJ), Prentice Hall, 1998.
- Kirk, Kate, «Embodied Enlightenment: The Submissive Islamic Female Body in the Contemporary Dutch Enlightenment Project», *International Journal of Diversity in Organisations, Communities and Nations*, núm. 7, 2007, pp. 199-204.
- _____, 2010, «Gender and Integration in the Netherlands», tesis doctoral, Utrecht, Universidad de Utrecht.
- Kirk, Kate, y Semin Suvarieriol, «Emancipating Migrant Women? Gendered Civic Integration in the Netherlands», *Social Politics*, núm. 21, 2013, pp. 241-260.
- Kofman, Eleonore, Annie Phizacklea, Parvati Raghuram y Rosemary Sales, *Gender and International Migration in Europe: Employment, Welfare and Politics*, Londres, Routledge, 2000.
- Kofman, Eleonore y Parvati Raghuram, *Gendered Migrations and Global Social Reproduction*, Nueva York, Palgrave, 2015.
- Kollontai, Alexandra, «Social Basis of the Woman Question», en Alix Holt, *Selected Writings by Alexandra Kollontai*, Nueva York, W. W. Norton, 1977.

- Koopmans, Ruud, «The Post-Nationalization of Immigrant Rights: A Theory in Search of Evidence», *British Journal of Sociology*, núm. 63, 2012, pp. 22-30.
- Koser, Khalid, «The Impact of the Global Financial Crisis on International Migration», *Whitehead Journal of Diplomacy and International Relations*, núm. 11, 2010, pp. 13-20.
- Kovel, Joel, *White Racism: A Psychohistory*, Nueva York, Columbia University Press, 1984.
- Laclau, Ernesto, *On Populist Reason*, Londres, Verso, 2005.
- _____, «Populism: What's in a Name?», en Francisco Panizza, *Populism and the Mirror of Democracy*, Londres, Verso, 2005.
- Laermans, Rudi, «On Populist Politics and Parliamentary Paralysis: An Interview with Ernesto Laclau», *Onlineopen.org*, núm. 20, 2010.
- Landes, Joan B., *Visualizing the Nation*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 2003.
- Lanfranco, Monica y Maria Grazia Di Rienzo, *Senza velo: Donne nell'Islam contro l'integralismo*, Nápoles, Intra Moenia, 2005.
- Larzillière, Capucine y Lisbeth Sal, «Comprendre l'instrumentalisation du féminisme à des fins racistes pour résister», *Contretemps*, 2011, consultado el 22 de agosto de 2016. <http://www.contretemps.eu/interventions/comprendre-instrumentalisation-f%C3%A9minisme-fins-racistes-r%C3%A9sister>.
- Laslett, Barbara y Johanna Brenner, «Gender and Social Reproduction: Historical Perspectives», *Annual Journal of Sociology*, núm. 15, 1989, pp. 381-404.
- Le Pen, Marine, *Mon Projet: Pour la France et les Français*, Programa del Frente Nacional, 2012.
- Leone, Massimo, «È di scena l'Italia: Quando una nazione si trasforma in personaggio», en Franco Filanci y Clemente Fedele, *Rivista della Accademia Italiana di Filatelia e Storia Postale*, núm. 3, Módena, Vaccari, 2011.
- Leroi, Pascale y Laure Thévenot, «Emploi peu qualifié: Femmes et immigrés en première ligne», *Institute d'Amenagement et d'Urbanisme*, núm. 564, 2011,
- Lestrade, Didier, *Pourquoi les gays sont passés à droite*, París, Le Seuil, 2012. Danièle Lochak, «L'intégration comme injonction: Enjeux idéologiques et politiques liés à l'immigration», *Cultures et Conflits*, núm. 64, 2006, pp. 2-14.

- Lorde, Audre, «Who Said It Was Simple», en Audre Lorde, *From a Land Where Other People Live*, Detroit (MI), Broadside, 1973.
- Lutz, Helma, «The Limits of European-ness: Immigrant Women in Fortress Europe», *Feminist Review*, núm. 57, 1997, pp. 93-111.
- _____, *Migration and Domestic Work, A European Perspective on a Global Theme*, Londres, Ashgate, 2008.
- _____, *The New Maids: Transnational Women and the Care Economy*, Londres, Zed, 2011.
- _____, «When Home Becomes a Work Place: Domestic Work as an Ordinary Job in Germany?», en Helma Lutz, *Migration and Domestic Work: A European Perspective on a Global Theme*, Londres, Ashgate, 2008.
- _____, «Zonder blikken of blozen: Het standpunt van de (nieuw) realisten», *Tijdschrift voor genderstudies*, núm. 5, 2002, pp. 7-17.
- Macdonald, Myra, «Muslim Women and the Veil», *Feminist Media Studies*, núm. 6, 2006, pp. 7-23.
- MacMaster, Neil, «The Colonial “Emancipation” of Algerian Women: The Marriage Law of 1959 and the Failure of Legislation on Women’s Rights in the Post-Independence Era», *Wiener Zeitschrift für kritische Afrikastudien*, núm. 12, 2007, pp. 91-116.
- Macpherson, Crawford, *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford, Oxford University Press, 2010.
- Mahmood, Saba, «Sectarian Conflict and Family Law in Contemporary Egypt», *American Ethnologist*, núm. 39, 2012, pp. 54-62.
- Makkonen, Timo, «Multiple, Compound and Intersectional Discrimination: Bringing the Experiences of the most Marginalized to the Fore», *Turku: Institute for Human Rights*, 2002.
- Mancini, Susanna, «Patriarchy as the Exclusive Domain of the Other: The Veil Controversy, False Projection and Cultural Racism», *International Journal of Constitutional Law*, núm. 2, 2012, pp. 411-428.
- Mann, Coramae Richey y Lance H. Selva, «The Sexualization of Racism: The Black as Rapist and White Justice», *Journal of Black Studies*, núm. 3, 1979.
- Martin, Jacqueline, «Politique familiale et travail des femmes mariées en France: Perspective historique: 1942-1982», *Population* (Edición francesa), núm. 53, 1998, pp. 1119-1153.

- Martin, Philip, «Recession and Migration: A New Era for Labor Migration?», *International Migration Review*, núm. 43, 2009, pp. 671-691.
- Marx, Karl, *Capital: Vol. 1*, en *Marx and Engels Collected Works*, vol. 35, Londres, Lawrence and Wishart, 1976.
- _____, *Capital: Vol. 2*, en *Marx and Engels Collected Works*, vol. 35, Londres, Lawrence and Wishart, 1976.
- _____, «Letter to Sigfrid Meyer and Karl Vogt», en *Marx and Engels Collected Works*, vol. 43, Londres, Lawrence and Wishart, 1976.
- Mathieu, Lilian, «Genèse et logiques des politiques de prostitution en France», *Actes de la recherche en sciences sociales* 198, núm. 3, 2013, pp. 5-20.
- May, Jon, Jane Wills, Yara Datta, Evans Kavita, Joanna Herbert y Cathy McIlwaine, «Keeping London Working: Global Cities, the British State and London's New Migrant Division of Labour», *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 32, 2007, pp. 151-167.
- Mayer, Nonna, «From Jean-Marie to Marine Le Pen: Electoral Change on the Far Right», *Parliamentary Affairs*, núm. 66, 2013, pp. 160-178.
- Mazur, Amy, «Women's Policy Agencies, Women's Movements and a Shifting Political Context: Towards a Gendered Republic in France?», en Joyce Outshoorn y Johanna Kantola, *Changing State Feminism*, Basingstoke, Reino Unido, Palgrave Macmillan, 2007.
- McBride, Dorothy E. y Amy G. Mazur, *Politics of State Feminism: Innovation in Comparative Research*, Filadelfia, Temple University Press, 2010.
- McClintock, Anne, «No Longer in a Future Heaven: Gender, Race and Nationalism», en Anne McClintock, Aamir Mufti y Ella Shohat, *Dangerous Liaisons: Gender, Nation, and Postcolonial Perspectives*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1997.
- McClintock, Anne, Aamir Mufti y Ella Shohat, *Dangerous Liaisons: Gender, Nation, and Postcolonial Perspectives*, Minneapolis (MN), University of Minnesota Press, 1997.
- McDowell, Linda, «Life without Father and Ford: The New Gender Order of Post-Fordism», *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 16, 1991, pp. 400-419.

- McRobie, Heather, «The Unsafe House of Italy: Violence against Women Does Not Break for Summer», *Open Democracy*, consultado el 31 de marzo de 2014, <http://www.opendemocracy.net/5050/heather-mcrobie/unsafe-house-of-italy-violence-against-women-does-not-break-for-summer>.
- Mény, Yves y Yves Surel, *Democracies and the Populist Challenge*, Londres, Palgrave, 2002.
- Mepschen, Paul y Jan Willem Duyvendak, «European Sexual Nationalisms: The Culturalization of Citizenship and the Sexual Politics of Belonging and Exclusion», *Perspectives on Europe*, núm. 4, 2012, pp. 70-76.
- Mepschen, Paul, Jan Willem Duyvendak y Evelien H. Tonkens, «Sexual Politics, Orientalism and Multicultural Citizenship in the Netherlands», *Sociology*, núm. 44, 2010, pp. 962-979.
- Mies, Maria, Veronika Bennholdt-Thomsen y Claudia Von Werlhof, *Women the Last Colony*, Londres, Zed, 1988.
- Miles, Robert, «Labour Migration, Racism and Capital Accumulation in Western Europe since 1945: An Overview», *Capital and Class*, núm. 10, 1986, pp. 49-86.
- Mills, Charles W., *The Racial Contract*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 2007.
- Ministero per le Pari Opportunità, «Progetti sull'inserimento socio-lavorativo delle vittime della tratta finanziati dal Fondo Sociale Europeo», 2003, consultado el 23 de agosto de 2016, http://www.pariopportunita.gov.it/images/stories/documenti_vari/UserFiles/Servizi/Pubblicazioni/progetti-inserimento-socio-lavorativo-vittime-tratta.pdf.
- Mink, Gwendolyn, *Welfare's End*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1998.
- Moghadam, Valentine *Gender and National Identity*, Londres, Palgrave Macmillan, 1994.
- Mohanty, Chandra Talpade, «Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses», *Boundary*, núm. 2, vol. 12, 1984, pp. 333-358 [ed. cast.: «Bajo los ojos de Occidente», en Sandro Mezzadra (ed.), *Estudios postcoloniales*, trad. por Marta Malo de Molina, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008].
- Moraga, Cherrie y Gloria E. Anzaldúa, *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*, Nueva York, Kitchen Table, 1983.

- Morgensen, Scott L., «Settler Homonationalism: Theorizing Settler Colonialism within Queer Modernities», *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, núm. 16, 2010, pp. 105-131.
- Morokvasic, Mirjana, «Birds of Passage Are Also Women...», *International Migration Review*, núm. 18, 1984, pp. 886-907.
- Morondo Taramundi, Dolores, «Women's Oppression and Face Veil Bans: A Feminist Assessment», en Brems, *The Experiences of Face Veil Wearers in Europe and the Law*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.
- Mosse, George, *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*, Oxford, Oxford University Press, 1996.
- , *Nationalism and Sexuality: Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*, Madison (WI), University of Wisconsin Press, 1988.
- Moujoud, Nasima, «Effets de la migration sur le femmes et sur les rapports sociaux de sexe: Au-delà des visions binaires», *Les Cahiers du CEDREF*, núm. 16, 2008, pp. 57-79.
- Moulier Boutang, Yann, J. P. Garson y R. Silberman, *Economie politique des migrations clandestines de main-d'oeuvre*, París, PUBLISUD, 1986.
- Mudde, Cas, *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
- , «The Populist Zeitgeist», *Government and Opposition*, núm. 39, 2004, pp. 541-563.
- Muel-Dreyfus, Francine, *Vichy and the Eternal Feminine: A Contribution to a Political Sociology of Gender*, Durham (NC), Duke University Press, 2001.
- Mullally, Siobhán, «Civic Integration, Migrant Women and the Veil: At the Limits of Rights?», *Modern Law Review*, núm. 74, 2011, pp. 27-56.
- Naciones Unidas, *State of World Population 2006: A Passage to Hope: Women and International Migration*, consultado el 10 de diciembre de 2012, http://www.unfpa.org/swp/2006/pdf/en_sowp06.pdf.
- Norris, Andrew, «Ernesto Laclau and the Logic of the Political», *Philosophy of Social Criticism*, núm. 32, 2003, pp. 111-134.
- Norris, Pippa, *Radical Right: Voters and Parties in the Electoral Market*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005.
- OCDE, *International Migration Outlook*, 2012, OCDE Publishing.

- Oishi, Nana, *Women in Motion: Globalization, State Policies and Labor Migration in Asia*, Stanford (CA), Stanford University Press, 2005.
- Organización Internacional del Trabajo, 2013, *Domestic Workers across the World: Global and Regional Statistics and the Extent of Legal Protection*, Ginebra, Oficina Internacional del Trabajo.
- Okin, Susan Moller, «Is Multiculturalism Bad for Women?» en Joshua Cohen, Matthew Howard y Martha Nussbaum, *Is Multiculturalism Bad for Women? Susan Moller Okin with Respondents*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1999.
- Oostindie, Gert, *Postcolonial Netherlands: Sixty-five Years of Forgetting, Commemorating, Silencing*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2010.
- Orozco, Tereza, «“Der totale Staat aus Schwäche”: Männlichkeitskonstruktionen im Denken Carl Schmitts», en Brigitte Doetsch, *Philosophinnen im dritten Jahrtausend*, Bielefeld, A Kleine Verlag, 2004.
- Outshoorn, Joyce y Jantine Oldersma, «Dutch Decay: The Dismantling of the Women’s Policy Network in the Netherlands», en Joyce Outshoorn y Johanna Kantola, *Changing State Feminism*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007.
- Pantti, Mervi y Jan Wieten, «Mourning Becomes the Nation: Television Coverage of the Murder of Pim Fortuyn», *Journalism Studies*, núm. 6, 2005, pp. 301-313.
- Papa, Catia, *Sotto altri cieli: L’oltremare nel movimento femminile italiano (1870-1915)*, Roma, Viella, 2009.
- Pasquinelli, Sergio, «Badanti: Dilaga il lavoro nero», *Qualificare*, 2012, consultado el 23 de agosto de 2016, <http://www.qualificare.info/home.php?id=585>.
- Pasquinelli, Sergio y Giselda Rusmini, «Famiglie e assistenti familiari: Segnali dalla crisi 2012», *Qualificare*, 2013, consultado el 23 de agosto de 2016, <http://www.qualificare.info/home.php?id=643>.
- Passerini, Luisa, «Costruzione del femminile e del maschile: Dicotomia sociale e androginia simbolica», en VVAA, *Il regime fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1995.
- Pateman, Carole, *The Sexual Contract*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1988 [ed. cast.: *El contrato sexual*, trad. por María Luisa Femenías, Madrid, Ménades, 2019].

- Pavolini, Emanuele y Costanzo Ranci, «Restructuring the Welfare State: Reforms in Long-Term Care in Western European Countries», *Journal of European Social Policy*, núm. 18, 2008, pp. 246-259.
- Pêcheux, Michel, «The Mechanism of Ideological (Mis)recognition», en Slavoj Žižek, *Mapping Ideology*, Londres, Verso, 1994.
- Perocco, Fabio y Cillo Rossana, «L'impatto della crisi sulle condizioni lavorative degli immigrati», *L'economia dell'immigrazione. Fondazione Leone Moressa*, núm. 1, 2011, pp. 13-15.
- Perugini, Nicola y Neve Gordon, *The Human Right to Dominate*, Oxford, Oxford University Press, 2015.
- Phizacklea, Annie, *One Way Ticket: Migration and Female Labour*, Londres, Routledge, 1983.
- Phizacklea, Annie y Robert Miles, *Labour and Racism*, Londres, Routledge, 1980.
- Picchi, Sara, «Le badanti invisibili anche alla crisi?», *InGenere*, 2012, consultado el 23 de agosto de 2016, <http://www.ingene-re.it/articoli/le-badanti-invisibili-anche-alla-crisi>.
- Pijl, Maria y Clarie Ramakers, «Contracting One's Family Members: The Dutch Care Allowance», en Clare Ungerson y Susan Yeandle, *Cash-for-Care in Developed Welfare States*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2007.
- Piore, Michael J., *Birds of Passage: Migrant Labour and Industrial Societies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.
- Polanyi, Karl, *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*, Boston (MA), Beacon, 2001 [ed. cast: *La gran transformación, los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, trad. por Eugenia Correa, José Déniz y Wesley Marshall, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2017].
- Portes, Alejandro y Julia Sensenbrenner, «Embeddedness and Immigration: Notes on the Social Determinants of Economic Action», *American Journal of Sociology*, núm. 98, 1993, pp. 1320-1350.
- Pott-Buter, Hettie, *Facts and Fairy Tales about Female Labour, Family and Fertility: A Seven-Country Comparison, 1850-1990*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2015.
- Prins, Baukje y Sawitri Saharso, «In the Spotlight: A Blessing and a Curse for Immigrant Women in the Netherlands», *Ethnicities*, núm. 8, 2008, pp. 365-384.

- Puar, Jasbir K., *Terrorist Assemblages: Homonationalism in Queer Times*, Durham (NC), Duke University Press, 2007.
- PVV, 2010, De agenda van hoop en optimisme: Een tijd om te kiezen: 2010/2015.
- PVV, 2013, Geweld tegen Vrouwen binnen de Islam.
- PVV, 2012, Hún Brussel, óns Nederland: Verkiezingsprogramma 2012–2017.
- Ranci, Costanzo, «Crisis and Transformation of the Italian Care Model: Beyond Familism, the Role of the Market and Public Policies», artículo presentado en la conferencia anual ESPA-Net, 2007.
- Rebucini, Gianfranco, «Homonationalisme et impérialisme sexuel: Politiques néolibérales de l'hégémonie», *Raisons Politiques*, núm. 49, 2013, pp. 75-93.
- Rehmann, Jan, *Theories of Ideology*, Leiden, Brill, 2013.
- Reyneri, Emilio, «Immigration and the Economic Crisis in Western Europe», artículo presentado en la sexta conferencia sobre migraciones, La Coruña, 17 a 19 de septiembre de 2009.
- Reyneri, Emilio y Maria Baganha, «Migration and the Labor Market in Southern Europe», *IMIS-Beiträge*, núm. 17, 2001, pp. 33-53.
- Rich, Adrienne, «Notes toward a Politics of Location», en Adrienne Rich, *Blood, Bread, and Poetry*, Nueva York, W. W. Norton, 1986.
- Roggeband, Conny, «The Victim-Agent Dilemma: How Migrant Women's Organizations in the Netherlands Deal with a Contradictory Policy Frame», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, núm. 35, 2010, pp. 943-967.
- Roggeband, Conny y Mieke Verloo, «Dutch Women Are Liberated, Migrant Women Are a Problem: The Evolution of Policy Frames on Gender and Migration in the Netherlands, 1995–2005», *Social Policy and Administration*, núm. 41, 2007, pp. 271-288.
- Rostami-Povey, Elaheh, *Afghan Women: Identity and Invasion*, Londres, Zed, 2007.
- Rostow, Walt W., *The Stages of Economic Development: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960 [ed. cast: *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*, trad. por Esther Rabasco, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1993].

- Rottenberg, Catherine, «Happiness and the Liberal Imagination: How Superwoman Became Balanced», *Feminist Studies*, núm. 40, 2014, pp. 144-168.
- _____, «The Rise of Neoliberal Feminism», *Cultural Studies*, núm. 28, 2014, pp. 418-437.
- Rubin, Jennifer, Michael S. Rendall, Lila Rabinovich, Flavia Tsang, Constantijn van Oranje-Nassau y Barbara Janta, *Migrant Women in the European Labour Force: Current Situation and Future Prospects*, preparado por la Comisión Europea, Dirección General de Trabajo, Asuntos Sociales e Igualdad de Oportunidades, RAND Europe, 2008.
- Russo, Ann, «The Feminist Majority Foundation's Campaign to Stop Gender Apartheid: The Intersections of Feminism and Imperialism in the United States», *International Feminist Journal of Politics*, núm. 8, 2006, pp. 557-580.
- Sabelli, Sonia, «Sessualità, razza, classe e migrazioni nella costruzione dell'italianità», en Fortunato M. Cacciatore, Giuliana Mocchi y Sandra Plastina, *Percorsi, di genere: Letteratura, Filosofia, Studi postcoloniali*, Milán-Udine, Mimesis, 2012.
- Sacchetto, Devi y Alice Francesca Vianello, «La diffusione del lavoratore povero: L'impatto della crisi economica sui lavoratori migranti», artículo presentado en la conferencia Espanet «Risposte alla crisi. Esperienze, proposte e politiche di welfare in Italia e in Europa», Roma, 20-22 de septiembre de 2012.
- Saharso, Sawitri, *Feminisme versus Multiculturalism?* Utrecht, Forum, 2000.
- Salih, Ruba, «Muslim Women, Fragmented Secularism and the Construction of Interconnected "Publics" in Italy», *Rivista di filosofia del diritto internazionale e della politica globale*, 2010.
- Salazar Parreñas, Rachel, *Servants of Globalization: Women, Migration and Domestic Work*, Stanford (CA), Stanford University Press, 2001.
- Sandford, Stella, «What Is Maternal Labour?», *Studies in the Maternal*, núm. 3, 2011.
- Saraceno, Chiara, «Costruzione della maternità e della paternità», en VVAA, *Il regime fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1995.
- _____, «Trent'anni di storia della famiglia Italiana», *Studi Storici*, núm. 4, 1979, pp. 833-856.
- _____, «Women, Family, and the Law, 1750-1942», *Journal of Family History*, núm. 4, 1990, pp. 427-442.

- Sassen, Saskia, «Notes on the Incorporation of Third World Women into Wage-Labor through Immigration and Off-Shore Production», *International Migration Review*, núm. 18, 1984, pp. 1144-1167.
- , «Two Stops in Today's New Global Geographies: Shaping Novel Labor Supplies and Employment Regimes», *American Behavioral Scientist*, núm. 52, 2008, pp. 457-496.
- Sayad, Abdelmalek, «Qu'est ce que l'intégration?», *Hommes et Migrations*, 1994, pp. 8-14.
- Schain, Martin A., «The State Strikes Back: Immigration Policy in the European Union», *European Journal of International Law*, núm. 20, 2009, pp. 93-109.
- Schiff, Maurice, Andrew R. Morrison y Mirja Sjoebloom, *The International Migration of Women*, Washington DC, World Bank y Palgrave Macmillan, 2007.
- Schinkel, Willem, «The Nationalization of Desire: Transnational Marriage in Dutch Culturist Integration Discourse», *Focaal*, núm. 59, 2011, pp. 99-106.
- Schmitt, Carl, *The Concept of the Political*, Chicago (IL), University of Chicago Press, 2007 [ed. cast: *El concepto de lo político*, trad. por Rafael de Agapito Serrano, Alianza Editorial, Madrid, 2014].
- Schwenken, Helen y Lisa-Marie Heimeshoff, *Domestic Workers Count: Global Data on an Often Invisible Sector*, Kassel, Kassel University Press, 2011.
- Scott, Joan W., *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1996.
- , *The Politics of the Veil*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2007.
- , «Sexualism», en *The Fantasy of Feminist History*, Durham (NC), Duke University Press, 2012.
- Scrinzi, Francesca, «Gender, Migration and the Ambiguous Enterprise of Professionalizing Domestic Service: The Case of Vocational Training for the Unemployed in France», *Feminist Review*, núm. 98, 2011, pp. 153-172.
- , «A "New" National Front? Gender, Religion, Secularism and the French Populist Radical Right», en Michaela Köttig, Renate Bitzan y Andrea Petö, *Gender and Far Right Politics in Europe*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2017.
- Scrinzi, Francesca, «Women's Activism and Gender Relations in the Northern League (Lega Nord) Party», artículo presentado

- en la 7ª conferencia ECPR General Conference Sciences Po Bordeaux, Burdeos, 4-7 de septiembre de 2013.
- Secrétariat Général du Comité Interministériel de Contrôle de l'Immigration,
Rapport au parlement: Les orientations de la politique de l'immigration (sixième rapport), 2009.
- Sgrena, Giuliana, *Il prezzo del velo: La guerra dell'Islam contro le donne*, Milán, Feltrinelli, 2008.
- Shields, James, «Marine Le Pen and the "New" FN: A Change of Style or of Substance?», *Parliamentary Affairs*, núm. 66, 2013, pp. 179-196.
- Simon, Rita J. y Caroline B. Brettell, *International Migration: The Female Experience*, Totowa (NJ), Rowman and Allanheld, 1984.
- Sinke, Suzanne M., «Gender and Migration: Historical Perspectives», *International Migration Review*, núm. 40, 2006, pp. 82-103.
- Skeggs, Beverley, *Formations of Class and Gender: Becoming Respectable*, Londres, Sage, 1997.
- Snelders, Petra, Jenny van Eyma y Annemarie van Hinsberg, *Doorpakken met Duizend en één Kracht: Schakelen tussen het beleid en de praktijk*, Utrecht, MOVISIE REPORT, 2011.
- Sombart, Nicolaus, *Die deutsche Männer und ihre Feinde*, Múnich, Hanser, 1991.
- Somerwille, Will y Madeleine Sumption, «Immigration and the Labor Market: Theory, Evidence and Policy», Migration Policy Institute, 2009.
- Sòrgoni, Barbara, *Parole e corpi: Antropologia, discorso giuridico e politiche sessuali interrazziali nella colonia Eritrea (1890-1941)*, Nápoles, Liguori Editore, 1998.
- Soysal, Yasemin Nuhoğlu, «Citizenship, Immigration, and the European Social Project: Rights and Obligations of Individuality», *British Journal of Sociology*, núm. 63, 2012, pp. 1-21.
- Spadaro, Barbara, «The Italian Empire "at Home": Fascist Girls, Imperial Propaganda and the Racialised Memory of Italy (1937-2007)», en Clare Midgley, Alison Twells y Julie Carlier *Women in Transnational History: Gendering the Local and the Global*, Londres, Routledge, 2016.
- Spijkerboer, Thomas, *Inburgering en de fundamente van het Nederlandse politieke bestel*, La Haya, Países Bajos, Sdu Uitgevers, 2007.

- Spivak, Gayatri Chakravorty, «Can the Subaltern Speak?», en Cary Nelson y Lawrence Grossberg, *Marxism and the Interpretation of Culture*, Urbana (IL), University of Illinois Press, 1988.
- Stack, Jennifer *et al.*, «Analysing and Federating the European Assistive Technology ict Industry», Comisión Europea, 2009.
- Stano, Simona, «Sotto il velo dei media: Semiotica dell'hijab tra Oriente e Occidente», *Quaderni di donne e ricerca*, núm 25, 2012, pp. 1-54.
- Stefani, Giulietta, *Colonia per maschi: Italiani in Africa Orientale: Una storia di genere*, Verona, Ombre Corte, 2002.
- Stoler, Ann, *Race and the Education of Desire: Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*, Durham (NC), Duke University Press, 1995.
- Strategy for Equality between Women and Men 2010–2015*, Luxemburgo, Publications Office of the European Union.
- Suchland, Jennifer, «Double Framing in Lilya 4-Ever: Sex Trafficking and Postsocialist Abjection», *European Journal of Cultural Studies*, núm. 16, 2013, pp. 362-376.
- _____, «Is Postsocialism Transnational?», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, núm. 36, 2011, pp. 837-862.
- Suvarieriol, Semin, «Nation-Freezing: Images of the Nation and the Migrant in Citizenship Packages», *Nations and Nationalism*, núm. 18, 2012, pp. 210-229.
- Taggart, Will, Sherry Turkle y Cory D. Kidd, «An Interactive Robot in a Nursing Home: Preliminary Remarks», Presentado en Toward Social Mechanisms of Android Sciences, Stresa, Italia, julio de 2005, *Cognitive Science Society*, consultado el 23 de agosto de 2016, <http://www.androidscience.com/proceedings2005/TaggartCogSci2005AS.pdf>.
- Taguieff, Pierre-André, *L'illusion populiste: De l'archaïque au médiatique*, París, Berg, 2002.
- Tarchi, Marco, «Populism Italian Style», en Yves Mény y Yves Surel, *Democracies and the Populist Challenge*, Londres, Palgrave, 2002.
- Thomas, Peter D., *The Gramscian Moment: Philosophy, Hegemony and Marxism*, Leiden, Brill, 2009.
- Ticktin, Miriam, «Sexual Violence as the Language of Border Control: Where French Feminist and Anti-immigrant Rhetoric Meet», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, núm. 33, 2008, pp. 863-889.

- Tilly, Chris, «The Impact of the Economic Crisis on International Migration: A Review», *Work, Employment and Society*, núm. 25, 2011, pp. 675-692.
- Tilly, Louise A. y Joan W. Scott, *Women, Work, and Family*, Londres, Routledge, 1978.
- Tissot, Sylvie, «Bilan d'un féminisme d'État», *Plein droit*, núm. 75, 2007, pp. 15-18.
- _____, «Excluding Muslim Women: From Hijab to Niqab, from School to Public Space», *Public Culture*, núm. 23, 2011, pp. 39-46.
- Tognetti Bordogna, Mara, *Donne dal mondo: Strategie migratorie al femminile*, Milán, Guerini e Associati, 1991.
- Towns, Ann, Erika Karlsson y Joshua Eyre, «The Equality Conundrum: Gender and Nation in the Ideology of the Sweden Democrats», *Party Politics*, núm. 20, 2014, pp. 237-247.
- Triandafyllidou, Anna, *Irregular Migrant Domestic Workers in Europe*, Londres, Ashgate, 2013.
- Tyner, James A., *Made in the Philippines: Gendered Discourses and the Making of Migrants*, Londres, York Routledge, 2004.
- Ungerson, Clare, «Commodified Care Work in European Labor Markets», *European Societies*, núm. 5, 2003, pp. 377-396.
- Valenta, Marka, «Pluralist Democracy or Scientistic Monocracy? Debating Ritual Slaughter», *Erasmus Law Review*, núm. 5, 2012, pp. 27-41.
- Van Den Berg, Marguerite y Jan Willem Duyvendak, «Paternalizing Mothers: Feminist Repertoires in Contemporary Dutch Civilizing Offensives», *Critical Social Policy*, núm. 32, 2012, pp. 556-576.
- Van Herwaarden, Clemens, *Fortuyn, chaos en charisma*, Ámsterdam, Bert Bakker, 2005.
- Van Hooren, Franca, 2011, «Caring Migrants in European Welfare Regimes. The Policies and Practice of Migrant Labour Filling the Gaps in Social Care», tesis doctoral, Instituto Universitario Europeo.
- Van Walsum, Sarah, *The Family and the Nation: Dutch Family Migration Policies in the Context of Changing Family Norms*, Cambridge, Cambridge Scholars, 2008.
- _____, «Regulating Migrant Domestic Work in the Netherlands: Opportunities and Pitfalls», *Canadian Journal of Women and the Law*, núm. 23, 2011, pp. 141-165.

- Vanzan, Anna, *La storia velata: Le donne dell'Islam nell'immaginario italiano*, Roma, Edizioni Lavoro, 2006.
- Vicarelli, Giovanna, *Mani invisibili*, Roma, Ediesse, 1994.
- Vinken, Barbara, *Die deutsche Mutter: Der lange Schatten eines Mythos*, Múnich, Serie Piper, 2002.
- Vogel, Lise, «Domestic Labour Debate», *Historical Materialism*, núm. 16, 2008.
- , *Marxism and the Oppression of Women: Toward a Unitary Theory*, edición revisada, con prólogo de David McNally y Sue Ferguson, Chicago (IL), Haymarket, 2014.
- Volpp, Leti, «Feminism versus Multiculturalism», *Columbia Law Review*, núm. 101, 2001, pp. 1181-1218.
- Vossen, Koen, «Classifying Wilders: The Ideological Development of Geert Wilders and His Party for Freedom», *Politics*, núm. 31, 2011, pp. 179-189.
- , «Populism in the Netherlands after Fortuyn: Rita Verdonk and Geert Wilders Compared», *Perspectives on Politics and Society*, núm. 11, 2010, pp. 22-38.
- Wacquant, Loïc, «Crafting the Neoliberal State: Workfare, Prisonfare, and Social Insecurity», *Sociological Forum*, núm. 25, 2010, pp. 197-220 [ed. cast.: «Forjando el Estado Neoliberal. Workfare, Prisonfare e Inseguridad Social», *Prohistoria: historia, políticas de la historia*, núm. 16, 2011].
- Wallerstein, Immanuel, «The Concept of National Development, 1917-1989: Elegy and Requiem», *American Behavioral Scientist*, núm. 35, 1992, pp. 517-529.
- , *The Modern World-System IV: Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, Berkeley (CA), University of California Press, 2011 [ed. cast.: *El moderno sistema-mundo IV. El liberalismo centrista triunfante, 1789-1914*, trad. por Josefa Seco de Herrera Barrero, Madrid, Siglo XXI, 2016].
- Weber, Max, *Economy and Society*, Volumen 2, editado por Guenther Roth y Claus Wittich, Berkeley (CA), University of California Press, 1978.
- , *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Oxford, Oxford University Press, 2011 [ed. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, trad. por Luis Legaz Lacambra, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 2014].
- Weeks, Kathi, *Problem with Work: Feminism, Marxism, Anti-work Politics, and Postwork Imaginaries*, Durham (NC), Duke

- University Press, 2011 [ed. cast.: *El problema del trabajo. Feminismo, marxismo, políticas contra el trabajo e imaginarios más allá del trabajo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020].
- Westoff, Charles y Thomas Frejka, «Religiousness and Fertility among European Muslims», *Population and Development Review*, núm. 33, 2007, pp. 785-809.
- Wilders, Geerd, *Een Nieuw-Realistische Visie*, 2006.
- Willett, Gudrun Alyce, 2007, «Crises of Self and Other: Russian-Speaking Migrants in the Netherlands and European Union», tesis doctoral, Iowa, Universidad de Utrecht.
- Williams, Fiona y Anna Gavanas, «The Intersection of Child Care Regimes and Migration Regimes: A Three-Country Study», en Helma Lutz, *Migration and Domestic Work: A European Perspective on a Global Theme*, Londres, Ashgate, 2008.
- Wilton, Shauna, «Promoting Equality? Gendered Messages in State Materials for New Immigrants», *Social and Legal Studies*, núm. 18, 2009, pp. 437-454.
- Windebank, Jan, «Outsourcing Women's Domestic Labour: The Chèque Emploi-Service Universel in France», *Journal of European Social Policy*, núm. 17, 2007, pp. 257-270.
- Wolff, Larry, *Inventing Eastern Europe: The Map of Civilization on the Mind of the Enlightenment*, Stanford (CA), Stanford University Press, 1994.
- Wollstonecraft, Mary, *A Vindication of the Rights of Woman*, Mineola (NY), Dover, 1996 [ed. cast.: *Vindicación de los derechos de las mujeres*, Madrid, Istmo, 2011].
- Woolf, Virginia, *Three Guineas*, Orlando (FL), Harcourt, 2006 [ed. cast: *Tres guineas*, trad. por Laura García, Godot, 2015].
- Yeates, Nicola, «Global Care Chains», *International Feminist Journal of Politics*, núm. 6, 2004, pp. 369-391.
- Yegenoglu, Meyda, *Colonial Fantasies: Towards a Feminist Reading of Orientalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
- Yuval-Davis, Nira, «The Citizenship Debate: Women, Ethnic Processes, and the State», *Feminist Review*, núm. 39, 1991, pp. 58-68.
- _____, *Gender and Nation*, Londres, Sage, 1997.
- Zaslove, Andrej, *The Re-Invention of the European Radical Right: Populism, Regionalism and the Italian Lega Nord*, Montreal, Oxford University Press, 2011.

- Zetkin, Clara, *Clara Zetkin: Selected Writings*, Nueva York, International Publishers, 1984.
- Zhou, Min, *Chinatown: The Socioeconomic Potential of an Urban Enclave*, Filadelfia (PA), Temple University Press, 1992.
- Zincone, Giovanna, *Secondo Rapporto sull'integrazione degli immigrati in Italia*, Bolonia, Il Mulino, 2001.
- Žižek, Slavoj, «Against the Populist Temptation», *Critical Inquiry*, núm. 32, 2006, pp. 551-574 [ed. cast.: *Contra la tentación populista*, trad. por Cristian de Nápoli, Buenos Aires, Godot, 2019].

